Entre sombras y dioses



Ella no cree en el destino. Él es la prueba de que existe.

Andrea G. Quiroga

ENTRE SOMBRAS
Y
DIOSES

Andrea G. QUIROGA

Primera edición: febrero de 2025
Autora: Andrea G. Quiroga
Corrección: Celia Pérez (@correccioncelia)
Portada: Lucia Santos (@luchijjk)
Maquetación: Amaya Alvarez (@amayaysushistorias)

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en sistemas de recuperación de información o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo por escrito de la autora.

Advertencia legal:
Esta obra está protegida por las leyes de derechos de autor. Cualquier forma de plagio, reproducción o distribución no autorizada será sancionada según la normativa vigente.

ISBN: 978-84-09-69157-9

Depósito legal: LG BI 00199 - 2025

Para vosotras, mujeres poderosas,
por hacer de lo imposible, una realidad.

El amor dura, lo que dura el sentimiento,
y en este amor inmenso que siento por ti,
aunque la caprichosa vida me lo arrebatara,
vivirá en las estrellas para nunca morir…

Ángel reyes burgos

LA LEYENDA DEL CÍRCULO DE FUEGO

Hace siglos, en la época de los vikingos, donde Odín era el dios más venerado por todos sus súbditos y las valquirias destacaban por ser las mejores guerreras y aliadas del dios, un incidente lo cambió todo.

Brunilda, era conocida por ser una de las valquirias favoritas de Odín. Sin embargo, su fuerte sentido del honor y justicia la llevó a enfrentarse a una situación que cambiaría su destino para siempre.

Según la leyenda, el dios ordenó a Brunilda decidir el resultado de un duelo entre dos héroes: Agnar y Hjalmgunnar. Aunque Odín había decretado que Hjalmgunnar, su protegido, debía ganar, Brunilda vio que Agnar era más justo y honorable, por lo que decidió otorgarle la victoria a él. Aunque *a priori* la desobediencia de Brunilda fue una simple errónea elección, había mucho más detrás.

Brunilda era una valquiria reconocida, pero a diferencia del resto de sus compañeras, las cuales tenían como bandera el honor y el deber, esta guerrera anhelaba tener amor y vivir la experiencia de la pasión. Cuando permitió que un muchacho entrara y gobernara su corazón, no solo comenzó a tomar malas decisiones, sino que además priorizó el amor al deber. Esta desobediencia enfureció a

Odín, quien consideró que Brunilda había traicionado su voluntad y desafiado su autoridad.

Como castigo por su osadía, Brunilda fue condenada a perder su inmortalidad y ser expulsada del mundo de los dioses. La sentenció a dormir en un sueño mágico profundo, pero su escarmiento no terminó ahí. Para asegurarse de que nadie se acercara a ella sin ser digno, Odín rodeó el lugar donde Brunilda yacía dormida con un anillo de fuego, un círculo de llamas que solo el héroe más valiente podría atravesar.

La historia de Brunilda y el Círculo de Fuego es un recordatorio de los altos costos de la desobediencia en la mitología nórdica, pero también del poder del amor y el destino, que pueden trascender incluso los castigos más severos impuestos por los dioses. En ocasiones las tradiciones y los pensamientos arcaicos abandonan por completo la auténtica razón por la cual nuestros corazones palpitan; el amor y la pasión. El destino puede ser real depende de para quién, pero nadie puede sobrevivir sin amor y la pasión que esta desencadena. Además, si la unimos con la fuerza del destino, la casualidad o el cosmos, llámalo como quieras, realizamos un cóctel capaz de romper con todas las normas.

CAPÍTULO 1

Después de gastarme todos los ahorros en el fin de semana loco que le he organizado a Aksel, mi novio, por fin ha llegado el día: ¡Nos vamos a Oslo! Aksel y yo nos conocimos hace tres años. Después de dejarlo con el idiota de mi ex, quien me puso los cuernos sin ningún tipo de remordimiento, tuve un descanso de hombres. Sin embargo, todas sabemos que cuando te tomas ese tiempo para ti donde los hombres sobran, parece que causas el efecto contrario y no paras de recibir propuestas. Por eso mismo, a los seis meses conocí a Aksel haciendo la compra. Los dos comíamos los mismos cereales para niños con colorines y mucho azúcar.

Tres años después, aquí estamos. Tengo al pobre con los ojos vendados en medio del aeropuerto. Espero que no se enfade, con lo poco que le gusta volar y le voy a meter en un avión. Odia que se le taponen los oídos al despegar y aterrizar, y la más mínima turbulencia le pone de los nervios. Al menos, el viaje dura poco más de una hora, así que espero que pueda soportarlo.

—Tres, dos, uno… ¡ya! Mira en la pantalla y busca el tercer destino empezando por arriba de la segunda column… —La expectación de Aksel es tal, que recorre como una bala cada destino de la pantalla y descubre sin más pistas a dónde nos dirigimos.

—¡Oslo! ¡Nos vamos a Oslo! ¡Dios!, gracias, ¡me encanta! —grita emocionado mientras un brillo de ilusión y ansias destella en sus ojos.

—Sabía que te iba a gustar, Oslo no podía fallar —contesto satisfecha de haberme arriesgado a contratar un viaje sin haberle comentado nada previamente.

—¡Es alucinante, Hella! ¡Te has pasado mil pueblos! Esto… significa mucho para mí, de verdad, gracias —susurra mientras me abraza emocionado.

El viaje no ha sido solo una clara intención de brindarle la oportunidad de su vida, descubrir una de sus culturas favoritas, la nórdica, sino que, además, ha sido un generoso esfuerzo económico que estoy segura de que no le ha pasado desapercibido.

—Venga, loquito, vamos a pasar el control que se nos hace tarde —le respondo emocionada, contagiándome de su ilusión.

Nos damos un fugaz beso que, como siempre, me eriza la piel y procedemos a pasar el control. Sabía que la sorpresa le iba a hacer ilusión. Ambos estamos en nuestro último año de universidad. De hecho, fue en ese momento donde nos volvimos a ver, haciendo la matrícula en una inmensa y lenta cola de la secretaría. Entre esperar y frustrarnos, porque siempre parece que te faltan papeles que rellenar, empezamos a charlar y nació algo especial. Yo estoy estudiando Veterinaria y él Bellas Artes, cada uno tiene sus propios objetivos y, aunque somos diferentes, nos sincronizamos sorprendentemente bien.

Aunque el trayecto en avión es corto me da tiempo a reflexionar y a recordar por qué estoy tan enamorada de este chico. Por mucho

que me cueste creerlo todavía, ha sido el único hombre que ha evitado que mis celos e inseguridades afloren, me ha dado la confianza y la seguridad que toda mujer necesita y, sobre todo, no se ha sentido inferior cada vez que yo he logrado con éxito uno de mis objetivos, bien hayan sido laborales o personales. Todavía me acuerdo cuando me publicaron uno de mis artículos sobre los beneficios de los caballos en niños y niñas con autismo. Aksel llevaba como yo desde que entramos en la carrera intentando destacar publicando uno de sus trabajos, pero la única que lo conseguí fui yo. Cuando se enteró, fue el novio más orgulloso y feliz del mundo, no aprecié ni un ápice de celos o enfado, sentimientos que podrían haber sido comprensibles dado su esfuerzo, pero nada. Solo había felicidad y eso fue espectacular.

Teniendo en cuenta mi pasado amoroso que fue cuanto menos tóxico, esta relación ha sido un soplo de aire fresco. Parece que soy una experta en el amor con tan solo veintiún años, os preguntaréis ¿cuántas decepciones amorosas he podido tener? Digamos que no demasiadas, pero las pocas que he tenido han sido realmente traumáticas. En mi adolescencia conocí al típico chico mayor, de último curso, acaparador y manipulador. Después de una difícil ruptura (cuál no lo es) llegó mi ex, un experto en desarrollar múltiples personalidades al igual que relaciones sentimentales. Mi corazón estaba dolido y mi mente estaba llena de inseguridades tanto físicas como emocionales. Conocer a Aksel fue algo diferente. Limpio. Luminoso. Seguro. Sano.

Seamos realistas, tiene sus defectos: es cabezón, tiene mucho carácter, es extremadamente ordenado, no le gusta perder a ningún juego y tiene poca paciencia, pero… ¿quién no tiene defectos? A mí

se me olvidan siempre los paraguas en todos lados, no puedo evitarlo. Como digo siempre, no soy perfecta, pero sí maravillosa.

Según salimos del aeropuerto el frío infernal de marzo me golpea la cara, hay tres grados y una suave ventisca hace que me tenga que aferrar al brazo de Aksel. Aunque es un chico vintage y se aprecia a simple vista que es un loco del arte por sus pintas *hipster*, cualquiera lo diría observando con más detalle su estructura ósea. Es un tiarrón de más de metro ochenta, tiene la cabellera un poco larga, lo suficiente para poder hacerse un pequeño moño. Su espalda es ancha y unos brazos fuertes que hacen que se me caiga la baba. Cuando lo conocí, me mostré reacia a quedar con él, pensando que era el típico chico loco por el gimnasio. Qué equivocada estaba. Menos mal que le brindé una oportunidad.

Nos subimos a un taxi y le doy la dirección del hotel que he reservado. No es que haya invertido mucho dinero en el alojamiento, pero espero que sea suficiente para pasar un par de noches. Tan rápido como dejamos las maletas y verificamos que la habitación es lo que contraté, una humilde morada con una cama de metro treinta y cinco y un pequeño baño donde apenas entra la ducha, nos vamos. Es hora de conocer la ciudad.

Al salir del hotel, siento el aire fresco de Oslo acariciando mi rostro. El cielo está despejado, y el sol brilla tímidamente, iluminando las calles con una luz suave y dorada. A mi lado, Aksel sonríe, compartiendo mi emoción por descubrir esta ciudad nueva para ambos.

Las calles son amplias y limpias, y hay una calma que se siente diferente a cualquier otra ciudad en la que he estado. Los edificios a nuestro alrededor son una mezcla de lo antiguo y lo moderno.

Algunos tienen fachadas de ladrillo rojo, otros están cubiertos de vidrio, reflejando la luz del día. Las ventanas de las tiendas están decoradas con sencillez, pero con un gusto impecable.

Los tranvías pasan lentamente, pintando líneas suaves en el paisaje urbano. La gente camina con tranquilidad, sin prisa, como si cada paso estuviera medido, como si todos supieran a dónde van y no tuvieran necesidad de correr. Algo totalmente contrario a lo que sucede en el centro de Dinamarca, donde vivimos ahora mismo Aksel y yo. Tenemos suerte, somos de los pocos estudiantes universitarios de último año con prácticas remuneradas. Nos cuesta apañarnos, pero con el dinero de las prácticas, unas cuantas clases particulares y siendo fanáticos de los productos de marca blanca, nos lo podemos permitir.

Aksel y yo caminamos un rato y, de repente, él se detiene, con esa mirada que ya conozco bien: la de cuando está a punto de soltarme una de sus "chapas" informativas. Su rostro se ilumina y empieza a contarme sobre la historia de la ciudad, y cómo, durante la Segunda Guerra Mundial, Oslo estuvo bajo ocupación alemana. Habla de cómo el rey Haakon VII, en lugar de rendirse, decidió exiliarse y liderar la resistencia desde el extranjero. Me cuenta con entusiasmo sobre la importancia de Oslo en la historia de Noruega, sobre la fortaleza de Akershus (una figura importante en la mitología, o eso creo) y cómo se ha mantenido en pie durante siglos, como un símbolo de resistencia.

Mientras habla, lo escucho con una sonrisa, aunque después de un rato mi mente empieza a divagar. Me gusta cómo se apasiona por estos temas, pero a veces desearía que fuera un poco más conciso.

Sin embargo, asiento y murmuro algún que otro "*wow*" o "qué interesante" para mantenerlo contento.

Finalmente, cuando su monólogo termina, comenzamos a buscar un sitio para comer. Estamos cerca de la Galería Nacional, y después de sopesar nuestras opciones culinarias en esta calle, encontramos un pequeño restaurante llamado *Kafé Nasjonalgalleriet*. Muy original teniendo en cuenta que está pegado a la Galería.

Nos sentamos en una mesa junto a la ventana, con vistas a la calle, y echamos un vistazo al menú. Aksel decide pedir *fiskesuppe*, una sopa tradicional de pescado que parece estar llena de sabores frescos y locales. Yo, intrigada por probar algo nuevo, me decido por un plato llamado *lutefisk*, que según la descripción es un plato típico noruego hecho con pescado seco y gelatinoso, acompañado de puré de guisantes y tocino.

Cuando llega la comida, Aksel se sumerge en su sopa, disfrutando cada cucharada. Yo, sin embargo, miro mi plato con cierta desconfianza. El *lutefisk* tiene una textura extraña, y el sabor es aún más peculiar. Le doy un par de bocados, intentando acostumbrarme, pero no hay manera. Descubro que la gelatina del pescado no es lo mío, y el puré de guisantes es más amargo de lo que esperaba. Aksel, al ver mi expresión, me ofrece un poco de su sopa y, aunque intento ser valiente y seguir con mi plato, al final acepto su oferta.

Él termina la mayor parte de mi *lutefisk* mientras yo disfruto de su *fiskesuppe*. Me río, recordando que cada vez que intentamos ser aventureros con la comida, él termina siendo quien disfruta más de la experiencia. Según terminamos no puede más con la intriga y me empieza a avasallar a preguntas.

—¿Tienes todo organizado? ¿A dónde vamos ahora? ¿Habrás reservado *tickets*, verdad? Hella, respóndeme.

—Mira que eres pesado cuando te lo propones. Solo he reservado entradas para lo que vamos a hacer justo ahora, ir a la Galería Nacional —le explico sabiendo lo que va a decir a continuación.

—Entonces, ¿eso significa que podré organizar todas las visitas de mañana? —pregunta con un brillo que reconozco en su mirada.

—Sí, *friki*; anda, vamos.

El edificio de la Galería Nacional es cuanto menos imponente, con su arquitectura neoclásica y detalles en piedra que reflejan la historia rica de Oslo, no es que yo sepa esta información es que tengo a "Wikipedia" como novio. Al entrar, nos unimos a una visita guiada que está a punto de comenzar. La guía, una mujer de mediana edad con un aire entusiasta, nos da la bienvenida con una sonrisa cálida. Se presenta como Ingrid y en su mirada se nota la pasión que siente por el arte.

Comenzamos a andar por sus pasillos e Ingrid nos presenta el primer cuadro: es "*El Grito*" de *Edvard Munch*.

—Aunque el original se encuentra en el Museo Munch, la Galería Nacional alberga una versión temprana que *Munch* pintó en 1893. Es interesante saber que esta obra captura la angustia existencial, una emoción casi palpable en las pinceladas onduladas que distorsionan el paisaje y el rostro de la figura central —explica Ingrid con pasión.

Mientras la guía explica con entusiasmo el cuadro de Munch yo siento algo diferente. Oigo un eco, es como un susurro. Es escalofriante, la piel se me eriza y agarro suavemente la mano de

Aksel. Este, a diferencia de mí, no parece haber escuchado ni apreciado nada. Se muestra especialmente intrigado por la forma en que *Munch* utilizó el color para transmitir una sensación de desesperación. A continuación, Ingrid nos lleva frente a "*La joven de las fresas*" de *Johan Christian Dahl.*

—En este cuadro podéis observar un paisaje sereno, donde una joven campesina recoge fresas en un entorno bucólico. De hecho, *Dahl* es considerado el padre de la pintura de paisaje en Noruega, refleja su conexión con la naturaleza y su habilidad para capturar la luz —continúa narrando la apasionada guía.

Yo me siento atraída por la simplicidad y la calma que emana del cuadro, una especie de respiro después de la intensidad de *Munch*. Quién me diría que iba a disfrutar de una visita guiada en un museo, cuando siempre he aborrecido este tipo de planes, me parecían aburridos, qué equivocada estaba. Sin embargo, el disfrute de esta visita no tarda en disiparse. El eco ya no es un susurro, sino una voz que va cogiendo forma progresivamente. Intento olvidarlo, aunque algo en mi vientre se comprime. Tengo miedo, pero, joder, nadie más que yo parece haber escuchado ese eco… Finalmente, Ingrid nos guía hacia un cuadro que parece captar toda la atención de la sala: "*La Valquiria*" de *Peter Nicolai Arbo*.

—Como podéis apreciar, la obra es imponente, dominando la pared con su figura central de una valquiria, montada en un caballo blanco, que avanza con fuerza y determinación. La armadura de la valquiria brilla con tonos dorados y su expresión es severa y resuelta, como corresponde a una guerrera que recoge a los caídos en batalla para llevarlos al *Valhalla*. Además, el cielo oscuro y

tormentoso de fondo añade una atmósfera dramática a la escena —comenta Ingrid.

—Las valquirias formaban parte de la mitología nórdica antigua, ¿verdad? —pregunta un señor entusiasmado.

—En efecto, este cuadro representa una de las figuras mitológicas más importantes en la tradición nórdica. Las valquirias eran vistas como seres poderosos, intermediarios entre la vida y la muerte, que decidían el destino de los guerreros. *Arbo* capturó tanto la belleza como la ferocidad de la valquiria en esta obra, un ejemplo perfecto del romanticismo nacionalista que influyó en muchos artistas noruegos de la época.

Aksel y yo nos quedamos en silencio frente al cuadro, absorbiendo los detalles. La fuerza de la valquiria, la intensidad de sus ojos y la energía casi palpable que emana del cuadro nos deja impresionados. Yo me quedo hipnotizada con los ojos de la valquiria, está tan bien retratada que parece que me está mirando. Tengo la piel erizada de lo que esa mirada me está haciendo sentir. Es un sentimiento familiar, como el abrazo de una abuela que te reconforta sobremanera. Entonces lo oigo.

Lo que en un principio era un eco, un leve susurro, ahora se ha convertido en una voz clara. Cristalina. A medida que me fijo más en el cuadro y clavo mi mirada en los ojos de la valquiria lo aprecio mejor. "*Tíminn er kominn".* No puedo creer lo que estoy escuchando, y tampoco lo puedo entender claro. Me dan ganas de echar a correr, de gritar, de buscar al dueño o dueña de esa maldita voz que lleva arruinándome la visita desde que hemos llegado. Sin embargo, intento mantener mi miedo a raya. Escucho varias veces más esa

estúpida voz, pero como el resto del grupo está observando el siguiente cuadro, memorizo la frase y me uno a ellos.

—Ingrid, perdona, ¿sabrías decirme qué significa "*Tímminn er kominn"*? —le pregunto a la guía que, lógicamente me mira como el resto, con cara de estupefacción.

—Significa: "Ha llegado la hora", ¿por qué lo pregunta, señorita? —pregunta extrañada.

Un escalofrío recorre mi espalda como una caricia helada. Ya está, nos tenemos que ir de aquí echando leches.

—Por nada, mera curiosidad —carraspeo antes de intervenir. Entiendo que mi pregunta es siniestra cuanto menos. ¿Qué turista de Dinamarca habla nórdico antiguo? Nadie.

La visita guiada continúa, pero mi cabeza no puede prestar atención a ningún cuadro más. Sé que tendría que irme, que tendría que decirle a Aksel lo que está pasando, pero me convenzo a mí misma pensando que será alguna chiquillada. Aun así, no paro de darle vueltas a la frase "Ha llegado la hora", ¿qué querrá decir? ¿Y por qué nadie más lo ha escuchado? Necesito saber más sobre las valquirias. Aunque en un principio me haya querido convencer de que unos niños traviesos me la han jugado, algo dentro de mí me insta a saber más, a quitarme esa duda que me corroe por dentro.

Según salimos de la Galería, Aksel está hambriento, pero yo tengo una urgente necesidad por llegar al hotel y echar mano de mi portátil. Aunque nuestra economía no está para tirar cohetes, cedo y le propongo pedir comida a domicilio. Sin mediar palabra me sumerjo en la búsqueda de información de las valquirias, no sé qué

buscar o si realmente encontraré respuestas, pero no pierdo nada por intentarlo.

—Aksel, ¿mañana podría elegir un par de sitios para visitar? —le pregunto después de no obtener demasiada información de valor sobre el tema, como era de esperar.

—Claro, cariño, sin problema.

Genial, mañana iremos a visitar los sitios más relacionados con la cultura vikinga, a ver si así, escucho algo más o confirmo las sospechas de que estoy loca. A cualquiera que le diga que oigo voces va a flipar y, como no quiero ser encerrada en un manicomio, me decanto por zamparme mi hamburguesa solo queso e irme a dormir. Hoy ha sido un día muy largo, con muchos nervios y mucha intensidad. Será eso, mero cansancio…

CAPÍTULO 2

La alarma suena a las siete de la mañana, me despierto sin muchas ganas de moverme de mi lado de la cama, pero al ver a Aksel emocionado por el día de hoy, empiezo a prepararme. Me meto en la ducha de inmediato, cuanto antes me lave la cara antes me espabilaré. Al salir de la ducha, el calor del agua hace que el cuarto de baño esté lleno de vaho. Cojo la toalla y la restriego en el espejo para poder verme la cara y entonces me quedo anonadada. Un pequeño tatuaje se ha instalado en mis costillas, ¿qué narices? Me acaricio el dichoso tatuaje, pero no es un tatuaje, no es la tinta habitual negra…, es como un brillo con algo escrito, "*Vápndís",* a saber qué significa ahora esto…

Madre mía.

Madre mía.

Madre mía.

Mi cuerpo empieza a temblar, mi vientre se contrae y mis pulmones van a estallar. ¿Qué narices hace eso en mi piel cuando yo no me he tatuado nada nunca? Empiezo a buscar jabones, cremas y aceites para intentar quitarme la maldita palabra de las costillas. En mi absurda búsqueda para encontrar un remedio que no existe, tiro el vaso de porcelana donde se encuentran nuestros cepillos de

dientes. Se rompe en mil pedazos montando un sonoro escándalo. Mierda.

—Cariño, ¿te encuentras bien? —pregunta preocupado Aksel.

Sin perder el tiempo, empiezo a recoger cada trocito de porcelana con cuidado de no cortarme y tiro todo a la pequeña basura que está junto al baño.

—¿Necesitas ayuda? —insiste Aksel.

—Eh…, no, no…, enseguida salgo —respondo en un suave y apenas audible hilo de voz.

Intento no agobiarme, no chillar horrorizada, intento que no me dé un ataque de ansiedad. No entiendo nada pero ante todo tengo que estar tranquila, dentro de lo posible. Respiro unas cuantas veces, me seco, me visto y le dejo a Aksel que se asee. Mientras tanto, busco en el móvil a ver qué significa la dichosa palabrita y entonces lo encuentro, significa diosa de la batalla. Tengo que reconocer que la palabra me encanta pero empiezo a hiperventilar de los nervios. Siento que no soy dueña de mi cuerpo, ni de lo que escucho, ni de lo que aparece como por arte de magia en mi piel.

Necesito respuestas, pero ¿se lo cuento a Aksel? No me entendería porque, seamos sinceros, ¿quién en su sano juicio lo entendería? Voy a la habitación a vestirme y al volver a mirarme el espejo, la marca ha desaparecido. ¿En serio? ¿Me lo habré imaginado? Cuando volvamos a Dinamarca tengo que ir al médico. Necesito que me hagan un chequeo. No estoy segura de si será el estrés de la vida ajetreada que llevo o la intensidad de este fin de semana, pero algo no va bien en mi interior.

Sin darle más vueltas al asunto y prometiendo a mi cabeza que al volver a casa, lo solucionaré, salimos del hotel. Nuestra primera parada por la mañana es el museo de los barcos Vikingos. ¿Soy masoca? Puede que un poco. Mi objetivo en el día de hoy es intentar entrar en los sitios que me acerquen lo máximo posible a las valquirias y ver si vuelve a pasar algo raro.

Entramos al museo y el aire fresco de la mañana me envuelve cuando cruzamos el umbral. La luz del sol se filtra a través de los grandes ventanales, bañando las antiguas embarcaciones en una cálida claridad. Los barcos que reposan en el centro del espacio parecen inmensos, más grandes de lo que imaginaba, casi como si aún guardaran el poder de surcar mares lejanos.

Aksel camina a mi lado, emocionado, hablando sin parar sobre la historia de cada barco, los detalles técnicos y las inscripciones rúnicas en la madera. Pero yo apenas lo escucho. Mis ojos están clavados en esos barcos y siento una extraña atracción hacia ellos. Son hermosos y aterradores a la vez, envueltos en un misterio que no puedo comprender.

Mientras seguimos avanzando, noto un zumbido en mis oídos, una vibración sutil pero insistente. Otra vez ese maldito "eco". Al principio pienso que es solo mi imaginación, pero el sonido se hace más fuerte y lo reconozco, es la misma voz de ayer. Y entonces, ocurre de nuevo. Las palabras que me atormentaron ayer regresan, claras y frías: "La hora ha llegado".

Intento sacudirlas de mi mente, pero antes de que pueda reaccionar, una nueva frase se abre paso, susurrada con una intensidad que me deja paralizada: "Es hora de volver". Mi corazón se acelera, mi respiración se vuelve errática. ¿Volver a dónde? ¿Qué

significa esto? ¿Cómo he hecho caso omiso a las palabras nórdicas, ahora hablan mi idioma? Esto tiene que ser una broma…

El mundo a mi alrededor comienza a desdibujarse. La voz de Aksel se convierte en un murmullo lejano, casi inaudible. Todo lo que puedo sentir es el peso de esas palabras, resonando dentro de mi cabeza como un eco implacable. Es como si una niebla invisible me envolviera, aislandome de la realidad.

Lucho por mantener la compostura, para no mostrar el pánico que se agita dentro de mí. Aksel sigue hablando, completamente ajeno a mi confusión. Pero dentro de mí, la lucha es feroz. Estoy atrapada entre el deseo de gritar, de correr, de escapar de estas voces, y la necesidad desesperada de parecer normal.

—¿Estás bien? —la voz de Aksel me llega de repente, sacándome de mi trance.

Asiento de forma automática, demasiado rápido quizás. Intento concentrarme en la exhibición frente a nosotros, pero mi mente sigue atrapada en esas palabras, en ese enigma que no consigo descifrar: “volver”.

¿Qué me está pasando? Una mujer del siglo XXI no debería escuchar ecos, y mucho menos voces que me dicen cosas tan crípticas y aterradoras. Siento que estoy perdiendo el control, que el pánico está ganando terreno dentro de mí. Algo, o alguien, me está llamando, y no puedo ignorarlo, pero la pregunta me sigue atormentando: ¿Volver a dónde? ¿Y por qué?

Salimos a trompicones del museo sin apenas haber apreciado ni la mitad de los barcos que este ofrece en su visita. El aire frío me espabila, me saca de mi trance y poco a poco, vuelvo a ser yo

misma, a recuperar el control de mi mente y de mi cuerpo. Aksel está notablemente preocupado y no es para menos.

—Hella, ¿estás bien? Cariño, ¿necesitas algo? —pregunta agobiado.

Asiento suavemente sin estar muy segura de lo que siento. Estoy aturdida, agobiada e incluso algo mareada por la oleada de situaciones escalofriantes que estoy viviendo durante estos dos días. Sin embargo, no soy capaz de explicarlo, como si reconocerlo diese veracidad a algo que no estoy dispuesta a creer.

—Hella, ¿estás segura? —insiste Aksel.

—Tranquilo, cariño, el calor dentro del museo me ha agobiado. ¿Paseamos un rato?

—Lo que necesites.

Con un beso cariñoso en la frente me abraza y comenzamos a andar. Salimos del Museo de Barcos Vikingos, y el aire fresco me golpea la cara con una suavidad que agradezco profundamente. Todavía siento el corazón latiendo con fuerza en mi pecho, las palabras resonando en mi mente, pero el sol de la tarde y el bullicio lejano de la ciudad me ayudan a aferrarme a la realidad. Aksel me mira de reojo, preocupado, pero no dice nada. Sabe que necesito un poco de espacio para recomponerme.

Comenzamos a caminar por las calles tranquilas que rodean el museo. Los árboles altos nos ofrecen un refugio bajo su sombra y, poco a poco, con cada paso, siento que la tensión empieza a desvanecerse. Aksel mantiene una conversación ligera, comentando detalles irrelevantes sobre la arquitectura de las casas que pasamos,

el estilo escandinavo tan limpio y ordenado, pero mi mente sigue vagando por ese momento extraño en el museo.

Después de un rato, el murmullo de la gente se hace más fuerte, y al doblar una esquina, encontramos un pequeño mercado gastronómico al aire libre. El lugar está lleno de puestos con productos frescos y coloridos, y el aroma de la comida recién hecha flota en el aire, tentador y cálido. Mis sentidos, aún agitados, encuentran un ancla en esos olores familiares y reconfortantes. Aksel sonríe al ver el mercado y sugiere que nos detengamos un rato, yo asiento, agradecida por la distracción.

Nos sumergimos en el mercado, paseando entre los puestos abarrotados de gente. Cada uno ofrece una muestra del corazón culinario de Oslo, desde los panes recién horneados hasta los quesos artesanales. Aksel, siempre curioso, se detiene en un puesto que vende *smørbrød*, esas famosas rebanadas de pan de centeno cubiertas con combinaciones deliciosas. Elegimos uno con salmón ahumado, eneldo y un toque de rábano picante, y lo compartimos mientras seguimos caminando.

Nos detenemos en otro puesto que ofrece una variedad de embutidos locales. Aksel no puede resistir la tentación de probar un trozo de *fenalår*, una pierna de cordero curada, mientras yo me decido por una muestra de *rakfisk*, trucha fermentada que, aunque su olor es fuerte, su sabor es sorprendentemente delicado. El ambiente en el mercado es acogedor, con las voces de los vendedores llamando a los clientes, el murmullo de las conversaciones y el sonido crujiente del papel envolviendo las compras.

Finalmente, nos detenemos en un puesto de postres. Aksel me convence de probar un trozo de *kanelbolle*, un rollo de canela, esponjoso y cubierto con azúcar perlado. La dulzura y el calor del bollo se siente como un bálsamo para mis nervios, y por primera vez en horas, me encuentro sonriendo sin esfuerzo.

Mientras nos alejamos del mercado, con las manos llenas de pequeñas compras, siento que he recuperado un poco de mi equilibrio. Sin embargo, en el fondo de mi mente, las palabras aún permanecen, esperando el momento adecuado para regresar. Aunque a regañadientes, Aksel accede a realizar la última visita organizada que tenemos para hoy, el parque Frogner. Al ser al aire libre y tener un recorrido amplio donde poder observar las diferentes esculturas, no ha sido difícil convencerlo. Aún así, le he tenido que prometer que después de esta visita, iremos a casa a descansar.

Tomamos el tranvía que nos lleva directo hasta el parque y el corto trayecto me da el tiempo suficiente para centrarme. Para recordar que estoy aquí, en Oslo, en el presente, y que todo lo que sucedió en el museo ya ha quedado atrás, al menos por ahora.

Al llegar, el parque nos recibe con su extensión de verdes praderas y senderos arbolados. Aksel me toma de la mano mientras caminamos hacia la zona más famosa de Frogner, donde se encuentran las esculturas de *Gustav Vigeland*. A medida que nos acercamos, las figuras humanas talladas en piedra y bronce comienzan a aparecer entre los árboles, como si surgieran lentamente de la tierra misma.

Las esculturas son impresionantes, casi sobrecogedoras en su realismo y expresividad. Cada una parece contar una historia, desde el amor y la ternura hasta el dolor y la desesperación. Me detengo

frente a una, un grupo de figuras entrelazadas, y me quedo mirando cómo el artista ha capturado con tanta precisión las emociones en sus rostros, en la tensión de sus cuerpos.

Aksel camina a mi lado, comentando con entusiasmo sobre la obra de *Vigeland*, pero yo apenas lo escucho. No es que no me interese lo que dice, sino que estoy absorta en el silencio que me rodea. Un silencio que, después de lo que ocurrió en el museo, es como una bendición. No hay voces, no hay susurros en mi mente, solo la calma que me brinda estar rodeada de tanta belleza.

Pasamos un buen rato explorando el parque, caminando sin rumbo fijo y dejándonos llevar por lo que nos rodea. Aksel insiste en llevarme a ver la fuente, con sus figuras que parecen bailar con el agua, y nos sentamos un rato a observar cómo el agua cae en cascada, formando un suave murmullo que llena el aire.

Mientras estamos allí, con el sonido del agua y el canto lejano de los pájaros, me doy cuenta de que no he pensado en las voces ni una sola vez desde que llegamos. No hay nada que me perturbe, nada que me saque de este momento. Por primera vez en todo el día me siento verdaderamente en paz.

Le doy un apretón en la mano a Aksel, agradecida por haberme traído aquí. Él me sonríe, como si supiera exactamente lo que estoy pensando, y me besa. El primer beso apasionado del fin de semana en el mejor sitio que podríamos haber elegido. Como siempre desde que nos conocemos, la piel se me eriza, mi estómago se llena de mariposas y mi corazón chilla de la emoción. ¿Qué haría yo sin este hombre?

Aksel ha conseguido subirme a la nube en la que no creía poder ascender y así, con una mirada cómplice nos volvemos a casa. La nube no deja más que subir al llegar. Sin palabras, sin preámbulos, sin precedentes, nos dejamos llevar. Nos desnudamos mutuamente, nos besamos, nos acariciamos y disfrutamos de la confianza y el conocimiento que tenemos el uno del otro gracias al tiempo que llevamos juntos. Él sabe cómo hacer que suba al cielo y yo sé cómo bajarlo al infierno. Entre respiraciones entrecortadas y besos fugaces hemos llegado a la cima y hemos explotado juntos. Exhaustos, susurramos un "buenas noches" y caemos rendidos en un plácido y agradable sueño.

Creía que al estar tan cansada, mi mente iba a pasar olímpicamente de soñar, pero no es así. Me encuentro en medio de una oscuridad terrorífica, donde la nada y la falta de existencia hacen que me estremezca. El susurro que desgraciadamente tan familiar se me hace ya ha vuelto. Como hasta ahora, el eco se convierte en esa voz, en esa maldita y endiablada voz.

"La hora ha llegado". "Es hora de volver". "Brunilda, vuelve".

¿Brunilda? ¿Quién es esa? Creo que se han confundido de persona. Gracias a dios, en medio de esa nada existencial aparece un hombre. Tiene una mirada afable y me mira sonriendo. No entiendo muy bien el motivo, pero decido confiar en él y me acerco.

—Hola, tranquila. No debes temerme. Soy Agnar, un viejo amigo, vengo a ayudarte. ¿Quieres despertar? —me pregunta ofreciéndome su mano en señal de ayuda.

¿Que si quiero despertar? Lógicamente sí, quiero salir de esta pesadilla ya. Sin pensarlo dos veces le doy la mano. Acto seguido

abro los ojos. Me despierto de mi sueño.

CAPÍTULO 3

Me despierto con un sobresalto, esperando encontrarme en el pequeño y desordenado apartamento de Oslo, pero lo que me rodea es completamente diferente. Mi corazón late con fuerza mientras mis ojos se ajustan a la penumbra. El silencio y la creciente oscuridad me atenazan los nervios. La habitación en la que estoy es inmensa, las paredes parecen estar hechas de piedra lisa, fría al tacto, pero pulida como si hubieran sido moldeadas por manos expertas hace siglos. La dependencia está iluminada por una luz suave que emana de una serie de antorchas colgadas en soportes de hierro forjado. Estas antorchas no arden con fuego normal; su luz es de un azul suave, casi espectral, y llena la habitación con un brillo misterioso que parece moverse y danzar en las sombras.

El techo es alto, arqueado, y está decorado con intrincados grabados que representan escenas de batallas antiguas. Valquirias montadas en caballos alados, guerreros caídos siendo llevados al cielo, y enormes dragones serpenteando entre las nubes. Todo parece cobrar vida bajo la tenue luz azulada. Es como si las escenas quisieran contarme historias que no entiendo del todo, pero que me resultan inquietantemente familiares.

En un rincón de la habitación, hay una gran cama cubierta con pieles blancas y grises, suaves y cálidas al tacto, como si alguien

hubiera preparado este lugar con cuidado. A un lado de la cama, se destaca un cofre de madera tallada con extraños símbolos que no reconozco, y una armadura brillante, hecha de un metal que parece plata, pero que irradia una energía que nunca antes había sentido.

El suelo está cubierto por alfombras gruesas, ricamente decoradas con patrones geométricos y colores apagados que parecen cambiar dependiendo de cómo les da la luz. La habitación tiene un aire de grandeza y antigüedad, pero también una sensación de poder contenida, como si este lugar hubiera sido diseñado para albergar a guerreros de leyenda. ¿Por qué estoy aquí? Esto tiene que ser un sueño…: no hay otra posible explicación.

Respiro hondo, sintiendo un aroma fresco y ligeramente dulzón, como una mezcla de hierbas y flores de un prado lejano. Hay una calma en el aire, una quietud que contrasta con la inquietud que me consume. ¿Dónde estoy? ¿Cómo llegué aquí?

Me acerco a la única ventana que hay, cubierta con pesadas cortinas de terciopelo oscuro. Las abro lentamente, esperando ver la familiar vista de la ciudad…, pero lo que veo me deja sin aliento. Afuera, el cielo es vasto y parece extenderse eternamente, con tonos de azul profundo y nubes que se mueven con una serenidad casi hipnótica. No hay rastro de la ciudad, de sus luces ni de su ruido.

—Veo que por fin has abierto los ojos, Brunilda, ¿qué tal te encuentras?

Una mujer alta, con cabello rubio plateado y unos penetrantes ojos azules se acerca a mí. Lleva consigo ropa, la cual entiendo que es para mí porque apenas llevo una larga blusa color *beige* que transparenta todos mis encantos. Intento mantener la calma,

contener mi histeria para poder entender dónde narices estoy. Lo siento, pero yo no soy así. No puedo quedarme aquí, en un sitio que no conozco, además, ¿y si sigo soñando?

Empiezo a pellizcarme como una energúmena, con la intención de volver a mi hogar junto a Aksel. Es inútil, el resultado de mi histeria termina siendo unos cardenales violetas que me van a hacer recordar mi estupidez unos días. Mi mente empieza a maquinar, a desarrollar diferentes estrategias para irme de aquí. Sin dudarlo, me levanto con lo que llevo puesto, una ridícula bata beige y salgo despavorida, dejando a la rubia de bote con la boca abierta.

Según salgo de la habitación me encuentro unas escaleras, intento ir, como es lógico, hacia abajo que es donde, por regla general, suele estar la salida pero oigo voces de más mujeres. Mierda. Empiezo a subir todo lo rápido que mis pequeñas piernas me permiten y después de aguantar el flato que me acuchilla los pulmones, llego a una azotea.

Entonces lo veo. No estoy en Oslo.

El mundo que me rodea ahora no es nada parecido a lo que conocía. Este mundo es arcaico, con casas de madera y paja, caballos, carruajes y un hedor a mierda que me obliga a taparme la boca con la mano hasta que minutos después me acostumbro.

—¿No pensarás tirarte, verdad? —me dice la señorita, por llamarla de alguna manera, que me ha despertado—. Brunilda, no hagas tonterías. Deja que te explique todo —implora aparentando tranquilidad.

—Primero de todo, no me llamo Brunilda, yo soy Hella. Soy de Dinamarca y estaba de viaje en Oslo con mi pareja, ¿se puede saber

dónde diantres estoy ahora? —pregunto levantando la voz más de lo que me gustaría reconocer.

—Brunilda te has despertado, lo que comentas era tu sueño. La realidad es esta. —explica la rubia intentando tranquilizarme. Al ver que no salgo de mi estado de *shock* y que no reacciono, sigue hablando—: Te llamas Brunilda, eres una de las valquirias más poderosas de nuestro círculo. Hace años cometiste un error que Odín no supo perdonarte y te sumió en un sueño dentro de un anillo de fuego. No te despertaría hasta que te necesitáramos. Entiendo tu estupefacción y la negativa a creer lo que te estoy diciendo —sigue narrando lo que al parecer es mi historia.

—¿Pero qué vas a entender? ¿Esto es una broma? Me estais vacilando, ¿verdad? —grito echando las manos a la cabeza, desesperada—. ¡Odín, sinvergüenza! Si eres ese dios todopoderoso que dicen que eres, ten el valor de venir aquí, enfréntate a mí si tienes lo que hay que tener… —amenazo al dios con una piedra en la mano como arma, mientras miro al cielo despejado con la inútil esperanza de que el dios aparezca.

Nada ocurre. Nadie viene en mi ayuda. A cambio, las carcajadas de Sigrdrifa retumban en las paredes de la azotea haciéndome sentir una completa estúpida. ¿Qué narices estoy haciendo? Las piernas me flaquean, la cabeza me da vueltas y siento que me voy a desmayar por el torbellino de emociones que se arremolinan en mi estómago ahora mismo.

—Tengo que admitir que no sé lo que se siente. Nunca he estado en tu lugar. Lo que sí te puedo decir es que hoy nos han masacrado. El ejército de Hel, la diosa del inframundo, nos ha atacado dejando a muchas personas heridas y un sinfín de

cadáveres en el camino —explica la rubia reflejando un claro dolor en su tono de voz—. Te necesitamos, sé que es complicado, pero dame una oportunidad. Bríndame un día para enseñarte tu mundo, por favor. No creo que Odín te vuelva a dormir y tardarás en verlo de nuevo. Te aconsejo que intentes mantener una visión abierta y serena, aunque sea tremendamente complicado —explica intentando que vuelva en dirección a la habitación.

—¿Me estás diciendo que mi vida no existe y que, por el contrario, soy una valquiria? Esto tiene que ser una jodida broma. Yo soy Hella, soy una simple universitaria. Por el amor de dios, si parece que estoy en una maldita película de Marvel… —expreso estupefacta, sin moverme ni un ápice de mi sitio. Cada una de mis fibras quiere salir corriendo pero la cuestión es ¿a dónde?

—Sí, de nuevo, entiendo que es difícil pero eres una de las valquirias más poderosas y te necesitamos. Por eso es fundamental que recuperes tus sesiones de entrenamiento y así, recuerdes quién eres —expone la mujer con calma.

—¿No puedo volver a mi sueño? Te aseguro que yo no tengo ni idea ni de luchar ni de nada que supuestamente hagáis vosotras.

—Solo Odín puede devolverte a tu sueño y, por ahora, nos necesita a todas. Sobre todo te necesita a ti, a su mejor guerrera. No hay tiempo que perder. Toma, vístete y vamos a comer algo. Con el estómago lleno las cosas se ven siempre de otra manera.

Por ahora, decido volver a la habitación con el único objetivo de conseguir algo de ropa y un arma más letal que una maldita e inútil piedra. Sigrdrifa me deja sola en la sala, prometiendo estar en la entrada esperándome. Actúo como un robot, de manera automática,

sin pensar realmente en la realidad virtual en la que parezco estar sumergida. Me pongo unos pantalones de cuero marrones que parecen ajustarse a mi cuerpo a la perfección y una blusa ancha de algodón blanca. Mientras me visto, me fijo en el tatuaje que vi anoche en mis costillas, sigue ahí, pero desaparece cada vez que intento acariciarlo. No entiendo muy bien el mecanismo de este maldito truco de magia pero, para ser sinceros, el tatuaje es lo que menos me preocupa ahora mismo.

No pretendo acostumbrarme a esta realidad y estoy segura de que arreglaré esto según vea a ese tal Odín, pero en una cosa tiene razón la rubia, las cosas se ven diferente con el estómago lleno.

Según salgo Sigrdrifa me guía hasta lo que supuestamente es el comedor de las valquirias. No sé si esto es una broma o no, pero esto está lleno de rubias que parecen haberse metido esteroides con los cereales del desayuno. El espacio es inmenso, con largas mesas de madera oscura que se extienden de un extremo al otro. Las mesas están decoradas con candelabros de bronce. El techo es alto y abovedado, decorado con enormes vigas de madera, y colgando de ellas hay estandartes con símbolos antiguos que sigo sin reconocer.

En una mesa central, una valquiria imponente con una presencia casi etérea, me sonríe al verme entrar. Su armadura brillante contrasta con la sencillez de su gesto mientras me indica que me siente. Asiento obediente, incapaz de articular palabra y me acomodo en uno de los bancos de madera. Al momento noto que está cubierto con pieles suaves y cálidas, pensadas para ofrecer comodidad después de un largo día de entrenamiento o batalla.

Sigrdrifa me sirve un plato de comida con una destreza y elegancia que me sorprenden. El plato frente a mí es una mezcla de colores y texturas: trozos de carne asada, oscuros y jugosos, que huelen a una mezcla de hierbas y humo. A un lado, un guiso espeso hecho de cebada, tubérculos y lo que parecen ser setas silvestres, todo cocido lentamente en un caldo que huele a la tierra misma, reconfortante y sustancioso.

Al otro lado del plato, hay una generosa porción de pan de centeno, denso y oscuro, con una corteza crujiente que se rompe fácilmente entre mis dedos. Sigrdrífa me sirve también una taza de hidromiel, su aroma dulce y fuerte llena el aire mientras lo vierte en una copa de madera tallada. Sonrío, agradecida, cuando me doy cuenta de que no hay rastro de pescado gelatinoso en la mesa. Algo es algo.

—Gracias, Sigrdrifa —siseo; mi voz es un poco más débil de lo que esperaba, mientras tomo un bocado de carne asada.

Me permito un momento para disfrutar de la comida, saboreando cada bocado, sintiendo cómo mi cuerpo se relaja con cada sorbo de hidromiel. La paz que la comida y la hidromiel me aportan no es más que momentánea, puesto que la valquiria que me ha ofrecido asiento se presenta sin dejarme casi probar un bocado.

— ¡Ya era hora de tenerte de vuelta! No te acordarás, pero soy Grunnr, la líder de las valquirias. Bienvenida a casa, Brunilda — comenta entusiasmada mientras choca su cuerno lleno de hidromiel con el mío.

—Soy Hella, no Brunilda. Encantada, supongo. Por cierto, necesito hablar con ese tal Odín y decirle un par de cositas —

expongo con determinación mis intenciones para terminar cuanto antes con esta farsa.

Sin embargo, parece que acabo de contar un chiste porque todas las valquirias a mi alrededor se parten de risa. De repente me siento pequeña, me entran ganas de llorar, de meterme en la cama y no salir nunca más. No puedo creer que me encuentre aquí, tengo que hacer de tripas corazón para mantenerme seria, impertérrita.

—Lo lamento, querida, pero ahora toca entrenar. Coge fuerzas y aliméntate, comenzaremos enseñándote tu hogar y sus normas. Después, recibirás tu primera clase de hípica, a ver si reconoces a tu corcel —responde Grunnr aguantándose la risa.

¿Corcel? ¿Un caballo? ¿En serio? Válgame, señor… Tendré que seguirles el juego hasta que tenga oportunidad de ver al dios este y suplicarle que me lleve de vuelta a casa. Por ahora, me dispongo a disfrutar de mi comida en paz y sin hablar con nadie más. Bastante ridículo parece que he hecho ya.

CAPÍTULO 4

Tampoco es que me dé tiempo a comer demasiado. Calculo que unos quince minutos después de dar el primer bocado, Grunnr me agarra del brazo y, antes de que pueda protestar, me arrastra fuera del comedor. Apenas tengo tiempo de echar una última mirada a la mesa antes de que me obligue a seguirla por los pasillos del edificio.

Este lugar es una fortaleza imponente, con muros de piedra gruesa que parecen haber sido esculpidos por manos divinas. Mientras Grunnr me guía con paso firme, pasamos por lo que parece ser un gran salón. Apenas alcanzo a ver su interior, pero intuyo que es un espacio grandioso, lleno de historia. Grandes puertas de madera tallada lo encierran y, aunque estoy intrigada por lo que podría haber dentro, Grunnr no me da tiempo a detenerme.

—Bueno, ya has conocido las habitaciones, el comedor y el gran salón. Ahora visitaremos la biblioteca y la enfermería —expone sin dejar de andar.

Después de recorrer varios pasillos y soportar las miradas curiosas de muchas valquirias, llegamos a la biblioteca. Tan pronto como doy los primeros pasos dentro del habitáculo, me envuelve el olor a madera vieja y cuero. Los estantes son enormes, hechos de robustos troncos tallados, y están llenos de pergaminos y tablillas, algunos aún húmedos de tinta fresca. Las ventanas son pequeñas,

dejando entrar solo un hilo de luz que parece luchar contra la penumbra de este lugar sagrado. Aquí no hay silencio absoluto, sino un eco constante, como si las palabras en los textos vibraran en el aire.

Me siento extraña. Este lugar está lleno de un conocimiento antiguo, casi olvidado. Me atrae y, a la vez, me inquieta. Hay algo poderoso en estas paredes, algo que espera ser desenterrado, y mi corazón late más rápido. Es como si una fuerza invisible me invitara a descubrir secretos, pero también a recordar que no soy la única que camina entre estas sombras.

—Por tu cara parece que es el lugar que más te ha gustado hasta ahora… —comenta Grunnr.

—Siempre me han llamado la atención los libros… —respondo sin querer darle demasiadas explicaciones sobre mi vida y mis gustos.

—Pues siento decirte que nuestro horario es muy estricto, no hay mucho espacio para el tiempo libre. Os levantáis a las siete de la mañana, desayunáis y entrenáis. Coméis en una hora y media y volvéis a entrenar. A partir de las siete de la tarde sois libres de hacer lo que queráis siempre que no salgáis de nuestro pequeño pueblo valquirio. De modo que, si quieres esconderte en la biblioteca, debe ser a partir de las siete de la tarde, no antes —explica con determinación Grunnr.

—¿No podemos salir de aquí? ¿Nunca? Pero qué narices… ¿Qué es esto, una cárcel? —exclamo sorprendida y a la vez agobiada al sentir que no volveré a salir de este lugar.

—Vuestro deber es entrenar y luchar para dar el mejor servicio a Odín, el resto de las cosas son banalidades. Además, nunca jamás se desobedece a tu superior, a tu líder, a mí. Tenlo en cuenta o las consecuencias serán muy dolorosas.

No respondo. En su lugar, resoplo y sigo adelante en dirección a lo que parece ser la enfermería. El hedor que desprende desde fuera ya es horrible; es una mezcla de sangre, orina, barro y… muerte. Me dan ganas de vomitar pero me giro sobre mí misma para olvidar ese hedor y lo que significa.

—Ya sé dónde está la enfermería, sigamos —sentencio con el objetivo de que Grunnr comprenda que no estoy preparada para enfrentarme a las penurias que se encuentran dentro de la enfermería.

Salimos al exterior, y el aire fresco me golpea de inmediato. El sol está bajo, tiñendo el cielo de un dorado profundo. Frente a nosotras, un establo imponente se erige en la distancia, rodeado de un campo verde y brillante que parece extenderse hasta el horizonte. El establo es grande, hecho de madera oscura.

Nos acercamos y, cuando llegamos a la entrada, Grunnr me suelta. Dentro del establo, hay diez caballos, cada uno en su corral individual. Son magníficos, de un porte majestuoso, pero me llama la atención que ninguno de ellos tiene alas visibles, lo cual me desconcierta. ¿Acaso no se supone que estos son los corceles alados de las valquirias?

—Debes observar a cada uno a los ojos, cuando encuentres al tuyo lo sabrás —declara Grunnr con seriedad.

Aunque me parece una tontería, obedezco sin discutir. Me acerco al primer corral, y miro al caballo a los ojos. Nada sucede. Paso al siguiente, luego al siguiente, pero no siento ninguna conexión especial.

Voy pasando de establo en establo, mirándolos a los ojos, pero la sensación de estar fuera de lugar crece con cada intento fallido. Me acerco al octavo caballo con la misma falta de esperanza que me ha acompañado durante todo el proceso, pero cuando nuestras miradas se cruzan, algo cambia. Su mirada es intensa, profunda, y de repente me siento atrapada en un torbellino de recuerdos que no sabía que existían.

En su mirada veo imágenes de nosotros dos cabalgando juntos sobre las nubes, sintiendo el viento en nuestro rostro y el sol en nuestra espalda. Es como si hubiera compartido miles de aventuras con este caballo, aunque no puedo recordar ninguna con claridad.

De repente, el caballo despliega sus alas, que surgen de su cuerpo con un brillo resplandeciente, llenando el establo con su luz. Son enormes, cubiertas por plumas doradas y plateadas que se extienden majestuosamente hacia el cielo. Es un espectáculo que me deja sin aliento.

—No hay tiempo que perder. Debes sellar de nuevo el vínculo. —Grunnr me empuja hacia adelante.

—¿Pero no se le pone una silla de montar o algo? —pregunto aturdida, mirando a Grunnr. Pero ella simplemente niega con la cabeza.

No tengo otra opción. Me acerco al caballo, con el corazón latiendo con fuerza. Subo a su lomo, sintiendo la suavidad de su

pelaje bajo mis manos, y me aferro a su crin mientras se prepara para galopar. El movimiento es brusco, con cada salto que sufro al cabalgar me siento menos cómoda, pero de alguna manera, sé que puedo hacerlo. Es desconcertante, pero algo en mi interior me dice que soy capaz. En el momento en el que me he subido al caballo, un cosquilleo me ha recorrido las costillas y, aunque no pueda verlo ni acariciarlo, algo dentro de mí me dice que el tatuaje… ¿ha despertado?

Sin darme los momentos que necesito para analizar mi tatuaje mágico (como he decidido apodarlo mientras descubro qué es), el caballo empieza a ascender. El suelo se aleja rápidamente y el miedo me golpea de inmediato, subiendo por mi garganta como un grito que no me atrevo a soltar. Me aferro con todas mis fuerzas a la crin del caballo, viendo cómo el mundo debajo de nosotros se convierte en un borrón apenas visible.

Le cedo el mando al instinto y me dejo llevar. A medida que subimos más alto, avanzando hacia las nubes, algo dentro de mí comienza a cambiar. La sensación se vuelve extrañamente familiar, como si hubiera hecho esto miles de veces antes. Tantos recuerdos, sensaciones me desconciertan. Antes de retroalimentar negativamente mi cabeza (como siempre), el viento en mi rostro y la libertad de volar me relajan. Poco a poco, empiezo a disfrutar del vuelo.

—Bienvenida, mi ama —dice una voz en mi mente. Es profunda, tranquila, pero llena de una calidez que me hace sentir segura—. Soy Valiente, tu corcel. Te he echado de menos.

Casi me detengo en seco. ¿Estoy hablando con él?

—Encantada de conocerte, Valiente —contesto, aunque la confusión sigue presente en mi voz—. Lo siento…, no recuerdo haberte conocido antes.

Valiente no responde de inmediato. En su lugar, hay un silencio cómodo, lleno de comprensión. Seguimos volando juntos, cada vez más alto, cada vez más lejos, sin nadie más que nos moleste. El viento me envuelve con una fuerza que jamás había experimentado. La sensación de altura, de libertad, es abrumadora y casi irreal. Siento el poder de Valiente debajo de mí, sus músculos tensándose y relajándose con cada batir de sus alas, llevándonos más alto, más lejos.

El mundo se extiende en todas direcciones, un vasto mar de nubes y cielo que parece no tener fin. Es mi primer vuelo, y la inmensidad de lo que estamos haciendo me deja sin aliento. Pero no es miedo lo que siento, sino una emoción pura, una fuerza que nace desde lo más profundo de mí.

Valiente y yo, estamos conectados de una manera que trasciende las palabras. No necesito darle instrucciones; él siente mis deseos, mis intenciones, y responde con una precisión perfecta. Es como si nuestros corazones latieran al mismo ritmo, como si nuestras almas estuvieran entrelazadas. No sabía que tal conexión era posible, y ahora que la experimento, es como si hubiera encontrado una parte de mí que siempre había estado perdida. Dormida. Agazapada. Esperando el momento adecuado para despertar.

El viento es frío, pero el vínculo que comparto con Valiente es cálido, reconfortante, como un fuego que arde en mi pecho. A través de él, siento su fuerza, su lealtad, su instinto protector. Y sé que él

siente lo mismo en mí: la determinación, la necesidad de huir, de descubrir cómo he llegado aquí y cómo puedo volver a mi hogar. En este vuelo, no hay dudas, no hay miedos, solo una confianza mutua que crece con cada segundo que pasamos en el aire.

Mientras nos elevamos aún más, por encima de las nubes, este nuevo y extraño reino se convierte en un brillante paisaje dorado bajo nuestros pies, pequeño y distante. Pero en lugar de sentirme apartada de él, siento que por primera vez lo veo realmente, lo comprendo en su totalidad. Desde aquí arriba, las preocupaciones y los conflictos parecen insignificantes, y lo que realmente importa es esta libertad, este vínculo indestructible entre Valiente y yo.

El tiempo pasa en un abrir y cerrar de ojos cuando estás en el cielo y según aterrizamos de nuevo en suelo valquirio, la mirada inquisidora de Grunnr me hace comprender que he hecho algo mal.

—Llevas dos horas volando con Valiente. ¿Te parece normal? —me echa en cara sin sutilezas.

—¿Quieres saber la verdad? No soy consciente de lo que es normal o no aquí, así que, si me preguntas si he disfrutado, mi respuesta es que sí, mucho —sentencio tajante.

—Pronto se te van a bajar esos humos, morenita —me dice guiándome a lo que parece ser mi nuevo propósito.

—Lo que tú digas, rubita… —respondo sin mirarla tan siquiera a la cara.

Me quedo pensando en mi apodo, "*morenita",* y en realidad soy la única morena de aquí. Todas las valquirias que veo son altas, musculosas, rubias y con ojos claros; bien azules o verdes. Yo soy todo lo contrario, soy más bien flaca, morena, con ojos almendrados

y bajita, no mediré más de metro sesenta. Maravilloso, soy la antítesis de una valquiria.

—Te iba a dejar un día de descanso, pero viendo tu temperamento y desobediencia, no me dejas otra opción. El primer entrenamiento empieza ahora, ponte a correr alrededor del circuito. Pararás cuando yo te lo ordene —grita con firmeza.

—Tú flipas, no pienso ponerme a correr, ¿quién te crees que eres? No pienso hacer absolutamente nada hasta que vea a ese tal Odín, y tú no eres nadie para mandarme. ¿Es que estáis todas locas en este pueblo? —bramo montando un escándalo mientras todas las valquirias se giran y detienen su entrenamiento para observarme.

—Mira, morenita, llevo aguantando muchas faltas de respeto por tu parte. Entiendo que estés confundida, pero eres Brunilda, una de las valquirias más poderosas y es tu deber entrenar y recuperar esa fuerza que una vez tuviste. Por mucho que valore quién eres en realidad, una falta de respeto más y te sentenciaré a cincuenta latigazos. Ahora ponte a correr o te arrepentirás.

Algo me dice que me mantenga en silencio, que afloje y que por esta vez la haga caso. Las valquirias alrededor de mí tienen tal cara de sorpresa que eso me hace sentirme en la obligación de correr. Por lo que parece, Grunnr no debe amenazar a la gente con darle latigazos muy a menudo, y menos cincuenta. Si quiero salir de aquí, tengo que cambiar la estrategia. Está claro que no puedo enfrentarme a ellas.

Grunnr no parece tener ni un ápice de compasión en su ser. Mis músculos, todavía tensos por la cabalgata aérea y la discusión con la líder, comienzan a arder mientras empiezo a correr. Por mucho que

intento hacer memoria, no recuerdo cuándo fue la última vez que hice algo de ejercicio. En unas horas las agujetas me van a matar…

—No aflojes la marcha, Brunilda, he dicho a correr, no a trotar. Por Freya, menos mal que tenemos tiempo hasta que Odín venga para hacer de ti la guerrera que una vez fuiste —comenta exasperada la líder de las valquirias.

—¿Cuándo va a suceder eso? —vocalizo apenas sin aliento.

—Cuando puedas hablar mientras corres a toda velocidad —añade con deje burlón.

Estoy cansada de que se ría de mí, de que piense que es capaz de ordenar, burlarse y gritar a todo el mundo sin consecuencias. Yo no les pertenezco y nadie tiene derecho a hablarme como le de la real gana. Si quiero hablar con Odín, lo voy a hacer. Mi cabeza empieza a retroalimentarse de forma negativa y explosiva (como siempre), el bombeo acelerado de mi corazón por correr demasiado tampoco ayuda y exploto con Grunnr.

—Deja de mandarme, deja de sentirte superior a mí, rubia de mierda. Quiero hablar con Odín ahora o juro que voy a mataros a todas —grito sumida en una locura y necesidad como nunca antes había experimentado.

Sé que no estoy en mis cabales, que esta extrema situación me está llevando a actuar de una manera intensa, desenfrenada y caótica pero es la única solución que veo para salir de aquí. Si ese tal Odín puede devolverme a Oslo con mi novio, haré lo que haga falta para conseguirlo.

—¿Cómo tengo que explicarte que a Odín le das exactamente igual? No vendrá hasta que todas estemos preparadas. ¿Quieres

verlo? Entrena, sufre y aprende, entonces podrás pedirle todo lo que quieras —responde, esta vez seria y tajante. Me da la impresión de que está aguantando las ganas de darme ella misma esos latigazos.

Me veo obligada a callar y a obedecer, aunque me hierva la sangre. Me pongo a hacer estiramientos que ponen a prueba cada fibra de mi cuerpo, a estirar al máximo unos músculos que nunca han sido ejercitados. Las dos horas se sienten interminables y mi mente empieza a flaquear. Pero Grunnr no se inmuta. Su rostro sigue tan impasible como siempre, sin mostrar ni un atisbo de humanidad. Finalmente, cuando por fin me permite detenerme, mi cuerpo está empapado en sudor y mis piernas tiemblan bajo mi peso.

—Puedes ir a ducharte —dice Grunnr, con la misma dureza en su voz. Como si supiera donde están las duchas…—. Pero no te acostumbres a este entrenamiento. Esto solo ha sido un preámbulo de lo que tendrás mañana. —Mi vida mejora por momentos.

Después de media hora deambulando por el pequeño pueblo de las guerreras, encuentro la zona de aseo. Al entrar en la ducha, el alivio es casi inmediato. El agua caliente cae sobre mí, relajando mis músculos doloridos y llevándose la tensión acumulada. Por primera vez desde que desperté en este lugar extraño, me siento verdaderamente sola, pero en el buen sentido de la palabra. Solo el sonido del agua cayendo, el vapor envolviéndome, y mis pensamientos, que se desvanecen poco a poco.

Pero, claro, mi momento de soledad no dura mucho. La puerta de la ducha se abre de golpe y, para mi sorpresa, es Sigrdrifa, la misma chica que me despertó esta mañana. Aparece completamente desnuda. Sin ninguna ceremonia, entra en la ducha junto a mí.

—Las duchas son comunes, siento estropear tu momento de paz —dice con una sonrisa despreocupada, como si esto fuera lo más natural del mundo.

Maravilloso. Todo lo que necesito después de un entrenamiento agotador es compañía inesperada en lo que debería ser un momento privado. Intento mantener la compostura, pero no puedo evitar sentirme un poco invadida.

—Supongo que aquí no hay mucho espacio para la privacidad —murmuro, intentando sonar más relajada de lo que realmente me siento.

Sigrdrifa simplemente se ríe, lavándose con la misma naturalidad que si estuviera sola.

—Nosotras, las valquirias, compartimos todo. La privacidad es un lujo para los mortales, no para nosotras —su tono es amistoso, casi como si estuviera tratando de hacerme sentir cómoda, pero su comentario solo me recuerda cuán diferente es este mundo del que estoy acostumbrada.

Intento enfocarme en la sensación del agua caliente y dejar de lado el hecho de que no estoy sola. Es un pequeño sacrificio en comparación con todo lo que he vivido hoy. Cuando por fin termino, me siento un poco más humana, aunque el peso de lo que me espera mañana sigue latente en el fondo de mi mente.

Según me tumbo en la cama, porque no, ni ganas tengo de comer de lo atrofiados y doloridos que tengo los músculos, siento que voy a caer en un profundo sueño. De repente un rayo de esperanza surca mi mente: ¿y si me duermo y aparezco en Oslo? Igual, si lo pienso con todas mis fuerzas, sucede.

Echo de menos a Aksel, no quiero ni pensar en cómo se habrá puesto al despertar y ver que no estoy. Solo de imaginar el espectáculo que estará montando llamando a todos los policías para buscarme me hace temblar. Tengo que volver, tengo que desear volver. Con ese pensamiento latiendo fervientemente en mi interior me duermo.

Ojalá nunca vuelva a despertar en este maldito pueblo.

CAPÍTULO 5

Abro los ojos con la esperanza de quizás ver a Aksel al otro lado de la cama, confío con todas mis fuerzas en que esto solo ha sido una pesadilla y nada ha ocurrido. Qué ilusa. Me despierto en la misma habitación en la que amanecí ayer. Una jaula valquiria. Me rodean todo el lujo de las pieles, pero es una jaula al fin y al cabo, de la que sospecho, no podré salir en mucho tiempo.

Me pongo la misma vestimenta que ayer, parece que estas guerreras tienen miles de pantalones de cuero y blusas de algodón, puesto que siempre llevan el mismo uniforme arcaico y poco femenino. Con el cuerpo entumecido y dolorido, me dirijo maldiciendo por lo bajo a los pocos sitios en los que me siento cómoda: el comedor. Aunque me he despertado muy pronto, ya encuentro alguna que otra valquiria desayunando. Me siento junto a Sigrdrifa, que me sonríe como siempre, con esa cara de simpatía que oculta algo.

Una de las valquirias me ofrece un plato de desayuno, y me doy cuenta de lo hambrienta que estoy. El desayuno es una sencilla, pero abundante comida nórdica: pan de centeno denso y oscuro, untado con mantequilla espesa y acompañado de queso curado, fuerte y ligeramente salado. También hay un cuenco de avena cocida, endulzada con miel y mezclada con nueces y frutos secos. A

un lado, un vaso de leche, probablemente de cabra, y una pequeña jarra de hidromiel. Es una comida diseñada para dar energía, y la verdad, lo necesito desesperadamente. Mientras como, la valquiria que me acaba de servir me mira con un gesto casi maternal.

—No será fácil —dice, con una voz que es firme, pero no demasiado dura—, pero tienes la fuerza dentro de ti, solo debes recordarla. Hoy será difícil, pero no imposible. —Termina alejándose para servir al resto de mujeres que entran poco a poco al comedor.

Asiento, intentando absorber algo de su confianza, aunque la idea de largarme de aquí según pueda sigue gritando desconsoladamente desde lo más profundo de mi ser. Me termino el desayuno rápido, agradeciendo que al menos la comida me da un poco de consuelo en este lugar implacable. Cuando termino, me dirijo con Sigrdrifa hacia la zona de entrenamiento. Mi corazón late más rápido con cada paso que damos.

Al llegar, siento que el aire se me escapa del cuerpo. Ante mí, se despliega un circuito de entrenamiento que parece sacado de una pesadilla. Si el *crossfit* es una prueba de resistencia, esto es una verdadera tortura.

El circuito empieza con una serie de obstáculos de madera y cuerda, todos ellos diseñados para poner a prueba la agilidad y la fuerza. Hay muros altísimos que deben ser escalados, cuerdas colgantes que exigen balance y fuerza en los brazos, y estructuras que parecen laberintos retorcidos que exigen fortaleza y flexibilidad. Más allá, veo un foso de barro espeso, que hay que cruzar arrastrándose bajo alambres de púas que apenas dejan espacio para respirar.

Después del foso, el circuito se vuelve aún más brutal. Una serie de pesadas rocas deben ser levantadas y transportadas a través de un terreno desigual. Luego, están los troncos que hay que arrastrar y, lo peor de todo, una serie de colinas empinadas que deben ser subidas y bajadas corriendo, una y otra vez.

Al final del circuito, se encuentra la última prueba. Una arena de combate, donde las valquirias se enfrentan en combates cuerpo a cuerpo. Allí, esperando, veo a una guerrera que parece un verdadero toro, tan musculosa que sus brazos parecen troncos. Su nombre es Satiara, y solo su presencia me hace sentir pequeña y débil. El nudo en mi estómago se aprieta y una ola de miedo se apodera de mí. ¿Cómo se supone que voy a sobrevivir a esto?

Sigrdrifa se da cuenta de mi miedo y se acerca a mí.

—No te preocupes —dice con calma—. Solo sigue mis movimientos. Mantente cerca de mí y hazlo lo mejor que puedas.

No estoy muy convencida, pero no tengo otra opción. Comenzamos el circuito, y desde el primer obstáculo, me doy cuenta de lo mal preparada que estoy. Me caigo al intentar trepar el primer muro, resbalando torpemente por la cuerda. Cada obstáculo es una lucha y, aunque trato de seguir a Sigrdrifa, mi cuerpo no responde como debería.

Cuando llegamos al foso de barro, ya estoy cubierta de arañazos y magulladuras. Me arrastro bajo los alambres de púas sintiendo el barro frío y pegajoso en mi piel, pero apenas me levanto del foso cuando un tirón en mi pierna me hace tropezar y caer de nuevo. Mis músculos arden y apenas puedo mantenerme en pie. Me siento

desfallecer, estoy agotada y desesperada. No sirvo para esto. Esta no es mi vida. Yo no debería estar aquí.

Finalmente, mientras soporto mi desesperación, llegamos a la arena de combate. Satiara me mira con una mezcla de desdén y aburrimiento.

—No te pareces en nada a la valquiria que una vez fuiste —dice, sus palabras son tan hirientes como imagino que serán sus músculos. No sé cómo responderle y antes de que pueda procesar lo que ha dicho, el combate comienza.

Los primeros golpes me llegan antes de que pueda reaccionar. Satiara es rápida y fuerte y, aunque trato de defenderme, cada intento es inútil. Me golpea con una fuerza que me hace ver las estrellas y siento el impacto en cada parte de mi cuerpo. Apenas logro mantenerme en pie. Cuando finalmente caigo, Sigrdrifa me ayuda a levantarme, pero sé que he fallado completamente. Satiara me mira con frialdad, y puedo ver la decepción en sus ojos. No soy lo que esperaba y, la verdad, tampoco me sorprende.

Me marcho del entrenamiento hecha una furia, llena de impotencia. Las lágrimas salen de mis ojos sin remedio. No soy una valquiria, no he hecho deporte en mi vida, ¿cómo pretendo superar esto? ¿Por qué tengo que hacerlo? Yo no pertenezco a este mundo, no soy como ellas y, ¡qué narices!, no quiero ser como ellas.

—Debes hacer caso a tu fuerza interior —me comenta Grunnr mientras me sirve un plato de sopa y una rebanada de pan—. Ahora estás haciendo uso de tu fuerza humana, tienes que adentrarte más allá, en tu verdadero interior. Inténtalo dentro de un rato, durante la tarde.

—¿Hay que seguir entrenando por la tarde? —pregunto sintiendo que el mundo se me cae a los pies.

—Solo combates cuerpo a cuerpo contra Satiara, no es para tanto. —Y dándome una palmadita en la espalda se aleja.

Suspiro resignada y me como la sopa. Adentrarme en mi interior, parece una frase sacada de una película de *Disney*. En mi interior solo hay miedo, cansancio y morriña, ¿cómo voy a conseguir una fuerza sobrenatural?

Sigrdrifa se me acerca con otro bol de sopa en la mano y me sonríe, cómo no. Se sienta a mi lado y comienza a devorar su comida. Ella ha estado espléndida, ha realizado todo el circuito sin ningún problema. Vamos, que ni se ha despeinado. Quizás, si hablo con ella, si al menos la tengo a ella como amiga, pueda sobrevivir a esto y encontrar una forma de volver.

—¿Tú sabes que es eso de tu fuerza interior? —le pregunto sin mucha esperanza de que sepa contestarme.

—Si te soy sincera, no sé muy bien cómo aconsejarte. A nosotras nos entrenan desde niñas, crecemos utilizando nuestra fuerza sobrehumana. Una forma fácil y rápida de llegar a esa fuerza es utilizando tus sentimientos. Lo más probable es que ahora sientas ira y frustración, utilízalos para sacar todo lo que tengas. Te irá bien, ya la has ganado antes —me comenta guiñandome un ojo.

—Siento que este no es mi lugar. Nunca he luchado, nunca he hecho deporte. Vosotras creéis que soy Brunilda pero no soy más que Hella, una chica normal y corriente. De verdad, estoy desesperada, vais a acabar conmigo… —me desahogo mientras las lágrimas surcan mi rostro.

—Ten más fe en ti misma y, si no, tenla en mí. Confía en lo que te digo. Dentro de ti hay una valquiria deseando sacar todo su potencial. Solo tienes que dejar que salga y volverás a sentirte tú misma.

Por una vez decido hacerle caso, creerme de verdad que en algún momento de mi vida fui la mejor de las valquirias. En cuanto comienza el segundo entrenamiento, me presento voluntaria para combatir contra Satiara. Todas las guerreras me miran con una sonrisa burlona, sin ningún tipo de esperanza. Empiezo a preparar mi mente, llenando de rabia mi interior. Comienzo a recordarme por qué estoy aquí, lo injusto que es y lo sola que me siento. Entonces lo noto, un hilo de energía recorre mi cuerpo y no lo dudo, ataco.

El combate cuerpo a cuerpo está siendo muy difícil, casi imposible pero no ridículo como esta mañana. Mis puñetazos y patadas parecen hacerle algo de daño a la guerrera y, al menos, consigo esquivar gran parte de sus ataques. No me deja *ko*, esta vez me da la mano.

—Vas mejorando, Brunilda, sigue así y lograrás ser quien una vez fuiste —comenta con orgullo.

El resto de las valquirias me aplauden y, por qué no reconocerlo, me siento halagada y algo más tranquila sabiendo que no sigo siendo el hazmerreír de este maldito pueblo. Sin embargo, mi intento por recuperar ese ser que supuestamente una vez fui, hace que el resto de guerreras se cojan demasiadas confianzas.

Todas empiezan a rodearme y a relatar batallas antiguas en las que yo debí de salvar a mucha gente. La atención masiva de mis compañeras hace que me agobie, siento que me falta el aire, siento

que tengo que irme. Necesito encontrar un lugar donde solo esté yo, donde pueda respirar sin sentir el aliento de una de mis compañeras en la nuca.

Este pueblo que parece un campamento de verano femenino está muy bien cuando tienes diez años y quieres hacer amigas, pero a mi edad y en mi estado, es el peor de los castigos. No soy extremadamente sociable, tiendo a ser borde y a decir más con una mirada que con palabras. No encajo en la sociedad del siglo XXI y menos aún en esta. Valoro mucho mi tiempo conmigo misma y hace mucho que no tengo de eso. Necesito un rato, una hora, aunque sea, donde la única respiración que escuche sea la mía y, si de paso, consigo una vía de escape mejor.

En todos los libros de fantasía que he leído, porque sí, soy una lectora que intenta escapar de su deprimente vida social para sumergirse en la vida de cualquier protagonista que no sea yo, siempre hay portales mágicos, puertas que te transportan a otros mundos… ¿Habrá algo de eso aquí? No pierdo nada por intentarlo.

CAPÍTULO 6

Me acerco a los establos, cojo a Valiente que me mira sin entender muy bien a donde vamos, pero haciendo caso omiso a los pensamientos que me transfiere por nuestro vínculo, me subo en él. Empieza a trotar, sin saber muy bien cuál es la dirección que tiene que tomar.

—Vuela, Valiente, vuela —le ordeno sin mirar atrás.

Todas las guerreras me miran estupefactas, creen que estoy huyendo y razón no les falta pero, antes de intentarlo, quiero tomarme un respiro. Solo necesito un rato de paz, sin nadie a mi alrededor. Qué dramáticas, no es para tanto, ni que fuese la primera en hacerlo…

—Mi ama, ¿a dónde queréis dirigiros? —me pregunta Valiente, ya sobrevolando las nubes.

—Necesito un lugar tranquilo donde poder relajarme, ¿se te ocurre algún sitio? —pregunto con intriga.

—Conozco el sitio perfecto, mi ama.

Después de volar durante diez minutos que se me hacen eternos, llegamos. Valiente aterriza suavemente en un claro en medio del bosque. Apenas mis pies tocan el suelo, siento que todo a mi alrededor cambia. El aire es más fresco aquí, lleno de la fragancia

de pinos y tierra húmeda. Un susurro constante de hojas me envuelve, como si el bosque mismo estuviera respirando. Desmonto de Valiente y empiezo a caminar, guiada por un sendero que apenas se ve, oculto entre raíces y musgo. A medida que avanzo, el sonido del agua corriendo se vuelve más claro, hasta que finalmente la veo: la laguna.

Es un lugar que parece sacado de un sueño. La laguna está escondida entre árboles altos y antiguos, cuyas ramas se entrelazan sobre el agua, creando una cúpula natural de hojas verdes y doradas. El agua es cristalina, de un azul profundo en el centro que se aclara en los bordes, reflejando el cielo y las copas de los árboles como un espejo perfecto. Rocas cubiertas de musgo rodean la laguna, algunas sumergidas en el agua, creando pequeñas islas donde descansan libélulas y mariposas.

El sol se filtra a través del dosel de hojas, sus rayos caen como hilos dorados que iluminan pequeñas áreas del agua, haciéndola brillar con destellos de luz. Al acercarme, noto cómo la superficie del agua se ondula suavemente con la brisa, creando patrones que parecen bailar al ritmo del viento. Pequeñas flores silvestres, de colores brillantes, crecen cerca de la orilla, sus pétalos tiemblan como si también estuvieran cautivados por la belleza del lugar.

Todo es tan tranquilo, tan perfecto, que por un momento olvido todo lo demás. Olvido el agotador entrenamiento, las dudas y el miedo. Aquí solo existe la calma, la naturaleza en su estado más puro. Siento una paz que no había experimentado desde que llegué a este extraño mundo.

—Valiente, ¿cómo conociste este lugar? —pregunto maravillada.

—Aquí vi por primera vez a mi amada —responde cabizbajo.

—¿Y dónde está ella ahora? —vuelvo a preguntar a sabiendas que todos los corceles que tenemos son machos.

—Grunnr prohibió las relaciones entre corceles y yeguas durante todo el año menos durante un mes, en primavera. Cree que nos volvemos demasiado protectores con nuestras yeguas y olvidamos lo importante, proteger a nuestras amas.

—De modo que, ¿solo la ves un mes al año? Eso tiene que ser muy duro… —comento poniéndome en su lugar.

—Lo es, pero mejor un mes al año que una vida sin ella. No te apures, te dejaré espacio —termina la conversación alejándose un poco de mí.

Me acerco al borde del agua, agachándome para tocarla. Está fría al principio, pero pronto se siente refrescante, revitalizadora. Valiente se queda atrás, pastando tranquilamente entre los árboles, dándome espacio para disfrutar de este lugar que parece sacado de una leyenda. Me siento en una roca cerca de la orilla, dejando que el silencio me envuelva. Este lugar, esta laguna escondida, parece tener un poder sobre mí, uno que me atrae, que me calma y me hace sentir más conectada que nunca conmigo misma.

Al sentirme en paz, al sentirme por primera vez sola, me derrumbo. Las lágrimas recorren mi cara sin poder controlarlo y mi cuerpo empieza a soltar toda la tensión que empezaba a acumularse. Empiezo a gritar, desconsolada. Necesito soltar toda la ira y la rabia que llevo dentro.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho yo? ¿Quién soy? Todo el mundo parece conocerme a la perfección… La única que no sabe quién es,

la única que se desconoce por completo soy yo misma… Solo quiero volver a casa, recuperar mi vida…, no voy a aguantar, moriré como siga aquí…

Lo he soltado todo, me siento exhausta. No solo el entrenamiento está siendo implacable, el torbellino de sentimientos que afloran a cada segundo dentro de mí me dejan totalmente apagada. Sin pensarlo dos veces, me desvisto dejando la ropa de entrenamiento sobre una de las ramas robustas más cercanas a mí y me sumerjo en el agua. Estoy flotando, dejándome llevar por la corriente suave y refrescante de la laguna. El silencio del bosque se mezcla con el suave susurro del agua. Cierro los ojos, disfrutando del calor del sol en mi piel, del sonido de las aves en la distancia y del olor fresco de la naturaleza que me rodea.

Pero entonces, algo cambia. Un sexto sentido, una especie de intuición, me hace abrir los ojos. Al principio no veo nada, solo el bosque que rodea la laguna, los árboles altos y densos que parecen proteger este lugar. Sin embargo, al girar la cabeza hacia un grupo de árboles a la distancia, lo distingo. Casi puedo ver su oscura sonrisa.

Está de pie, medio oculto entre las sombras de los troncos, como si no quisiera ser visto. Pero nuestras miradas se cruzan y, en ese momento, el mundo parece detenerse, al igual que mi respiración. Es un hombre, esbelto y alto, con el cabello oscuro que cae en suaves ondas alrededor de su rostro. Una ligera barba adorna su mandíbula fuerte, dándole un aire misterioso, casi peligroso. Sus ojos son almendrados, como los míos, de un color oscuro que parece contener secretos.

No se mueve, no dice nada. Simplemente se queda ahí, observando con una intensidad que me hace sentir expuesta, incómoda. Lo que me faltaba, un cotilla queriendo ver a una mujer desnuda. Lo siento mucho, chaval, pero has dado con la mujer equivocada.

—¿Se puede saber qué haces cotilleando? ¡Pervertido! ¡Eso es lo que eres! Vete de aquí antes de que coja mi espada. No dudaré en usarla como no desaparezcas de mi vista de inmediato —escupo con fiereza aun sabiendo que soy una completa inútil con la espada.

Gracias a dios, parece que mi farol ha tenido efecto. Al haber descubierto al mirón de turno, este ha desaparecido. Se ha esfumado al segundo. Menos mal, si hubiese querido aprovecharse de mí, lo hubiese tenido muy fácil. Demasiado.

El baño ya no es tan relajante como antes, ahora me parece peligroso y siniestro. Decido vestirme y volver al que ahora se supone que es mi nuevo hogar. Por mucho que al llegar, Grunnr me echa la bronca y el resto de guerreras me preguntan por mi escapada, soy incapaz de contestar.

Me acuesto en la cama, con los ojos cerrados intentando memorizar cada rasgo de ese hombre. Madre mía, este lugar es más peligroso de lo que pensaba. Por mucho que en un principio me haya negado a entrenar, creo que a partir de ahora me esforzaré más. Si quiero escaparme de aquí, tengo que estar preparada. Hay muchos riesgos que afrontar y tengo que tener algo de conocimiento sobre cómo se defienden las mujeres aquí, si no, podrían herirme o vete tú a saber qué barbaridades podrían hacerme.

La intensidad del día de hoy me ayuda a dormirme sin darle más vueltas a mi pequeño incidente. Me quedo con eso, solo ha sido un leve susto, nada más. No lo volveré a ver e intentaré mantenerme cerca de Valiente si vuelvo a salir del pueblo valquirio. Tema zanjado.

CAPÍTULO 7

El despertar de hoy no difiere demasiado al de ayer. Desayunamos exactamente lo mismo, pero hoy mi objetivo es hacerme la simpática e intentar sonsacar información. Necesito saber más sobre el mundo en el que vivimos, por qué Odín nos necesita a todas y sobre todo a qué nos enfrentamos. Esto significa que tengo que intentar ser agradable, encantadora y sociable. Mis caras deben transmitir simpatía y confianza, y creerme si os digo que para mí es extremadamente difícil.

—Buenos días, chicas, ¿preparadas para el entrenamiento de hoy? —"Madre mía, he sonado ridícula". Sabía yo que esto no iba a funcionar.

—Como siempre, sí, ¿qué tal te encuentras hoy? —pregunta una de las guerreras, llamada Aika.

—Bien, aunque a Grunnr se le ha olvidado explicarme todo lo que tenga que ver con este mundo y los que nos rodean. Supongo que está demasiado ocupada con sus cosas… —Ahí está la primera trampa, a ver si sueltan algo de información.

—Eso es sencillo. Te encuentras en Asgard, el reino de Odín. Además de este, tenemos nueve mundos más, pero solo deben preocuparte dos de ellos —explica Aika.

—Nuestro mayor rival es Nifheilm, el reino de niebla y frío eterno gobernado por Hel, la diosa del inframundo e hija de Loki. Cuando Odín te despertó, nos acababan de atacar. No nos lo esperábamos y fue un caos absoluto. Tarde o temprano tendremos que enfrentarnos a ellos y será catastrófico —comenta otra de las guerreras llamada Ram, totalmente impasible, como si estuviera contando que hoy hace sol.

—El otro mundo que suele tocarnos un poco las narices es Muspelheim, el reino de fuego y lava, habitado por gigantes de fuego. No te preocupes, esos son fáciles de derrotar, aunque después de sus ataques, nos suelen llegar muchos heridos —continúa Aika.

—Debes de saber que nuestro deber en la batalla es curar a los heridos y llevar a los caídos al *Valhalla*. Nunca te permitas sentir pena o empatía por el resto de la gente. Lo prioritario es cumplir las órdenes de tu superior, el resto da igual. Si sigues esta regla, te irá bien —añade tajante Ram.

Mi cabeza intenta conectar y relacionar toda la información que me acaban de dar, intentando entender cada reino y los seres absurdamente mágicos que habitan en él. Recapitulación; hay nueve reinos pero solo nos preocupan dos, al norte la diosa del inframundo y al sur, los gigantes de fuego. Maravilloso, parece que estoy en una película donde *Marvel* y *Tim Burton* han hecho una colaboración destructiva.

—¿Puedo saber qué hizo esa tal Brunilda? —pregunto curiosa.

—Querrás decir lo que hiciste tú hace unos años… —responde de inmediato Ram—. Ya era hora de que sintieras curiosidad por tu

propia identidad. Verás, te criaste como una valquiria, eras la más fuerte y leal de nosotras. Indestructible. Nunca he visto nada igual.

—Qué pena que no me acuerde de absolutamente nada…, es tan surrealista. Todavía no me lo creo. No puedo encajar las dos realidades que tengo delante, son tan diferentes que me cuesta creeros…

—Es normal, date tiempo. Eso sí, no dejes nunca de entrenar. Te vamos a necesitar y estoy segura de que en algún momento Brunilda volverá. Volverás a ser tú misma —me anima Aika.

—Si quieres saber más sobre tu verdadera identidad, recordar o intentarlo al menos, vete a la biblioteca. Aunque te parezca mentira, fuiste tan legendaria que se han escrito libros hablando de tus hazañas. Quizás eso te ayude —me propone Ram.

—Lo haré; gracias, chicas, de verdad.

Me prometo a mí misma indagar más sobre Brunilda, vamos sobre mí misma en teoría y con esa promesa en mente, nos vamos al área de entrenamiento de espadas. Aika se acerca con una espada en la mano, sus ojos reflejan una comprensión que necesito, pero que todavía me cuesta asimilar. Alarga la espada hacia mí, su peso me sorprende al recibirla, pero también hay algo extrañamente familiar en ella, como si alguna vez hubiera sido parte de mí. Siento su energía fluir desde la empuñadura hasta mi brazo, despertando un eco dormido dentro de mí. La espada…, mi espada.

Sigrdrifa me observa desde la distancia, su mirada es firme y esperanzadora. Me dijo que usara estos sentimientos, que no los evitara. El dolor, la ira, la tristeza…: todo se mezcla en mi pecho y estalla como un fuego incontrolable. Me coloco en posición, y frente

a mí aparece la primera guerrera. Su rostro no importa, solo la necesidad de luchar, de sobrevivir.

La espada se siente pesada en mis manos, pero mis movimientos fluyen. Es como si mi cuerpo recordara algo que mi mente ha olvidado. Con el primer espadazo, siento un estallido de energía recorrerme cada músculo. Cada fibra de mi ser se tensa y se suelta en perfecta sincronización. Giro, esquivo, ataco. Mi espada se convierte en una extensión de mí misma, cortando el aire, cortando a mi oponente.

De pronto, ya no es solo una guerrera. Son dos, tres…, cinco. Están rodeándome, atacando desde todos los ángulos. Pero no pienso, no planeo, solo me muevo. Cada giro, cada pirueta salen de mí con una precisión que me sorprende, como si estuviera predestinada a este combate. Siento la fuerza valquiria dentro de mí, despertándose con cada golpe, con cada paso que doy.

Esquivo una estocada por la derecha, giro sobre mí misma, y con un movimiento fluido golpeo a mi oponente en la clavícula, haciéndola retroceder. Sin detenerme, doy un salto hacia atrás para evitar un corte dirigido a mis piernas y en el aire, y giro mi cuerpo para enfrentar a la siguiente guerrera. La espada responde a mi voluntad antes de que siquiera piense en qué hacer, cortando con una precisión letal.

El campo de batalla se desvanece a mi alrededor, solo quedan los sonidos del metal chocando, el aire cortado por las espadas y mi propia respiración. No sé cómo lo estoy haciendo, no lo estoy pensando, solo estoy... siendo.

Mi pecho sube y baja, mi corazón late con furia, y finalmente miro la espada en mi mano. ¿Cómo he podido hacer esto? ¿Cómo he conseguido luchar sin pensar, sin sentir miedo? La respuesta está ahí, en la energía que aún corre por mis venas. No sé cómo ni cuándo, pero la valquiria en mí ha empezado a despertar, como al parecer he hecho yo también en esta nueva vida. Y con ella, una parte de mí que creía perdida para siempre.

Las valquirias a mi alrededor estallan en vítores, sus voces fuertes y llenas de admiración resuenan en el vasto campo de entrenamiento. Me levanto del suelo, con la espada todavía firme en mi mano, y mi pecho se llena de una confianza que no había sentido en mucho tiempo. He vencido a cinco de ellas, cinco guerreras valquirias entrenadas. En este momento, me siento invencible.

Pero entonces el sonido de los vítores disminuye y las valquirias se apartan para hacer espacio a una figura imponente que se aproxima con paso firme. Grunnr, la líder de las valquirias, avanza hacia mí. Su rostro es serio y su mirada afilada. Mi corazón da un vuelco, pero la adrenalina sigue corriendo por mis venas y esa chispa de invencibilidad me empuja a enfrentarla.

Sin decir una palabra, Grunnr se coloca en posición de combate, su espada se alza frente a mí con una facilidad que demuestra su maestría. Me crezco ante ella, creyéndome capaz de derrotarla como lo hice con las otras. No puedo dejar que el miedo me domine ahora. Estoy lista. O eso creo.

Ataco primero, lanzándome con todo lo que tengo, mis golpes son rápidos y precisos, o al menos eso intento. Pero Grunnr no es cualquier guerrera. Es como si viera mis movimientos antes de que yo los realizará, bloqueando cada ataque con una facilidad que me

desconcierta. Con cada choque de nuestras espadas, siento que mi confianza empieza a tambalearse, pero me niego a retroceder.

Aumenta la velocidad y mi mente empieza a fallar, concentrándose más en mantener el ritmo que en planificar mis ataques. Es entonces cuando cometo el error que Grunnr estaba esperando. En un intento desesperado por superar su defensa, dejo mi flanco izquierdo desprotegido por un segundo y es todo lo que necesita.

Siento el filo de su espada cortando a través de la piel, una punzada aguda que me paraliza. Un grito ahogado escapa de mis labios mientras la fuerza del golpe me lanza al suelo. El dolor en mis costillas es insoportable, y el frío de la tierra seca se mezcla con el ardor de la herida.

Grunnr se detiene, bajando su espada mientras yo lucho por respirar. La mirada en sus ojos es severa, no hay compasión.

—Solo eres una más —dice con firmeza. Su voz corta el aire de forma afilada como su espada lo ha hecho con mi piel—. Todavía te queda mucho trabajo por hacer si quieres recuperar a la guerrera que una vez fuiste.

Las palabras se clavan en mí tanto como la espada lo hizo, y la realidad me golpea con fuerza. Mi mente estaba demasiado enfocada en una victoria que no era mía aún. Me dejé llevar por el poder que sentí, olvidando que aún estoy lejos de ser quien solía ser. Las valquirias alrededor observan en silencio, ya no hay vítores, solo el recordatorio de mi debilidad.

CAPÍTULO 8

Nunca pensé que una derrota pudiera afectarme tanto. Hasta hace unas horas, ni siquiera estaba segura de que este mundo fuese real, de que estas paredes, estas personas, y este dolor lo fueran. Pero ahora, cada corte, cada golpe recibido, es tan tangible como la propia desesperación que me invade. Después de que Grunnr me haya derrotado, me ducho en silencio, dejando que el agua caliente se lleve consigo la sangre y la suciedad, pero sin lograr arrastrar la humillación que se ha enraizado en mi pecho. La herida en mis costillas duele, pero no tanto como mi orgullo.

Me arrastro hasta el comedor, el aroma de la comida no me despierta el apetito. Me sirvo un plato, pero apenas puedo masticar. Mi mente sigue atascada en los movimientos fallidos del entrenamiento, repasando mentalmente cada gesto y giro que tengo que corregir. La comida en mi boca es insípida, tal es mi frustración que se me han quitado hasta las ganas de comer. Por si fuera poco, alrededor de mí, mis compañeras charlan y ríen, pero sus miradas se desvían hacia mí con demasiada frecuencia.

Apenas susurran, pero es suficiente para que las escuche: "¿Volverá alguna vez a ser como antes?". "¿Está realmente preparada para esto?". Sus dudas, sus murmuraciones, se filtran en mi mente como el peor de los venenos. Siento cómo la ira se va

acumulando en mi interior. ¿Acaso creen que no soy capaz? ¿Que me he debilitado tanto que no puedo volver a ser quien era?

El calor en mi pecho crece, una furia silenciosa que amenaza con desbordarse. La necesidad de demostrarles que están equivocadas, que aún queda algo de la valquiria en mí, es casi abrumadora. Pero al mismo tiempo, esa ira despierta otro deseo, más profundo, más primitivo: la necesidad de escapar. De alejarme de sus miradas juzgadoras, de los murmullos que me consumen.

Escaparía de nuevo a la laguna, pero todavía no me siento preparada para poder enfrentarme a los peligros que me pueda encontrar. Decido visitar la biblioteca y buscar libros sobre mí misma. Sin pensarlo dos veces, abandono el comedor y los murmullos jocosos de mis compañeras y en menos de cinco minutos me planto en la majestuosa biblioteca.

Según cruzo el umbral de la gran biblioteca, lo noto. El aire denso cargado de historia. Apenas doy unos pasos y el aroma a libros viejos, cuero y madera me envuelve, como si fuera un susurro del pasado que me invita a seguir adelante. Las vigas de madera oscura que sostienen el techo se alzan sobre mí, guardianas silenciosas de siglos de sabiduría, mientras mis pies resuenan sobre el suelo de piedra pulida. Hoy quiero saber más de mí, de la mujer que fui antes de ser Hella, antes de que Odín me condenara a las llamas del anillo de fuego. Necesito conocer más de Brunilda. Necesito interiorizar que esto es verdad, que esta es mi nueva vida.

Mis ojos recorren las estanterías, abrumadas por la inmensidad de los libros. Tomos polvorientos que relatan las hazañas de los dioses, otros cubiertos de cuero con los nombres de Thor, Freyja, Loki grabados en runas doradas. En otros, se narran las antiguas

epopeyas nórdicas, llenas de héroes que alguna vez caminaron por estas tierras. Aquí se guardan historias de batallas épicas, de viejas alianzas entre clanes, de las criaturas que habitan los nueve reinos. Cada rincón de esta vasta sala de lectura parece latir con una energía propia, como si cada página esperara ser abierta para liberar sus leyendas.

Deambulo por los inmensos pasillos, sin prisa pero con determinación, mientras mis dedos se entretienen rozando las cubiertas de los libros. Y entonces lo veo. En la sección más olvidada, donde el polvo ha reclamado su espacio, mis ojos se clavan en un título que parece resplandecer entre las sombras: *"La legendaria Brunilda"*.

Alargo la mano y tomo el libro con cuidado. Su cubierta es gruesa y envejecida, pero las letras doradas siguen intactas, brillando con una energía misteriosa. Me dirijo a una de las grandes mesas de madera que ocupan el centro de la sala, donde la luz de las antorchas juega con las sombras, proyectando figuras danzantes sobre las paredes. El asiento es firme, frío, pero al sentarme me siento arropada por el peso de lo que estoy a punto de descubrir.

Abro el libro y el aroma a papel antiguo me inunda, transportándome de inmediato a otro tiempo, a otro lugar. Las primeras páginas crujen bajo mis dedos, y pronto llego a un capítulo que lleva mi nombre: *"La hazaña de Brunilda"*.

Brunilda, la más leal y obediente servidora de Odín, fue conocida no solo por su valentía en el campo de batalla, sino también por su inquebrantable sentido del deber. En la gran guerra contra los gigantes de fuego, cuando las llamas consumían los campos y el cielo se teñía de rojo, ella se alzó como una figura imponente entre

las demás valquirias. Mientras las lanzas volaban y el acero chocaba contra el acero, Brunilda no solo combatía, sino que también sanaba a los caídos, devolviéndoles la vida suficiente para luchar un poco más.

Los recuerdos comienzan a aflorar, como destellos entre la niebla. El calor sofocante de esa batalla, el rugido ensordecedor de los gigantes de fuego al embestir nuestras filas. No puedo detenerme en mis sentimientos y mis emociones, necesito saber más, recordar más.

En medio del caos, su lanza era una extensión de su voluntad, moviéndose con una precisión letal. Derribaba a los enemigos con cada golpe, sus movimientos eran elegantes, calculados, como una danza mortal. Pero no era solo su habilidad lo que la hacía destacar. Mientras las demás valquirias luchaban, Brunilda tenía una misión más noble: salvar a tantos guerreros como pudiera con sus manos imbuidas de la bendición de Odín. Ella era la mayor experta en cerrar heridas, y restaurar fuerzas. Sin embargo, cuando la muerte era inevitable, ella misma tomaba sus almas y las llevaba al Valhalla, asegurándose de que ningún alma valiente quedara atrás.

El peso de esas almas todavía lo siento en mi pecho. Cada guerrero que guie al *Valhalla*, cada mirada perdida que encontré en sus últimos momentos... eran más que solo hombres. Eran parte de mi deber, de mi esencia como valquiria.

Brunilda jamás cuestionó las órdenes de Odín. Su lealtad era absoluta, su fe inquebrantable. Era la favorita del Padre de Todos, la más confiable, la que siempre cumplió con su destino sin vacilar. Y cuando se enfrentó a los gigantes, su escudo brillaba como un faro en la oscuridad, guiando a los guerreros mortales hacia la gloria.

Ninguno de sus enemigos logró derribarla. Era simplemente indestructible.

Mis manos tiemblan ligeramente mientras paso a la siguiente página. El eco de esas hazañas resuena en mí, como una sombra que no puedo apartar. Fui la más leal, la más obediente…, pero también la más castigada: ¿por qué? Si tan leal y obediente era como para que dejaran mis hazañas retratadas en libros, ¿por qué castigó Odín a Brunilda? ¿Por qué me castigó a mí?

Cierro los ojos, permitiendo que las palabras se asienten en mí. Aquí, en este rincón perdido del tiempo, empiezo a recordar quién fui. Todavía me cuesta asimilar o interiorizar que antes de mi sueño como lo llaman aquí, tuve una vida. Esta vida. Sin embargo, los ecos de esa ahora tan lejana vida resuenan en mí. Los recuerdos son vagos, sutiles secuencias retrospectivas que aparecen sin control en mi mente.

Solo una cosa he sacado en claro de mi visita a la biblioteca, lo que dicen mis compañeras es verdad. En algún momento fui Brunilda, fui la valquiria más poderosa de todas y he sentido ese poder entre mis venas, pero… ¿conseguiré volver a ser esa supermujer en algún momento?

CAPÍTULO 9

Han pasado quince días desde mi última visita a la biblioteca. Todavía no he tenido el valor de regresar. Volver a experimentar esos recuerdos que siento que no me pertenecen es demasiado para mí. Aun así, tengo claro que necesito volver a ser quien una vez fuí. Porque sí, cada segundo que paso en este pueblo siento que lo que todas me dicen es cierto. Soy o fui una valquiria y es lo único que importa. El proceso de interiorizar y creérmelo no es fácil, pero consigo canalizar mi ira, mi frustración y mi desesperación para encajar en este mundo de la única manera que sé: entrenando. No es que sea la mejor, ni mucho menos, pero mi condición física ha mejorado notablemente.

Después de entrenar duro durante estas semanas sé que soy capaz de defenderme con la espada y mis músculos están lo suficientemente trabajados como para acatar las órdenes sin quejarse. Por esa misma razón, ahora que todo el mundo está descansando después del entrenamiento, voy a volver. El lugar que visité hace semanas me sigue llamando, me sigue atrayendo. Espero no encontrarme a nadie pero de hacerlo, responderé con las habilidades que ahora sí que poseo.

Me acerco a los establos, cojo a Valiente que me mira sin entender muy bien a dónde vamos. Haciendo caso omiso a los

pensamientos que me transfiere por nuestro vínculo, me subo en él. Empieza a trotar, sin saber muy bien cual es la dirección que tiene que tomar.

—Vuela, Valiente, vuela —le ordeno sin mirar atrás.

Todas las guerreras me miran estupefactas. Desobedecer las órdenes de Grunnr es un delito en este lugar. Por el amor de dios, están obsesionadas con el honor y el deber, parecen que no saben disfrutar. Mientras surcamos los cielos en dirección a la laguna, intento crear conversación, necesito pensar en algo que no sea mi derrota.

—Valiente, ¿puedo hacerte una pregunta? —comienzo a hablar tirando sutilmente de nuestro vínculo.

—Por supuesto, mi ama, adelante —responde sereno.

—¿Cómo se llama tu amor? —Directa al corazón, sin sutilezas.

El silencio se hace eco entre las nubes. Gracias a mi conexión con Valiente puedo sentir que hablar de ella lo reconforta y lo hiere al mismo tiempo. Temo haber sacado un tema de conversación fuera de lugar. Temo haberme inmiscuido en asuntos que no me conciernen, pero él responde antes de que pueda echar marcha atrás.

—Mi yegua se llama Luz —desvela con anhelo.

—Siento haberte preguntado por ella, sé que te duele —reconozco sintiéndome un poco culpable.

—No te preocupes, me gusta recordarla de vez en cuando —me tranquiliza.

—¿Sabes dónde se encuentra? De ser así, podríamos escaparnos a verla. Prometo no decir nada.

—Ninguno sabemos dónde se encuentran. Pueden estar sirviendo en el reino enemigo y nunca lo sabríamos. Las yeguas son corceles normales, sin alas, de modo que sirven como meros corceles al mejor postor.

—¿Podrían sufrir algún daño?

—Tranquila, aunque no tengan alas tienen los mismos poderes curativos que nosotros, los corceles alados. Es lo único que me consuela. Ya hemos llegado.

Sin preguntar nada más, bastante "metomentodo" he sido ya, Valiente aterriza con suavidad en el bosque y me deja sola. Sin dudarlo, abandono mi ropa y me sumerjo en el agua. El frío me envuelve al instante, pero no me importa; en lugar de retraerme, me dejo llevar por la sensación, permitiendo que el agua me cubra hasta el cuello. Un suspiro escapa de mis labios, una liberación que apenas me doy cuenta de que estaba conteniendo.

La paz que tanto ansiaba me envuelve, y el mundo exterior comienza a desvanecerse. Nado hacia una de las grandes piedras que bordean el agua, su superficie es rugosa pero reconfortante en su firmeza. Apoyo mi cabeza en ella, cerrando los ojos con un suspiro profundo. No quiero pensar en los entrenamientos, las guerras, Odín o Grunnr. Solo deseo un momento de absoluta nada, un instante en el que mi mente pueda estar en blanco, libre de las dudas, de miedos y de las expectativas que me han estado consumiendo.

El sonido del agua es casi hipnótico, un murmullo constante que llena el vacío en mi mente. Respiro profundamente, sintiendo cómo el aire fresco llena mis pulmones y expulsa el peso de los pensamientos que me han atormentado. Por un momento, no hay nada más que este lugar, este silencio. Solo necesito un momento. Solo un respiro.

No sé cuánto tiempo he estado dormida, sumergida en esa paz que tanto necesitaba, pero el relinchar de caballos me saca abruptamente de ese estado de tranquilidad. Mis sentidos se agudizan de inmediato, y un cosquilleo familiar recorre mi cuerpo. Es la conexión con Valiente. Una sonrisa se dibuja en mi rostro, una felicidad inconmensurable que ilumina mi interior, calmando las turbulencias que me han atormentado. El motivo no soy yo, claro está, esa felicidad indescriptible proviene de Valiente.

Y entonces, su mensaje me llega con claridad, como si estuviera susurrando directamente a mi alma. "El hombre que viste hace semanas, su yegua es Luz. Tiene a mi amor. Por favor, dame algo de tiempo para estar con ella", me pide encarecidamente.

La simplicidad de su petición me conmueve. Aunque no conozco a Valiente tanto como me gustaría, sé lo suficiente sobre él como para saber lo que significa para su corazón enamorado, encontrarse con su amada. Nunca antes me había pedido algo así, y la pureza de su deseo, la necesidad de conectar, me desarma. Sin pensarlo dos veces, le respondo mentalmente con un cariño que solo reservamos para nosotros: "Todo el tiempo que necesites, Valiente. No te preocupes por mí".

Sin embargo, esa decisión no es tan simple como parece. Permitirle a Valiente ese tiempo significa que tendré que

enfrentarme a la presencia del hombre de la laguna, el pervertido que me observaba en la distancia. Hay algo en él que me inquieta, que despierta un misterio que me eriza la piel mezclado con una ligera desconfianza. Pero si es el precio a pagar por darle a Valiente lo que necesita, lo pagaré gustosa.

Me levanto del agua lentamente, sintiendo cómo la brisa me acaricia la piel húmeda. Me visto con rapidez, mis pensamientos ya giran en torno a verle, a hablar con él, a soportar su mirada sobre mi cuerpo. Cuando llego, veo a Valiente junto a su yegua, Luz. La escena es tan simple, tan natural, que me hace sonreír. Valiente está feliz, y eso es todo lo que importa. Pero mi mirada pronto se desvía hacia la figura del hombre que está a su lado. Nuestros ojos se encuentran, y el mundo parece detenerse por un instante.

CAPÍTULO 10

—Buenas tardes, mi lady —su voz es aún más intensa que su mirada. Es un sonido grave pero cálido, frío pero intenso. No hay palabras para describirlo pero, para mí, es como si me abrazara el mismo diablo. Te sientes protegida porque sabes que con él nadie se atreverá a tocarte, pero a la vez estás aterrorizada, puesto que a cada minuto que pasas con él, tu corazón se pone en riesgo, en peligro.

—Buenas tardes, pervertido. —No creo que mi voz le provoque el mismo sentimiento, el sonido ha salido de mi garganta en un hilo apenas audible y tembloroso.

—¿Qué haces aquí? —pregunta mientras se sienta en una roca cercana.

—Relajarme, ¿para qué vendría aquí si no? —pregunto entrando en su juego.

—Para escapar igual… —responde él sin apartar su mirada de mí.

—¿Para eso vienes aquí?, ¿para escapar? —contraataco de nuevo.

—Al principio pensaba que sí, pero me he dado cuenta de que venía para encontrarte.

Mi corazón se salta un latido y el instinto pone en tensión cada fibra de mi ser. No puedo entender como la mera presencia de este hombre puede desestabilizar mis nervios, sin contar con que sus palabras solo hacen que mi adrenalina suba y baje a una velocidad atropellada por mi estómago. Para. Ya basta. Hella, céntrate. Que lleves semanas sin ver a un hombre no significa que tengas que perder el culo por el primero que pase. Eres una mujer adulta, una valquiria por el amor de dios, compórtate como tal.

—¿Esa frase te funciona con todas? No es muy original y menos si andas espiando a todas las mujeres a las que te encuentras. ¿Sabes que es de mala educación? Debería haber usado la espada cuando tuve oportunidad… —respondo simulando que este hombre lo único que despierta en mí es asco.

—Me llamo Leif, ¿a quién tengo el honor de presentarme? —pregunta acariciando y besando mi mano. "Además de ser un maldito cotilla, me ignora, ¡maravilloso! Esto mejora por momentos".

—Hella, una de las valquirias más poderosas —respondo con orgullo.

—Encantado, Hella, una de las valquirias más poderosas —comenta sonriendo.

—¿De dónde vienes? —comienzo mi interrogatorio sin fiarme mucho de él.

—De un reino cercano y no enemistado con Asgard. Tranquila, no tienes por qué temerme —responde de inmediato.

—Eso lo decidiré yo —corto la conversación con determinación.

—¿Sabes?, nunca he conocido a una valquiria, ¿sois todas así? —pregunta intrigado.

—¿Así cómo?

—Bordes, desconfiadas, tremendamente bellas y cautivadoras —responde jugueteando con mis dedos, porque sí, todavía sostiene mi pequeña mano sobre la suya.

—Temo decepcionarte. La mayoría son altas, arrogantes, rubias y despampanantes, debo de ser la excepción. Son más tu tipo, la verdad; las otras, digo. —contesto a la vez que aparto abruptamente mi mano de la suya. "¿Quién se cree que es?"

—¿Por qué crees que ellas son mi tipo? —pregunta cambiando su mirada. Ahora no es una mirada misteriosa o intensa. Es divertida, juguetona y no sé cuál de las dos me pone más de los nervios.

—No he venido aquí para que un pervertido juegue conmigo como si fuera un adolescente, pero es un buen intento. Solo estoy aquí por mi caballo, nada más —corto de inmediato la conversación.

—Una mujer con carácter…, interesante. Siento decirte, Hella, la valquiria más poderosa de todas, que nuestros encuentros comenzarán a ser cotidianos si queremos que nuestros caballos sean felices. De modo que, hasta pronto, milady.

Se acerca a mí, sin permiso, sin titubeos. Acerca su mano a mi cintura, haciendo dibujos con el dedo arriba y abajo, mientras con la otra mano sostiene mi mejilla. Aparta un pequeño mechón rizado rebelde que se ha escapado de mi maltrecho moño y me susurra al oído.

—Terminarás acostumbrándote a mi presencia, estoy seguro.

Sin darme tiempo a reaccionar me besa en la mejilla. El gesto es tan rápido, tan inesperado, que apenas tengo tiempo de procesarlo

antes de que se aleje. Su forma de andar es regia y segura, cuando lo veo montar en Luz, una punzada de algo que no reconozco se clava en mi pecho. Se me cae el alma a los pies al verlo desaparecer en la distancia.

El frío me envuelve de inmediato, como si la calidez que emanaba de su cuerpo se hubiera llevado consigo todo el calor del ambiente. Me abrazo a mí misma, tratando de recuperar ese calor que ya extraño. El eco del beso en mi mejilla sigue presente, como un susurro que no quiere desvanecerse.

Cierro los ojos, intentando calmar el torbellino de emociones que se agita en mi interior. No era esto lo que esperaba cuando vine a la laguna, no era esto lo que buscaba. Y, sin embargo, aquí estoy, perdida en pensamientos que no tienen sentido, añorando la presencia de un hombre al que no conozco.

Algo en él, en ese beso fugaz, me ha dejado marcada. Y ahora, por primera vez en mucho tiempo, no solo anhelo la paz de esta laguna. Anhelo algo más, algo que aún no logro comprender del todo, pero que sé que está ligado a ese hombre que se aleja, llevándose consigo un pedazo de mi tranquilidad.

—¿Qué tal las presentaciones con el señor Leif? —pregunta intrigado Valiente.

—¿Señor Leif? Ese hombre es de todo menos un señor… Digamos que no me desagrada, y más vale, tendré que soportarlo no sé cuántas veces más… ¿Cuándo será la próxima vez? —pregunto temiendo la respuesta.

—Estate tranquila, dentro de unos días.

—Maravilloso —respondo con sarcasmo. Aunque en el fondo de mi ser, tengo ganas de volver a verlo, de volver a sentirlo.

El vuelo de vuelta a mi nuevo hogar es silencioso. Los dos tenemos mucho en lo que pensar. Imagino que Valiente tendrá el corazón a mil por hora al haber descubierto donde se encuentra Luz y por haber podido pasar tiempo con ella. Yo, sin embargo, me debato entre la emoción y el desenfreno de los sentimientos que he vivido y el malestar por recordar mi pasado.

Si mis compañeras guerreras tienen razón, nunca más volveré a mi vida, de modo que, toda la gente que conocí en mi sueño no existe. No sé muy bien cómo digerir y afrontar esta nueva situación. Por un lado, tengo ganas de llorar, de meterme en la cama con unos *donuts* de chocolate que, por cierto, aquí no existen, y no salir nunca. He sido capaz de gestionar mi nueva realidad, el deber de entrenar y tener como objetivo mejorar día tras día, pero asimilar que mi vida anterior nunca existió, esa es otra batalla que todavía no he gestionado.

Probablemente si hiciera caso a la voz de mi conciencia que habla sin parar pero pocas veces escucho, me alejaría de ese hombre. Bastante tengo con mi nueva vida, con trabajar la capacidad de interiorizar y canalizar todos mis sentimientos como para conocer a alguien. Además, es el típico hombre que al final, te hace sufrir, te enamora, te utiliza y luego te arroja a la basura más cercana sin ningún remordimiento. Aun así, sabiendo que, como mi corazón entre en juego, perderé de todas, todas; soy una valquiria, nada ni nadie puede hacerme daño.

¿Qué podría pasar que no me haya pasado ya?

CAPÍTULO 11

Tan pronto como dejo a Valiente en el establo, aprecio algo que no encaja. El pueblo está en completo silencio, supongo que todas están durmiendo ya. Me dirijo con sigilo a la zona de las habitaciones y es ahí donde escucho ese susurro. Más que un leve susurro, parecen chicas cotilleando y riéndose. Sin dudarlo, me dirijo a la parte de atrás de las alcobas y entonces las veo. No doy crédito a lo que ven mis ojos. Aquí están, las valquirias más leales, obedientes, las que llevan el honor como bandera, escapando del pueblo valquirio. Ram, Aika y Sigrdrifa están saliendo por la puerta de atrás con un brillo de emoción en los ojos que es simplemente contagioso.

—Sea lo que sea que vayáis a hacer, quiero unirme —propongo de inmediato.

—Como digas algo te mato —sentencia Ram.

—Nos vamos al pueblo, a desconectar un rato. Vamos. ¡Rápido! —exclama emocionada Aika.

—Me alegro de que vengas, de verdad —me susurra al oído Sigrdrifa mientras con sigilo corremos en dirección a lo que parece ser, el pueblo de Asgard.

Entre risas y jadeos por la emoción, corremos por el sendero, nos miramos cómplices, no necesitamos palabras para saber que estamos haciendo algo prohibido. Desobedecemos las órdenes de nuestra líder, pero hoy nos merecemos un descanso de la monotonía del entrenamiento. Las valquirias también necesitamos soltar las alas de vez en cuando, ¿no?

El camino es largo, pero la brisa en la cara y la expectativa nos empujan a seguir. ¡Aah! Casi puedo oler la mezcla de humo, madera y tierra que anticipa el pueblo. Nunca había estado en Asgard, mi mundo se ha limitado al pueblo valquirio o a la laguna que rodea nuestro asentamiento. La idea de visitar un lugar tan diferente me llena de excitación. El cielo empieza a oscurecerse, pero calculo que en menos de una hora llegaremos al centro del pueblo.

Cuando finalmente alcanzamos la entrada de Asgard, me quedo boquiabierta. No tiene comparación con lo que imaginaba. Las casas están hechas de gruesos troncos de madera, con techos inclinados cubiertos de paja y musgo. El suelo de la plaza está empedrado, y en el centro hay una gran hoguera, rodeada de gente que baila, canta y cuenta leyendas a voz en cuello. La música es fuerte, llena de tambores y cuernos que resuenan en mis oídos como un llamado ancestral.

Alrededor de la plaza, los puestos de artesanos muestran espadas finamente forjadas, collares de huesos y piedras, y pieles de animales que parecen tan suaves como las nubes. Los aromas de carne asada y hierbas me llenan el estómago y no puedo evitar sonreír al ver a niños correr y jugar, mientras sus risas se mezclan con los cánticos de los bardos. Es un lugar lleno de vida, muy distinto a la severidad de nuestro asentamiento valquirio.

Después de observar maravillada, mis compañeras y yo nos dirigimos a una taberna que se alza orgullosa en uno de los costados de la plaza. La entrada está flanqueada por columnas talladas con runas antiguas y dentro el ambiente es cálido y acogedor. Las paredes están decoradas con escudos, espadas y cráneos de animales cazados y hay mesas largas de madera robusta donde los guerreros vikingos ríen a carcajadas y brindan con grandes jarras de hidromiel. El olor a madera quemada y bebida fuerte llena mis pulmones.

Nos acercamos a la barra, donde un hombre de barba espesa y sonrisa ancha nos sirve hidromiel en enormes jarras de cerámica. Tomo un trago, y el dulce líquido me calienta desde el estómago hasta la punta de los dedos. Después de un rato, con la hidromiel corriendo por nuestras venas, Aika nos lleva a la pista de baile improvisada. Al ritmo de los tambores y cuernos, me dejo llevar. Siento el efecto de la bebida en mi cabeza y mis inhibiciones empiezan a desvanecerse. Las risas fluyen con más facilidad, los cuerpos se mueven más sueltos y, en ese momento, siento una libertad que no había conocido antes.

Después de bailar hasta que nuestros pies no pueden más, nos dejamos caer en un rincón de la taberna. Nos sentamos en un banco de madera, con nuestras jarras a medio vaciar, y nos miramos con complicidad. Empiezo a notar cómo el calor de la hidromiel me envuelve, y las palabras fluyen más rápido.

—¿Puedo haceros una pregunta? —formulo atrevida.

—La acabas de hacer, señorita —contesta de inmediato Ram.

—¿Cómo ha sido vuestra infancia? Quiero decir, yo no me acuerdo de la mía como valquiria y me gustaría verme reflejada en vosotras, aunque sean vuestros recuerdos…

—Es comprensible —contesta empática Aika—. Verás, nosotras nos criamos con nuestras madres hasta los ocho años. Después nos trasladan al pueblo valquirio y empezamos a entrenar.

—¿No sufristeis cuando os separaron de vuestra familia? —pregunto de nuevo.

Con ocho años no son más que niñas, yo estaba bajo el yugo de mi madre a esa edad. Era su sombra, la seguía a todas partes. A esa edad tus padres son como dioses para ti, no puedo imaginar lo duro que tuvo que ser para ellas separarse de ellos.

—Desde que nacemos nos educan con ese objetivo. Cuando cumples ocho años estás totalmente mentalizada e incluso tienes ansias por llegar al pueblo valquirio. Hay niñas que se escapan antes para poder empezar ya su entrenamiento. Es un honor, un regalo que nosotras, cuando llega el momento, aceptamos con orgullo —explica Ram.

—Lo que recuerdo de mi niñez es amor y devoción por mis padres. Recuerdo dormir con ellos cuando tenía pesadillas, irme a cenar los fines de semana y tener su cariño siempre que lo necesitaba. Supongo que vuestra niñez fue bastante más ruda que todo eso… —reconozco dándome cuenta del choque cultural que existe entre ellas y yo.

—El cariño y el amor aquí se demuestra de otra manera. El primer regalo que nos hacen es una espada. Los únicos momentos madre e hija que recuerdo son practicando con ella, entrenando. No

tengo memoria de un abrazo o un beso. Una palmadita en la espalda como mucho. Siempre ha sido así y así tiene que ser —responde tajante Ram.

—No sufras por nosotras. Lo habitual aquí es eso, esa crianza estricta y fría. Es la única manera de convertirnos en mujeres responsables de forma rápida y eficaz. No puedes comparar nuestros ocho años con los tuyos —explica con cautela Sigrdrifa.

—Entiendo. Me cuesta reconocer que, aunque no lo recuerde, yo fui también criada de esa manera. ¿Habría alguna posibilidad de conocer a mis padres? ¿Sabéis si siguen vivos? —la pregunta sale de mi ser en un hilo de voz.

Llevaba días dándole vueltas a ese tema. Cada vez soy más consciente de que mi vida, mi sueño como lo llaman aquí, nunca existió. Si fue un sueño, todas las personas que conocí, mi familia, tampoco existieron. Como es lógico, eso generó en mí un estado de ansiedad importante, pero dentro de esa gestión de emociones me di cuenta. Puede que la familia que yo conozco no exista, pero ¿y la familia que no recuerdo? ¿Podré saber al menos quienes son o si siguen vivos? Hasta ahora no había tenido la osadía de preguntar por ellos, pero bueno, el efecto de la hidromiel me ha dado la valentía de la que carecía.

—Siento decirte que una vez que cumplimos los ocho años no volvemos a saber nada de nuestras madres. Los hombres nunca suelen tomar parte en la crianza de las mujeres, solo de los hijos varones —explica Sigrdrifa.

—Cuando entramos al pueblo valquirio con ocho años, debemos esperar hasta cumplir los quince para reunirnos con todas las

valquirias adultas. Para entonces, nuestro cuerpo ha cambiado tanto que nadie nos reconoce. Y, si lo hacen, fingen no hacerlo. En el momento en el que eres una valquiria, tu familia son tus compañeras, nadie más —reconoce Ram.

—Bueno, supongo que es mejor así. Gracias, chicas, me habéis ayudado mucho. Poco a poco voy reconociendo quién soy o al menos a dónde pertenezco. Es doloroso aceptar que todo lo que tienes en tu vida ha desaparecido, pero teneros me ayuda. Supongo que sois lo más parecido a unas amigas que tengo aquí —reconozco. La hidromiel está actuando demasiado rápido. Hemos pasado de los efectos valientes a las emociones melodramáticas en menos que canta un gallo.

—No somos tus amigas, somos tus hermanas. Estaremos a tu lado siempre que lo necesites —reconoce Aika también con un brillo especial en los ojos.

—¿Sabéis? —digo con una sonrisa traviesa—. Creo que este podría ser el mejor día de mi nueva vida.

Ram suelta una carcajada, Aika me da un ligero empujón en el hombro, y Sigrdrifa, siempre la más contenida, incluso deja escapar una risa floja. Nos apoyamos unas a otras, la sensación de hermandad es palpable. Aquí, en esta taberna, bajo las luces cálidas y el retumbar de la música, siento que somos algo más que simples guerreras.

CAPÍTULO 12

Despertarme de una forma digna ha sido todo un reto después de la resaca tanto física como emocional que llevo encima. Mis amigas, porque sí, ahora puedo llamarlas así, me obligan a desayunar en condiciones. El entrenamiento de hoy va a ser como todos los días; duro, rápido y exigente. No puedo permitirme flaquear ni un segundo. Aunque el dolor de cabeza y sentir que tengo el cuerpo magullado no ayuda en absoluto.

Me trago el último bocado del desayuno a duras penas, intentando que no vuelva por donde ha entrado. La comida me revuelve en el estómago, y por más que trato de respirar hondo, lo inevitable sucede. Me inclino hacia un lado, apartándome de las demás, y vomito en el suelo. Siento que el mundo me da vueltas, que las pocas fuerzas que me quedan van a desfallecer. Pero no, no me lo puedo permitir. No puedo aparentar debilidad, no aquí, no siendo una valquiria.

Me levanto con las piernas temblorosas, limpiándome la boca con el dorso de la mano, y me dirijo al campo de entrenamiento. Hoy tampoco será diferente. Ya lo sé. Hace tiempo que noto cómo tratan de hacerme las cosas un poco más fáciles, sin que se note demasiado. No me dicen nada, pero puedo sentirlo. No es que me ayuden abiertamente, no, pero los ejercicios, las tácticas… son

siempre un poco más sencillos cuando se trata de mí. Como si quisieran que me sintiera mejor, que me motivara a mejorar. Y bueno, algo he mejorado, no lo voy a negar. Pero no es suficiente. Supongo que creen, que al dejarme las cosas más fáciles, me motivaré. Creen que obtendré más seguridad y la valquiria que hay dentro de mí renacerá. Lo que no saben es que para que la guerrera poderosa salga a la luz, necesito un entrenamiento mucho más duro que las demás, más exigente. Necesito verme al límite, en peligro para que mi poder brille con intensidad.

Camino hacia el campo de entrenamiento con la espada colgada a la espalda, y mientras veo a mis compañeras ya alineadas, me doy cuenta de que nadie me desafía de verdad. Todo es tan… controlado. Lo justo para que no me sienta derrotada, pero tampoco para que despierte lo que sea que tengo dentro. Mis poderes, mis verdaderos poderes, siguen dormidos. Sé que están ahí, los siento como un fuego bajo la piel, pero nunca encuentran la chispa que los haga estallar.

Como lo esperaba, el entrenamiento es un completo desastre. A la primera carrera, me tropiezo con mis propios pies y casi me caigo de bruces. Me levanto, intentando disimular la vergüenza, pero no dura mucho. Tomo la espada con más determinación, pero mis movimientos son torpes, lentos. El filo se desliza mal en mi mano, y cuando intento atacar a mi oponente, resbalo y caigo de espaldas en el barro.

Grunnr me lanza una mirada de furia. Su voz retumba en mi cabeza, gritándome algo sobre la postura, sobre la falta de concentración, pero yo… paso. Paso olímpicamente. Hoy no tengo cabeza para eso. Dejo que su bronca me resbale sin apenas

escucharla, como si el sonido viniera de lejos. Sé que debería importarme, pero ahora mismo lo único que puedo pensar es en el dolor de cabeza que me sube desde el estómago hasta la garganta.

—Necesito aire —murmuro, aunque nadie me escucha.

Me alejo sin pedir permiso, ignorando los gritos de Grunnr y me dirijo a los límites del campo. Mi mente está nublada, los músculos me pesan, y siento que si no encuentro un poco de calma pronto, mi cabeza va a estallar. El entrenamiento ha sido un desastre, como lo había imaginado, pero lo peor es que no siento que nada cambie. Sigo estancada, atrapada en una rutina que no me empuja, que no me reta.

Me apoyo contra un árbol cercano, inhalo profundamente y cierro los ojos. Tal vez lo que necesito no es más entrenamiento, sino un desafío de verdad. Porque esto, esta monotonía, solo está sofocando lo que podría ser.

CAPÍTULO 13

Despierto con un sobresalto, el cuerpo todavía aturdido porque alguien ha interrumpido mi sueño de forma abrupta. Siento el movimiento brusco y urgente que me sacude, y al abrir los ojos, me encuentro con el rostro serio de Sigrdrifa. Me menea con una firmeza que no deja lugar a dudas, algo urgente sucede y tengo que espabilar cuanto antes.

—¡Despierta! Odín está aquí —grita con urgencia.

—Con ese quería yo hablar —respondo aún con legañas en los ojos.

No tengo tiempo tan siquiera para lavarme la cara. Cuando Odín espera no hay tiempo para nada ni nadie más. La urgencia de la situación se apodera de mí. Me apresuro a seguir a Sigrdrifa, corriendo lo más rápido que puedo hacia el gran salón que vi hace días, pero que aún no había tenido la oportunidad de explorar.

Entramos en la gran sala y mi asombro es inmediato. El gran salón de Odín es un espectáculo de grandeza divina. El techo es alto y abovedado, sostenido por columnas majestuosas adornadas con intrincadas runas doradas que, al parecer, solo brillan en presencia del dios. Las paredes están decoradas con tapices que representan escenas de batallas épicas y leyendas antiguas, cada uno tejido con hilos de oro y plata. El suelo está cubierto por una alfombra de piel

de lobo, suave y cálida bajo mis pies descalzos, mientras que el aire está impregnado con un aroma a madera de roble y especias.

En el centro del salón se encuentra un enorme trono de oro y esmeraldas, tallado con detalles que parecen cobrar vida, representando criaturas míticas y escenas de la mitología nórdica. El dios está allí, imponente, con su largo cabello gris ondeando y su ojo sabio observando todo desde su trono. Su presencia es tan poderosa que el aire parece cargado de una energía palpable. Me siento sobrecogida por la magnificencia del entorno y la autoridad que emana de Odín.

—El reino de Muspelheim ha atacado las fronteras de Asgard. Los gigantes de fuego están intentando invadir nuestros fuertes y nuestros defensores están en peligro. Es vuestro deber como valquirias ir a la batalla para recoger a los muertos y sanar a los heridos. ¡Debéis ir todas! —Odín habla con una severidad que hace eco en las paredes doradas del salón.

Sus palabras resuenan con una urgencia y gravedad que me llenan de una mezcla de miedo y determinación. Mientras habla, sus ojos se clavan en mí, como si ya supiera quién soy y lo que puedo hacer. La intensidad de su mirada me hace sentir expuesta, desarmada ante su magnificencia.

Sin pensarlo bien, me inclino haciendo una reverencia torpe, como si estuviera ante un rey medieval en lugar de un dios de la mitología. La acción me parece absurda en el momento en que me agacho, puesto que está claro que estoy haciendo el ridículo. Los *Bridgerton* será mi serie favorita, pero ahora mismo no me ha ayudado en absoluto. ¿Cómo puedo ser tan estúpida?

Odín no muestra ninguna reacción a mi reverencia, pero su mirada sigue fija en mí, como si esperara algo más. Al ver que no actúo, ni digo, ni muestro ningún tipo de emoción, resopla resignado y se aleja, dejando a Grunnr al mando.

—Ya habéis oído al dios, colocaos vuestras armaduras y coged a vuestros corceles. ¡En marcha! —ordena con determinación.

El corazón se me agita, el pecho sube y baja en una mezcla de expectación, adrenalina y miedo. Empiezo a hacer lo mismo que mis compañeras, me pongo mi armadura torpemente y cojo a Valiente. Justo en el momento en el que voy a echar a volar con el resto de las valquirias, alguien me detiene.

—Brunilda, no hagas nada. Tú hoy solo observa, aprende y memoriza. Ya tendrás tiempo para participar en la batalla —me ordena Grunnr.

Asiento sin decir una palabra más, no es momento de quejas ni pataletas. Ordeno a Valiente por nuestro vínculo que vuele lo más rápido que pueda hacia el centro de la batalla. Y entonces llegamos. La bilis sube por mi garganta mientras me yergo y me quedo paralizada ante lo que ven mis ojos. Las fronteras de Asgard son un paisaje de desolación y caos absoluto. El aire está cargado de humo y cenizas, el calor del fuego abrasador se siente en mi piel mientras Valiente y yo descendemos al campo de batalla. A nuestro alrededor, las familias huyen despavoridas de los gigantes de fuego que arrasan todo a su paso. Las casas están en llamas, y las que no han sido consumidas por el fuego están rodeadas por él, atrapando a los que aún están dentro.

Los guerreros de Odín luchan con valentía, sin miedo, enfrentándose a los gigantes con una determinación feroz, pero no es suficiente. La marea de destrucción es imparable, y por cada gigante que cae, otros parecen surgir de las llamas. Mi corazón late con fuerza, no por miedo, sino por la urgencia de la situación. La batalla se ha convertido en una lucha desesperada por la supervivencia.

Veo a mis compañeras valquirias adentrarse en la batalla, enfrentándose a los gigantes y asegurando que las almas de los caídos lleguen a su destino final. Pero mientras mis ojos recorren el campo de batalla, veo algo que hace que mi sangre se congele. En medio de las llamas, una madre sostiene a su bebé con desesperación, atrapada en un círculo de fuego que crece con cada segundo que pasa. Nadie más parece haberla visto, todos están demasiado concentrados en la batalla. Pero yo sí la veo y no dudo un segundo.

Con un gesto rápido, guío a Valiente hacia ella, volando a través del humo y el calor, sintiendo el peligro inminente, pero ignorándolo por completo. No puedo dejar que mueran. No puedo darles la espalda. Aterrizo cerca de la mujer, el fuego no para de rugir a nuestro alrededor. Sus ojos están llenos de terror, pero cuando me acerco, sujeta a su bebé con más fuerza, como si su vida dependiera de ello, porque en realidad, lo hace.

—¡Vamos, os sacaré de aquí! —le grito por encima del estruendo de las llamas. La tomo en mis brazos, y en un solo movimiento, Valiente se eleva de nuevo, llevándonos a una zona segura, lejos del peligro inmediato. La dejo en el suelo, asegurándome que esté fuera

de peligro, pero no puedo detenerme. Hay más vidas que salvar, más personas atrapadas en este infierno.

—Gracias, de verdad, te debemos la vida —grita la mujer entre lágrimas, sin creerse lo que acaba de pasar.

Agradeciendo sus palabras con un gesto de afirmación, me lanzo una y otra vez a las llamas, sacando a tantos como puedo. Mi cuerpo se llena de barro, mis manos son arañadas por los que se aferran a mí en su desesperación. Estoy exhausta, mi cuerpo se encuentra al borde de sus límites, pero no me detengo. No puedo. La vida de cada persona que logro salvar es una chispa de esperanza en medio de la oscuridad que nos rodea. Un cosquilleo parecido a la euforia me recorre la espina dorsal mientras consigo salvar a todas las personas que mi fuerza me permite.

Y entonces, lo oigo. Un grito que corta el caos. Es Grunnr, su voz llena de autoridad me hiela la sangre.

—¡Valquirias, volvamos! —ordena a todas las guerreras que abandonen la zona y regresen. Mi corazón se hunde, pero sé que tengo que obedecer. Con el cuerpo agotado, lleno de arañazos y cubierto de barro, vuelvo con mis compañeras, mi mente está aún atrapada en el horror que acabamos de presenciar. Al aterrizar, espero que Grunnr nos felicite por nuestros esfuerzos, pero en lugar de eso, su mirada se fija en mí, y sé que algo va mal.

—¡Hella! —su voz es dura, cortante. Además me ha llamado por mi nombre de verdad, en lugar de "Brunilda", algo no va mal, va muy mal—. Has desobedecido mis órdenes directas. Has puesto en peligro tu vida al desviarte de tu misión. ¿Qué te crees que estabas haciendo? —me grita totalmente enfurecida.

Me quedo sin palabras. ¿Cómo puede regañarme por salvar vidas? Miro a Grunnr con incredulidad, intentando procesar lo que está diciendo.

—Pero… salvé a tantas personas…, ¿cómo puede eso estar mal? —pregunto incrédula.

—No eres una guerrera cualquiera, Hella. Eres una valquiria. Nuestro deber es recoger a los muertos y sanar a los guerreros heridos, no lanzarnos a peligros innecesarios. Podrías haber muerto allí y, entonces, ¿quién habría cumplido tu misión? —Grunnr no muestra ni un rastro de compasión en su rostro.

Siento la ira crecer dentro de mí, mezclada con la incomprensión. ¿Cuánto puede valer mi vida si a cambio puedo salvar la de cientos de humanos? ¿Acaso la misión es más importante que la vida misma? Pero Grunnr no me da tiempo para responder.

—Como castigo, harás el circuito de entrenamiento dos veces, corriendo. Y quiero que pienses bien en lo que has hecho —ordena sin mirarme a la cara mientras se aleja maldiciendo entre dientes.

—Haré lo que ordenes porque eres mi superior. Ahora bien, quiero dejar claras dos cosas; la primera, soy Brunilda una de las valquirias más poderosas y, en segundo lugar, antepondré cualquier vida antes que tus órdenes. Siempre. Ahora cumpliré mi castigo —sentencio sintiéndome muy orgullosa de mí misma.

Mi cuerpo ya está agotado, pero el dolor que siento no es nada comparado con la confusión y la frustración que me inunda. ¿Cómo puede ser que salvar vidas sea visto como una falta, como un error? Mientras me preparo para correr, no puedo evitar preguntarme si

estoy en el lugar correcto, si este es el camino que debo seguir. La duda me consume, pero no puedo dejar que me venza. No ahora. No después de lo que he visto y lo que he hecho.

Según termino mi circuito voy directa a las duchas, entre el breve pero intenso entrenamiento y la batalla al mediodía, doy verdadero asco. Según me dirijo al comedor para por fin tener una cena muy tardía, me encuentro con Sigrdrifa y Aika.

´—Es muy valiente lo que has hecho Brunilda, te admiro por ello —comenta Aika con lágrimas de emoción en los ojos.

—Da igual que hayas desobedecido a Grunnr, estoy segura de que ella en el fondo está orgullosa de ti —sigue Sigrdrifa.

—Yo me siento orgullosa y en paz conmigo misma, y con eso, me vale —respondo indiferente.

—¿¡Tú estás loca!? —grita Ram entrando abruptamente al comedor—. Nunca vuelvas a desobedecer a tu líder, nunca. La próxima vez quién sabe de qué manera te podría castigar —escupe llena de ira.

—Ram, relájate, mi castigo ha sido correr nada más. No seas dramática —respondo restando importancia al asunto.

—Tú juega con fuego que al final te quemarás. Ya te perdimos una vez, no quiero volver a hacerlo… —admite taciturna.

—No tenéis que preocuparos por mí, me necesitan. Eso sí, creo que la vida humana es mucho más importante que las órdenes. Llamadme loca pero soy incapaz de quedarme quieta mientras veo a personas inocentes cayendo a manos del fuego. No puedo quedarme de brazos cruzados. No puedo observar sin reaccionar. ¿No sentís lo

mismo vosotras? —pregunto sorprendida de que sigan apoyando a Grunnr sin importar las consecuencias.

—Los hombres son los que luchan. Nosotras nos dedicamos a sanarlos y de no poder hacerlo, llevarlos al Valhalla. Solo luchamos en las batallas en las que es estrictamente necesario —explica Sigrdrifa.

—Siempre y cuando Grunnr os dé permiso, ¿verdad? —pregunto irónica.

—Ten cuidado, hermana, la insolencia se paga caro. Solo te aconsejamos, no estamos en tu contra. Nos preocupamos por ti —me recuerda Aika.

—Bueno, basta de sermones. Hay una cantidad indecente de heridos a los que sanar. Venga, vamos a trabajar —nos insiste Ram.

Me dirijo a la enfermería aturdida. No puedo creer que sigan ciegamente a Grunnr. ¿Cómo pueden dormir sabiendo que podrían haber salvado a personas inocentes y no lo han hecho? ¿Cómo pueden tener la sangre fría de quedarse impertérritas en la batalla mientras la gente muere?

CAPÍTULO 14

Acabamos de terminar lo que parece ser la única comida decente del día, que parece no terminar nunca. Creo que es el día más intenso que he vivido desde que desperté. Como los días de batalla sean siempre así, no sé hasta cuando podré aguantar sin dormir o al menos descansar. Acompañadas por Grunnr, nos dirigimos a la sala de sanación y, tan pronto como cruzo el umbral, me quedo sin palabras. La sala de sanación es majestuosa, digna de los guerreros de Odín. Las paredes están adornadas con estandartes y tapices, y las columnas que sostienen el techo están talladas con runas. Serán lugares majestuosos, sí, pero, por favor, tienen la misma decoración en cada maldita esquina.

Grunnr, con su usual gesto de desdén apenas disimulado, me hace una señal para que la siga. Intento no pensar demasiado en la frialdad que siempre parece rodearla, como si no hubiese manera de acertar con ella, de hacerla sonreír, aunque solo fuese un momento. Caminamos entre las filas de camillas y lechos, donde los guerreros están siendo atendidos por sanadoras guerreras. Algunos están en estados espantosos, con la tripa abierta y los órganos expuestos, otros con piernas rotas, huesos salidos y cabezas abiertas. Es una visión dantesca que me golpea con una oleada de náuseas. La

realidad de la guerra es brutal y despiadada, y debo hacer un esfuerzo enorme para no salir corriendo de allí.

Grunnr, como si nada de esto la afectara, continúa adelante, llevándome a una sala donde las heridas parecen ser menores en comparación con lo que acabo de ver. Me presenta a un guerrero llamado Sigurd, y en el momento en que mis ojos se posan en él, la incredulidad se dibuja en mi rostro. Es como si el tiempo retrocediera y me encontrara cara a cara con mi exnovio. Sigurd tiene una complexión fornida y musculosa, muy distinta a la del hombre que una vez conocí, pero su rostro... Su rostro es idéntico. Pelo rubio, ojos azules que parecen penetrar en el alma y esos rasgos finos, pero poderosos que siempre me habían atraído. Es una versión más madura y robusta de aquel que alguna vez fue parte de mi vida, pero la semejanza es innegable. Mi corazón da un vuelco, no solo por el parecido físico, sino por la avalancha de recuerdos que me golpea de repente.

Intento recomponerme mientras Grunnr nos deja a solas, no sin antes hacer algún comentario tajante sobre la importancia de aprender a sanar a los heridos. Me acerco a Sigurd, todavía tratando de asimilar la sorpresa. Sus cortes parecen superficiales en comparación con las heridas que he visto antes, pero no dejo de notar la forma en que su piel dorada brilla a la luz suave de la sala. Él me observa con una curiosidad que es casi palpable, como si también sintiera una conexión extraña pero no pudiera identificarla.

—¿Ocurre algo malo? ¿Te he ofendido de algún modo, mi sanadora? —pregunta preocupado. Me agacho junto a su lecho, buscando algo que decir.

—Te pareces mucho a alguien que conocí… —las palabras salen como una cascada antes de que pueda detenerlas, y él sonríe. Una sonrisa que hace que mi estómago se encoja de nostalgia mezclada con una confusión que no logro entender.

—¿Debo preocuparme? — pregunta, su voz suena profunda pero gentil.

Me quedo mirándolo por un momento, sopesando la respuesta en mi mente.

—Todavía no lo sé —respondo con sinceridad, mientras empiezo a limpiar uno de sus cortes con el material que me han dado. Mis manos tiemblan un poco, no por miedo, sino por la intensidad del momento. Es como si el pasado y el presente se hubieran mezclado de una forma que me deja desorientada.

Sigurd me observa en silencio mientras trabajo y, aunque no dice nada más, puedo sentir sus ojos en mí, estudiando, intentando descifrar lo que pasa por mi mente. Yo, por mi parte, trato de mantener la compostura, pero mi mente sigue regresando a la semejanza inquietante y a lo que esta podría significar.

—¿A quién tengo el honor de dirigirme? —pregunta mientras evito usar mi magia sanadora, que aún no controlo. Le curo a la vieja usanza; con líquidos y telas, o nueva, depende de como se mire.

—Me llamo Hella, encantada. Bueno, Brunilda, mejor dicho — respondo sin desconcentrarme de mi principal tarea.

—Has sido muy valiente hoy, Brunilda, te he visto en el campo de batalla. He escuchado muchas leyendas tuyas y la verdad, son dignas de ti —comenta con un brillo especial en la mirada.

—Solo hacía mi trabajo —respondo sin darle mayor importancia.

—De hecho, creo que ese no era tu trabajo, por eso te admiro. Has puesto tu vida en peligro por unos simples humanos como podría haber sido yo, gracias.

Entonces, sin previo aviso, sostiene mi mano, me mira fijamente y la besa. No es una mirada misteriosa y oscura, es una mirada limpia, agradable, dulce. Mi corazón se enternece y mis mejillas inevitablemente se ruborizan.

—Gracias por el halago supongo, no lo he podido evitar —susurro sin saber muy bien qué decir.

—¿Qué tal te encuentras? Sé que despertaste hace poco. Supongo que tiene que ser difícil despertar y enfrentarse a lo desconocido. Eres muy valiente —comenta con total tranquilidad.

¿Pero esto qué es, *Gran Hermano*? Aquí viene una nueva y es el cotilleo de todo el mundo por lo visto… Parece haber un programa de noticias matutinas donde se cuentan todas las novedades de las valquirias…

—Me está costando, la verdad. Todo el mundo quiere que sea quien una vez fui, pero si te digo la verdad, yo no estoy segura de quién es esa persona —respondo con total sinceridad.

—Yo tampoco sé quién eras, solo he oído leyendas, pero ¿sabes qué? Que solo me interesa saber quién eres ahora. Entiéndelo de esa manera, absorbe lo bueno de quién eras y forja una nueva identidad. Auténtica. Sincera. Real —contesta sonriente.

Dios, esa sonrisa la conozco demasiado bien. Es superior a mis fuerzas, me atrae como un imán. Es un sentimiento de amor-odio que aborrezco, él no tiene la culpa de nada pero mi ex sí. Su rostro,

su dulce mirada, su tierna sonrisa son unas trampas mortales para el dolor que sé que vendrá luego. Esos gestos de simpatía que parecen ser únicamente dedicados a ti son pura farsa, puesto que serán completamente idénticos para cualquier otra mujer que se cruce en su camino. ¿Pero qué estoy diciendo? Sigurd no es mi ex, es un valiente caballero, no puedo juzgarlo sin conocerlo.

—Por ahora céntrate en recuperarte —le respondo intentando cambiar de tema.

—Con una sanadora como tú, no creo que tarde mucho —contraataca sonriendo.

Antes de que pueda volver a responder en este tango intenso de preguntas y respuestas, Grunrr se acerca a nosotros para verificar que estoy haciendo bien mi trabajo. Me pone enferma. Esa manía que tiene de pensar que todo lo hago mal. Hago las cosas que me pide, obediente, sin quejarme, pero quizás no como a ella le gustaría.

—Sigurd, Odín ha ordenado que algunos de vosotros os quedéis aquí. Quiere que os enseñemos parte de nuestro entrenamiento y que vosotros nos enseñéis vuestras estrategias de combate. Así estaremos más compenetrados y mejor preparados por si hay una próxima vez —comenta esperando la confirmación del guerrero.

—Sin problema, jefa —responde sonriente.

—Bueno, parece que podremos conocernos mejor durante unos días —me dice mirándome a los ojos.

—Eso parece…

—Estaré disponible para ti siempre que me necesites, a tu servicio, Brunilda —comenta caballeroso.

—Gracias…, supongo. Espero que te recuperes pronto.

Sigurd mira receloso el ungüento casero que le he colocado en las heridas. No confía que vaya a funcionar y no es para menos. Soy un desastre con todos mis poderes, no solo los que tengan que ver con el combate. No respondo, solo me río. Me río a carcajadas y él me acompaña, relajado por mi respuesta. Al menos el día ha terminado bien. He ayudado a alguien que lo necesitaba y no he tenido que desobedecer órdenes para ello. Un gran alivio. Ahora por fin puedo irme a la cama, esa gran amiga que tanto echo de menos.

CAPÍTULO 15

A la mañana siguiente, todo parece diferente. Me despierto con una sensación de anticipación de la que no logro, ni quiero deshacerme, una emoción que palpita en mi pecho al pensar en lo que me espera hoy. Hoy entrenaremos con los hombres. La idea me emociona porque por fin me enfrentaré a alguien que no tenga miedo a hacerme daño, que realmente me ponga a prueba. Un intenso cosquilleo recorre mi espina dorsal y no aguanto las ganas de empezar. Salgo de la cama y me visto rápidamente, mientras noto que inevitablemente mis manos están un poco más temblorosas de lo normal.

Cuando entro en el comedor, noto que Sigrdrifa y Aika están sentadas juntas, susurrando emocionadas. Apenas presto atención a lo que dicen, pero no puedo evitar captar fragmentos de su conversación.

—No sabéis como cabalgó sobre mí Drako anoche, qué hombre… —comenta Ram.

—¿Qué sentiste? —comienza el interrogatorio liderado por Aika.

—Un placer indescriptible —responde Ram poniendo los ojos en blanco.

—¿Y qué pasó después? —pregunta Aika.

—Nos dormimos y cuando esta mañana he despertado, él ya no estaba — responde Ram, intentando disimular su decepción al ver que ese tal Drako esta mañana ha desaparecido sin dar ningún tipo de explicación o sin tan siquiera despedirse.

Parece ser que ayer hubo personas que sí que disfrutaron de algo más que unas simples sonrisas y halagos. Aika parece particularmente intrigada, sus ojos brillan con una mezcla de envidia y curiosidad. Yo, en cambio, solo siento una especie de desconexión. Esa clase de historias no me interesan…, o al menos eso es lo que me digo.

—¿Te encuentras bien? Vamos, Ram, todas sabemos que de vez en cuando visitamos a los hombres para calmar nuestras ansias. Al igual que conocemos que en ocasiones, de esos momentos de placer puede nacer algún que otro sentimiento —explica cauta Sigrdrifa.

—Estás muy equivocada. Las valquirias no podemos enamorarnos, no podemos sentir amor o pasión. Ayer fue un encuentro necesario, natural. Nada más. Alivié mis necesidades más primitivas para poder seguir enfocada en nuestro objetivo. No hay más que hablar —aclara Ram.

—¿En serio no os habéis enamorado nunca? ¿Nunca lo habéis sentido? Siento parecer un poco inmadura, pero me cuesta creerlo —pregunto intrigada.

—Aquí no hay lugar para el amor. No nos hemos sentido queridas nunca, ni por nuestras madres. ¿Por qué íbamos a buscar ese sentimiento en otras personas? —explica Sigrdrifa.

—Y menos en hombres. Contadas son las veces en las que nos encontramos con ellos y normalmente nos perjudican. Nos incitan a

lo prohibido, por lo que siempre aconsejamos una noche de pasión para dar rienda suelta a nuestras ansias y nada más. Así podremos seguir entrenando como siempre sin tener ningún entretenimiento absurdo en la cabeza —sentencia Ram.

—Entendido. Nada de hombres.

Desayuno rápido, tratando de mantenerme concentrada. Pero mi mente sigue volviendo a Sigurd. Apenas puedo saborear la comida; mi mente está demasiado ocupada imaginando cómo será dialogar con él, estar cerca de él. ¿Sentiré lo mismo que sentí estando con mi ex? Es imposible, por mucho que se parezcan son personas diferentes, o eso espero al menos.

Tan pronto como termino, me levanto y me dirijo a la zona de entrenamiento. Al acercarme, lo veo esperándome, y mi corazón da un vuelco. Sigurd está de pie en el centro del área de entrenamiento, vestido con un atuendo sencillo pero ajustado que resalta su figura. Sus brazos, fuertes y esculpidos, están a la vista, y no puedo evitar que mi mirada se deslice por ellos. Un calor inesperado me invade, subiendo desde mi pecho hasta mi rostro, y siento una punzada cálida en mi zona sur que me sorprende y me desconcierta.

—Buenos días, señorita. ¿Estás lista? Grunnr me ha ordenado que te ayude a trabajar con la espada —comenta sonriente.

—Supongo que no te ha quedado más remedio, ¿verdad? —pregunto divertida.

—Me he visto incapaz de desobedecer sus órdenes.

Asiento, devolviéndole la sonrisa mientras Sigurd me lanza una espada de práctica, y cuando la atrapo, nuestras manos se rozan

brevemente. Es un toque tan fugaz que podría haber pasado desapercibido, pero para mí, es como si una corriente eléctrica recorriera mi cuerpo. ¿Habrá sido casualidad?

Empezamos a entrenar y, al principio, todo parece normal. Me muestra cómo sostener la espada, cómo pararme y cómo moverme con fluidez. Pero pronto, noto que su toque se vuelve más… intencionado. Primero, roza mi brazo mientras me corrige la postura, sus dedos se deslizan por mi piel de una manera que envía escalofríos por mi columna. Luego, su mano se posa en mi nuca, ajustando mi cabeza, y el calor que siento es casi insoportable.

Finalmente, mientras me enseña a girar correctamente, su mano baja a mi pierna, guiando mis movimientos con una cercanía que hace que mi respiración se vuelva irregular. El ambiente se vuelve denso, cargado de una tensión que va más allá del simple entrenamiento. Aunque el día está nublado, siento como si la temperatura hubiera subido varios grados.

Intento concentrarme en los movimientos, en la espada, en cualquier cosa que no sea el cuerpo de Sigurd tan cerca del mío, pero es inútil. Cada vez que nuestras miradas se cruzan, veo algo en sus ojos que me hace temblar, un deseo irrefrenable. Un deseo del que no estoy segura de ser capaz de querer enfrentarme.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —comento mientras nos sentamos bajo un árbol a la sombra para recuperar el aliento.

—Solo si yo puedo hacerte otra después —responde divertido.

Así que vamos a entrar en el maravilloso juego de las preguntitas, parece un poco quinceañero, pero lo veo divertidísimo. Recuerdo la primera vez que jugué a este intenso juego de picardía

y seducción con dieciséis años…; solo espero ser más acertada con mis preguntas esta vez y sonrío para mis adentros recordando mi inocencia de aquel momento cuando era adolescente y no tenía ni idea de nada.

—Acepto. Empiezo: ¿era necesario tanto sobeteo? —le pregunto apropiándome ahora de esa sonrisa pícara.

—¿Sobeteo? —pregunta confundido.

Qué estúpida soy, tengo que hacerme a la idea del lugar en el que estoy y medir mis palabras, no estamos en el siglo XXI, Hella, centrate, aquí no hablan así.

—Esas caricias, esos roces repentinos que has tenido con la excusa de mostrar la correcta colocación con la espada —me corrijo esperando su respuesta.

—Sí, eran necesarios, no para tu colocación, claro está, eran necesarios para mí. Sin tocarte lo más mínimo me hubiera vuelto loco. Ha sido una forma de saciarme por el momento —contesta mientras bebe un poco de agua y me acerca el vaso—. Mi turno: ¿te he espantado con mi cercanía?

—¿Las caricias necesarias? —pregunto mientras él asiente con un gesto tímido—. Digamos que no las esperaba —respondo sin poder evitar el rubor en mis mejillas—. Supongo que todavía me cuesta acercarme a los hombres, necesito algo más de tiempo. ¿Cúal es tu historia? —pregunto cambiando abruptamente de tema.

—¿A qué te refieres con mi historia? —reformula sorprendido por la negativa que acaba de recibir.

—Me refiero a cómo llegaste a ser caballero y cuál ha sido tu vida previa a esto. —explico señalando el lugar.

—Mis inicios no fueron fáciles. Nunca conocí a mi padre, según mi madre era un apuesto caballero de un reino muy lejano que nunca mencionó. Vivíamos ella y yo solos en las fronteras de Asgard. Éramos felices, pero entonces Loki tuvo a Hel, su hija y diosa del inframundo y se desató el caos. ¿Conoces la historia de Hel, verdad? —pregunta taciturno.

—Me temo que no, solo conozco que es una de nuestras mayores adversarias y que una guerra inminente se acerca —respondo con sinceridad.

—Esta guerra empezó hace mucho tiempo. Verás, a medida que Hel crecía, su poder también lo hacía con ella. Su gran ambición era tener un reino lleno de súbditos pero para su desgracia, la mayoría de ellos eran personas mayores o enfermas que morían por esos mismos motivos. No era capaz de crear un ejército de categoría, como tenían todos los reinos, con personas jóvenes, fuertes y entrenadas. De modo que decidió embaucar a mujeres y hombres que estaban en la plena flor de la vida, para morir por ella y así, renacer en su reino. Mi madre fue una de las que cayeron en sus redes, tal fue el embrujo, que al yo cumplir ocho años, se marchó sin despedirse —comenta obligándose a no derramar ni una lágrima.

—¿Y qué hiciste? —pregunto con el corazón en la mano.

—Después de dos años de vivir robando, mal comiendo y vendiendo lo poco que tenía, Odín me encontró y me uní a su ejército. Hasta hoy, supongo.

—¿Te uniste a un ejército con tan solo diez años? Lo siento mucho, Sigurd, de verdad que lo siento muchísimo.

Sin poder controlarlo lo abrazo, lo abrazo con fuerza mientras acaricio su pelo y dejo que mis lágrimas caigan sin control. Este hombre ha vivido mucho, tiene mucho dolor en su interior, y además es tan valiente y sincero que me lo ha contado. No cualquier hombre se abriría tanto a una persona así. Mi ex nunca lo hizo y este ser que tengo aquí lo ha hecho, sin dudar, sin vergüenza alguna.

Algo cambia dentro de mí, siento que quiero seguir conociéndolo. Puede que Leif me intrigue, me de esa sensación de peligro que me aporta una adrenalina adictiva, pero mi cabeza me dice que la luz, la sinceridad y la transparencia de Sigurd son lo que más me conviene en este momento. Esa es la clave, un hombre que me dé estabilidad no locura.

CAPÍTULO 16

—¿Cuál es tu historia? —pregunta Sigurd cambiando de tema.

—Desperté y ahora estoy aquí, el resto supongo que no importa —respondo fría.

Es mi turno de abrirme, de contarle sobre mi vida. Sé que es egoísta no darle lo mismo que él acaba de ofrecerme, pero no creo ser capaz de tener su valentía. Ahora mismo mi intimidad está escondida e intentar adentrarse en ella es como darse contra un muro de hierro, totalmente inútil.

—Imagino que tendrías familia en tu sueño, ¿verdad? —pregunta intentando sonsacar algo sobre mí que yo no estoy preparada a ofrecer.

—Mi familia…

Aunque empiezo a ser consciente de que la familia que me crió, la que amé ya no existe, no me siento con fuerzas para hablar sobre ello. No me queda nada, ni la familia de mi sueño ni de mi vida actual. Estoy sola. Tengo a mis compañeras pero seamos sinceras, ninguna amiga puede darte ese abrazo paternal o ese consejo maternal. Es irremplazable. Aunque aquí todo el mundo está acostumbrado a eso, para mí es una lucha diaria. Una soledad constante a la que me enfrento a cada segundo.

Sé que Sigurd está esperando una respuesta. Paciente, espera que diga algo, que reaccione de alguna manera, pero no puedo. Por mucho que me estoy haciendo a la idea de ello, no ha sido hasta que alguien me ha preguntado por ellos cuando lo he interiorizado del todo. Mi vida no existe, no voy a volver y toda la gente, a la que una vez estuve unida, nunca regresará. El aire decide no entrar en mis pulmones mientras mi estómago se contrae para poder soportar el dolor que mi corazón sufre. Necesito escapar, necesito poder chillar a los cuatro vientos lo sola y desamparada que me siento.

Observo a Valiente con la mirada perdida, desesperada y no le hace falta más para alzar su vuelo y alejarnos de este entorno que no me deja respirar. Sé a dónde vamos y espero que no haya nadie. Hoy no puedo lidiar con nada ni nadie más que mis propios pensamientos. Llegamos a la laguna y aunque noto una punzada de decepción desde el otro lado de mi conexión con Valiente al sentir que Luz no está, lo agradezco. No podría soportar a nadie en estos momentos. Sin pensarlo dos veces, me desnudo dejando tirada la ropa en cualquier lado y me sumerjo en el agua.

Es lo único que siempre me ha calmado, sumergirme dentro del agua hace que mi cabeza se silencie. El único lugar donde encuentro la paz, donde nadie habla y solo existo, sin pensar en nada más. Ahí, no existe dolor, ni culpa, ni soledad, solo una tranquilidad que le da una pequeña tregua a mi corazón. Cuando siento que el aire me falla, que necesito volver a coger oxígeno y seguir en mi pequeño remanso de paz, noto que no puedo. Algo me lo impide. Lo único que no me he quitado han sido las sandalias horribles propias de las guerreras que ahora mismo están enganchadas en una rama dentro del agua. Intento deshacerme de la rama. La intento romper. Lucho

de forma desesperada para quitarme la sandalia, pero nada funciona. Siento que cada vez mi reserva de aire va a menos, agobiándome y ahogándome a cada segundo que pasa. Empiezo a volverme loca, moviendo las manos despavorida en un intento fallido por no morirme y menos ahogada y sola.

El agua comienza a entrar en mis pulmones y exhausta por todo el esfuerzo comienzo a cerrar los ojos. La inconsciencia me llama y yo la abrazo como una vieja amiga. Sin embargo, aunque no pueda abrir los ojos y esté a punto de desmayarme por la falta de aire y la cantidad de agua ingerida, noto como alguien me arranca sin sutileza las sandalias y me saca del agua.

Abro los ojos y veo a Leif haciéndome el boca a boca. Pongo mis manos sobre su pecho en señal de que pare, que estoy bien. Según acaricio su pecho noto lo bien entrenado que está, los duros pectorales parecen una armadura inquebrantable y por un momento, siento haberle dicho que estaba bien, siento haberle expresado con gestos que parara. Hella, por dios, céntrate. Este joven no te conviene, ni a ti ni a nadie. Tu objetivo es el que es, ser la valquiria que todos necesitan que seas, nada más.

—¿Se puede saber que estabas haciendo? —me reprocha Leif.

—Pretendía relajarme, pervertido, hasta que has venido tú… —le escupo en la cara.

—¿Hasta que he venido y te he salvado, no? —contraataca.

—Lo tenía todo controlado — miento sin poder remediarlo.

—Ya, ya, sí, por supuesto, se me había olvidado: Hella, una de las valquirias más poderosas, que casi muere ahogada por estúpida —responde sarcástico.

Algo nace dentro de mí. Odio que infravalore mi poder de esa manera. Se ríe, le parece gracioso. Conmigo no se juega, chaval. Agarro con determinación mi espada que está tirada en el suelo justo al lado donde me encuentro. Antes de que él pueda reaccionar me levanto y le ataco con mi espada. Para mi desgracia, es un gran luchador y no tarda ni una milésima de segundo en reaccionar y contraatacar. A la segunda estocada ya tengo su espada en mi garganta. Mierda. Me he venido demasiado arriba.

—Serás… —Y justo antes de volver a insultarle con cualquier palabra que probablemente no le hubiera hecho el menor daño me doy cuenta: Estoy completamente desnuda. Madre mía, qué vergüenza.

—Sí, estás desnuda, al menos me has podido regalar estas maravillosas vistas, pequeña. Por cierto, ¿cuánto tiempo llevas entrenando? Cualquiera lo diría… —sonríe pícaro mientras escanea mi cuerpo de arriba a abajo sin disimular tan siquiera.

Busco desesperada mi ropa y entonces la veo, está en medio de un barrizal, llena de mierda. Maravilloso. No tengo qué ponerme. Observo como Leif también se ha fijado en eso y sin decir nada más, se quita su larga y grande blusa negra y me la da. Sin pensarlo dos veces me la pongo. Es agradable, suave y sedosa y me queda como un vestido así que menos es nada.

—Gracias… —me obligo a decir por el gentil gesto que ha tenido Leif.

—Menos mal, tienes educación, ya es un paso. —Me da la mano para que me levante y me guía hasta una roca seca.

—En cuanto a lo de entrenar… Llevo casi un mes entrenando, pero no siento que avance. Es imposible si todos me ponen las cosas tan fáciles… —me desahogo sin ser consciente de que estoy contando mis emociones a un total desconocido.

—Bueno, supongo que en eso podría ayudarte… —susurra mientras coge su bolsa del suelo.

¡Comida! Al escaparme a todo correr del entrenamiento con Sigurd, no he pasado ni por el comedor. Reconozco que estoy famélica. Creo que mi cara lo dice todo cuando Leif empieza a reír y me acerca un poco de pan con queso.

—Por los rugidos que salen de tu estómago creo que no has comido, ¿verdad?

Niego con la cabeza alargando las manos para poder comer, pero Leif me lo impide.

—Si quieres comer tendrás que decirme por qué has venido aquí y qué hacías sumergida tanto tiempo en el agua —comenta sosteniendo la comida alzada para que no pueda cogerla.

—De acuerdo, te lo explicaré mejor pero primero déjame comer, pervertido —le respondo devolviéndole el insulto que antes por mi desvergonzada desnudez no he sido capaz de reprochar.

Devoro el queso y el pan como si no hubiese comido en días, como una salvaje que no entiende ni concibe tener modales a la hora de comer. Leif me observa divertido con los brazos cruzados apoyado en un árbol en frente de mi. Tengo que reconocer que nunca me había visto en una tesitura así, comiendo como una cerda y con un monumento digno de haber sido esculpido por *Da Vinci* acechándome como un león a su presa. Qué ironía de situación.

—Bueno, ya que has devorado mi única comida del día, creo que me merezco una explicación… —comienza de nuevo la conversación el estúpido dios de la lujuría.

—Necesitaba escaparme del entrenamiento, digamos que la realidad me ha golpeado con fuerza y tenía que meditarlo, asimilarlo sola —explico lo suficiente para que entienda que no voy a dar más información.

—Entiendo, supongo que vienes por las mismas razones que yo, puedo comprenderte —responde sin preguntarme nada más.

—¿De dónde eres tú? —pregunto intrigada.

—Qué interesante, me pides una información que no eres capaz de darme…. —ronronea mientras se acerca a mí.

—Yo acabo de despertar, ya lo sabes, no soy de ningún sitio —respondo con determinación.

Leif sigue acercándose a mí y no se detiene. En el momento en el que apenas unos centímetros nos separan, alarga su mano hasta mis labios y recoge una miga de pan traviesa que se había quedado ahí, esperando a que alguien la recogiera. Sostiene la miga de pan y sin quitarme la mirada penetrante sobre mi, se mete con una sensualidad abrumadora la miga de pan en la boca. Una mirada absolutamente indecente me recorre el cuerpo, me arrebata por completo el sentido de la realidad. Creo que me va a dar un infarto de la tensión que puedo notar entre nosotros. Su mirada desciende a mis pechos que sin pedirme permiso se han endurecido y se marcan sin disimulo por encima de la blusa. Aunque es algo que no puedo controlar, la vergüenza hace que quiera taparme mis senos, pero mi orgullo me lo impide. Que observe todo lo que quiera, nunca

los tendrá. Leif se humedece el labio inferior y vuelve a su árbol. Por fin puedo volver a respirar.

—Yo vengo de las sombras, donde el sol no habita y el frío gobierna el lugar. Aunque hace tiempo que dejé mi hogar, si se le puede llamar así, y ahora simplemente existo entre reinos —explica sin darle mayor importancia.

—Hoy me he dado cuenta de que toda la gente que una vez conocí, a la que una vez amé, no existen y nunca han existido —reconozco volviendo a sentirme sola y herida.

—Nunca estamos solos, nunca estarás sola. —Vuelve a acercarse, esta vez no se detiene. Sus manos sostienen mi cara con dulzura, pero su mirada es intensa y oscura. Mi respiración se vuelve entrecortada. Mi mente recrea situaciones, se anticipa pensando en lo que va a pasar a continuación. Sin embargo, no sucede nada —Si quieres aprender a luchar de verdad, nos vemos la semana que viene, un día como hoy a la misma hora. Preparate, no será un entrenamiento común.

Y sin añadir nada más, se da media vuelta y se aleja en busca de Luz. Este hombre es tan impredecible… No lo entiendo. Parece que siente atracción, pero la camufla en una superioridad que a la vez me deja con escalofríos. Supongo que es algo a lo que me tendré que acostumbrar si quiero luchar como una valquiria y no como una sombra de ella.

CAPÍTULO 17

Me acabo de despertar y todavía no consigo entender cómo llegué ayer sin que nadie me viera. No era tarde, y aún quedaban guerreras cenando. Entré a hurtadillas, me di una ducha rápida y me fui a dormir. O al menos lo intenté. Toda la noche la pasé dando vueltas en la cama, incapaz de encontrar descanso. Ayer asumí por completo mi realidad, pero, además, tuve un encontronazo con el hombre cotilla. Tengo que reconocer que me motiva saber que voy a entrenar con él, que dentro de esa intención oscura se encuentra la de ayudarme. O eso espero al menos.

Mientras desayuno, siento las miradas de Sigrdrifa, Ram y Aika clavadas en mí. Sus ojos reflejan una mezcla de compasión y reproche que me incomoda, pero ninguna dice nada. Remuevo el tazón de avena sin apetito, sabiendo que lo último que necesito es que me recuerden lo que ya sé: he vuelto a huir. Pero ahora he dejado un reguero de personas preocupadas a mi paso y me ha dado absolutamente igual.

Me atormenta el hecho de que no he pasado la noche en vela pensando en mi familia, ni en los deberes que dejé atrás. No, toda mi mente ha estado ocupada por Leif, y eso me aterroriza. Sigurd fue lo último que pensé antes de escapar. Su rostro preocupado, su intento de hablar conmigo…; lo dejé todo atrás cuando decidí huir. Y

ahora, con el amanecer iluminando el comedor, sé que no puedo evitar enfrentarme a las preguntas, las preocupaciones y la incertidumbre de mi gente.

Mis ojeras me delatan, y sé que hoy no podré esconderme. El día apenas comienza y ya me siento agotada, pero no hay escapatoria. Sin estar muy segura de mí misma, ni de lo que voy a ser capaz de reconocer, me dirijo al campo de entrenamiento. Ahí está, tiene las mismas ojeras que yo y en vez de estar estirando como ayer, Sigurd se encuentra sentado en una piedra con la mirada perdida, preocupado.

Según me ve llegar, sonríe con alegría, totalmente ajeno a lo que viví ayer y se me encoge el corazón. Parece tan bueno, tan dispuesto a ayudarme, con tantas ganas de conocerme… No niego que me atraiga, que me den ganas de conocerlo, pero… los únicos dos hombres que he conocido hasta el momento son tan diferentes. Sigurd es la luz, la oportunidad de algo sano y fácil en un lugar donde no sabes si vivirás mañana. Leif, al contrario, es la lujuria, el riesgo, la oscuridad que no para de tentarte. ¿Cómo poder elegir? ¿Cómo saber qué es lo que realmente necesito? ¿Acaso los necesito?

—Buenos días, señorita, ¿qué tal te encuentras hoy? Me dejaste muy preocupado ayer —comenta sonriendo.

Le doy un abrazo, prefiero tener un gesto físico con él para que entienda que lo siento, antes de contarle la verdad. No me apetece justificar ante alguien, con quien tampoco tengo aún mucha confianza, ningún asunto personal. La Hella extrovertida que vivía con Aksel ha desaparecido. Puede que se me esté pegando algo de mis compañeras y por mucho que el deseo carnal esté ahí, no quiero tener nada más con nadie. Los sentimientos, las emociones, el amor

son palabras mayores y creo que ni mi corazón ni mi cabeza están preparados para gestionarlas. Y menos en un lugar tan hostil como este.

—Estoy mejor, Sigurd, lo siento de verdad. Me agobié, eso es todo —respondo sin estar muy segura de sonar del todo creíble.

—No te preocupes. ¿Sabes que no hay nada mejor que un buen entrenamiento para ocupar la mente? Hagamos el circuito juntos y luego nos batiremos en duelo, ¿aceptas el reto? —me tienta sabiendo que soy extremadamente competitiva.

—Por supuesto —le respondo empujándolo y saliendo antes que él.

El circuito de fuerza y agilidad que hicimos el primer día siempre ha sido un reto para mí, pero hoy es diferente. Hoy compito contra Sigurd y la tensión en el aire es palpable desde el momento en que nuestros ojos se encuentran.

El silbato suena y ambos salimos disparados, pero la competencia no es solo de velocidad o destreza, sino de quién puede desconcentrar más al otro. Lo primero que hago según suena el silbato es empujarlo a un lado para salir primero. Soy la reina de las trampas, más vale que lo vaya aprendiendo. Sin embargo, Sigurd me demuestra que no solo las trampas pueden ralentizarse o distraerte. Desde luego, tiene métodos mucho más efectivos.

Empezamos a correr y desde el primer momento noto cómo Sigurd intenta acercarse, rozándome apenas con sus dedos. Es un toque tan sutil que casi podría pasar desapercibido, pero el calor de su piel contra la mía me hace estremecer. Intento concentrarme, mantener el ritmo, pero entonces siento su mano en mi cintura, un

toque que pretende ser casual, pero que me envía una descarga eléctrica por todo el cuerpo. Acelero el paso, intentando dejarlo atrás, pero él me sigue de cerca, sus dedos rozando mi brazo, mi espalda.

Llegamos a la primera prueba de fuerza, donde debemos trepar una pared de madera. Subo rápidamente, pero al llegar arriba, él está justo detrás de mí, su cuerpo se encuentra tan cerca del mío que puedo sentir su respiración en mi nuca. Su mano roza mi cadera y casi pierdo el equilibrio. Bajo por el otro lado, con el corazón acelerado, sabiendo que estoy perdiendo la concentración.

El siguiente tramo es una serie de saltos entre plataformas. Intento concentrarme en mi propio ritmo, pero entonces él se adelanta y me bloquea el camino. Me detengo en seco, y él aprovecha para deslizar su mano por mi espalda, su toque es apenas un susurro, pero lo siento en cada fibra de mi ser. Le lanzo una mirada de advertencia, pero él solo sonríe, y esa sonrisa me desarma.

Finalmente, llegamos a la arena de combate, ambos jadeamos por el esfuerzo, pero más por la tensión que se ha ido acumulando entre nosotros. Nos colocamos en posición, pero en cuanto nuestras miradas se cruzan, el aire se vuelve denso, cargado de algo que no es rivalidad. Me acerco a él con pasos lentos, cada uno más provocador que el anterior. Puedo ver cómo sus ojos siguen cada movimiento de mi cuerpo y, cuando estamos tan cerca que puedo sentir su calor, veo cómo su respiración se vuelve irregular.

Con un movimiento rápido, intento atraparlo en una llave, pero él es más rápido. Me derriba y en un segundo estoy en el suelo, con Sigurd encima de mí. Su peso es reconfortante y excitante a la vez,

y entonces lo siento: su erección presionando contra mi centro. Ahogo un grito de sorpresa y nuestros rostros están tan cerca que puedo sentir su aliento en mis labios. Espero el beso que parece inevitable, pero en lugar de eso, él se inclina hacia mi oído y me susurra con voz grave: "Te he ganado".

Antes de que pueda reaccionar, siento sus labios rozando mi cuello, un beso sutil, pero cargado de deseo. Mi piel se eriza bajo su toque y, mientras me ayuda a levantarme, sus manos aún en mi cintura, la victoria es lo último en lo que pienso. La competencia ha terminado, pero la tensión entre nosotros no ha hecho más que intensificarse.

—Has hecho trampas —le reprocho mientras le doy un sutil puñetazo en el brazo.

—Habló la guerrera que nada más empezar me empujó… —comenta entre risas.

—Lo tuyo ha sido un juego muy poco caballeroso —continuo riéndome.

—Yo soy y seré siempre un caballero. Pero hasta el caballero más noble tiene su as en la manga —responde con una mirada pícara—. Mañana nos vemos, señorita, descansa esta tarde e intenta no sufrir ningún daño. —Me guiña un ojo y se va haciendo gestos de ganador.

Me río, me río a carcajadas porque hoy he disfrutado muchísimo entrenando con él. Él es un caballero, por mucho que intente mostrar algo de picardía, no lo puede evitar, siempre será respetuoso y divertido. Un galán de telenovela en toda regla. Es como un osito gigante de peluche al que no puedes evitar abrazar y

a la vez, ese chico tierno, pero seductor del que te gustaría estar enamorada.

Con una sonrisa bobalicona, me voy a duchar. Ahora después del espectáculo que hemos dado en el área de entrenamiento, estoy segura de que me espera un largo interrogatorio de mis amigas. Espera, ¿he dicho amigas? Una sonrisa se dibuja en mi rostro mientras me enjabono. Parece que sí, parece que empiezo a sentir como mías a algunas personas especiales de este lugar.

CAPÍTULO 18

Ha pasado una semana desde que entrené por última vez con Leif. Hoy nos vemos de nuevo. La emoción y la curiosidad se apoderan de mí. Apenas puedo disimularlo pero intento mantener mi nerviosismo bajo control. Después del rutinario entrenamiento matutino, me voy al comedor. Me siento junto a Sigrdrifa, Aika y Ram, que están cotilleando sobre la última novedad.

—¿Te has enterado? —dice Sigrdrifa, inclinándose hacia adelante con emoción—. Una valquiria se ha quedado embarazada de un guerrero —comenta susurrando mientras le hinca el diente a una pata de cordero.

—¿Y cuál es el problema? —pregunto sorprendida.

—Aquí se ve como una vergüenza. Nosotras somos valquirias guerreras hasta los treinta, después hay tiempo para eso y para todo lo demás —responde Aika seria.

—¿Le pasará algo a ella por haberse quedado embarazada? —pregunto perpleja.

—Pues le dan permiso durante ocho años para hacer una vida normal. Le asignan un trabajo en Asgard y vive como una persona corriente —explica con desinterés Sigrdrifa.

—¿Y el guerrero? Vamos el futuro padre de la criatura —pregunto, intrigada.

—Eso depende —responde Ram—. Si es una relación esporádica, suelen huir. Pero si están comprometidos, se quedan y también se les asigna un trabajo. Hacen una vida juntos durante esos ocho años.

—¿Y luego? —insisto, aún sin entender del todo.

Sigrdrifa suspira antes de explicar:

—Cuando la criatura cumple ocho años, se la llevan al ejército de Odín. Si es una niña, se entrenará como valquiria y, si es un niño, como guerrero. Como te comentamos, a partir de ese momento, la familia ya no existe para ellos —explica como si tuviera toda la lógica del mundo.

—Pero... ¿No hay manera de evitar un embarazo? —sigo preguntando puesto que me cuesta asimilar que aunque no estemos en el siglo XXI, no haya una hierba o algo que impida que una mujer se quede embarazada.

Las tres me miran como si acabara de decir una locura. Ram es la primera en hablar, con su tono habitual, directo, sin escrúpulos.

—No, no la hay. Es parte de nuestra naturaleza.

—Es nuestro destino —añade Sigrdrifa con una sonrisa que refleja comprensión—. No todas las valquirias se convierten en madres, pero, si sucede, lo aceptamos como parte de nuestro deber. Aunque se ve con mejores ojos si es a partir de nuestra retirada como guerreras.

Aika asiente lentamente.

—Sí, entendemos que nuestro propósito está por encima de todo. Los hijos no son para nosotras, sino para Asgard. Se crían para servir al reino, no para quedarse con nosotras.

Mastico mi filete de cordero totalmente sorprendida. Me quejaba del poder de los políticos y los reyes en el siglo XXI pero esto… Odín les tiene muy bien comida la cabeza. Tendré que tener cuidado si estoy con alguien de esa manera… No pensaba que hubiese tanto peligro, que no hubiese un método para evitarlo.

Me quedo en silencio, tratando de procesar todo lo que me han dicho. La idea de tener un hijo y tener que separarme de él a los ocho años me parece incomprensible. Pero para ellas, parece ser simplemente otra faceta de la vida que han elegido. ¿Podría adaptarme a una vida así, donde el deber siempre está por encima de los lazos familiares? Creo que no, no estaría preparada, pero esos pensamientos me los guardo para mí. Ellas no lo entenderían, eso está claro.

Después de salir del comedor, caminamos en silencio por las calles del pueblo valquirio. De repente, presenciamos una escena que nos deja heladas, o al menos a mí: Grunnr, la líder de las valquirias, recoge la mochila de la guerrera embarazada que mencionaron antes y la guía hacia las afueras del pueblo. El ambiente se vuelve pesado, casi tangible, mientras todas nos detenemos a observar. El guerrero que estuvo con ella agacha la cabeza en señal de que no la acompañará. Su postura lo dice todo: no tiene intención de estar a su lado en este nuevo capítulo de su vida.

La valquiria, con lágrimas corriendo por su rostro, da un último vistazo a su hogar antes de empezar su camino. Va a enfrentarse a

una vida sola y embarazada, lejos de todo lo que conoce. Siento un nudo en la garganta y, sin darme cuenta, mis propias lágrimas empiezan a brotar. La impotencia y el dolor me invaden al ver la cruda realidad ante mis ojos. Una realidad que parece implacable e inmutable. Lo que más me duele es ver la impasividad en los ojos del resto, como si nada les importará, como si ella ya no fuese nadie para ellos. No hay un abrazo, no hay palabras de ánimo, solo silencio y susurros despectivos. Las náuseas me envuelven, el horror me invade y siento que el peso de esta época, de esta forma arcaica de pensar, de vivir, puede conmigo. Quiero hacer algo, decir algo, pero sé que no puedo cambiar lo que está pasando.

—Necesito que me hagáis un favor. Sé que para vosotras es normal lo que acaba de pasar, pero para mí… es mucho que digerir. ¿Qué os parece una escapada a Asgard? Me gustaría ver el asentamiento de las madres valquirias —propongo con una mínima esperanza de que me sigan.

—Si eso te hace sentir mejor, vamos. Quedamos en media hora en la puerta de atrás —responde Ram.

El sol apenas ha empezado a inclinarse cuando nos escabullimos del pueblo, nuestras sombras se alargan mientras caminamos en silencio. Los ecos de lo que hemos presenciado resuenan en mi cabeza. Aika, Sigrdrifa, Ram y yo avanzamos rápido, pisando suave, como si nuestros pasos pudieran delatarnos. Mis nervios están a flor de piel, necesito conocer el lugar. Necesito darle a mi mente un descanso, demostrar que la infancia de esas niñas y la vida de esas mujeres no es tan desdichada como todas me hacen ver.

Después de lo que parece una eternidad de pasos y pensamientos, finalmente llegamos. El pueblo de Asgard es

inmenso, pero no nos detenemos a admirar su magnitud; en lugar de eso, nos dirigimos hacia el asentamiento donde se concentran las madres valquirias. Es un lugar distinto. Aunque la arquitectura sigue siendo tosca y sólida, con grandes vigas de madera y piedra; hay algo más, algo que se siente... familiar.

Al principio, me sorprende lo que veo. Las mujeres, que hasta ahora se conocían como guerreras implacables, parecen ayudarse entre sí de una manera silenciosa pero constante. Las niñas corren por todas partes, algunas más pequeñas que otras, y todas parecen ser hijas de todas. Es como si aquí, entre estas duras paredes, hubiera un toque de amor comunitario, aunque ninguna lo admitiría.

Nos paseamos por las calles, observando en silencio, hasta que veo a un grupo de niñas jugando a luchar, imitándonos a nosotras, soñando con el día en que empuñarán sus propias espadas. No puedo evitar sonreír y acercarme, olvidándome de todo por un momento, dejándome llevar. Me uno a ellas en su juego, haciéndome la valiente, como si también fuera una niña otra vez. La sensación de ver a las niñas reír a carcajadas, felices, me llena de alegría. La risa es contagiosa y enseguida me encuentro riendo y jugando. Siendo niña de nuevo. Pero de repente, las voces de mis amigas me sacan de esa burbuja.

—¡Hella! —me llama Ram, su tono es severo—. No juegues con ellas. No las abraces. No estamos aquí para eso —sentencia con firmeza.

—Este no es lugar para la diversión o el amor. Te lo dijimos. Lo que acabas de hacer es una falta de respeto hacia sus madres. Crían a las niñas para que valoren el orden y el deber, no el juego y la distracción. No las ofendas —continúa Sigrdrifa.

Me detengo en seco, la calidez del juego se evapora al instante. Me siento tonta, como si hubiera hecho algo malo. Ram y Aika asienten en silencio, apoyando a Sirdgrifa, y me retiro un poco, apartada de las niñas. Estas me miran apenadas, echando de menos el momento de diversión que tan pocas veces experimentan. Entonces, empiezo a observarlo todo con otros ojos, unos ojos más fríos, más duros. Mi visión de este lugar cambia, se rompe como una fina capa de hielo bajo mis pies.

Lo que antes me parecía una comunidad de apoyo, ahora lo veo como lo que realmente es. Las madres no sonríen, no muestran ternura. Sus palabras son duras, secas, llenas de órdenes. Las niñas no reciben caricias ni palabras dulces, solo instrucciones y entrenamientos. Todo es tan... frío. ¿Es esto lo que significa ser valquiria? ¿Renegar durante ocho años de ser guerreras para criar a sus hijas, solo para prepararlas para la misma vida de lucha?

Mi corazón se encoge al ver la falta de amor, de calidez. Siempre pensé que ser una guerrera era lo más grande, lo más noble. Pero ahora me pregunto cómo puede una madre, incluso una valquiria, renegar así de su hija. ¿Cómo pueden vivir ocho años así, relegadas a un papel que no desean, esperando el momento en que puedan volver al campo de batalla? Y las niñas... ¿cuánto tiempo les queda antes de que también lo comprendan, antes de que se les caiga la venda como a mí?

—No pongas esa cara. Para ti, esta situación es una crueldad, pero para nosotras es nuestra infancia. Nos encanta venir aquí y recordar nuestros comienzos —explica Aika.

—Me cuesta tanto comprender esta forma de vida…; me parece tan duro que me rompe por dentro —reconozco en un susurro,

aguantando el llanto que está a punto de desbordarse.

—Vamos a enseñarte otra parte de Asgard. No todas las familias son así, solo las destinadas a luchar por el pueblo. Y es ahí adonde vamos, al auténtico pueblo de Asgard. Durante el día es completamente diferente. ¿Te apetece? —pregunta Sigrdrifa insuflando algo de alegría.

—Si no queda más remedio…

Después de la oscuridad fría que ha sido el asentamiento de las madres valquirias, caminamos en silencio hacia el corazón de Asgard. El sol todavía está en lo alto, bañando las calles de luz cálida y revelando la vida cotidiana que vibra a nuestro alrededor. A medida que avanzamos, el bullicio del pueblo se convierte en una melodía constante, un ajetreo dulce y armonioso. Todo parece estar en movimiento, pero de una forma serena.

Veo a los panaderos trabajando con sus hornos, el aroma del pan recién hecho llenando el aire. Los pescadores llegan desde el puerto, cargando sus redes, riendo entre ellos, compartiendo el trabajo y la camaradería. Las calles están llenas de mujeres y hombres que van de un lado a otro, ocupados pero tranquilos, como si todo estuviera en su lugar, como si supieran exactamente a dónde pertenecen.

Y entonces los veo, las madres con sus hijos. La escena es tan distinta de lo que acabamos de presenciar en el asentamiento de las valquirias. Aquí, las madres abrazan a sus pequeños, los besan, les susurran cosas dulces al oído. Los cuidan con una devoción que me conmueve. Algunas juegan con ellos en la plaza, corriendo detrás de

los más pequeños, mientras otras los miman, limpiando sus rostros sucios después de un día de juegos.

Los padres llegan de sus trabajos y veo cómo los niños corren a su encuentro, con risas y gritos de alegría. Se lanzan a sus brazos y los padres, cansados pero felices, los levantan en alto, con sonrisas en los rostros curtidos por el esfuerzo. Es un ritmo de vida que, aunque no perfecto, parece lleno de calidez y sentido.

Me detengo un momento, observando todo esto. La pena que sentía hace solo unas horas comienza a transformarse. Aquí está la otra cara de Asgard. Aquí está lo que se protege, lo que las valquirias, como yo, estamos destinadas a cuidar. Las familias que viven en paz, que pueden disfrutar de sus hijos, de sus trabajos, de sus pequeñas rutinas. Todo gracias al sacrificio de unas pocas.

Empiezo a entender lo que realmente significa ser una valquiria. No es solo la lucha, el entrenamiento sin fin, ni la dureza que nos inculcan desde pequeñas. Es un sacrificio mayor, más profundo. Nosotras damos nuestras vidas, nuestra infancia y juventud, nuestro derecho a la ternura, para que el resto del pueblo pueda tenerlo. Con cada golpe que entrenamos, con cada batalla que enfrentamos, les damos el regalo de la felicidad, de la seguridad.

Y por primera vez, empiezo a sentirme orgullosa de lo que soy. Orgullosa de ser parte de algo más grande que yo misma. Si ser valquiria significa garantizar que este pueblo, con sus madres cariñosas, sus padres trabajadores, y sus niños alegres pueda existir, entonces quiero darlo todo. Quiero luchar por ellos, por su felicidad.

Miro a mis amigas, y en sus ojos también veo algo nuevo. Piensan lo mismo que yo. No estamos solas. Estamos unidas en este

destino, en este deber. Y, aunque nos hayan enseñado a ser duras, frías y distantes, en el fondo sabemos que lo hacemos por amor. El amor a nuestro pueblo, a su paz, y a su futuro.

Empiezo a caminar de nuevo, con la cabeza más alta. Ahora lo entiendo, soy una valquiria. Jamás volveré a dudar de nuestro deber y de nuestra responsabilidad.

CAPÍTULO 19

Según volvemos al pueblo valquirio me doy cuenta de que la tarde ha caído. Mierda. El entrenamiento con Leif. Se me ha olvidado por completo. No puedo faltar, no siendo el primer día. Necesito esa preparación, no puedo seguir practicando con gente que no me toma del todo en serio. Sin dudarlo, me subo encima de Valiente y le pido que vuele lo más rápido que pueda hacia la laguna. No puedo llegar más tarde. Leif no parece ser el hombre más paciente del mundo.

Apenas unos minutos después, con la respiración entrecortada, el corazón acelerado por el rápido viaje y la excitación de entrenar con él, aterrizamos en la laguna. Según desmonto a Valiente veo a Leif. Su expresión muestra claramente que no le gusta esperar y parece exasperado.

—Lo siento, no volverá a ocurrir —susurro en un hilo de voz.

—Da igual, empecemos —contesta con un resoplido lleno de aburrimiento.

El sol de la tarde ilumina nuestras espaldas, pero a pesar del calor, siento un escalofrío recorriéndome. Leif se ha comprometido a entrenar conmigo de verdad, sin suavidades, sin tratarme como si fuera a romperme, como hacen todos los demás en el pueblo de las valquirias. He pedido su ayuda porque sé que no mejoro lo suficiente

con los demás, porque me tratan con demasiada delicadeza, y necesito que alguien me ponga contra las cuerdas.

—¿Lista, pequeña? —me dice Leif, con su tono desenfadado de siempre, masticando una hoja de menta.

—Lista —respondo, con el corazón latiendo rápido.

Me ajusto el cinturón y desenvaino mi espada. El acero brilla al sol, pero antes de que pueda acomodarme bien, Leif ataca. Su velocidad me toma por sorpresa, y apenas tengo tiempo de bloquear. El choque de nuestras espadas resuena en el aire y me sacude de pies a cabeza. Él no está jugando, no hay espacio para errores. Me arde el brazo por la fuerza de su golpe, y sé que no va a esperar a que me recupere.

Ataca de nuevo, su espada es un borrón en mi visión. Apenas alcanzo a defenderme, retrocediendo con cada golpe que me lanza. Mi respiración se acelera, y por un momento, pierdo el equilibrio. Tropiezo hacia atrás, cayendo al suelo con un golpe seco. La arena del campo me quema las palmas, pero no me da tiempo a pensar. Los golpes que lanza son rápidos, calculados, y difíciles de anticipar. Con cada choque de espadas, siento el peso de su habilidad y lo lejos que estoy de igualarlo. Mis músculos duelen, pero no me quejo.

— ¿Eso es todo lo que tienes, Hella? —me reta, lanzando otro ataque que apenas logro desviar—. Pensé que querías que te tomara en serio.

—Lo intento —respondo entre jadeos, apenas pudiendo mantener el ritmo, pero aún levantando la espada. Mis piernas

tiemblan por el esfuerzo. No me va a dejar caer fácilmente, pero tampoco me va a tratar con suavidad.

Me lanza un nuevo golpe, esta vez más preciso. No puedo evitarlo y caigo al suelo con un golpe sordo. Me duele el costado, pero aprieto los dientes, obligándome a levantarme.

—No voy a rendirme. —Me pongo en pie, aún agitada, y lo miro directamente a los ojos.

—Eso es lo que quería escuchar. —Su sonrisa es apenas perceptible, pero hay algo en su mirada que me anima a seguir. De nuevo, nuestras espadas chocan, pero esta vez los movimientos son más lentos, más calculados.

Aprovecho una breve pausa entre los ataques para hablar, buscando romper el silencio que empieza a llenarse de una tensión distinta. Observar cómo su pecho sudoroso brilla bajo el sol, como su pelo ondea en la lucha y sus musculosos brazos se contraen con cada movimiento me distrae. Me cuesta reconocer que este hombre me atrae. Pero es la verdad. No lo conozco, no sé nada de él, pero soy consciente de que hay una atracción física. Una conexión de la que no quiero saber nada, no estoy dispuesta a meterme en ningún tipo de relación, ni carnal ni amorosa.

Necesito crear una conversación. Necesito centrarme en algo que no sea su esculpido cuerpo guerrero que me grita desconsoladamente que me acerque a él. Tengo que hablar de algo que me mantenga centrada en el entrenamiento. Nada más que en el entrenamiento.

—¿Alguna vez te has preguntado si seremos capaces de ser algo más que lo que se espera de nosotros? —le digo mientras bloqueo

su espada.

Leif parece momentáneamente sorprendido por mi pregunta, pero no deja de moverse, manteniendo el combate intenso, sin tregua. El sudor recorre su frente, pero sus ojos no me pierden de vista.

—Siempre me lo pregunto —responde, lanzando un ataque más suave, casi como si la conversación lo hubiera distraído—. Todos los días. No quiero ser solo el guerrero. Quiero ser... un buen hombre — Sus palabras suenan serias, más de lo que esperaba, mientras gira su espada para lanzarme otro ataque que apenas logro esquivar.

—¿Y qué significa ser un buen hombre para ti? —pregunto mientras trato de recuperar el equilibrio. Logro bloquear su siguiente golpe, pero el impacto me hace retroceder varios pasos.

Leif baja la espada ligeramente, como si la conversación hubiera empezado a tomar el control del entrenamiento. Avanza hacia mí, pero sus movimientos son más lentos ahora, permitiéndome respirar.

—Para mí, significa ser más que lo que la gente espera —dice con un tono profundo—. Significa ser justo, ser alguien que lucha no solo por sí mismo, sino por los demás. —Hace una pausa, observándome mientras bloquea mi intento de ataque—. Quiero ser alguien que pueda proteger lo que realmente importa.

Sus palabras me golpean con fuerza, tanto como lo hace uno de sus golpes bien dirigidos. Retrocedo, no porque me esté atacando, sino porque me doy cuenta de lo profundas que son sus aspiraciones. Me quedo pensativa, mientras seguimos en ese baile de espadas donde él ataca y yo apenas consigo defenderme.

—Yo… también quiero ser más, pero no solo en combate —le confieso mientras trato de mantener la guardia—. Quiero ser fuerte, sí, pero también quiero entender. Necesito comprender a las personas, al mundo, a mí misma. Quiero ser más que una guerrera que solo lucha porque es lo que se espera de ella.

Leif asiente, sin dejar de moverse en círculo a mi alrededor, buscando un ángulo para atacar, pero también dejando espacio para que la conversación continúe. Aunque el entrenamiento ha empezado implacable, aprecio cómo la conversación profunda que estamos teniendo adquiere cierto protagonismo. Nuestros movimientos se vuelven mecánicos, él ataca, yo me defiendo, y al revés. Lo importante en este momento no es quién gana a quién, quién esquiva antes o quién ataca mejor. La fuerza de nuestras palabras es lo que realmente importa ahora.

—Eso no es algo que se aprende en un día —dice mientras avanza de nuevo, esta vez con más cuidado, midiendo mis movimientos—. La sabiduría viene de las decisiones difíciles, de saber lo que valoras y lo que estás dispuesto a sacrificar.

—¿Y qué es lo que más valoras tú? —le pregunto, jadeando por el esfuerzo, tratando de seguir el hilo de la conversación mientras él sigue presionando.

Leif se detiene por un momento, bajando ligeramente la espada, como si estuviera considerando la pregunta con más profundidad de lo que esperaba.

—Aprecio la autenticidad —responde finalmente con su voz calmada—. La capacidad de alguien de ser quien realmente es, sin pretensiones. Alguien que no teme mostrar su vulnerabilidad, pero

que sigue siendo fuerte porque es honesto consigo mismo. —Sus ojos me sostienen la mirada, su tono se vuelve más suave, aunque aún alerta.

Me doy cuenta de que está describiendo a alguien más de lo que describe una simple cualidad. Y sin quererlo, lo que dice parece estar dirigido a mí. El siguiente ataque lo lanzo yo y es en ese momento donde lo pillo desprevenido. Consigue defenderse a duras penas y sonrío para mis adentros. Estoy mejorando. He ganado un asalto.

—Yo... —titubeo, tratando de mantener la guardia alta y al mismo tiempo procesar sus palabras—. Yo aprecio la bondad. Pero no la que se muestra fácilmente, sino la bondad que viene de alguien que ha pasado por la oscuridad, que ha visto lo peor y aún así elige ser mejor. —Mis palabras salen más rápido de lo que las pienso y, cuando me doy cuenta, estoy describiendo lo que veo en él.

Leif lanza un último golpe, uno que me obliga a retroceder varios pasos, hasta que mi espalda choca contra un árbol cercano. No me ataca más. Sus ojos están fijos en los míos, como si lo que acabamos de compartir fuera más importante que cualquier movimiento de combate.

—Parece que tenemos más en común de lo que pensaba, Hella —dice suavemente, bajando la espada completamente.

Nos quedamos allí, respirando con dificultad, pero el aire entre nosotros ha cambiado. El entrenamiento ya no es lo principal; la conversación ha abierto una puerta que ni él ni yo esperábamos. Y

aunque las espadas siguen en nuestras manos, lo que se ha dicho no puede deshacerse.

Me doy cuenta de que, de alguna manera, nos hemos descrito el uno al otro sin quererlo. Y en ese momento, en medio del entrenamiento, con el sudor en nuestras pieles y el eco de nuestras palabras en el aire, siento que algo ha cambiado entre nosotros.

CAPÍTULO 20

Hoy comienza un nuevo día, un nuevo reto. Hoy por primera vez voy a intentar surcar los cielos con alguien más que yo sobre Valiente. No es una idea que me entusiasme del todo, sé que como Valquiria llegará el momento en el que tenga que llevar a los guerreros caídos al Valhalla. Aunque el hecho de llevar a muertos encima de mí me da un poco de repelús, lo tengo que admitir.

Después de un desayuno rápido, llego al área de entrenamiento. Grunnr me espera con una mirada firme y sus órdenes son claras, sin rodeos.

—Practicarás toda la mañana con Sigurd —sentencia mientras se marcha no sé a dónde.

Asiento, tratando de despejar mi mente de las preocupaciones. El duro entrenamiento de ayer con Leif ha dejado secuelas. Me duele todo el cuerpo. No exagero. Siento doloridos músculos de mi cuerpo que no sabía ni que existían. No me puedo quejar, sé que es lo que necesito, lo único que me va a hacer mejorar de verdad. Encuentro a Sigurd junto a Valiente, y me recibe con una sonrisa cálida.

—¿Lista para un día de aventuras? —me pregunta, con esa chispa en los ojos que siempre parece animar el ambiente.

—¡Lo estoy! —le respondo, intentando devolver la misma energía.

La práctica comienza, y a medida que avanzamos, me doy cuenta de que volar con Sigurd es una experiencia completamente diferente a cualquier otra que haya tenido. Estoy acostumbrada a la soledad del vuelo, pero su presencia me resulta reconfortante de una manera extraña y novedosa. Hace bromas que me relajan y me hacen reír. Eso, como es lógico, lo hace todo más fácil y aún más liviano.

—¡Cuidado! Si sigues desconcentrándote, terminaremos en un aterrizaje forzoso —dice, con una sonrisa en los labios.

Me río y trato de concentrarme, aunque su mano en mi hombro, su sonrisa cautivadora y su peso masculino cerca del mío me distraen. Aun así, logramos mantenernos en el aire gracias a la habilidad de Valiente. Hace semanas que pienso que está interesado en mí. Al principio creía que su caballerosidad se acercaba a unos límites fuera de la amistad, pero ahora, puedo afirmar sin dudar que quiere algo conmigo. Muy a mi pesar, no puedo responder con el mismo interés.

Seamos sinceras, es un encanto y cualquier mujer en sus cabales querría tener algo con él. Sin embargo, hay algo que me echa para atrás. Esa caballerosidad tan exagerada, tan agobiante, a veces me incómoda. Cuando lo conocí, esa cercanía me atrajo, me generó curiosidad, pero ahora… es un poco sofocante.

Cuando finalmente aterrizamos, Sigurd me mira con una expresión traviesa.

—Tengo una sorpresa para ti. Dame media hora, ¿de acuerdo? —comenta divertido.

—¿Qué tienes en mente, Sigurd? —le pregunto: la curiosidad me pica de inmediato, pero él solo sonríe misterioso, expectante.

—Lo verás pronto. Confía en mí —es todo lo que dice antes de irse.

Me ducho rápidamente, tratando de adivinar qué podría estar planeando. Cuando regreso al lugar acordado, me encuentro con una escena que me deja sin palabras: Sigurd ha preparado un picnic increíble. El mantel está extendido sobre el suelo, rodeado de cojines para que nos sentemos sin sufrir la incomodidad de las duras piedras. La comida que ha preparado o, mejor dicho, que ha pedido a la cocinera del comedor, es sencilla pero deliciosa: pan recién horneado, queso curado, frutas frescas y una botella de vino.

—¡Esto es increíble, Sigurd! No tenía ni idea de que te gustaran estas cosas —le digo claramente impresionada.

—Me gusta sorprenderte —responde encogiéndose de hombros con una sonrisa juguetona.

Mientras disfrutamos del picnic, Sigurd comienza a contarme algunas anécdotas de su infancia. Tiene una forma tan divertida de narrarlas que no puedo evitar reírme a carcajadas. Me relajo. Es algo que me engancha a Sigurd, cuando realmente se comporta como un amigo —gracioso, divertido, relajado— es cuando disfruto realmente de su compañía. Cuando deja a un lado esa galantería y solo se centra en ser amable, en ser él. Ahí es cuando creo que más conecto con él.

—Recuerdo la primera vez que subí a un caballo —empieza con una sonrisa que ya anticipa lo que viene—. Tenía unos siete años y estaba decidido a mostrarle a todo el mundo que podía montar sin ayuda. Me subí al caballo, todo orgulloso, y en cuanto di la orden para que empezara a caminar… ¡Zas! Me caí de culo en el barro. El caballo ni siquiera había empezado a moverse de verdad, solo dio un paso y yo ya estaba en el suelo —reconoce riendo sin ningún tipo de vergüenza.

—¿Y te diste por vencido o volviste a intentarlo? —pregunto entre risas.

—Por supuesto que volví a intentarlo —responde con una risa—, pero me aseguré de tener a alguien sujetándome la próxima vez.

Luego, se inclina un poco hacia mí, como si estuviera a punto de contarme un gran secreto:

—Y luego está la primera vez que besé a una chica. Tenía unos doce años y estaba seguro de que sería algo épico. Así que cerré los ojos, me acerqué... y cuando la besé, ella me dio un tortazo tan fuerte que me dejó la mejilla ardiendo. Resulta que le gustaba otro chico, pero no me di cuenta hasta que fue demasiado tarde —Esta vez se sonroja al recordar la ridícula escena y no puedo evitar reírme aún más.

—¡Pobre Sigurd! Debió ser una situación muy violenta —reconozco apenada, pero sin dejar de sonreír.

—Lo fue, pero me lo merecía por ser tan entusiasta —dice riendo también—. ¿Y tú? ¿Tienes alguna historia embarazosa de tu infancia? —pregunta curioso.

Asiento con una sonrisa mientras recuerdo mis propias experiencias.

—Oh, tengo algunas joyas que reconocer, si te soy sincera. La primera vez que eché a correr por mi cuenta, tenía tanta energía que no miré hacia dónde iba. Terminé tropezando con una escalera y me rompí las paletas de los dientes. Fue un desastre — le cuento enseñándole la pequeña cicatriz que tengo en la encía de la paleta derecha.

Sigurd se ríe y me mira con incredulidad.

—Eso suena doloroso. ¿Qué dijo tu familia? —pregunta preocupado.

—Hicieron lo que pudieron para no preocuparme demasiado y después de una visita al doctor y unos dulces, se me pasó el dolor — le cuento, evitando el detalle de que al salir del dentista, me compraron el espléndido castillo de *La Bella y la Bestia* puesto que, como es evidente, no va a saber de lo que le hablo.

—Y luego está mi primera cita —continúo, con una mezcla de vergüenza y diversión—. ¡Estaba tan emocionada!, lo había planeado todo: la ropa, el perfume, una lista de posibles temas de conversación... Pero el día antes de la cita, me salió un grano tan grande en la frente que no podía ni mirarme al espejo. Me sentí tan acomplejada que no pude ir a la cita. Inventé una excusa y me quedé en casa, escondida bajo las sábanas —admito siendo ahora yo la que se sonroja.

—¡No puedo creerlo! ¿Y qué pasó con la cita?

—Al final, nunca tuvo lugar —digo, riendo también—. Pero bueno, aprendí a no dejar que un grano arruine mis planes... al

menos, no del todo.

Después de un rato, Sigurd me mira con una expresión cálida.

—¿Te gustaría un masaje? Pareces un poco tensa después del vuelo —me pregunta guiñandome un ojo. No estoy nada estresada, pero no lo reconozco.

Mi expresión cambia por completo en cuanto la cercanía se vuelve inevitable. No quiero ser borde ni maleducada, pero creo que evitar el contacto físico va a ser lo mejor. Necesito dejar los límites de esta amistad bien claros. No quiero hacerle daño, pero siento que aprovecha cada momento de intimidad para acariciarme y rozarme. No estoy cómoda. Puede que este tipo de cortejo sea lo común en este mundo, pero a mí me resulta forzado. Al principio me pareció divertido, incluso excitante. Sin embargo, después de conocerlo mejor, me di cuenta de que una bonita amistad es todo cuanto puedo ofrecerle.

—Creo que es mejor que me vaya con mis compañeras. Se ha hecho tarde —respondo fría, cortante.

—Perdona si te he incomodado. Yo solo… disfruto mucho de tu compañía.

—A mí también me agrada pasar tiempo contigo. Ha sido una tarde muy agradable. Gracias —respondo mientras me levanto y empiezo a recoger el picnic.

—Gracias por tu tiempo, señorita. Hasta mañana —se despide besándome gentilmente la mano.

Escapo de ese momento incómodo de la forma más digna y disimulada que puedo. Soy consciente de que llegará el día en que tendré que aclarar las cosas. A nadie le gusta tener ese tipo de

conversaciones incómodas, pero si su comportamiento cercano se mantiene o va a más, no me va a quedar más remedio.

CAPÍTULO 21

Al terminar el picnic con Sigurd, regreso a mi habitación, sintiéndome aún un poco incómoda. Al abrir la puerta del dormitorio, me encuentro con una sorpresa: Aika, Sigrdrifa y Ram están esperándome, sus ojos llenos de curiosidad las delatan.

—¡Ahí estás! —exclama Aika, con una sonrisa traviesa en los labios.

—Cuéntanos todo. ¿Qué tal con Sigurd? ¿Cómo es? ¿Es tan majo como parece? ¿De qué habéis hablado? —Las preguntas me asaltan desde todos los frentes, y no puedo evitar reírme ante su entusiasmo.

—Sois auténticas valquirias, deberíais de aborrecer estos temas —digo alzando las manos como si las estuviera regañando.

—Para una vez que pasa algo interesante por aquí tenemos curiosidad —dice Sigrdrifa, cruzando los brazos y sonriendo—. ¿Qué tal con él?

—Bueno, digamos que es un buen amigo o eso creo… —murmuro sin estar muy segura de lo que estoy diciendo.

—¿Sabes que él no te ve con los mismos ojos, verdad? Deberías de redimirte con él y a otra cosa mariposa —me aconseja seria Ram.

—No permitas que te distraiga, ya sabes que… —empieza Aika y no, no la dejo terminar.

—Lo sé. Soy una valquiria, una de las más poderosas y tengo que encontrar mi auténtica identidad para volver a ser la guerrera que una vez fui —cacareo como un papagayo que se sabe las palabras de memoria.

—Pues si tan bien te sabes la teoría, ponla en práctica —aconseja Sigrdrifa.

—Sí, ya lo sé. Aunque para vosotras es una prohibición total y no os entra en la cabeza enamoraros, yo lo siento diferente. Aun así, no me siento preparada para sentir nada por nadie. Bastante tengo con conectar conmigo misma —admito con total sinceridad.

—Empiezas a hablar como una valquiria. Céntrate en lo único importante, en tu deber —sigue insistiendo Ram.

—Cambiando de tema, necesito que me aclaréis ciertos temas bélicos. ¿Vamos a la biblioteca? —propongo con iniciativa.

Mis amigas se levantan a la vez, como si mis palabras hubiesen sido órdenes para ellas. Parecen orgullosas de que me interese por nuestras guerras y los motivos de estas, de que por fin acepte mi destino y me enfrente con valor a él. Reconozco que, aunque ha sido un arduo proceso, por fin siento que pertenezco a este lugar.

Entramos en la biblioteca con sigilo, aunque no hay necesidad de ello. Es un lugar vasto, de techos altos, con estantes repletos de pergaminos y códices. Ram nos guía hasta una pequeña mesa en el rincón más alejado, justo bajo una gran ventana que permite que la luz del atardecer bañe suavemente el lugar. En un gesto ya familiar, Ram nos sirve a cada una un cuerno de hidromiel, su mano firme y

decidida, como si el simple acto de compartir la bebida fuera un ritual de unión entre nosotras.

Tomo un sorbo y, antes de que nadie diga una palabra, mi curiosidad me supera. Dejo el cuerno en la mesa y miro a mis amigas, incapaz de contener la pregunta que llevo días intentando descifrar.

—¿Por qué Hel ha declarado la guerra a Odín? ¿Cuál es el motivo real detrás de todo esto? —mi voz suena más aguda de lo que pretendía, y sé que las tres se han dado cuenta.

Aika se inclina hacia adelante, mirándome con la paciencia que siempre tiene cuando le hago preguntas que son consideradas inocentes o ingenuas. Sus ojos brillan a la luz del fuego de la chimenea cercana, pero su tono es firme.

—Hella, ya lo sabes. Hel quiere arrebatar las almas de los más débiles, los que no pueden luchar por sí mismos. Odín no lo permitirá.

—¿Pero es eso todo? —insisto, entrelazando los dedos sobre la mesa—. ¿Hel solo busca poder? ¿Para qué querría las almas indefensas? ¿No hay algo más? Tiene que haberlo.

Ram da un pequeño golpe en la mesa con el cuerno antes de hablar, como si quisiera añadir peso a sus palabras. Su tono es más grave, casi reprochador.

—Hel busca trastocar el equilibrio. Llevaría el caos al mundo de los vivos y los muertos. Odín nos protege a todos, incluso a los que no pueden defenderse. Por eso lo seguimos.

—Pero ¿y si hay algo que no nos han dicho? —murmuro, más para mí misma que para ellas.

Sigrdrifa, que hasta ahora ha estado en silencio, se inclina hacia atrás, observándome con sus ojos claros y penetrantes. Siempre ha sido la más pragmática de nosotras.

—¿Dudas de Odín, Hella? —pregunta, pero no hay rabia en su voz, solo una advertencia, una sombra de algo que no se puede cruzar.

—No se puede dudar de Odín. Él nos ha guiado desde siempre, y su sabiduría es infinita. Hel busca destruir ese orden. No hay nada más detrás, esa es la realidad. —Su tono se endurece al mencionar el nombre de la diosa del inframundo.

Ram asiente con fuerza, el fuego se refleja en sus ojos oscuros. Es la más autoritaria, la que más firmes tiene sus creencias. No va a permitir que genere la menor duda sobre el dios.

—Nuestro deber es claro. Seguimos a Odín hasta la muerte si es necesario. Hell ha traído la oscuridad y el engaño, y es nuestra tarea, como sus valquirias, detenerla. No hay lugar para las dudas.

—Pero ¿y si Hel tiene sus propias razones? —insisto, sabiendo que estoy cruzando una línea peligrosa—. ¿Y si hay algo que no entendemos? ¿Y si no es ella la única que busca poder?

El silencio cae pesado entre nosotras. Sigrdrifa se me queda mirando, su expresión es ahora más cerrada, casi distante.

—No debemos cuestionar el juicio de Odín. —Finalmente rompe el silencio, su tono es implacable—. Él es el Padre de Todos. Sabe lo que es mejor para el equilibrio entre los mundos. Nuestra lealtad no es negociable.

Aika, que ha sido la más serena de todas, me mira con un deje de comprensión en sus ojos.

—Lo que estás buscando, Hella, es entendimiento. Pero a veces no hay lugar para eso en la guerra. Hay que confiar. Hel representa el caos y la muerte sin fin. Odín lucha para protegernos de eso, para proteger Midgard, Asgard, todo lo que conocemos. — Sus palabras son suaves, pero hay una determinación inquebrantable en su voz.

Bajo la mirada al cuerno de hidromiel, sintiendo el peso de sus palabras y de la tradición que nos ata a Odín. Todas han sido criadas para seguirlo, para no dudar. Pero mi mente sigue buscando respuestas que quizás nunca lleguen. En ese momento sé que hay cosas que no se pueden preguntar sin alterar el delicado equilibrio de confianza que existe entre nosotras y Odín.

—Tienes razón —murmuro finalmente, tomando otro sorbo de la bebida dulce—. Es nuestro deber.

Ram me observa de reojo, como si no estuviera completamente convencida de mi aceptación, pero no dice nada. Ninguna de ellas lo hace. Es un tema que, de alguna manera, hemos cerrado, aunque mi mente sigue dando vueltas.

El silencio de la biblioteca se siente aún más pesado, como si las paredes mismas supieran los secretos que todavía me rondan en la cabeza. Y, aunque las demás parecen convencidas, yo sigo preguntándome si algún día entenderemos completamente el verdadero motivo detrás de esta guerra.

CAPÍTULO 22

Aterrizo en la laguna con Valiente, el suave sonido de sus cascos resuenan en el aire tranquilo mientras desmonto y agarro mi espada. El sol se refleja en el agua, pero mis ojos están fijos en él, en Leif. Está a la orilla, estirándose y, por un instante, no puedo evitar detenerme a observarlo. Sus músculos se tensan bajo la piel, perfectamente esculpidos por años de entrenamiento. Mi mirada recorre su torso desnudo, las cicatrices que cuentan historias de batallas pasadas y, sin poder evitarlo, un escalofrío me recorre desde la nuca hasta el vientre, donde una cálida sensación comienza a expandirse. Mis pensamientos vagan peligrosamente, pero me obligo a centrarme.

Sacudo la cabeza y respiro hondo. No estoy aquí para admirarlo, estoy aquí para mejorar. Decido atacar. Me acerco rápidamente, intentando aprovechar el efecto sorpresa, pero no hay suerte. Antes de que mi espada cruce la distancia entre nosotros, Leif ya ha girado, con esa facilidad asombrosa que tiene, y bloquea mi ataque como si lo hubiera visto venir desde el principio. Es frustrante, pero también me reta. Me motiva a mejorar para poder pillarlo desprevenido.

Nuestro entrenamiento comienza sin palabras, solo el sonido de las espadas resonando al chocar una y otra vez. No hay espacio para

distracciones ni bromas. Hoy solo hay un objetivo: superarlo, o al menos hacer que esta vez le cueste vencerme. He practicado, he memorizado cada movimiento que me enseñó la última vez, con los que me derrotó, y ahora los replico con mayor precisión. Me muevo con más fluidez, anticipando mejor sus ataques. Lo veo en sus ojos: hay una chispa de orgullo mezclada con sorpresa. Hoy no será tan fácil para ti, Leif.

Me lanzo con un corte diagonal, buscando su flanco izquierdo. Él se mueve con agilidad, bloqueando mi ataque y girando su espada para intentar desarmarme. Lo veo venir y, con un rápido giro de muñeca, libero mi espada de su agarre antes de que pueda completarlo. Es un movimiento con el que antes me hubiera vencido, pero esta vez no. Nuestra danza de acero continúa, cada uno calculando al otro, buscando una apertura.

Leif se lanza con una estocada rápida hacia mi abdomen. Retrocedo, haciendo un giro lateral, intentando contraatacar con una barrida baja a sus piernas. Él salta con agilidad, pero al aterrizar, yo ya he cambiado de postura, lista para recibir el siguiente golpe. Esta vez, no me pilla fuera de guardia. Chocamos espadas de nuevo, y aunque su fuerza me sobrepasa, consigo resistir, empujando hacia adelante con una nueva y más potente determinación.

—Estás mejorando, Hella —murmura entre dientes mientras intenta forzarme a retroceder.

No le respondo, solo sonrío, centrada en el siguiente movimiento. Es lo que quiero, mejorar, ser digna de este combate. Ser digna de todos los combates a los que me tenga que enfrentar. Intento un ataque rápido al costado y, aunque lo bloquea, veo que le cuesta un poco más esta vez. El sudor le brilla en la frente y, aunque

sigue siendo más rápido y fuerte, no soy la misma aprendiz inexperta que era la última vez. No he superado al maestro, no aún, pero al menos hoy estoy haciendo que se lo piense dos veces.

Giro sobre mis talones, buscando una apertura, y hago una finta, fingiendo un ataque alto pero bajando la espada a su costado. Leif reacciona rápidamente, bloqueando con una precisión milimétrica, pero noto el pequeño cambio en su postura. Le está costando más mantener el control. Me lanzo hacia él, con una serie de golpes rápidos, intentando acortar la distancia, pero Leif es astuto. Se mueve hacia un lado, usando mi propio ímpetu contra mí. Casi me desequilibra, pero mantengo los pies firmes en el suelo y, aunque siento el impacto en los brazos, no cedo.

Este duelo es diferente. Hay más igualdad, más equilibrio. Leif sigue siendo superior en técnica y fuerza, pero yo le estoy alcanzando, poco a poco. Cada movimiento que hago es una pequeña victoria y, aunque todavía no soy capaz de derrotarlo, sé que he mejorado más de lo que él esperaba. Finalmente, tras un cruce más de espadas, Leif retrocede, bajando su arma solo un poco, respirando más rápido que antes. Yo también estoy jadeando, el cuerpo tenso pero lleno de una energía que solo este tipo de combates puede darme.

En cuanto la tensión del combate se disipa, me giro, sedienta, buscando un respiro. Alcanzo mi cantimplora, pero no siento el suelo firme bajo mis pies. Todo sucede en un instante: resbalo y, antes de poder reaccionar, mi cabeza golpea una piedra. Un zumbido sordo invade mis oídos y mi visión se oscurece lentamente mientras la realidad se desdibuja.

Me dejo llevar, cayendo en la inconsciencia, abrazando su oscura y cálida suavidad sin dudarlo. Pero, en lugar del vacío, me recibe una oleada de imágenes. Mis recuerdos. Recuerdos que no deberían estar ahí… o quizá siempre lo han estado.

Soy otra, pero al mismo tiempo sigo siendo yo. Brunilda**.** Me veo de pie, frente a Odín. Mi cuerpo vibra de ira. No estoy solo molesta, estoy enfurecida.

—¡No puedo seguir aceptando tus órdenes ciegamente! —le grito, mi voz es fuerte, firme. Mi pecho arde de rabia y frustración.

El rostro de Odín es frío, impenetrable. La mirada que me devuelve no refleja duda, ni miedo. Solo un implacable poder.

—Brunilda, tienes que acatar tu deber —responde con calma, y su frialdad solo aumenta mi furia. Siento que mis manos tiemblan, pero no es de miedo. Es la tensión que inunda mis venas.

—Mi deber... —murmuro con sarcasmo—. ¿Qué hay del deber hacia nosotras, las valquirias? ¿Hacia mí? ¿Cuántas más deben sacrificarlo todo por tus caprichos? ¿Cuántas más como yo? —mis palabras se pierden en el aire, mientras me doy la vuelta, teniendo aún el pecho vibrante de ira. Mis ojos se posan en Valiente, mi fiel corcel. No espero respuestas. Ya las conozco todas.

—Si no me escuchas…, entonces yo seré quien actúe. Con o sin tu permiso —le escupo al dios a distancia, con la voz temblando por la determinación que siento.

Monto en Valiente y sin pensarlo dos veces, me lanzo al campo de batalla. La bruma de la guerra cubre la tierra y las voces de mis hermanas se mezclan con los gritos de la batalla. Las espadas chocan, los escudos se rompen. Mi corazón late con fuerza, y siento

el peso de cada arma que levanto. Estoy dando lo mejor de mí, entregando cuerpo y alma. No porque Odín me lo haya pedido, sino porque es lo que siempre he sido: una guerrera. Una valquiria.

Los recuerdos me envuelven como una tormenta, cada golpe, cada herida, cada victoria y derrota. Cada paso en la batalla lo siento vivo, como si estuviera allí, en este preciso instante. Pero, lo más abrumador de todo, es el hecho de que estos recuerdos, que parecen ajenos, no lo son. Son míos. Brunilda... fui yo. Soy yo. Siempre lo he sido.

Y en ese torbellino de imágenes y emociones, lo entiendo: no estoy recordando otra vida. Estoy recordando mi vida. Mi verdadera vida.

—¡Hella! ¡Hella! Despierta, no me hagas esto joder, despierta — oigo los gritos desesperados de Leif.

Aunque me cuesta deshacerme y alejarme de estos recuerdos —mis recuerdos—, vuelvo poco a poco a mi consciencia. Comienzo abriendo poco a poco los ojos y lo veo. Esa cara ruda, morena que me mira como si estuviera a punto de perderme.

—Menos mal, ¿qué tal estás? ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo? Me has dado un susto de muerte…. —susurra mientras respira aliviado.

—Eh… bueno…, creo que bien. He tenido un sueño muy raro…; me siento un poco abrumada…

—Vamos a espabilarte.

Antes de que sea realmente consciente de lo que sucede a mi alrededor, Leif me coge en brazos y echa a andar. Noto como su piel cálida me reconforta. Apoyo mi cabeza en su pecho y el latir de su

corazón hace que quiera volver a dormirme. Me quedaría en esa postura siempre, bajo su regazo, sobre sus fuertes brazos. Sin embargo, la calidez que me nubla la mente se disipa por completo cuando nos sumergimos en el agua.

—¿Pero qué narices? ¡Está helada! —grito congelándome.

—Genial, ya ha vuelto la Hella que conozco. ¿Me vas a explicar ese sueño raro que has tenido? —responde sonriente Leif.

—Tú y tus sutilezas. Muchas gracias, caballero.

—Para servirle, milady.

—He soñado con Brunilda. Lo intrigante del sueño no era ella sino que lo vivía en mi propia piel, como si yo fuera ella. Lo he sentido, he experimentado cada emoción que ella vivía en ese momento como si fuera mía. Son mis recuerdos, Leif, Brunilda soy yo.

Es la primera vez que reconozco en voz alta que realmente soy Brunilda. Aunque no me acuerde de nada o prácticamente nada de antes de despertar, siento que soy ella. Siento que esos recuerdos me pertenecen, aunque en su mayoría están envueltos en una neblina que no me deja verlos con claridad.

—Todos lo sabíamos. Solo necesitabas darte cuenta por ti misma. Encantado, Brunilda —responde haciendo una ridícula reverencia.

—Hella, por favor —contraataco aguantando la risa.

—¿Sabes? Te entiendo mejor de lo que crees. Yo también soy un despertado de Odín —reconoce cambiando por completo su tono de voz, ahora sombrío y triste.

—¿En serio? ¿Cómo no me lo habías dicho antes? ¿Dónde despertaste? —pregunto curiosa.

Me siento más aliviada. Alguien más aparte de mí ha vivido, ha experimentado la misma soledad, desesperación y frustración que yo. Es mi salvavidas en este mundo en el que me ha costado mucho encajar. Es la única persona literalmente que puede entender cómo me siento.

—Cómo te comente vengo de la oscuridad, del frío y la tortura. Un lugar donde el sufrimiento y el castigo te dan la bienvenida. Mi despertar no fue tan agradable como el tuyo. Pero eso no tiene que preocuparte.

—Siento que tuvieras un comienzo tan difícil…

—Fue un año terrible, pero logré salir de ahí…

Aprecio el sufrimiento en sus ojos, como brillan recordando cada momento que vivió en ese infierno. La ternura se apodera de mí. No entiendo muy bien por qué empatizo tanto al verlo sufrir, por qué me hierve la sangre por no haber podido ayudarlo. No comprendo por qué me importa. Apenas nos conocemos, hemos entrenado varias veces juntos, pero… me importa, más de lo que me gustaría admitir.

Sin poder controlar mis emociones lo abrazo. Me pego tan fuerte que nuestros cuerpos mojados se entrelazan. Nuestros brazos sujetan al otro con fuerza, como si llevaran deseando que llegara el momento una eternidad. Su cabeza se agacha apoyándose en mi clavícula y me besa. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo haciendo que me estremezca. Ante esa reacción, nos separamos lo mínimo posible para poder mirarnos a los ojos. Su mirada almendrada se

clava en la mía, hipnotizándome, haciendo que no pueda apartar la vista.

—Yo… —susurra sin poder continuar la frase.

Se acerca más a mí. Su mirada se desvía a mis labios y mi corazón deja de latir por unos segundos. Sus manos agarran con firmeza mi cintura mientras las mías acarician sutilmente su cabello despeinado. Las ansias por besarlo empiezan a crecer en mi vientre, un millón de bichitos revolotean en mi estómago sin parar y creo que voy a desfallecer como no una sus labios a los míos de inmediato. Sin embargo, eso no sucede.

Me besa gentilmente la mejilla haciendo que esta se sonroje al momento y se aleja de mí. Siento el frío de la soledad, me quedo ahí quieta, en medio de la laguna, empapada y desconcertada. ¿Acaso no siente lo mismo por mí? ¿Acaso la intensidad y la atracción que acabamos de vivir ha sido solo mi imaginación? No entiendo nada.

—Tengo algo para ti. Sé cómo te sientes y al ver la esperanza en tus ojos cuando has descubierto que yo he vivido lo mismo que tú… En fin, creo que te puede ayudar —comenta intentando mantener la calma.

—¿Qué es eso? —pregunto intrigada.

Leif acaba de sacar de su mochila de cuero algo parecido a una pluma. No entiendo muy bien de qué me puede servir una pluma pero le doy tiempo. Alguna explicación lógica tendrá…

—Esta pluma tiene algo… mágico. No puedo explicarlo con argumentos sólidos, pero digamos que yo tengo una igual. Ambas plumas se crearon de la madera del mismo roble antiguo y tienen

una conexión especial. Si yo escribo algo con esta pluma, el papel viajará a donde la otra pluma esté de inmediato.

—A ver si lo entiendo… ¿Con estas dos plumas podremos comunicarnos estemos donde estemos? —pregunto emocionada.

—En efecto, lo has entendido, pequeña —responde sonriente.

—Eso significa ¿que vas a querer hablar conmigo, aunque no estemos juntos?

— Tengo que hacer un viaje de un par de días. No podremos vernos, ni entrenar. Te dejo esto por si tienes alguna duda sobre tu entrenamiento o bueno…, para lo que quieras.

—Me encantaría poder hablar contigo siempre que pueda. Me…. importas, Leif. Todavía no sé muy bien en qué sentido, pero eres alguien importante para mí. Pero a veces no sé si tú…

—Lo único que debes de saber es que me preocupo por ti, Hella; me paso los días esperando que llegue la tarde para venir aquí y verte. Me preocupo porque superes cada obstáculo que se te presente. Me aterra pensar que puedes pasarlo mal y que yo no esté para ayudarte. Me importas.

No puedo explicar con exactitud el efecto que han tenido en mí sus palabras. Siento que tengo alguien que se preocupa por mí, que me entiende y que no solo me ve como una valquiria que tiene que ser leal a su destino. Un reconfortante subidón de adrenalina se apodera de mí, pero antes de que pueda mostrarlo físicamente, de que pueda abrazarlo o al menos cogerle de la mano, Leif me da la pluma y comienza a alejarse.

—Nos vemos en dos días pequeña, cuídate.

—Hasta pronto… —susurro en un hilo de voz.

La alegría se va difuminando. ¿Será un afecto paternal lo que sentirá por mí? ¿Estaremos creando una amistad? Desde que sé que no volveré a mi vida, he pasado por diversas emociones; tristeza por no volver a ver ni a Aksel ni a mi familia, rabia, frustración… Pero nunca me había planteado la posibilidad de volver a sentir algo por una persona. No creo estar enamorada, ni querer a Leif, pero me importa. Me importa de verdad. Ahora tendré que descubrir de qué forma me preocupo por él, si es solo una profunda y sincera amistad o podría llegar a algo más…

CAPÍTULO 23

Me despierto, aún un poco adormilada, y al moverme siento algo bajo mi almohada. Me sobresalto, pero luego sonrío al recordar que Leif ha dejado, por vía mágica —como lo he llamado yo—, una nota. La deslizo entre mis dedos, y al abrirla leo en letras claras: "Buenos días, pequeña, espero que hayas soñado conmigo". Es tan típico de él, siempre tan seguro de sí mismo. No puedo evitar sonreír. Cojo mi pequeña pluma mágica y escribo una respuesta rápida: "Eres un egocéntrico, cuídate".

A pesar de que la cama me llama con su calor, no tengo más remedio que levantarme. Sé lo que me espera hoy y, aunque normalmente el entrenamiento es algo que disfruto, hoy no es el caso. Me preparo rápidamente, aunque mis movimientos son mecánicos, los realizo casi sin pensar. Una seguridad nueva me envuelve hoy. Sentir que tengo alguien en quien puedo confiar, que realmente me entiende, me ha subido la autoestima. No solo eso, sé que puedo contar con Leif y que, pase lo que pase, él estará ahí, y eso hace que me sienta indestructible.

Llego al comedor, me sirvo el desayuno y me siento junto a mis amigas; Sigrdrifa, Ram y Aika. Ellas, como siempre, están llenas de energía, hablando de lo que sea que les haya pasado esta mañana. Intento unirme a la conversación, pero mi mente sigue divagando,

atrapada en ese torbellino de emociones. Justo cuando estoy empezando a sentirme más cómoda, Grunnr entra con una expresión seria que capta la atención de todas.

Nos anuncia que los guerreros han sido llamados a las fronteras de Asgard para resolver unos problemas menores. Esto significa que hoy, solo entrenamos las valquirias. De inmediato, la atmósfera en el comedor cambia. Todas sabemos lo que significa: competición, enfrentamiento, el orgullo de ser la mejor está en juego. La emoción empieza a burbujear a mi alrededor y no puedo evitar sentir una chispa de adrenalina, apartando así todos mis quebraderos de cabeza.

Nos dirigimos a la zona de entrenamiento, cada una de nosotras lista para demostrar su valía. El suelo retumba bajo mis botas mientras nos alineamos, los músculos tensos, listas para el desafío. La señal llega y, sin pensarlo dos veces, echo a correr, sintiendo el viento en mi rostro y la fuerza en mis piernas. Es como si todo lo demás desapareciera y solo existieramos yo y la meta en este momento.

Corro con todas mis fuerzas, cada paso me lleva más cerca de la meta, y al final, lo logro. He superado a todas, incluso a mis amigas, y soy la ganadora del día. Al principio, no me lo creo, pero luego la realidad me golpea. Siento las miradas de las demás sobre mí, algunas llenas de envidia, otras de orgullo, y otras de pura sorpresa. Pero lo que más me importa es cómo me siento yo. En este momento, me siento invencible, como si fuera capaz de cualquier cosa.

Después de una buena ducha que me quita el sudor y la tensión del campeonato, me siento revitalizada. Me visto con algo cómodo y

decido tomar un almuerzo rápido. Mientras estoy comiendo, Grunnr aparece y nos da la noticia de que tenemos la tarde libre. Es un regalo inesperado, pero me deja un poco desorientada. Llevo tantos días centrándome en entrenar y solo eso, que ahora no sé muy bien qué hacer. Pienso en la posibilidad de volar un rato con Valiente para despejar la mente y liberar algo de energía acumulada. Pero antes de que pueda decidirme, mis amigas se abalanzan sobre mí.

Aika, Ram y Sigrdrifa literalmente me secuestran, riendo y empujándome hacia una habitación que jamás había visto antes. Cuando cruzo la puerta, me sorprende lo que encuentro. Es un espacio perfectamente acondicionado, mucho mejor que cualquier centro de estética que haya conocido. Las paredes están adornadas con espejos dorados y sobre las mesas hay frascos, cepillos, y tarros de cremas y aceites que parecen ser antiguos y bien cuidados. No puedo evitar soltar una carcajada ante lo inesperado de la situación.

—Aquí no tenéis métodos anticonceptivos, pero para la belleza, ¡hay de todo! —bromeo mientras me empujan hacia una silla de madera tallada.

Ram, con su habitual destreza, empieza a sacar frascos y aceites de diferentes colores.

—Este es mi favorito —dice Ram mientras abre un pequeño tarro de vidrio lleno de un aceite dorado—. Se usa para suavizar el cabello en los días más fríos. Solo necesitas unas gotas y tu cabello brillará como el oro —explica emocionada.

Mientras Ram empieza a aplicarme aceite en el cabello, Sigrdrifa saca un pequeño espejo y lo sostiene frente a mí.

—Mira esto —dice con una sonrisa maliciosa—. Es un tinte natural para los labios. Hecho con bayas silvestres. Te da un color carmesí que dura horas, incluso después de beber o comer —explica como si hubiese descubierto América.

Nos pasamos el espejo de una en una, pintándonos los labios y riendo por los resultados. Aika, que ha estado rebuscando entre los frascos, se acerca con algo que parece ser una mezcla de hierbas secas.

—Y esto —dice con un tono misterioso— es lo que nuestras ancianas usaban para fortalecer las uñas. Lo mezclas con agua, lo aplicas y esperas a que se seque. Después de unas semanas, tendrás las uñas tan fuertes como el hierro.

La habitación se llena de risas mientras cada una de nosotras experimenta con los últimos métodos nórdicos de belleza. Aika se dedica a mi cabello, trenzándolo con destreza, mientras Sigrdrifa me muestra cómo aplicar un rubor natural hecho de pigmentos triturados. Ram está absorta en hacerme una especie de mascarilla facial con una mezcla que huele a hierbas frescas.

Entre risas y bromas, el tema inevitablemente cambia de dirección. Necesito contarles a mis amigas mi relación con Leif. Tengo tal vaivén de emociones que intento controlar que siento la urgente necesidad de desahogarme con alguien.

—Os tengo que confesar algo: he conocido a un joven —susurro para que nadie más que ellas nos oiga.

—Ya empezamos… —comenta entre gruñidos Ram.

—Se llama Leif. Él también despertó de un sueño y, bueno, ha estado entrenándome desde hace unas semanas —comento

intentando esconder la emoción que me produce hablar de él.

—¿Leif? Ese nombre me suena… —añade Ram pensativa.

Antes de que pueda relacionarlo con nada, Sigrdrifa le da un pequeño codazo que disimula francamente mal. ¿Qué pasa? No entiendo nada.

—¿Acaso lo conocéis? —pregunto extrañada.

—No que yo sepa. ¿Sientes algo por él? —interroga Sigrdrifa.

—No lo sé todavía. Supongo que por ahora solo somos amigos —respondo sincera.

—¿Por ahora? Hella, por favor. No te hemos despertado para que juegues a los enamoramientos. Por el amor de Freya, ¡eres una valquiria! No hay mayor orgullo que ese y lo estás echando todo por la borda por qué, ¿por un hombre? —grita furiosa Ram mientras se levanta de su silla y empieza a caminar nerviosa por toda la habitación.

—Lo que Ram quiere decir, con muy poca sutileza, es que esperes. Sé que no recuerdas tu infancia, que no tienes los mismos valores inherentes en tu identidad como nosotras. Solo te pedimos que esperes a la gran batalla contra la diosa del inframundo. Después ya averiguarás qué sientes por ese muchacho —intenta convencerme Aika.

—Es fundamental que todas estemos cien por cien centradas en ganar la gran batalla final, Hella. No lo conseguiremos si no piensas en otra cosa que no sea eso. ¿Nos lo prometes? —me presiona Sigrdrifa.

—Está bien, lo entiendo. Os lo prometo —respondo sin estar muy convencida de ser capaz de cumplirlo.

El resto de la tarde sigue igual. Me enseñan sus trucos de belleza nórdicos con alegría, olvidándose de todo lo que hemos hablado. Yo, en cambio, soy incapaz de quitármelo de la cabeza. Estoy orgullosa de ser quien soy, quiero ser la mejor de las valquirias y proteger al pueblo de Asgard. Aun así, no creo que aguante sin ver a Leif. Se ha vuelto un pilar fundamental en mi vida, necesito sus conversaciones profundas, su mirada intensa, su entrenamiento letal para darle sentido a mi rutina. Lo único que prometo intentar es mantener nuestra relación en lo que es ahora, una mera e inofensiva amistad.

CAPÍTULO 24

El estruendo de fuera me hace despertar de golpe, como si una tormenta hubiese estallado justo sobre mi cabeza. Es un sonido violento, profundo, que sacude las paredes y parece nacer del corazón de la tierra misma. Un rugido sordo, incesante, que retumba en mis oídos, haciéndolos vibrar. Mientras me esfuerzo por despejar mi mente, me doy cuenta de que no es solo un ruido. Es una mezcla de cosas: el repiqueteo de pasos acelerados, el choque de algo metálico, quizás espadas o armas, y a lo lejos, como un eco que se mezcla con todo lo demás, los gritos desgarradores de hombres heridos.

Con el corazón acelerado y una sensación de urgencia innegable, me visto apresuradamente. Mis manos tiemblan mientras me pongo la ropa, pero no puedo detenerme. La intensidad de los sonidos de afuera me mantiene alerta, como si en cualquier momento todo pudiera explotar a mi alrededor. A pesar de ello, no puedo evitar que mi mente se desvíe un instante a la nota de Leif: "Buenos días, pequeña, tengo ganas de verte". El mundo devastador que hay a mi alrededor se detiene un instante y sonrío. Un segundo es lo que me hace falta para poder disfrutar a solas de la nota y a todo correr le respondo: "Buenos días, pervertido, yo a ti ninguna". Con una sonrisa de triunfo me levanto y salgo de forma apresurada.

Aika, siempre enérgica y con esa chispa de determinación que nunca se apaga en sus ojos, ya está en la puerta. Se mueve de un lado a otro, como una loba enjaulada, esperando impaciente mientras sus manos aferran con fuerza el pomo de su espada. Sus músculos están tensos, listos para saltar al fragor del combate en cualquier momento. Me lanzo tras ella, apenas un paso por detrás, mi mente trata de mantenerse al ritmo de la urgencia que la situación exige. No hay tiempo que perder.

La fría luz de la mañana ilumina el sendero mientras corremos hacia el área de entrenamiento. A cada paso, el retumbar de nuestros pies parece acompasarse con el latido acelerado de mi corazón. Puedo sentir la inquietud de Aika a mi lado, como si nuestra prisa fuera insuficiente, como si cada segundo pudiera marcar la diferencia entre la vida y la muerte.

Al llegar al área de entrenamiento, la imagen que se despliega ante nosotros es devastadora. El suelo, que antes había sido escenario de duelos y prácticas, está ahora manchado de sangre y polvo. Los pocos hombres que han logrado regresar están tirados por doquier, algunos recostados contra las paredes, otros en el suelo, con sus cuerpos maltrechos y rostros marcados por el dolor. Heridas abiertas, contusiones, miradas perdidas. Algunos gimen, otros se aferran a lo poco que les queda de fuerzas, mientras las sanadoras, con las manos ensangrentadas, intentan hacer lo que pueden con recursos insuficientes.

El aire está impregnado del olor metálico de la sangre y el humo. Mi estómago se revuelve ante la visión de aquellos que alguna vez fueron guerreros invictos, ahora reducidos a sombras de sí mismos, atrapados en el limbo entre la vida y la muerte. Pero, a

pesar del horror que me rodea, hay una preocupación más profunda que se clava en mi pecho, punzante e ineludible: la ausencia de Sigurd.

Sigurd, siempre fuerte, siempre decidido. Su imponente figura no está entre los caídos ni entre los que se aferran a sus últimas fuerzas. Busco su rostro en la multitud, desesperada por verlo, pero no está. Y esa ausencia pesa más que cualquier herida. Intento sofocar la creciente angustia, pero no puedo evitar que mi mente se llene de preguntas. ¿Habrá caído en la batalla? Uno de los guerreros, con la mirada decidida a pesar de sus heridas, da un paso al frente y alza la voz.

—¡Los gigantes de fuego han vuelto, os necesitamos en la batalla! Hay muertos, así que preparaos.

El aire se llena de un silencio tenso mientras todas asimilan lo que eso significa. No solo hay que luchar, sino también debemos honrar a los caídos, recoger sus cuerpos y llevarlos al Valhalla. Siento el peso de la responsabilidad en mis hombros, pero también algo de curiosidad por saber cómo es vivir el ritual de honrar a los caídos y llevarlos al Valhalla, aunque suene fatal diciéndolo en alto.

En un abrir y cerrar de ojos, nuestros corceles alados aterrizan en medio del caos. El calor es sofocante, y el sonido de las armas chocando contra escudos y carne se mezcla con los gritos de desesperación y el rugido implacable del fuego. Nada tiene que envidiar esta batalla a la que vivimos días atrás. Los gigantes de fuego han conseguido romper nuestras defensas, cruzando las fronteras del reino y desatando su furia sobre nuestras tierras.

Cientos de casas y familias están envueltas en llamas, consumidas por un fuego abrasador que parece inextinguible. Siento que el alma se me cae a los pies al ver la devastación propagarse por Asgard. Cada grito, cada estructura colapsada, es un golpe directo a mi corazón. La necesidad de ayudar a esta gente me quema por dentro, pero cuando miro a Grunnr, su expresión de determinación me detiene. Ahora no es el momento de socorrer a los heridos. Si quiero salvarlos a todos, debo cortar el problema de raíz.

Las horas pasan en un torbellino de acero, fuego y gritos. Los gigantes de fuego están alineados en formación, avanzando lentamente, con pasos que hacen temblar el suelo bajo mis pies. Son enormes, cada uno de ellos envuelto en llamas que crepitan a su alrededor como un halo infernal. Sus ojos brillan con una furia primigenia, y el calor que emanan es sofocante, como si cada respiración quemara mi garganta.

Están organizados en filas, como si no fueran criaturas caóticas sino una fuerza imparable de destrucción. Al frente, los más grandes blanden armas colosales, espadas y mazas de fuego que barren el campo de batalla con devastadora facilidad, arrasando a cualquiera que se cruce en su camino. A cada golpe de esas bestias, la tierra se abre, y los cuerpos de mis compañeras caen como hojas ante un vendaval.

Pero no me permito vacilar. No puedo. Mis manos aferran con firmeza la empuñadura de mi espada, ahora más caliente de lo que debería estar. El acero vibra con cada choque que resuena en el campo, pero en mis manos, no tiembla. Mi cuerpo se mueve, instintivamente, sin necesidad de pensar. Leif me lo había enseñado.

El pie derecho siempre adelantado, el equilibrio siempre centrado. La guardia baja, lista para responder al más mínimo movimiento del enemigo.

Uno de los gigantes de fuego se abalanza hacia mí, blandiendo una maza envuelta en llamas. Siento la onda de calor antes de que llegue a mí, pero mi cuerpo ya está en movimiento. Me lanzo hacia la izquierda, evitando el impacto por poco. El suelo se rompe donde la maza golpea, y el gigante ruge con frustración. Sin perder tiempo, deslizo mi espada bajo su guardia, justo como Leif me enseñó. Un corte rápido y profundo en la parte posterior de su pierna. Mi hoja atraviesa carne y fuego, y el gigante cae de rodillas con un grito desgarrador.

Cada movimiento que hago está impregnado de las lecciones que Leif me inculcó durante esas largas jornadas de entrenamiento. Los ataques en diagonal, rápidos y certeros. La forma en que me enseñó a aprovechar la velocidad sobre la fuerza bruta. "No tienes que ser más fuerte que nadie, Hella", me dijo. "Solo más rápida". Y lo soy. Mis pies se deslizan por el terreno, evadiendo los golpes lentos pero devastadores de los gigantes, mientras mi espada encuentra sus puntos vulnerables.

Otro gigante se abalanza, una espada ígnea desciende hacia mí con una velocidad sorprendente. Pero ya lo veo venir. Me agacho, haciendo un giro rápido, y mi espada se alza en un arco perfecto, cortando a través de su muñeca. El gigante grita mientras su mano se desprende y el fuego chisporrotea al contacto con el suelo. Sigo el impulso, girando sobre mis talones, y con un movimiento fluido, atravieso su garganta. La sangre, caliente como el fuego que lo envuelve, salpica mi rostro, pero no me detengo.

Me sorprendo a mí misma. Nunca antes había sentido tal precisión, tal conexión entre mi cuerpo y la espada. Me estoy moviendo como una verdadera valquiria, casi como si no fuera yo quien controlara mis movimientos, sino algo más. Algo dentro de mí ha despertado, algo poderoso. Brunilda. Puedo sentir su fuerza. Su poder. Es como si por fin sintiera que somos una, el pasado y el presente fundiéndose, creando algo nuevo. Poderoso. Letal. Cada golpe, cada giro, está impregnado de una fuerza ancestral, una ferocidad que antes solo había imaginado.

Los gigantes retroceden por un momento, sorprendidos ante mi ferocidad. Pero no les doy tregua. Con la espada en alto, me lanzo hacia el siguiente, sintiendo cómo la energía de Brunilda corre por mis venas. La batalla ya no es un caos a mi alrededor; se ha convertido en una danza. Mis movimientos son rápidos, calculados, y con cada golpe, otro gigante cae. Sus cuerpos, gigantescos y ardientes, se desploman con un estruendo sordo, como montañas derrumbándose.

El entrenamiento: esas interminables horas de dolor y agotamiento han valido la pena. No hay duda en mis movimientos, no hay miedo en mi mente. Estoy donde debo estar, haciendo lo que debo hacer. Cada enemigo que cae me lo confirma. Soy Hella, pero también soy algo más. Soy la valquiria que resuena con el espíritu de Brunilda, y hoy, este campo de batalla es mío.

A medida que la batalla avanza, mi preocupación crece. Busco a Sigurd entre el caos, pero no lo veo por ningún lado. El nudo en mi pecho se aprieta más con cada momento que pasa sin encontrarlo. La incertidumbre me pesa, pero no puedo dejar que me distraiga. Sigurd es fuerte, lo sé, pero hasta los más fuertes pueden caer.

La batalla que en un principio parecía perdida, llega a su fin. Los últimos gigantes de fuego caen bajo nuestras armas, y un silencio pesado se asienta sobre el campo de batalla. Es un silencio roto solo por el crepitar de las llamas que aún consumen los restos de lo que alguna vez fueron hogares de muchas personas inocentes. Me quedo un momento observando, respirando el aire cargado de humo y sangre, tratando de asimilar lo que acaba de suceder. Hemos ganado, pero la victoria siempre tiene un precio.

Veo cómo algunas de mis compañeras empiezan a llevar a los heridos a casa. Las expresiones en sus rostros son una mezcla de cansancio y alivio. Entre ellas se encuentran mis amigas; Sigrdrifa, Ram y Aika, y entonces la que suspira aliviada soy yo. Han luchado con todo lo que tenían, y ahora su misión es asegurarse de que los que aún respiran reciban el cuidado que necesitan. Me siento tentada a seguirlas, a ayudar a los vivos, pero sé que mi deber ahora es otro. Me corresponde a mí junto con alguna de mis compañeras, llevar a los caídos en batalla al Valhalla, un honor que nunca se toma a la ligera.

Camino entre los cuerpos, mis botas crujen sobre la tierra y las cenizas. No son muchos, apenas una docena, y aunque cada vida perdida es una herida en mi alma, no puedo evitar sentir un inmenso alivio al no ver a Sigurd entre ellos. Mi corazón, que había estado comprimido durante toda la batalla, se relaja un poco, y una ola de consuelo me inunda.

Mis compañeras y yo nos reunimos en silencio alrededor de los cuerpos, nuestros rostros son sombríos pero decididos. Sabemos lo que debemos hacer. Con cuidado, empezamos a levantar a nuestros

hermanos y hermanas caídos, tratando con respeto esos cuerpos que dieron todo en la batalla.

Mientras nos preparamos para partir hacia el Valhalla, siento una profunda conexión con estas almas valientes. Cada una de ellas merece ser honrada, y nosotras somos las encargadas de llevarlas a su descanso eterno, a ese lugar donde serán recibidos como héroes. Me reconforta saber que, aunque han caído, su viaje aún no ha terminado. Nosotras los llevaremos al lugar donde descansarán entre los dioses, recordados y celebrados por siempre.

Y así, con el peso de la responsabilidad en nuestros hombros, pero también con el orgullo de cumplir con nuestro deber, emprendemos el viaje hacia el Valhalla, sabiendo que hemos hecho todo lo posible por nuestra gente, tanto los que siguen luchando como los que ya no están.

El camino hacia el Valhalla es lento y solemne. Mientras sobrevuelo el cielo con Valiente y el hombre caído sujeto en mi regazo, el paisaje cambia gradualmente a nuestro alrededor, dejando atrás el olor a humo y sangre. Poco a poco, nos acercamos al umbral de la morada de los dioses.

Cuando finalmente llegamos, me detengo en seco, sin poder creer lo que ven mis ojos. La entrada al Valhalla es una visión que corta la respiración, incluso para alguien que ha estado aquí antes, puesto que mis hermanas valquirias tienen la misma cara de incredulidad que yo.

Ante mí se alza una inmensa puerta dorada, tan alta que parece rozar los cielos. Está adornada con intrincadas tallas que narran historias de batallas antiguas, victorias y sacrificios, cada detalle

pulido con un brillo sobrenatural. Las puertas parecen estar hechas de un material que no es de este mundo, irradiando una luz cálida y acogedora, como si el sol mismo estuviera atrapado en su interior.

A los lados de la entrada, se erigen columnas de mármol blanco, talladas con figuras de guerreros y dioses, cada una representando un aspecto del coraje y la fuerza. Sobre ellas, cuervos gigantes, de plumaje negro como la noche, vigilan atentamente. Saben quiénes son bienvenidos y quiénes no.

El camino que conduce a las puertas está flanqueado por árboles dorados, cuyas hojas brillan con un fulgor suave, moviéndose con la brisa de un viento que no proviene de este mundo. El aire aquí es diferente, limpio y cargado de energía, como si cada molécula estuviera viva con la esencia de aquellos que han pasado antes que nosotros. En la distancia, puedo escuchar la música que proviene del gran salón, un sonido etéreo que promete descanso y celebración para los caídos.

A medida que nos acercamos, las puertas se abren lentamente, sin un sonido, como si supieran que traemos consigo a aquellos dignos de entrar. Al cruzar el umbral, veo que nos esperan los nuevos encargados de cuidar a los caídos. Son figuras majestuosas, vestidas con armaduras relucientes que parecen estar hechas de estrellas y niebla. Sus rostros son serenos, pero llenos de respeto, y me miran con ojos que reflejan la sabiduría de eras pasadas.

Uno de ellos, un guerrero alto con una espada resplandeciente a su lado, da un paso adelante. Su voz es profunda y resonante cuando habla, como si cada palabra estuviera cargada con el peso del destino.

—Nosotros nos encargaremos de ellos ahora —dice con una reverencia—. Han cumplido su deber, y aquí encontrarán el descanso que merecen.

Asiento en silencio, sabiendo que los caídos están en buenas manos. Mis compañeras y yo dejamos que los guerreros del Valhalla tomen a nuestros hermanos caídos. Los vemos marchar hacia el gran salón donde serán recibidos como héroes. Su sacrificio será recordado por la eternidad.

Me quedo un momento más, observando cómo las puertas se cierran lentamente detrás de ellos, hasta que desaparecen de la vista. Una mezcla de tristeza y paz me invade. Hemos cumplido con nuestro deber. Los caídos están donde pertenecen y, aunque sus cuerpos ya no están con nosotros, su espíritu vivirá por siempre en el Valhalla. ¿Desde cuándo me he vuelto tan poética?

CAPÍTULO 25

Llego al establo con las piernas pesadas y el cuerpo dolorido, apenas logrando mantenerme en pie. El viaje al Valhalla ha sido agotador, pero hoy parece que el cansancio abruma más que de costumbre. Dejo a Valiente, mi fiel corcel alado, en su lugar, acariciándole el lomo con gratitud antes de soltar las riendas. Es entonces cuando, como un relámpago, me atraviesa el recuerdo de Sigurd.

¡Sigurd! Estará herido.

Es uno de los pocos amigos que tengo aquí, en mi nuevo hogar. El simple hecho de pensar que puedo perderlo me parte el alma en dos. El miedo me golpea con una fuerza que me arranca el aliento. Sin pensarlo dos veces, salgo corriendo hacia la enfermería. Cada paso que doy parece un eco de mi desesperación. Al llegar, intento entrar, pero una valquiria en la puerta me bloquea el paso con una mirada severa.

—Lávate primero —me escupe, con tono frío y sin compasión. Miro mis manos y brazos cubiertos de polvo, sudor y sangre, la evidencia de la batalla todavía pegada a mi piel. No tengo tiempo para esto, pero sé que no tengo otra opción.

Corro como un rayo hacia las duchas, la opresión en el pecho es más brutal que hace solo unos segundos. El agua fría choca contra mi piel y, aunque normalmente me quejaría, ahora no siento nada

más que la urgencia de volver a la enfermería. En menos de diez minutos estoy lista, limpia, pero con el mismo temor ardiendo en mi pecho.

Al entrar al sanatorio, la escena me golpea con una brutalidad que no esperaba. Los hombres yacen en las camas, algunos apenas conscientes, otros debatiéndose entre la vida y la muerte. Las heridas que veo son desgarradoras, cortes profundos, quemaduras, miembros destrozados. Incluso los más fuertes están pálidos, luchando por aferrarse a lo que les queda de vida. Mis ojos recorren frenéticamente cada rincón, buscando entre los rostros tensos y sufridos, mientras el temor trepa por mi tráquea.

Y entonces lo veo. Sigurd está ahí, en una de las camas, y mi mundo parece detenerse por un instante. Aika está a su lado, sujetando su mano y acariciando su rostro con una ternura que me hace relajarme un poco. Me acerco lentamente, el alivio inundando mi cuerpo.

Está herido, pero está vivo. Es lo único que importa en este momento.

—¿Te importa si me hago cargo Aika? —pregunto con una urgencia que hace que mi educación penda de un hilo.

—Eh, no, claro que no, todo tuyo… —asiente y se aleja silenciosamente de nosotros.

Miro a Sigurd, su rostro pálido y lleno de dolor, y algo dentro de mí se enciende, una energía que nunca antes había sentido tan intensamente. Sé que esta vez no bastarán los ungüentos ni las telas para curarlo. Esto es diferente. Necesito usar mi poder de sanación.

Me arrodillo junto a su cama, mis manos tiemblan ligeramente mientras las coloco sobre las heridas más urgentes. Cierro los ojos y respiro profundamente, buscando la calma en medio del caos. Dejo que mi mente se vacíe de todo excepto del deseo de salvarlo, de traerlo de vuelta del borde del abismo.

Poco a poco, siento cómo mi energía empieza a fluir. Es como un río cálido que corre por mis venas, convirtiéndose en un resplandor dorado que ilumina cada célula de mi cuerpo. Esa luz se desplaza desde mi corazón hasta mis manos, que ahora parecen brillar con una intensidad sobrenatural. Abro los ojos por un momento y veo cómo ese resplandor dorado comienza a mezclarse con la piel de Sigurd, fluyendo hacia sus heridas abiertas, cerrándolas lentamente.

Sigurd deja escapar un suspiro, un sonido que me llega como un bálsamo para el alma. Veo cómo su cuerpo se relaja bajo mis manos, la tensión en sus músculos se desvanece mientras la magia hace su trabajo. Las heridas que antes parecían insalvables comienzan a sanar, la piel empieza a regenerarse, y se forman cicatrices donde una vez hubo carne rota.

Siento el latido de su corazón bajo mis manos, fuerte y constante, y sé que su pulso se ha estabilizado. El alivio me invade, pero no me permito bajar la guardia. Me quedo a su lado, manteniendo mis manos sobre él, asegurándome de que la sanación sea completa.

La noche avanza lentamente, cada minuto parece una eternidad mientras vigilo a Sigurd. Mi energía sigue fluyendo hacia él, manteniendo a raya cada herida, interna y externa, recibiendo la atención necesaria. No lo dejo solo, no me permito cerrar los ojos hasta estar completamente segura de que está fuera de peligro. No

sé en qué momento mi cuerpo cedió al cansancio, pero me he quedado dormida junto a Sigurd. La dureza del suelo y el frío de la noche no importaron, solo quería estar cerca de él. Pero ahora, algo suave y cálido acaricia mi cabello, despertándome de un sueño profundo.

Abro los ojos lentamente, parpadeando en la oscuridad. La enfermería está bañada en una luz plateada, la luna llena se asoma por la ventana, iluminando todo con su brillo etéreo. Me toma un segundo orientarme, recordar dónde estoy, pero la sensación de esos dedos acariciando mi cabello es tan reconfortante que por un momento no quiero moverme.

Cuando finalmente levanto la vista, me encuentro con los ojos de Sigurd. Está despierto, su mirada suave y llena de una calidez que parece irradiar desde su alma. Su piel, que antes estaba pálida y sudorosa, ahora parece resplandecer bajo la luz de la luna, como si una fuerza interior lo estuviera iluminando. Es una visión que me deja sin aliento.

—Sigurd… —susurro, sin poder creer que está despierto, que me está mirando y acariciando como si nunca hubiera estado al borde de la muerte. La gratitud y el alivio se mezclan en mi pecho, formando un nudo que casi me ahoga.

—No quería despertarte —dice con voz ronca pero llena de cariño, su mano todavía sigue enredada en mi cabello—. Pero no podía evitarlo…; estás aquí, y estoy vivo gracias a ti.

Sus palabras me llenan de una felicidad indescriptible, y me doy cuenta de que el esfuerzo, el agotamiento, todo ha valido la pena.

Acaricio su mejilla suavemente, sintiendo el calor que emana de él, una prueba viva de que mi poder de sanación ha funcionado.

—Estoy tan feliz de verte así —susurro, inclinándome un poco más cerca, sintiendo cómo la tensión de la batalla y la angustia de la espera se disuelven poco a poco. Me vuelvo a dormir, la luna nos baña en su luz suave y, por un momento, todo el caos del mundo exterior desaparece.

Cuando abro los ojos, veo a Sigurd sentándose, su respiración regular y su mirada sorprendida. Mis poderes de sanación han funcionado mejor de lo que esperaba. Él se mira las manos, luego se toca el pecho, como si no pudiera creer que la herida mortal que lo trajo a la enfermería haya desaparecido por completo.

—Estoy... completamente curado —murmura incrédulo. Antes de que pueda responderle, Sigurd salta de la cama, me toma de la cintura y me levanta sin esfuerzo.

—¡Lo has conseguido, Hella! —ríe mientras empieza a girar sobre sí mismo, y yo, atrapada en su agarre, giro junto a él. Mi cuerpo vuela ligero, como si de repente todo el peso de la batalla se hubiera desvanecido. Me río también, aunque mi alegría no es por el acto de girar, sino por verlo sano y salvo, como si el peligro nunca hubiera existido. Cuando finalmente se detiene, me suelta suavemente, y sus ojos brillan con gratitud.

—Tengo que descansar, pero ahora que estoy de pie, no puedo permitir que sigas aquí entre este hedor a sangre y muerte. —Me toma de la mano y me guía hacia la salida de la enfermería. El aire frío fuera es un alivio, mucho más limpio, lejos de la sensación sofocante de las heridas y el sufrimiento.

Nos acercamos al centro del pueblo, donde las guerreras y los luchadores que han sobrevivido están celebrando la victoria. Una gran hoguera ilumina el cielo, y el sonido de risas y cánticos llena el ambiente. Jarras de hidromiel pasan de mano en mano y en poco tiempo Sigurd y yo nos unimos al festín. El calor de la hoguera y el sabor del hidromiel en mis labios es un recordatorio de que hemos ganado, de que, al menos por esta noche, la guerra ha quedado atrás.

Al principio, bebo despacio, con la mente aún sumida en los ecos de la batalla, pero la jarra número uno pronto se convierte en dos, y luego en tres. Me doy cuenta de que esta hidromiel es diferente, más fuerte de lo habitual. Miro a Sigurd, quien también está disfrutando con una risa ligera en sus labios. El alcohol me desinhibe, siento cómo me relajo completamente, la tensión de la guerra se desvanece, y una sensación de libertad me envuelve. En un impulso, abrazo a Sigurd, recostando mi cabeza en su hombro mientras le susurro al oído:

—Me alegra tanto que estés bien. No sabes cuánto me alegro de que mis poderes te hayan salvado la vida —mi voz es sincera, pero hay una calidez detrás de mis palabras que no esperaba.

Es en ese momento cuando noto algo diferente en la mirada de Sigurd. No es el amigo agradecido que esperaba ver. Sus ojos brillan con algo más: una chispa posesiva, casi salvaje. Antes de que mis reflejos, debilitados por el alcohol, puedan reaccionar, me toma de la nuca y, sin previo aviso, presiona sus labios contra los míos de forma agresiva. Mi mente tarda un segundo en registrar lo que está sucediendo. Luego, la furia estalla dentro de mí.

—¡No! —grito confundida mientras lo empujo con fuerza, apartándolo de mí. Me limpio los labios con el dorso de la mano, asqueada. ¡Joder!, es mi amigo, es como si fuera mi hermano. Siento que el alcohol me nubla, pero trato de mantener la calma. No quiero decir algo que luego lamente.

—Sigurd, creo que te has confundido. Para mí eres…, eres mi mejor amigo. Alguien con quien puedo reír, desconectar…, pero nada más —mi voz tiembla, pero mis palabras son claras.

—Eh…, claro…, sí…, qué estúpido. Lo siento, de verdad, lo siento mucho… —murmulla avergonzado mientras se aleja de mí.

Lo veo confuso, herido quizás, pero no puedo evitar el alivio que siento al dejarlo claro. Sin embargo, mientras las palabras salen de mis labios, algo me golpea con fuerza: los labios de Sigurd me resultaron fríos, desagradables. En cambio, recuerdo cuando Leif estuvo tan cerca de mí, su aliento mezclado con el mío en esos momentos tensos. Una necesidad incontrolable de besarlo, de estar cerca de él, me invadía entonces.

Y ahí lo entiendo. No quiero ser solo amiga de Leif. Lo que siento por él es más profundo, más visceral.

Ahora todo encaja. Leif es la única persona que me ha entendido, que me ha hablado de su pasado. La única persona que no me ha juzgado por dudar de ser quien soy, por dudar de mi cometido. Además, la atracción y el nerviosismo que genera en mí… Crea una maldita revolución en mi cuerpo cada vez que se me acerca un milímetro. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Quiero estar con Leif. Quiero conocer esas sombras, esa oscuridad de la que proviene, ese eco del pasado que no le deja ser feliz.

CAPÍTULO 26

Al despertar, me siento eufórica, como si estuviera flotando en una nube. Cada paso que doy hacia mi habitación es ligero, como si la gravedad misma hubiera decidido darme un respiro. Todo lo que sucedió anoche con Sigurd aún late en mi interior, una mezcla de emoción y alivio que me hace sonreír sin darme cuenta.

Cuando entro en mi habitación, observo la prueba de lo que Leif me hace sentir. Ahí, sobre mi almohada, su nota, como cada mañana: "Buenos días, pequeña, ¿nos vemos luego?". Y de nuevo, esa excitación, ese nerviosismo por verlo, por hablar con él, por contarle todo lo que me ha pasado. Y, sobre todo, por explicarle, por abrirme a él de verdad, diciéndole que lo quiero, que no lo he podido evitar, me he enamorado de él.

Escribo una respuesta intentando no reflejar las ansias que tengo porque llegue la tarde: "Buenos días, pervertido. Nos vemos luego, qué remedio". Por mucho que haya intentado mantener un tono jocoso y quitarle importancia, creo que ambos tenemos las mismas ganas por encontrarnos. Aunque de sentirlo a confesarlo, hay un gran paso.

Comienzo mi entrenamiento de espadas con una energía renovada, sintiendo cómo cada movimiento fluye con una precisión y fuerza que no había experimentado antes. No sé si es por el subidón

de la noche anterior, esa reflexión personal que ha puesto mi mundo patas arriba o si es el resultado de las semanas de intenso entrenamiento al que me he sometido. Lo que sí sé es que no queda nada de la Hella insegura que despertó, y eso me llena de orgullo.

Grunnr sigue siendo inalcanzable, una líder que parece estar en otro nivel, pero me he ganado el respeto de mis compañeras, y eso hace que mi humor mejore considerablemente. Saber que ellas ven mi esfuerzo y reconocen mi progreso me da un impulso extra para seguir adelante.

Después de la sesión de entrenamiento, me meto a la ducha, dejando que el agua caliente lave el sudor y la tensión de mi cuerpo. Mientras el agua corre por mi piel, me tomo un momento para observar cómo he cambiado. Mis músculos, antes casi invisibles, ahora están tonificados. Mi trasero, que pensé que nunca existiría, ahora tiene una forma definida, y mis muslos están fuertes y firmes. No soy una culturista ni mucho menos, pero ahora al menos me siento más segura de mí misma que antes.

Una vez lista, entro al comedor y me sirvo algo rápido de comer, los nervios por la conversación pendiente con Leif me han quitado el apetito. Mientras engullo mi comida en silencio, sin hablar con nadie, Ram se sienta a mi lado. Su presencia es reconfortante, pero sus palabras me sorprenden.

—¿Por qué no vas luego a la sala de sanación? —me dice, con una sonrisa enigmática—. Creo que tus amigos se lo están pasando de maravilla…

Corro hacia el área de sanación: ¿qué habrá querido decir Ram? Sabiendo cómo es, intentará darme una lección o hacerme

reflexionar sobre algo. Según llego, la incomodidad se apodera de mí al instante. Ahí, delante de mí, están Aika y Sigurd, se encuentran entrelazados en un acto de pasión cruda y desenfrenada. Sigurd toma el control con una intensidad descontrolada, sosteniendo salvajemente el pelo de Aika, moviéndose dentro y fuera de ella con una ferocidad que nunca imaginé que podría demostrar. Los gritos y gemidos de Aika resuenan por toda la enfermería, haciendo que más de un enfermo ría entre dientes.

Mientras dejo de observar cómo Aika y Sigurd se entregan el uno al otro, desatando su pasión de forma casi salvaje, no puedo evitar sentir alivio. Me alegra ver que Sigurd ha encontrado lo que buscaba en otra mujer, alguien que parece estar dispuesta a recibirlo con la misma intensidad que él demanda. Ya no soy yo quien ocupa su mente, y eso me libera.

Pero al mismo tiempo, una sombra de preocupación se cierne sobre mí. Aika es fuerte, pero también es sensible. Temo que en este frenesí descontrolado, ella pueda salir herida, que sus sentimientos se enreden en algo que Sigurd no esté dispuesto a corresponder a largo plazo. ¿Será este encuentro algo fugaz, o traerá consigo algo más dulce, algo que ambos necesitan? No lo sé, pero lo espero. Espero que de esta tormenta surja algo bueno para ambos.

Y, en parte, me siento más ligera, como si me hubiera quitado un peso de encima. Lo que ocurrió ayer entre Sigurd y yo, ese rechazo, me dejó una sensación de culpa, pero ahora, al verlo con Aika, esa culpa se disipa. Tal vez nunca debí haberme sentido así. Sigurd ha encontrado su camino, y yo el mío. Ahora puedo seguir adelante sin mirar atrás.

CAPÍTULO 27

Siento una liberación tan profunda que casi me parece irreal. Por primera vez en mucho tiempo, no llevo ningún peso sobre mis hombros. El miedo a dañar a Sigurd ha desaparecido, y con él, la culpa que me había estado persiguiendo. Él ha encontrado su camino, y yo el mío. Ahora, todo lo que queda es la emoción que me inunda por decirle a Leif lo que realmente siento.

Llevo demasiado tiempo reprimiendo estos sentimientos, ocultándolos detrás de excusas, de miedos, como si al admitirlos estuviera renunciando a una parte de mí. Pero me doy cuenta de lo absurda que he sido. Soy una valquiria. Nací para enfrentar el peligro, para luchar sin temor contra las más temibles criaturas. ¿Por qué no debería ser igual de valiente con mi propio corazón?

Siento que algo dentro de mí ha cambiado, una resolución firme se ha asentado. Esta vez no me voy a acobardar, no voy a volver atrás. Monto a Valiente con más seguridad, cada trote me lleva más cerca de la laguna, el lugar que tantas veces he compartido con Leif en silencio, en paz. Ahora será testigo de algo más, algo mucho más grande.

Una mezcla extraña, pero familiar, de miedo y excitación recorre todo mi cuerpo. Mis manos firmes sobre las riendas tiemblan ligeramente, pero esta vez sé que no es el temor lo que me sacude, sino la anticipación de lo que está por venir. Mi corazón late con

fuerza, como si ya supiera que está a punto de abrirse de una manera que nunca antes ha hecho.

Las aguas de la laguna brillan a lo lejos y cada vez estoy más cerca. Mi respiración se acelera, pero no voy a echarme atrás. Esta vez no. He derrotado monstruos y superado batallas, pero esta es la más importante. Una lucha interna, una que he estado librando contra mí misma durante tanto tiempo. Pero ya no más. No soy solo valiente en la guerra. También puedo serlo en el amor. Hoy voy a demostrarlo.

Según aterrizo, no tardo ni medio segundo en divisar a Leif. Me acerco, silenciosa mientras él me observa sonriente, ajeno a todo lo que está por ocurrir. Estamos de pie frente a frente, y el aire entre nosotros parece cargado, pesado. Leif me mira, sus ojos fijos en los míos, expectantes, como si sospechara lo que estoy a punto de decir, pero no quiere interrumpirme. Su expresión es una mezcla de calma y curiosidad, con esa seriedad que siempre lleva consigo, pero hay algo más, algo que no puedo descifrar del todo, y eso me pone nerviosa.

Las palabras están atrapadas en mi garganta, y por un momento dudo. Mi mano tiembla ligeramente, pero respiro hondo y lo miro. Justo en ese segundo, la brisa fría del exterior nos rodea y, aunque tengo el cuerpo rígido, mis emociones están a flor de piel, casi hirviendo dentro de mí. Siento el latido en mi pecho, cada vez más fuerte, como si mi corazón estuviera intentando escapar de mi pecho.

—Leif… —empiezo en voz baja, buscando su mirada como un ancla en medio del caos que siento—. No sé cómo decir esto…, pero

necesito que lo sepas, necesito que me escuches, porque ya no puedo seguir callándome.

Él frunce ligeramente el ceño, inclinando la cabeza hacia mí, y su expresión se suaviza. Puedo ver cómo sus labios se separan un poco, como si estuviera a punto de decir algo, pero no lo hace. Solo espera, y en ese momento siento una presión en el pecho, una mezcla de miedo y alivio.

Mi mano se mueve, casi sin darme cuenta, y roza su antebrazo, sintiendo la calidez de su piel a través de la tela. Es un pequeño gesto, pero para mí lo significa todo. Es como una súplica silenciosa para que no se aleje, para que me deje decir lo que tengo dentro. Las palabras empiezan a salir de mí como si algo se rompiera por fin.

—Siempre he sentido algo por ti. Algo que creía que podía ignorar, que podía enterrar bajo la rutina, bajo los días de entrenamiento y nuestras risas…, pero no puedo más. Lo que siento es más fuerte que cualquier duda, cualquier temor. Tú haces que el mundo se vea diferente, como si todo cobrara un sentido que antes no tenía. Y cuando no estás, siento que me falta algo, como si el aire se hiciera más denso, como si todo perdiera su color.

A medida que hablo, veo cómo su rostro cambia. Sus cejas se levantan ligeramente, y sus ojos parecen brillar de una manera diferente, más intensa. Se acerca un poco más, como si mis palabras lo atrajeran hacia mí, aunque ninguno de los dos se atreve aún a dar el siguiente paso.

Mis dedos, sin pedir permiso, de forma descontrolada, recorren el contorno de su brazo, subiendo hasta su hombro, buscando esa

conexión física que refleje lo que está sucediendo dentro de mí.

—Te amo, Leif —susurro con la voz cargada de emoción—. Te amo de una forma que me asusta, pero al mismo tiempo, me da fuerza. Y no quiero ocultarlo más. No puedo.

Su rostro, que hasta ahora había sido una mezcla de sorpresa y contención, se transforma. Sus labios se curvan en una sonrisa apenas perceptible, y sus ojos se oscurecen con una intensidad que me hace temblar por dentro. No hay duda en su mirada, solo algo salvaje, algo apasionado que estaba contenido y que, de repente, empieza a desbordarse.

Antes de que pueda procesar lo que está pasando, él se mueve. Sus manos se levantan lentamente, como si quisiera saborear el momento antes de tocarme. Siento sus dedos en mi cintura, y el simple contacto envía una ola de calor por todo mi cuerpo. Mi respiración se acelera, y mi pecho sube y baja al compás de la emoción que está a punto de estallar.

Con una firmeza inesperada, Leif tira suavemente de mí hacia él, y mi cuerpo responde instintivamente, como si siempre hubiera sabido cómo encajar junto al suyo. Mis manos suben hasta su pecho, sintiendo los latidos de su corazón, tan acelerado como el mío. Mi mirada está atrapada en la suya, y en ese momento, todo lo demás desaparece. No hay ruido, no hay guerra, no hay nada, excepto nosotros.

Se inclina hacia mí, despacio, como si el tiempo se hubiera ralentizado. Su aliento roza mi piel, cálido, y justo antes de que nuestros labios se encuentren, mis ojos se cierran, dejándome caer

completamente en el momento. El primer contacto es suave, casi reverente, pero en cuanto lo siento, todo cambia.

El beso se convierte en una explosión de emociones, de pasión contenida. Sus labios se presionan contra los míos con una intensidad que me deja sin aliento, y lo único que puedo hacer es corresponder con la misma fuerza. Siento cómo sus manos se aferran a mi cintura, tirando de mí más cerca, como si quisiera borrar cualquier espacio que quedará entre nosotros. Mis manos suben hasta su cuello, aferrándome a él como si fuera lo único real en ese momento.

Es un beso salvaje, desbordante, donde el control y la razón se desvanecen por completo. Cada movimiento, cada roce de nuestras lenguas entrelazadas, es un fuego que recorre mi cuerpo, una necesidad primitiva de estar más cerca, de sentirlo completamente. Es como si todo lo que no habíamos dicho, todo lo que habíamos reprimido, se desatara en ese instante.

Mi corazón late tan fuerte que casi duele, pero es un dolor dulce, uno que me dice que esto es real, que estoy aquí, con él. El mundo a nuestro alrededor ha desaparecido por completo, y solo queda este momento, este beso que lo dice todo. Cuando finalmente nos separamos, apenas un par de centímetros, nuestros alientos se mezclan, entrecortados, como si acabáramos de sobrevivir a una tormenta.

Leif me mira, sus ojos brillan con esa intensidad incontrolable, y sonríe, una sonrisa que nunca había visto antes, llena de deseo y devoción.

—Yo también te amo, Hella. Lo he sabido todo este tiempo, pero te estaba esperando. Y ahora, no pienso dejarte ir —reconoce sin distanciarse ni un milímetro de mí.

—Quiero saberlo todo de ti, quiero conocer tus luces y tus sombras, tus virtudes y tus defectos. Lo quiero todo contigo, Leif —susurro sin poder apartar la mirada de esos ojos oscuros.

—Hasta en la noche más oscura hay una luna llena que aporta luz. Hasta el hombre más misterioso, más pervertido, tiene un lado bueno, solo hay que tener la paciencia suficiente para apreciarlo —explica ahora mirándome a los ojos.

—Si me dejas, me encantaría tener la oportunidad de demostrarte mi paciencia, y así poder conocernos de verdad, sin escondernos.

—Una vez reconocí que me importabas, ahora reconozco que te amo. Pero no soy un hombre fácil, ni sumiso, ni romántico —reconoce.

—No quiero convertirte en alguien que no eres, quiero conocerte a ti. El joven pervertido al que amenacé una vez, el muchacho que ha sabido sacar la guerrera que llevo dentro, el único que ha entendido cada uno de mis pensamientos. No quiero a otro que no seas tú.

Nos volvemos a besar. Esta vez no hay prisa, no hay urgencia ni el fuego descontrolado que nos consumió antes. Este beso es distinto. Es lento, profundo, cargado de significado. Es como si ambos estuviéramos transmitiendo algo más allá de las palabras, una promesa silenciosa que nace entre nosotros, una certeza que compartimos sin necesidad de hablar.

Sus labios rozan los míos con suavidad, y siento cómo cada segundo que pasa, cada leve contacto, va forjando un vínculo más fuerte. No es solo deseo lo que se siente en este beso, es algo más, algo que nunca antes había experimentado de esta manera. Es como si en ese instante, el tiempo se hubiera detenido para darnos la oportunidad de simplemente *sentir*, de reconocer lo que realmente estamos construyendo juntos.

El mundo alrededor desaparece lentamente, los sonidos del viento, del agua, todo se desvanece hasta que solo quedamos nosotros dos, unidos en esta promesa tácita. Mis manos, que antes temblaban por la emoción, ahora descansan sobre su pecho, sintiendo el ritmo de su corazón, tan sereno como el mío. Su respiración, suave y pausada, se mezcla con la mía, y en ese intercambio de alientos, sé que ambos estamos pensando lo mismo: este beso no es solo el aquí y el ahora, es el mañana, el después, es la certeza de que lo que sentimos trasciende cualquier batalla.

Leif me sostiene con una ternura que me hace estremecer, y en ese toque delicado, en la forma en que sus manos recorren mi espalda con suavidad, siento que él también lo sabe. Este beso es una promesa de que no estamos solos, de que a partir de ahora, nuestros caminos estarán entrelazados, sin importar qué pruebas tengamos que enfrentar.

Nuestros labios se separan lentamente, pero mantenemos nuestros rostros cerca, nuestras frentes tocándose. Sus ojos, cálidos y profundos, buscan los míos, y en su mirada encuentro la confirmación de lo que siempre he sabido. No necesitamos decir nada. Hemos hecho una promesa, una que ni el tiempo ni las tormentas podrán romper.

Este beso es solo el comienzo de algo más grande.

Después de estar un rato abrazados, en silencio, disfrutando de la mera existencia del otro nos despedimos. Me cuesta separarme de él después de todo lo que hemos reconocido y vivido hoy, pero debo regresar. Es mi deber, aunque mi corazón me pida a gritos lo contrario.

Cuando llego al pueblo parece que todo el mundo está ya en sus habitaciones, algo que agradezco porque no me apetece ver a nadie. Soy demasiado feliz en este momento como para dejar inmiscuirse a nadie. Según me meto en la cama veo que Leif me ha dejado una nota: "Buenas noches, pequeña, quiero repetir todos los días lo que hemos vivido hoy. Eres mía y eso me llena de una luz que necesito desesperadamente".

Sonrío como una boba mientras respondo a su nota: "Buenas noches, dios de la noche, supongo que soy las estrellas que iluminan tu oscuridad, pequeñas pero intensas". Creo que el apelativo cariñoso *pervertido* está ya un poco fuera de contexto. Como siempre dice que viene de la oscuridad, que tiene más sombras que luces he decidido llamarlo así. El mero hecho de pensar que es mi dios de la noche me eriza cada parte del cuerpo de una forma descontrolada.

CAPÍTULO 28

Me despierto sintiéndome renovada, feliz y segura de mí misma. Antes de tan siquiera levantarme de la cama, decido tomar la iniciativa y ser yo quien esta vez le dé los "buenos días" a Leif: "Buenos días, dios de la noche, tengo que admitir que no he soñado contigo, pero he amanecido pensando en ti". La respuesta no tarda en llegar: "Buenos días, pequeña, no quiero que tu olor en mí desaparezca, ¿nos vemos luego?". Suelto una carcajada que llama la atención de mis compañeras que se están despertando poco a poco pero me da igual. "Eres estúpido, pero me encanta. Nos vemos luego". Y así, empezando el día de la mejor manera me desperezo y me visto.

Entro en el comedor flotando en una nube de felicidad. No recuerdo la última vez que me sentí tan en paz, tan segura de mis emociones. Todo parece más brillante, más liviano. Pero en cuanto mis ojos se posan en Aika, todo eso se desvanece de golpe. Está llorando desconsoladamente, su rostro está oculto entre las manos mientras Sigrdrifa y Ram intentan consolarla. Mi corazón se encoge. Esa imagen me parte el alma.

Sin pensarlo dos veces, me acerco rápidamente a la mesa. El ambiente está cargado de tristeza y frustración y, aunque mis amigas intentan calmarla, está claro que Aika está rota, deshecha. Me siento a su lado y, sin decir una palabra, le paso el brazo por los

hombros. No puedo creer lo que estoy viendo. Aika, la siempre fuerte y desafiante Aika, convertida en un mar de lágrimas.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con suavidad, aunque ya empiezo a intuir la respuesta.

Sigrdrifa me mira con una mezcla de tristeza y furia contenida.

—Es por Sigurd —dice, casi escupiendo el nombre—. Ayer…, después de lo que pasó, ella pensó que significaba algo.

Ram asiente, su rostro serio, como si compartiera el dolor de Aika.

—Pero para él solo fue... una forma de darte celos —añade Ram, su voz es amarga. Aika solloza más fuerte, sacudiendo la cabeza como si quisiera borrar la realidad.

La ira empieza a crecer en mi pecho, hirviendo como un fuego incontrolable. ¿Cómo se atreve Sigurd a tratarla así? Mi felicidad se convierte en un peso insoportable, una sensación de injusticia hacia mi amiga. Pero no es momento de dejar que esa ira me controle. Aika me necesita ahora, más que nunca. Respiro profundo, intentando mantenerme centrada.

—Aika —digo suavemente, pero con firmeza—, mírame.

Ella levanta la cabeza, sus ojos hinchados y rojos de tanto llorar. Veo en su mirada la humillación y la vergüenza, y eso me hace querer gritar. Ningún hombre debería tener el poder de hacerla sentir así. No a ella. No a una valquiria.

—Escucha —continúo— lo que hizo Sigurd es imperdonable. Usarte de esa manera, para intentar provocarme, es despreciable. Pero no puedes, *no debes*, darle a él ni a ningún hombre el poder de hacerte sentir como si no valieras nada. Porque eso no es verdad.

Sigrdrifa asiente a mi lado, y Ram toma una de las manos de Aika con suavidad.

—Tú eres mucho más que esto, Aika —dice Sigrdrifa—. Eres una guerrera, una mujer increíblemente fuerte. Ningún hombre, ni siquiera Sigurd, tiene derecho a hacerte sentir menos por un error.

—Exactamente —agrega Ram—. Sigurd es solo un hombre, y créeme, si pensó que podía lastimarte y usar tus sentimientos para su propio beneficio, está muy equivocado. Tú eres una guerrera. Tu valor no depende de lo que un hombre piense o haga.

Aika sigue llorando, pero sus sollozos han disminuido. Veo cómo poco a poco, las palabras van calando en ella, aunque sea de manera sutil.

—No puedes dejar que este momento te defina —le digo—. Sigurd puede haberse comportado como un idiota, pero eso no significa que tú hayas hecho algo mal. No eres débil por haber confiado en él, ni por haber sentido algo. Pero lo que no puedes permitir es que te robe tu dignidad, tu fuerza.

Aika me mira, y puedo ver la lucha interna en sus ojos. La vergüenza aún está ahí, pero también noto un brillo de ira, una chispa que se aviva poco a poco.

—Ningún hombre —continúa Sigrdrifa— tiene el derecho de hacerte sentir menos. Tú eres una mujer de los pies a la cabeza. Todas en algún momento hemos caído en la debilidad del amor, nos hemos dejado llevar por los sentimientos. Solo tienes que volver a encontrar tu centro, tu objetivo, recordar tu deber.

—Nosotras luchamos cada día, en la batalla y en la vida —añade Ram—. Y así como no permitimos que los gigantes nos derroten, no

podemos permitir que un hombre lo haga. Eres fuerte, Aika. Siempre lo has sido. Y si hoy te sientes rota, está bien, pero recuerda quién eres.

Aika finalmente se limpia las lágrimas con el dorso de la mano y asiente, su respiración es aún entrecortada, pero más controlada. Puedo ver que empieza a procesar lo que estamos diciendo, que sus hombros se enderezan un poco más.

—Tenéis razón —murmura—. No voy a dejar que él…, que me haga sentir así.

Una sonrisa leve pero sincera se dibuja en mis labios.

—Así se habla. Eres más que suficiente, Aika. Y no necesitas que ningún hombre valide tu valor.

Siento una oleada de orgullo por ella. Puede que le cueste sanar, pero Aika es fuerte. Sigurd ha cometido un gran error, pero no se llevará su poder, ni su espíritu. Y mientras tanto, estaremos aquí, juntas, como siempre. Como las guerreras que somos.

Me levanto después de dar otro fuerte abrazo a Aika y me dirijo a la zona de entrenamiento. Sigurd parece no haberse dado cuenta de que, ¡vaya qué sorpresa!, ayer lo vi todo. Juego con un as en la manga que no voy a dudar en utilizar.

—Buenos días, preciosa, ¿qué tal has amanecido hoy? —pregunta el sinvergüenza con la misma cara dulce y falsa de siempre.

—Mejor que nunca —respondo mientras sujeto fuerte mi espada —. ¿Comenzamos?

Con un gesto afirmativo empezamos a dar vueltas observándonos, uno frente al otro, acechándonos. Antes, cuando

entrenábamos, esto se convertía en un juego de miradas cómplices y sonrisas amistosas y, de hecho, eso intenta hacer él pero mi mirada y mi sonrisa son totalmente diferentes. Quiero sangre y la voy a tener.

Decido dar el primer paso yo y lo ataco, sabiendo que él se deslizara hacia un lado evitando mi golpe y asestará otro a mi espalda que, como es lógico, espero y defiendo sin problema. Entrenar siempre con la misma persona tiene sus ventajas, coges confianza y no temes cometer un error, pero a la vez, terminas conociendo los movimientos del otro, hasta tal punto de memorizarlos.

Los ataques y los choques de espadas resuenan en toda el área de combate y, aunque estoy demasiado concentrada para fijarme en algo más que en ganar a Sigurd, siento que todo el mundo —guerreros y valquirias— han hecho un círculo a nuestro alrededor para observar y admirar la batalla. Madre mía, nos hemos convertido en el coliseo romano de estos nórdicos, pero me encanta porque en este caso, aunque él parezca ser el león que se come a la gladiadora, la verdadera bestia voy a ser yo.

En uno de los ataques Sigurd ya cansado y un poco mosqueado por mi comportamiento frío y constante, intenta golpear con su espada mis rodillas. Anticipo su golpe y doy una vuelta sobre su espalda y, sin que lo vea venir, le hago un sutil corte en la garganta. Un milímetro más de profundidad y lo hubiera matado. He ganado, la gladiadora ha conseguido matar al león.

—¿Estás loca? ¿Se puede saber qué te pasa? —grita como un demente.

—Mírate, parece que hasta tienes sentimientos. Solo voy a demostrarte lo que una mujer puede hacer —le susurro bajito y con una sonrisa frívola dibujada en la cara.

Uno de los guerreros comienza a reírse y después todos lo siguen sumiendo el área de entrenamiento en un canto de carcajadas que hace que Sigurd se sonroje de la vergüenza. Esto es lo que esperaba, que no viesen al condenado infiel como el más macho de los hombres sino como lo que es, una vergüenza masculina indigna de cualquier mujer.

—¿Qué? ¿Pero qué dices? Yo solo quiero entrenar contigo, ser amigos como siempre… —miente en un inútil intento por engatusarme.

Ahora la que se ríe soy yo, y en verdad me da la risa, no es fingida. ¿Cómo me puede creer tan estúpida? ¿En serio eso le funciona? Válgame, señor…

—Sigurd, cállate, no se te da tan bien mentir como crees. Eres una vergüenza, no vuelvas a entrenar conmigo o ese corte será tu fin la próxima vez.

De nuevo uno de los guerreros empieza a aplaudir y acto seguido todos lo siguen. ¿Quién será ese hombre? Ahora mismo no tengo ni tiempo ni ganas de descubrirlo, el orgullo me llena el pecho y me hincho de felicidad mientras me dirijo con la cabeza bien alta a las duchas. Según salgo de ella, sintiéndome aún mejor de lo que me he sentido al salir del área de entrenamiento, Grunnr nos avisa de que todas debemos acudir al salón principal. Odín está aquí. En silencio, todas caminamos directas hacia el salón, nerviosas e impacientes por saber lo que nos depara el dios.

—Valquirias, guerreros: buenos días a todos. La gran batalla va a llegar y debemos de estar preparados. Como bien sabéis, poder enfrentarnos a nuestro enemigo en la batalla es un regalo, motivo más que suficiente de celebración. Por eso mismo, mañana tendréis el día libre para disfrutar de la manera que os plazca. Después, nos veremos al día siguiente a media noche, para disfrutar de un baile en mi castillo donde todos disfrutaremos de la excitación previa a la batalla. En tres días, nos enfrentaremos a Hel, la diosa del inframundo y ganaremos. No dudéis en luchar con fiereza porque recordar, caer en la batalla es un honor, el Valhalla os espera.

Se da la vuelta y no espera respuesta, no hay miradas cómplices, no hay aplausos ni vítores. En cambio, un silencio gobierna la sala, las caras de las personas presentes demuestran todo tipo de sentimientos; miedo, excitación, ansias de matar… En mi pensamiento solo hay una idea, un día libre, un día entero para huir de aquí y estar con Leif.

Sin pararme a hablar con nadie, corro como una gacela hacia la habitación y le escribo: "Mañana tengo el día libre, solo deseo pasarlo contigo. ¿Qué me propones, dios de la noche?". Como siempre, la respuesta no tarda en llegar: "Da la casualidad de que no tengo planes y mi mejor plan siempre vas a ser tú. Déjame sorprenderte. Nos vemos donde siempre, a la misma hora de siempre. Estoy ansioso, pequeña".

CAPÍTULO 29

La alegría no me entra en el pecho y la excitación, la incertidumbre de pasar un día entero con Leif ocupan mi mente. Tal es mi concentración en preparar ropa y demás cositas en mi mochila de cuero que no me doy cuenta de que Aika se ha acercado a mi habitación.

—¿Qué tal te encuentras hoy? —le pregunto con todo el tacto que mi emoción me permite demostrar.

—Me siento algo mejor. De verdad, gracias por apoyarme como lo hiciste —susurra en un hilo de voz.

—No tienes por qué dármelas. Somos compañeras, guerreras, hermanas. Para eso estamos —respondo dándole un cariñoso abrazo.

—Ya…, pero has sido la única que no me ha mencionado *el deber*. Ayer mis obligaciones me daban igual, solo quería que me viesen como lo que soy, una mujer —reconoce con tristeza.

—No se lo tengas en cuenta a Sigrdrifa y a Ram, es difícil desprenderte de las creencias que tienes tan integradas desde pequeña. Eres una valquiria, sí, pero ante todo eres una gran mujer. No lo olvides nunca.

Aika, emocionada por mis palabras, me da un último fuerte abrazo y se aleja reflexiva. Me quedo un segundo pensando en que

hasta las más fuertes y valientes mujeres, en ocasiones, necesitan un empujón. Alguien que les recuerde lo mucho que valen y me alegro haber podido ser yo esta vez quien le recuerde a Aika quién es.

Aunque me cuesta, intento apartar mis pensamientos sobre Aika, nuestras amigas, su cultura y demás temas un tanto conflictivos y me centro en lo que me espera hoy. Leif. Mi dios de la noche.

Según aterrizo en la laguna lo veo, hoy me espera a plena vista y no necesito volverme loca buscando para encontrarlo. Tiene una mirada de orgullo y una sonrisa de superioridad que me deja intrigada.

—Se te ve muy contento, más de lo habitual me atrevería a decir… ¿A qué se debe el motivo, dios de la noche? —le digo mientras le robo un fugaz y sutil beso en los labios.

—Primero de todo, cuando me beses nunca me beses así, nunca me dejes con ganas de más. —Agarra mi cintura y me roba un beso apasionado, largo, profundo y muy intenso—. Y segundo, tengo que felicitarte, cada vez luchas mejor con la espada —comenta sonriendo mientras se pone a aplaudirme como un idiota en medio del bosque.

—¿Se puede saber cómo te has enterado? —Me quedo pensando. Hago memoria de todo el día de hoy, de ese hombre misterioso que ha comenzado los vítores y las risas… —Espera, no me lo digas, tengo una teoría —comento haciéndome la interesante.

— Espera que me siento, estoy intrigadísimo con tu superteoría —exclama divertido mientras se sienta en una roca cercana.

¿Súper? Estoy casi segura de que la gente de aquí, en esta época, no ha oído en su vida una palabra tan moderna. Añado una nota mental a mi cuaderno imaginario, las incógnitas una a una porque con este hombre se me amontonan.

—Creo que tienes un espía en nuestro pueblo que se chiva de todo lo que hago. Estás obsesionado conmigo y no lo has podido evitar —explico en un tono jocoso.

—A medias, estrellita mía. Mi hermano está en el pueblo, hace un año se alistó en el ejército de Odín. Hace unos días me dijo que estaba allí y le pedí un favorcito… —revela sonriendo.

—Bueno, vamos avanzando, tienes un hermano. Ya sé algo más sobre ti.

—Anda, vamos, te voy a llevar a mi casa, así podrás saber todavía más cosas sobre mí. Por cierto, dile a Valiente que guarde las alas, vamos a ir al pueblo, con gente común, tenemos que pasar inadvertidos.

—Menos mal que he traído ropa de persona normal y no de guerrera… —susurro aliviada.

¡Vamos a ir al pueblo! En todo este tiempo no he hecho nada de turismo, mi único objetivo diario ha sido entrenar y mejorar. Centrarme en lo único que sabía que podía hacer, que podría controlar para darle sentido a mi existencia en este curioso mundo, que al parecer, es al que pertenezco. En ningún momento se me había ocurrido la remota idea de poder visitar lugares, integrarme entre la gente común, descubrir sus costumbres…: es un soplo de aire fresco que me llena de vitalidad, me siento Hella y solo Hella,

sin tener que ser esa valquiria poderosa que todo el mundo asegura que soy.

—Mañana descubriremos el pueblo, tranquila, ahora quiero enseñarte mi casa —explica mientras empezamos a subir una colina.

El pueblo está a las afueras de Asgard, se llama Frostvindr, que significa viento helado, según Leif se llama así porque al ser una colina frente al mar, el frío es glacial. Menuda originalidad tienen aquí para poner nombres a los lugares…

Aunque el nombre del pueblo sea un tanto difícil de pronunciar, el sitio es impresionante. El pueblo nos da la bienvenida con un pequeño puerto pesquero, las mujeres se encuentran vendiendo sus mejores piezas en pequeñas mesas de madera y Leif sin dudarlo, compra una buena pieza, algo parecido a lo que en el siglo XXI llamamos lubina. Decidimos bajarnos de los caballos y caminar, el pueblo es digno de verlo de cerca.

Según dejamos atrás el puerto, una pequeña plaza nos abraza indicándonos que empieza el ascenso por la colina. En medio de la plaza hay una gran fuente con una escultura de un hombre. Me quedo mirando la escultura concentrada y me doy cuenta: ¡es Leif!

—¿Eres el jefe de este pueblo? —pregunto sin poder creérmelo.

—Cuando salí de mi mundo de oscuridad, trabajé muy duro para que la gente no me temiera. Me gané el apoyo de los ciudadanos ayudándolos, luchando por sus derechos, construyendo todo lo que hiciese falta… Comencé siendo el más temido de los hombres a el más querido después de años de esfuerzo. Ahora soy dueño del pueblo porque las tierras legalmente me pertenecen, pero aquí nadie

manda más que nadie —responde con tranquilidad, como si me estuviera contando algo de lo más normal.

—¿Por qué eras el más temido de todos? —pregunto intrigada. Sin embargo, alguien saluda a Leif, dejando la respuesta en el aire.

—Buenos días, Leif, ¿qué tal se encuentra? Hace mucho que no lo vemos por aquí, bienvenido.

—Buenos días, Martis, yo también os echaba en falta.

—¿Los conoces a todos? —vuelvo a preguntar.

—A casi todos, pero Martis es el único panadero en el pueblo, hace unos pasteles de calabaza impresionantes.

No puedo evitar reírme y empezamos a subir. Por el camino me encuentro a unos niños riéndose de una niña por llevar una pequeña espada de madera.

—¡Las niñas no usan espadas, las niñas solo pueden jugar con muñecas! ¡Te ves ridícula con eso, dánoslo! —dicen todos al unísono mientras arrinconan a la niña contra la pared de un edificio cercano.

—Chicos, ¿sabéis quién soy? —digo sacando mi espada valquiria —. Me llamo Brunilda, soy una de las valquirias más poderosas —continúo mientras curo con mis poderes la herida que tiene la niña en la frente—. Las mujeres sabemos y debemos usar las espadas que, por si os interesa, la mayoría las usamos mejor que los hombres —explico mientras que con una piedra tallo una estrella en la espada de la niña—. Ahora esta será la espada de una niña fuerte y segura, que nadie nunca te diga lo que tienes que hacer, ¿entendido?

Antes de que pueda pestañear, la niña se abalanza sobre mí y me abraza con fuerza. La emoción me sobrepasa y,

correspondiéndola con el abrazo, derramo una lágrima de emoción y ternura.

—Gracias, Brunilda.

—Hella para las amigas.

—Nunca te olvidaré, Hella.

Nos despedimos de nuevo y sonrientes retomamos el ascenso por la colina. Veo a Leif intentando esconder también la emoción del momento y le doy la mano. Su casa es una cabaña que está en la cima y, aunque estoy tremendamente cansada, hago un último esfuerzo sin soltar la mano del dios de la noche y vamos hacia lo que será por veinticuatro horas mi nuevo hogar.

CAPÍTULO 30

A medida que vamos ascendiendo colina arriba, las vistas van mejorando, la brisa me acaricia suave y fresca la cara y un olor a sal y eucalipto se mezcla en el ambiente. Me siento abrazada por este lugar, como un cálido y maternal abrazo que tanto necesitaba. Las casitas que pasamos parecen sacadas de un cuento de ensueño, con sus paredes blancas y sus tejados de madera. Todas ellas tienen pequeños brillos rodeándolas con lo que parecen estrellas, como si hubiesen puesto luces led en cada tejado pero eso es imposible, aquí las luces led no existen. Mientras el sol desaparece y la oscuridad comienza a gobernar el pueblo, es cuando veo todo su esplendor.

Parece que el pueblo se ha convertido en un cielo estrellado, todo lleno de esos pequeños brillos que hacen que cada detalle del lugar parezca mágico y único.

—¿Qué son esos brillos? — pregunto intrigada.

—Magia —responde pícaro Leif—. Vamos, ya casi hemos llegado.

Seguimos subiendo por la colina y, aunque mi cuerpo está aquí, mi mente está perdida en la respuesta de Leif. ¿*Magia*? Me resulta difícil de creer, pero al mismo tiempo es imposible negar lo que mis ojos están viendo. La brisa suave acaricia mi piel, y el olor a sal y eucalipto me envuelve, pero no logra desviar mi atención de los brillos que parecen salpicar el paisaje. Las pequeñas casas, las luces

que parecen estrellas danzando en el aire…: todo parece sacado de un sueño. Un lugar tan real, pero a la vez tan irreal.

La palabra "magia" resuena en mi mente, y siento una mezcla de escepticismo y asombro. Siempre he sido práctica, directa. He enfrentado batallas, monstruos y fuerzas que parecen imposibles de superar. Pero esto…, esto es diferente. Esto no es una batalla de fuerza o de estrategia. Esto es algo que va más allá de lo que puedo comprender con simples golpes de espada.

Mientras la oscuridad empieza a envolver el pueblo, esos pequeños brillos parecen cobrar vida propia. Todo a mi alrededor brilla, como si la noche hubiera decidido abrazar la tierra con estrellas. Y, aunque la palabra "magia" me parece un juego de Leif, no puedo ignorar que algo más profundo está sucediendo. Es como si el mundo estuviera revelando un secreto, algo que siempre ha estado aquí, esperando ser visto, sentido. Un misterio que se esconde en lo cotidiano.

—*Magia* —repito para mí misma, sin poder evitar sonreír ante la respuesta juguetona de Leif.

Pero al mirarlo, veo algo más en sus ojos. No es solo un comentario casual, hay un brillo en su mirada que me hace pensar que hay más verdad en sus palabras de lo que parece. ¿Y si lo que siempre he considerado como "real" es solo una parte de la historia? Solo me he centrado en luchar desde que desperté, enfrentando desafíos que me han definido, pero tal vez hay más en este mundo que los monstruos visibles. Quizá la verdadera magia es esa sensación de ser parte de algo mucho más grande, algo que no puedo entender completamente, pero que sé que está ahí, alrededor de mí, en cada rincón de este pueblo, en cada brisa que roza mi piel.

Los pensamientos sobre la magia me han dejado tan absorta que, para cuando me quiero dar cuenta, estamos ya en la cima de la colina. La casa de Leif es lo más bonito que he visto en mi vida. Es una cabaña hermosa de dos pisos, en este caso las paredes son negras y la madera está pintada en un azul noche realmente hipnotizante. Dejamos a Luz y a Valiente en la parte de atrás de la casa donde se encuentran los establos. Según entro en la casa, alucino: el dios de la noche tiene buen gusto.

La cabaña es ante todo minimalista, pero de una forma cálida y elegante. El salón es sencillo, con muebles que parecen sacados de un cuento antiguo, típicos de nuestra época nórdica, pero con un toque de sofisticación que no se encuentra en todas partes. Hay una gran chimenea en la pared, con una estructura de piedra tallada a mano, que parece que ha estado allí desde siempre. Frente a ella, un sofá de madera robusta cubierto con cojines de lana gruesa, perfectamente colocados, invita a sentarse y disfrutar del calor del fuego. Las paredes están adornadas con pieles de animales cuidadosamente preparadas, que no solo sirven como decoración, sino que también aportan un toque de calidez al ambiente.

La cocina está integrada en el salón, con una encimera de piedra pulida que brilla suavemente bajo la luz de las velas que Leif ha encendido. Los utensilios de cocina, todos de metal oscuro y madera, están colocados ordenadamente en la pared, listos para ser usados. Hay un caldero colgado sobre la chimenea, en el que me intriga saber si es Leif quien cocina los guisos o no. Todo está en su sitio, limpio y ordenado, pero sin perder ese aire de hogar que solo se consigue con el paso del tiempo.

Leif me guía hacia una escalera de madera que cruje suavemente bajo nuestros pies mientras subimos al piso de arriba. Cada paso nos lleva más cerca de la cima, y siento una anticipación creciente en mi pecho. Cuando finalmente llegamos, la visión ante mí me deja sin aliento.

En el centro de la habitación hay una cama enorme, de al menos dos por dos metros, hecha con plumas que parecen tan suaves como el más delicado de los algodones. Encima, una manta de pelo blanco se extiende, luciendo tan mullida y acogedora que podría perderme en ella durante horas. Pero lo más impresionante aún está por venir.

Leif se acerca a una palanca en la pared y, con un gesto fluido, la acciona. De repente, el techo comienza a moverse. Mis ojos se abren de par en par cuando veo cómo se desplaza, revelando un cielo estrellado que inunda la habitación con su luz. Es como si todo el universo se hubiera abierto ante mí, permitiéndome ver el infinito desde la calidez de esta cabaña que parece mágica.

Me quedo completamente hipnotizada, sin poder apartar la vista del cielo. Las estrellas brillan con tal intensidad que casi parecen al alcance de la mano. Siento una paz profunda, una conexión con todo lo que me rodea, y me doy cuenta de que este lugar es mucho más que una simple cabaña. Es un refugio, un espacio donde el tiempo se detiene y lo único que importa es el momento, el ahora, el *nosotros*, bajo este techo abierto al cosmos.

—No sé qué decir Leif, esto es… el sitio más bonito que he visto en mi vida… —susurro todavía haciéndome a la idea.

—Podría ser tu hogar, si tú quisieras, solo tienes que decirlo —propone mirándome intensamente a los ojos.

—Puede que cuando la batalla final termine…

—No digas nada, pasemos esas deseadas veinticuatro horas juntos, tienes tiempo para meditarlo —responde mientras posa un dedo en mi boca para que no diga nada más.

La oscuridad comienza a envolvernos mientras el brillo mágico del pueblo parece quedar en un segundo plano. Siento el calor del cuerpo de Leif acercándose al mío, primero sutilmente, luego de manera más decidida. Mi respiración se acelera sin que pueda evitarlo y, aunque intento mantener la calma, una corriente de electricidad me recorre desde la base del cuello hasta la punta de los dedos.

Sus manos, cálidas y seguras, empiezan a deslizarse suavemente por mi piel, acariciando mis brazos, mi cintura, subiendo lentamente hacia mis hombros. Cada roce es como una descarga que me eriza la piel, y me doy cuenta de lo increíblemente vulnerable que me siento en este momento. Vulnerable, pero a la vez completamente abierta a lo que está por venir. Mi mente se queda en blanco, solo existen las eléctricas sensaciones que recorren mi cuerpo.

Leif se mueve con calma, cada caricia es un paso más hacia una seducción que siento en cada fibra de mi ser. Mis piernas parecen haberse transformado en plomo, firmemente ancladas en el suelo, pero mi interior es un torbellino. Cada toque es un recordatorio de la atracción que siempre ha estado ahí, latente, esperando su momento.

Entonces sus labios encuentran mi piel. Primero son pequeños besos, sutiles, apenas un roce en mis brazos que me hace contener la respiración. Luego se mueve hacia mi cuello, y es como si todo el aire del mundo se hubiera concentrado en ese punto exacto. Siento que mi piel arde bajo su boca, cada beso se hunde en mí como si fuera fuego, suave y abrasador a la vez.

Cuando sus labios finalmente impactan con los míos, lo hace con una urgencia que me toma por sorpresa, pero que al mismo tiempo me invita a responder con la misma intensidad. Mi mente deja de pensar y simplemente *siento*. Mis manos se aferran a su cuello, tirando de él hacia mí, queriendo más, necesitando más. Todo mi cuerpo parece estar vibrando, cada célula respondiendo a ese beso como si fuera la primera vez que realmente estoy viva.

Mi lengua se aventura a descubrir cada rincón de su boca, explorando, saboreando, devorándolo. Es un vaivén de emociones, de deseo, de algo que ya no puedo ni quiero controlar. Mis manos recorren su espalda, atrayéndolo más hacia mí, mientras el mundo a nuestro alrededor desaparece. No hay magia, no hay pueblo, solo estamos él y yo, atrapados en este momento, en esta conexión que siento como si fuera una tormenta interna desatada, una que no quiero que acabe. Cada segundo, cada beso, es una promesa de algo mucho más profundo que el simple deseo.

—Es hora de cenar; vamos, tengo que hacerte mi plato estrella —comenta con un brillo pícaro en los ojos.

—¿Sabes cocinar? —pregunto entre jadeos.

—Apúntalo en tu lista mental, una cosa más que sabes sobre mí.

Sin dejar de reírme le veo entrar en acción. Es sorprendente lo seguro que es de sí mismo en cualquier ámbito de su vida. Da igual si le ves cabalgando o haciendo el guiso que ahora mismo está preparando, es sencillamente directo y determinante. Me fascina hasta el punto de no poder separar mis ojos de él ni un instante.

Aquí tengo al dios de la noche, el hombre misterioso y oscuro, pelando patatas y desmigando el pescado que ha comprado antes en el mercado, mientras echa todo al caldero que está lleno de agua. A su vez, le echa unas especias que huelen de maravilla y aviva el fuego para que el guiso no tarde tanto en hacerse. No sabía que podría enamorarme más de él, pero verlo así, de una forma tan natural, como si fuéramos una pareja corriente, hace que mis sentimientos por él se eleven.

Mientras deja las patatas y el pescado al fuego, me sirve un poco de hidromiel, la pruebo y nos vamos a dar un paseo por el jardín. Tiene un jardín lleno de rosas rojas, no comprendo muy bien el motivo, pero es precioso y huele de maravilla. En medio del jardín tiene un pequeño habitáculo —por llamarlo de alguna manera—, un pequeño banco enorme con cojines que te mece al sentarte en el que puedes disfrutar del paisaje floral y de las estrellas al mismo tiempo.

—¿Por qué rosas rojas? —pregunto.

—De donde yo vengo, como te comenté, no existe la luz ni los colores, solo hay oscuridad, miedo, dolor y sufrimiento. Cuando salí de ahí, el color que más me impactó fue el rojo y el olor de las rosas me pareció embriagador. Además, digamos que no tengo termino medio, así que planté un jardín de rosas rojas —explica deleitándose con las vistas.

—Es impresionante Leif, es lo más bonito que he visto nunca.

—¿Cuántas veces vas a repetir la misma frase? —dice riendo—. Gracias, pequeña, solo quiero que te sientas como en casa.

—Preocúpate cuando deje de decirlo, fanfarrón. Por cierto, ¿dónde has oído tú la palabra "súper"? No es de esta época… —le pregunto con cara de "te he pillado".

—Lo sé, yo también vengo de un sueño, desperté antes que tú… —responde.

—¿En serio? ¿Dónde vivías? ¿Cómo te llamabas? Igual nos hemos conocido… —le bombardeo a preguntas, emocionada.

—Hella, hay algo que tengo que confesarte y que deberías saber. Nunca bajo ningún concepto debes hablar con nadie de las personas que conociste en el sueño, la única forma de volver en algún momento es guardándolo para ti, ¿de acuerdo?

—Pero, ¿tú quieres que vuelva al sueño? —pregunto un poco incómoda y, he de admitirlo, bastante desconcertada. ¿Acaso quiere que me vaya?

—Claro que no, pero yo quiero que seas feliz y no estoy seguro de dónde puedes llegar a serlo más… —susurra inseguro.

Es la primera vez que veo a Leif mostrando algo de inseguridad y es por mí… ¡no me lo puedo creer! Tengo unas ganas de besarlo arrolladoras, necesito hacerle sentir lo que yo siento, demostrarle lo que veo en él. Un hombre magnífico y que ahora mismo, no lo cambiaría por nada ni nadie.

—Yo soy la mujer más feliz del mundo a tu lado, quiero descubrir lo que es vivir una vida contigo, de la mano, ¿entendido? Ahora, dime, ¿hace cuánto que despertaste?

—Da igual cuando te despiertes, puede que nos hayamos despertado a la vez pero yo haya vivido aquí durante años y tú apenas unos meses, el tiempo es abstracto en estos casos.

—No tenía ni idea, en realidad desconozco tantas cosas… Esto es una locura, pero al menos estamos juntos y es lo único que importa.

Nos besamos, por fin, ese beso posesivo, voraz, que hace que mis labios se agrieten y se vuelvan de un rojo rosado por la fricción de los de Leif. Un calor empieza a crecer en mi vientre y me sube hasta la garganta. Cómo deseo a este hombre, nunca en mi vida, ni en mi mejor sueño he deseado tanto a un ser. No encuentro las palabras para describirlo, es como si, solo con verlo, todas las emociones dentro de mí ser se multiplicaran, como si su piel me produjese espasmos de placer y su boca tuviese un sabor que jamás había experimentado. Me desarma, me enloquece, me arde, me embauca.

—Vamos a cenar antes de saltarme el plato principal y devorar el postre, no creo que sea capaz de aguantar mucho más —dice Leif con la respiración entrecortada

CAPÍTULO 31

—¡Dios mío! ¡Eres una caja de sorpresas! Este guiso es… ¡espectacular! —exclamo, incapaz de detenerme entre bocado y bocado.

Leif sonríe, pero no puede evitar lanzar una advertencia divertida:

—Hella, llevas dos platos ya, creo que deberías parar o te vas a pasar la noche entera vomitando… —Intento contener una carcajada, aunque no dejo el plato.

—Vale, vale, tienes razón, pero es que esta comida… no tiene nada que ver con la del pueblo de las valquirias… —digo, buscando una excusa, aunque sé que lo que he dicho es verdad. La comida aquí tiene algo más, algo que no solo sacia el estómago, sino que calienta el alma.

Leif se queda en silencio por un momento, y entonces su mirada cambia, más seria, como si lo que fuera a decir ya estuviera resonando en su mente:

—Vaya, no lo has llamado casa…

Sus palabras me toman por sorpresa. Me detengo a pensarlo un segundo y noto cómo una pequeña verdad se instala en mí, algo que quizás no había querido reconocer hasta ahora. Bajo la cuchara y lo miro, sabiendo que él ve más allá de lo superficial.

— Supongo que hasta ahora no había encontrado mi sitio… y creo que esto es lo más parecido a un hogar que he tenido en este mundo. — Leif sonríe, pero su mirada refleja algo más profundo, una comprensión silenciosa que me abruma.

—Gracias, pequeña —dice suavemente.

Hay algo en ese "gracias" que me desarma, algo que no tiene que ver solo con la comida o el hecho de estar juntos ahora. Es como si él también estuviera buscando algo y, al igual que yo, hubiese encontrado una pequeña parte de eso aquí. Me siento en paz, pero también más expuesta que nunca.

—No tienes que agradecerme —respondo en voz baja, sintiendo que este es uno de esos momentos en los que lo cotidiano se vuelve trascendente—. Creo que los dos hemos estado buscando un lugar donde sentirnos… completos, ¿no? Nunca pensé que lo encontraría de esta manera.

Leif asiente, con una seriedad que no había mostrado hasta ahora.

—Completo…, sí, esa es la palabra. Nunca pensé que encontraría algo más que la lucha, el deber. Siempre he creído que mi lugar era entre las batallas, pero ahora…, ahora todo parece diferente. Este pequeño momento contigo se siente más real que cualquier victoria.

Lo miro, sintiendo una oleada de emociones que antes estaban ocultas detrás de la risa, la camaradería, el deseo. Ahora es como si todas esas capas se estuvieran desvaneciendo, dejando al descubierto lo que realmente somos el uno para el otro.

—Nunca había pensado en lo que sería tener un hogar, no hasta ahora. Siempre he vivido para las batallas, para el honor, para ser lo que los demás esperaban de mí… —Mis palabras fluyen sin pensar, como si finalmente me permitiera decir lo que he guardado tanto tiempo—. Pero esto, lo que tenemos, lo que estoy empezando a sentir… es lo más cercano a la paz que he conocido.

Leif me mira, sus ojos serios, pero llenos de una calidez que me envuelve.

— Tal vez eso es lo que hemos estado buscando todo este tiempo, Hella. No un lugar, ni una victoria. Sino esto, estar con alguien que te entienda, que te acepte, y con quien puedas ser… tú.

Sus palabras tocan algo profundo en mí. Siempre pensé que debía ser fuerte, siempre la guerrera, pero ahora, sentada aquí con él, me siento libre de ser simplemente yo.

—Creo que nunca me he sentido tan en paz como ahora —digo, con una sonrisa suave que refleja la calma interior que por fin me ha alcanzado.

—Entonces es aquí a donde perteneces —dice Leif, y esas palabras se sienten como una promesa, una que compartimos en silencio—. Es momento de que subamos, ahora las estrellas están en su mayor esplendor y la reina no puede hacerlas esperar —dice guiñándome un ojo mientras me coje como un saco de patatas y sube como un rayo escaleras arriba.

—¡Leif, bajame! ¡Vas a hacer que vomite pero de verdad! —grito entre carcajadas.

Me tira sin cuidado encima de la cama y me sumerjo en esas mantas suaves y calentitas que tiene mientras no paro de reírme.

Miro hacia arriba y la respiración se me para. El cielo esta negro como la mayor de las oscuridades que hayais imaginado jamás, sería espeluznante de no ser por las pequeñas y brillantes estrellas que acompañan a la luna.

—¡Es impresionante, Leif! —comento sin poder apartar la vista —. Ojalá poder tocarlas, ¿verdad?

—¿Quieres que te baje las estrellas? —me pregunta sonriendo.

—Pareces el típico idiota salido que te pregunta a las tres de la mañana con una bebida en la mano: "¿quieres que te baje la luna, reina?" —respondo riéndome.

—La diferencia es que ni soy un idiota, ni un borracho, y nunca ofrecería algo que no puedo conceder. Dame tu mano —responde serio y un poco ofendido.

De pronto, mientras estoy inmersa en la conversación con Leif, veo cómo de su mano, que está acariciando la mía, comienza a emanar un brillo azul eléctrico. La sorpresa me hace detenerme por un momento, y mis ojos se agrandan mientras observo cómo un hilo brillante en forma de rosas empieza a rodear mi mano. El cosquilleo cálido que siento alrededor de mi muñeca es una sensación completamente nueva para mí.

—¿Es magia? —pregunto, el asombro en mi voz es palpable.

Leif sonríe, su mirada refleja una mezcla de orgullo y nostalgia.

—Sí, es magia. Salió de mí. No es algo que se pueda quitar con agua, o jabón. Solo desaparecerá si tú lo deseas, y volverá a ti en el momento en que lo necesites. Es un regalo para que mi pueblo —el tuyo, si así lo eliges—, esté siempre contigo.

Mientras hablo, le doy un vistazo a la pulsera que ha creado, sutil y elegante, rodeada de diminutas estrellas azules y brillantes. Es simplemente precioso, un reflejo de una belleza que nunca había visto en forma tangible. Me emociono al ver el esfuerzo y el cariño que Leif ha puesto en este regalo.

—¿Cómo supiste que tenías magia? ¿Siempre ha formado parte de ti? —pregunto mientras observo mis estrellas azules.

—A veces, cuando me miro al espejo, no sé quién soy realmente —comienza a decir Leif, su tono se vuelve más serio—. Mi familia era una de las más poderosas, digna de enfrentarse a Odín o a Hel, la diosa del inframundo. Pero nunca supe mucho sobre ellos. Mi padre, el único que heredó los poderes, me dejó con más preguntas que respuestas.

Lo miro, sintiendo un nudo en mi garganta, y él continúa, como si las palabras le salieran de un lugar profundo y escondido.

—Los poderes que tengo son los de la noche, de la familia Noctivagant. No son comunes, y conllevan un gran peso. Siempre he sentido que mi magia me conecta con algo más grande, pero también con una historia llena de sombras y secretos. No sé exactamente qué me hace diferente. Solo sé que este poder no es sólo un don, sino también una responsabilidad.

Sus palabras me hacen entender la magnitud de lo que significa su regalo, no solo para mí, sino para él también. Es más que un simple hechizo; es un pedazo de su legado, una conexión con una historia que sigue viva en él.

—Gracias por compartir esto conmigo, Leif —le digo con sinceridad, mi voz temblando un poco por la emoción—. No solo por

el regalo, sino por confiarme un pedazo de tu historia.

Él asiente, aparece un brillo en sus ojos que refleja tanto el peso de su herencia como la ligereza de este momento compartido.

—Lo que te he dado es más que magia, es una promesa. Mi familia puede haber sido poderosa, pero lo que realmente importa es lo que construimos juntos. Esto es un símbolo de eso, de lo que somos y de lo que podemos ser.

—Es el mejor regalo que me han hecho jamás, Leif —le digo, sintiendo una mezcla de gratitud y admiración—. Yo… no sé cómo agradecértelo…

Leif me mira, sus ojos llenos de una suavidad que nunca antes había notado en él.

—A mí se me ocurren un par de ideas…

Ahí está, esa mirada salvaje, cazadora, arrolladora. Bajo la luz de las estrellas que ahora también brillan más que nunca en mi muñeca, hacemos el amor. Me desnuda suave, sin prisa, besando y acariciando cada parte de mi piel antes de desnudarla y yo hago lo mismo con él. Cuando por fin estamos los dos piel con piel, nos abrazamos. Entrelazamos nuestras piernas para sentirnos lo más unidos posible mientras nuestras lenguas no paran de encontrarse. Es como si su boca fuera la fuente de la excitación y yo estuviera sedienta todo el rato.

Las palmas ásperas de sus manos suben por mis muslos y se deslizan sobre la cara interna de estos en una caricia meditativa. Reprimo un gemido y cierro los ojos ante el contraste electrizante de lo que provocan sus dedos sobre mi piel. Siento en cada terminación nerviosa las ansias que tengo de sentirlo dentro de mí.

Esta vez tomo yo la iniciativa, quiero que me conozca en todas mis facetas, quiero que conozca a la Hella agresiva, ardiente y salvaje que puedo llegar a ser si me lo propongo. Bajo a su parte sur y mi boca se deleita con ella mientras Leif no para de agarrarse fuertemente a las sábanas y a susurrar entre gemidos mi nombre. Eso altera mi pulso aún más de lo que ya estaba.

Cuando creo que ya no puede más, me aparta elegantemente y me besa. No pierdo el tiempo y me coloco encima de él, provocando que su ser se introduzca dentro de mí. Siento que me lleno de él y eso me embriaga de tal manera que pierdo el control y la noción de lo que estoy haciendo. Sujeto mis manos a su pecho y empiezo a moverme, a cabalgar encima de él haciendo que todo mi ser lo note y se emborrache de esa sensación de placer que me eleva al cielo.

Justo en el momento en el que creo que voy a estallar, Leif gira suavemente nuestros cuerpos quedando él encima de mí. Nunca imaginé que un hombre podría llegar a mover las caderas con esa sensualidad y fuerza como él. Cada embestida me llena de placer, mis manos arañan su pecho desesperados por llegar a ese punto. No tardo en llegar y junto a mí, él chilla mi nombre entre gruñidos. Los dos nos fundimos entre gemidos, gritos y besos en un espasmo de excitación que termina con nuestros cuerpos abrazados todavía jadeantes por el acto. No puedo parar de observarlo y de pensar en lo que me ha hecho sentir.

Cada momento que paso con él es una afirmación de que es el hombre de mi vida. Es carismático, seguro de sí mismo, empático, paciente, con unos valores para con su pueblo admirables, un amante espléndido y sobre todo sincero. ¿Qué más puedo pedir?

—Leif, te quiero —susurro.

Cuando le miro confundida al no obtener respuesta, me doy cuenta de que está sumido en un profundo sueño. Me siento orgullosa porque eso significa que le he dejado seco y me alegra saber que puedo tener ese poder, que puedo hacerle sentir tanto que lo agote.

A hurtadillas, salgo de la casa y me quedo deleitándome con las vistas del pueblo. Nunca había visto nada parecido. Cuando hemos salido del pueblo de las valquirias para ir a las batallas con los gigantes de fuego, no había visto ningún pueblo como este. Parece que en medio del imponente reino de Asgard, donde todos los pueblos son iguales y se rigen por un mismo orden, un pequeño paraíso escondido aparece.

Este pueblo es un pequeño secreto, un pequeño refugio donde la gente no está a las órdenes de un rey que solo busca el triunfo de la batalla. Este lugar es un remanso de paz, de belleza y arte. No puedo creer que nadie lo conozca y doy gracias por ello.

CAPÍTULO 32

El sol cálido del amanecer empieza a acariciarme suavemente, filtrándose a través de las cortinas y creando un patrón dorado en la habitación. Estoy disfrutando de un sueño profundo y placentero, cuando un ruido inesperado me arranca de mi descanso. Mi mente, aún medio adormilada, trata de procesar lo que acabo de escuchar.

Espera, ¿eso que he oído… era un pedo?

Una risa contenida burbujea en mi interior, casi imposible de sofocar. Me siento en la cama, tratando de no soltar un ataque de risa que podría despertar a todo el pueblo. "Somos humanos, Hella", me digo a mí misma, "hasta el mismísimo dios de la noche tiene gases". La idea de que Leif, con todo su aire de misterio y poder, sea tan mundano como el resto de nosotros en estos aspectos me resulta hilarante.

Agradezco a Freya que el ruido no haya venido acompañado de un olor ofensivo. Me quedo ahí, en la cama, medio cubierta por las sábanas, riendo en silencio mientras observo a Leif. Aún está en el mundo de los sueños, completamente ajeno a la graciosa anécdota que acabo de presenciar. Sus labios siguen curvados en una sonrisa plácida y despreocupada, sin que la invasión de gases nocturnos haya perturbado su sueño.

—Buenos días, pequeña, ¿qué tal has dormido? —me susurra mientras me da un beso en la frente.

—Como un bebé, hacía tiempo que no descansaba tan bien —respondo levantándome—. ¿Qué me tienes preparado hoy? —pregunto expectante.

—¿Hasta qué hora tenemos?

—Hasta la tarde, tendré que dormir en el pueblo valquirio, muy a mi pesar. —le respondo sonriendo tristemente.

—Tiempo suficiente para que conozcas el pueblo; venga, en marcha.

Decidimos darnos una ducha rápida para espabilarnos antes de comenzar nuestro gran día. Sin embargo, lo que parecía ser un simple momento de higiene rápidamente se transforma en algo mucho más intenso y apasionado. El agua cae en cascada sobre nuestros cuerpos, cada gota deslizándose y resbalando sobre la piel desnuda. El calor del agua y la espuma del jabón crean un ambiente tórrido, que en lugar de enfriarnos, aviva el deseo que nos consume.

Nos miramos a los ojos, la intensidad en nuestras miradas es innegable. En un movimiento rápido, nos acercamos y nuestros cuerpos se encuentran, piel contra piel, en un contacto ardiente y urgente. Las manos exploran, sin reservas, cada rincón del otro. Las caricias son intensas y decididas, recorriendo curvas y ángulos con una necesidad casi desesperada.

El agua mezclada con el jabón hace que nuestras pieles resbalen, creando una sensación de contacto constante y estimulante. Cada roce, cada toque se siente aún más intenso, como si la mezcla de calor y humedad potenciara nuestras sensaciones.

Los besos que compartimos son voraces y exigentes. Se suceden uno tras otro con una rapidez que refleja la urgencia de nuestras ansias. Las bocas se encuentran y se separan solo para volver a encontrarse con la misma intensidad. Nuestras lenguas se entrelazan en un baile salvaje que parece no tener fin.

Nuestros cuerpos se mueven en un ritmo frenético, las respiraciones se entrecortan entre los gemidos y las exclamaciones. La ducha, con su vapor y sus chorros de agua, nos envuelve en un capullo de calor y humedad que solo acentúa el frenesí de nuestro encuentro.

No es un acto de lentitud y sugerencia. En cambio, es una descarga rápida y potente de deseo reprimido, una explosión de pasión que se libera en cada contacto, en cada beso, en cada caricia. Todo el control se desmorona y somos arrastrados por la corriente de nuestro deseo mutuo.

Después de una de las mejores duchas que he experimentado jamás, nos vestimos. Tras comer algo rápido en forma de desayuno y charlar sobre lo divertido que ha sido el despertar, comenzamos nuestro día.

—Primero de todo quiero que conozcas la escuela, la construimos hace poco, pero está siendo de gran ayuda. Como sabes, al cumplir los ocho años todos los residentes de Asgard tienen que ir al ejército. Aquí no, una de las muchas asignaturas que tienen, implica agilidad, fuerza y destreza, pero es solo mero conocimiento, aquí cada uno puede aspirar a ser quién quiera ser — explica Leif.

Este hombre no deja de sorprenderme y después de picar un poco de pan con miel y leche, nos dirigimos a la escuela.

El prototipo de escuela que tienen montado es el habitual, aún así me sorprende lo bien organizadas que están las clases por niveles. Aunque no hay muchos alumnos, cada uno está donde le corresponde para que aprenda a su ritmo. Todos los críos me miran sorprendidos y una de las niñas, tira de mi pantalón. Me agacho para oír lo que su pequeño cuerpo de apenas cuatro años tiene que decirme.

—¿Eres nuestra futura reina? ¿Vas a quedarte con nosotros? ¿Te llamas Hella, verdad? ¡Hella es nuestra reina! —suelta sin apenas vocalizar correctamente ninguna de las sílabas.

Antes de que pueda darme cuenta todos los niños gritan al unísono lo mismo: "*¡Hella es nuestra reina!",* y me ruborizo sin poder evitarlo. Observo como Leif está apoyado en una esquina, dejándome a mí todo el protagonismo. Hace un gesto con los brazos a la vez que levanta sus hombros mientras leo en sus labios: "¿Qué le voy a hacer? Te adoran".

—Lo siento mucho, Hella; llevan mucho tiempo esperando que haya una reina junto a nuestro rey… —se disculpa la profesora.

—No te preocupes, ellos mandan, por hoy, yo seré vuestra reina.

Me implico demasiado con ellos y termino inmersa jugando a juegos, simulando una batalla y leyéndoles un cuento. Se me va el santo al cielo, pero hacía tanto tiempo que no jugaba con niños que lo añoraba, lo echaba mucho de menos. Leif me hace una señal para continuar con la visita guiada y después de abrazar a cada uno de los niños que he conocido, nos vamos.

—Sabía que ibas a disfrutar de esta visita — afirma Leif orgulloso—. ¿Te gustaría tener hijos? Se te dan verdaderamente bien los niños.

—La verdad es que sí… Siempre he querido ser madre joven para poder disfrutar con toda la vitalidad posible de mi criatura, pero ahora lo veo tan complicado…

—Las situaciones no son complicadas, nosotros las complicamos. Si quieres ser madre, lo serás —responde con una confianza absoluta.

Seguimos paseando agarrados de la mano, como si fuéramos novios. Eso me da qué pensar: ¿qué somos? Sé que en dos días tendré que enfrentarme a mi primera guerra e igual no salgo viva de ella, pero la incertidumbre me mata. No puedo evitar el tema y necesito respuestas.

—Leif… —digo suavemente, casi dudando —. Necesito saber algo.

Él me mira con atención, dejando de lado la broma fácil que siempre tiene a mano. Su mirada se vuelve seria, como si ya supiera hacia dónde voy.

—Dime, Hella —responde con calma, su tono grave, preparado para lo que venga. Tomo aire, sintiendo el peso de la pregunta que he estado guardando durante un tiempo. Quiero ser clara, sincera. No hay espacio para la ambigüedad en este momento.

—¿Qué somos? —pregunto, mirándolo directamente a los ojos —. Quiero decir, ¿hacia dónde va esto? Porque no quiero quedarme atrapada en algo que no tiene sentido, no después de todo lo que

hemos vivido. Necesito saber si esto es tan serio para ti como lo es para mí.

Leif parpadea un par de veces, procesando mis palabras. Suelta un suspiro profundo, pero no de frustración, sino de reflexión. Luego, con una suavidad que solo él puede transmitir, me toma las manos entre las suyas.

—Hella —empieza con su voz baja, casi un susurro—, esto no es un juego para mí. Lo que tenemos…, lo que siento por ti va mucho más allá de cualquier etiqueta o definición sencilla. Quiero que lo sepas. —Hace una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Desde el momento en que empezamos a acercarnos, supe que esto era algo más que una simple aventura. No estoy aquí solo por lo que podemos compartir físicamente o por pasar el rato. Estoy aquí porque quiero construir algo contigo. Algo real, algo profundo. ¿Acaso no te lo he demostrado ya?

El peso de sus palabras me atraviesa como una ola de calma. Lo miro, tratando de comprender todo lo que acaba de decir. Puedo sentir la verdad en sus palabras, la seguridad en su voz, y eso me da paz, pero al mismo tiempo, siento que debo decir más.

—No sabes cuánto necesitaba escuchar eso —admito, bajando un poco la guardia—. He estado luchando con mis propios miedos, preguntándome si realmente estaba preparada para esto. Para ti. Pero lo estoy, Leif. Quiero esto contigo. No sé qué nos deparará el futuro, pero no quiero dar un paso atrás. No contigo.

Leif me mira con una mezcla de ternura y admiración, acercándose un poco más.

—No tengo todas las respuestas, Hella —dice en un tono más suave—. Pero lo que sí sé es que no quiero hacer esto a medias. Quiero estar contigo en cada paso, sea lo que sea lo que venga. Y si alguna vez tienes dudas, si necesitas claridad, estaré aquí para hablar de lo que sea necesario. No tenemos que apresurarnos, pero tampoco quiero andar en círculos.

Su sinceridad me conmueve profundamente. Me acerco un poco más, sintiendo su respiración cálida contra mi piel, y apoyo mi frente en la suya. Este es un momento de conexión, de madurez, donde no hacen falta más palabras, pero decido decir una última cosa.

—Entonces, estamos de acuerdo. Vamos a ir construyendo esto… sin miedo, sin reservas —murmuro, sintiendo que finalmente hemos llegado a un entendimiento mutuo.

Él asiente suavemente y, antes de que pueda decir más, sus labios buscan los míos en un beso lento, pero cargado de promesas. Un beso que no solo reafirma lo que acabamos de decir, sino que también marca el inicio de algo nuevo, algo profundo y auténtico.

Cuando nos separamos, aún puedo sentir la calidez de su boca en la mía, y me doy cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, me siento completamente en paz con lo que estoy viviendo.

Hacemos varias paradas más; compramos pan, embutido, los inconfundibles dulces del panadero y entonces en una de las tiendas veo un vestido. Un vestido no, el vestido. Es maravilloso, pero, como valquiria, no tengo dinero propio. En teoría vivimos por y para el entrenamiento, por lo que el uniforme de guerrera es lo único que necesitamos. Me quedo observando el vestido un momento más y con un suspiro de impotencia sigo adelante.

Después de todas las compritas, nos sentamos en medio de la plaza y empezamos a saborear todo lo que hemos comprado. ¡Está todo buenísimo! El sabor de estos alimentos es tan puro, tan auténtico. Es una de las pocas cosas buenas aparte de Leif que tiene vivir en esta época, los alimentos no están tratados por fábricas ni laboratorios, se sirven directamente de donde han sido cosechados o conseguidos y se nota, se nota una barbaridad.

—Leif, quiero proponerte algo —digo, mi tono es serio pero relajado.

Él levanta la vista, su expresión tranquila, pero sus ojos destilan curiosidad.

—¿Una propuesta interesante? —responde con una ligera sonrisa, sin perder ese aire de confianza serena.

—Mañana Odín organiza una fiesta en su castillo. No me gustaría ir sola, y pensé que podrías acompañarme —comento sin rodeos, directa, como suele ser nuestra forma de hablar.

Leif se queda en silencio un momento, claramente sopesando lo que he dicho. Finalmente, exhala y se reclina un poco en su silla, como si necesitara tiempo para procesar.

—Sabes que esas reuniones no son lo mío —responde con calma —. Multitudes, dioses, conversaciones diplomáticas que no van a ningún lado…

Le mantengo la mirada, dándole espacio, pero sin permitirle evadirse del todo.

— Lo sé. No te lo pido porque sea tu ambiente favorito —digo, eligiendo mis palabras con cuidado—, sino porque me gustaría que estuvieras conmigo. No es solo el evento en sí, es… compartir ese

momento contigo. Él asiente, su mirada se suaviza, entendiendo que esto no es solo una invitación casual.

—No es que no quiera estar a tu lado, Hella. Pero también sabes que me incomodan esas situaciones —responde, sin perder la franqueza.

—Lo entiendo. Pero no te estoy pidiendo que te encierres en un lugar en el que no quieres estar. Si te resulta incómodo, nos vamos. Solo quiero que sepas que, para mí, tu presencia allí significaría mucho más que cualquier palabra o gesto —le digo, con un tono más íntimo, mirándolo a los ojos.

Leif respira hondo, como si estuviera tomando una decisión importante. Finalmente, su expresión se suaviza aún más, y asiente con una leve sonrisa.

—De acuerdo. Lo haré por ti. Pero si me empiezo a aburrir, quizás tengamos que escaparnos antes de que Odín lo note —bromea, pero con un toque de sinceridad que me hace sonreír.

—Me parece justo —respondo, relajándome un poco.

Nos miramos durante unos segundos, en silencio, pero no incómodos. Hay una comprensión mutua en el aire, una aceptación de nuestras diferencias, y el compromiso de estar el uno para el otro cuando importa.

—Sabes… —dice él, rompiendo el silencio—. No es que me molesten las fiestas en sí. Es solo que prefiero lugares donde puedo ser yo mismo. Pero contigo, siento que puedo estar en cualquier lugar y sentirme en casa.

—Eso es todo lo que quiero —le respondo suavemente.

Nos sonreímos, con esa complicidad madura que hemos construido, sabiendo que, aunque no siempre sea fácil, elegimos caminar juntos. Mientras reflexiono feliz sobre nuestra reciente conversación, el susurro de algo parecido a música empieza a sonar y las mujeres abandonan sus quehaceres y empiezan a bailar en mitad del pueblo. Sin pensarlo dos veces, me adentro en el baile. Empiezo a imitarlas y ellas a enseñarme, disfruto muchísimo.

Mi pelo ondea en cada giro que doy, mi respiración se vuelve agitada por la emoción del ejercicio y mi corazón grita de alegría. ¡Esto es fascinante! Las mujeres de este pueblo, al parecer, todos los mediodías se toman un respiro y disfrutan bailando como locas. No hay una coreografía fija, cada una baila y se contonea como le da la gana.

Por lo que me cuentan mientras bailamos como locas, Leif sugirió que las mujeres siempre tenían que tener tiempo para ellas y, ya que muchas no le hacían caso, impuso la ley en la cual durante dos horas, todos los días las mujeres tenían que deshacerse de maridos, hijos, trabajos y casa para hacer lo que les pareciera oportuno. Ellas, en respuesta, todos los días se toman su rato para disfrutar, bien bailando, charlando o haciendo cualquier cosa, pero todas se reúnen en la plaza a la misma hora.

La cultura nórdica es bastante machista, las mujeres dedican su vida a la casa, el trabajo y los hijos sin tener más propósito que ese. Esta es una de las señales que me indica que Leif estaba soñando como yo, en el siglo XXI. Solo una mentalidad así podría imponer este tipo de ley que, para muchos, será absurda e incoherente.

Después de darlo todo en la pista de baile, vuelvo con Leif que me mira anonadado y volvemos a casa poco a poco a por Valiente.

No quiero irme, no quiero alejarme de este pueblo nunca. La gente es amable, simpática y cordial, me siento feliz aquí, siento que este podría ser mi hogar, ya lo siento como mío.

—Leif, quiero hablar de algo importante —comienzo, mi tono firme pero cargado de emoción.

Él me mira, su atención completamente puesta en mí, como siempre lo hace cuando sabe que hablo en serio.

—Dime, ¿qué pasa? —responde con calma, aunque puedo notar la ligera tensión en sus ojos.

Respiro hondo, buscando las palabras adecuadas.

—Quiero quedarme aquí. Quiero que este sea nuestro hogar —digo finalmente, dejando que mi voz refleje la seriedad de lo que siento—. Prométeme que, después de la guerra contra Hel, viviremos aquí. Solo nosotros, en paz.

Leif frunce el ceño levemente, no por rechazo, sino porque el nombre de Hel lo ha descolocado.

—¿La guerra es contra Hel? —pregunta con una confusión que no esperaba.

—Sí, la diosa del inframundo —confirmo, notando su sorpresa—. ¿Por qué? ¿Qué te preocupa?

Él hace una pausa, su mirada se suaviza, y la tensión parece desvanecerse con un suspiro.

—No es que me preocupe…; simplemente no lo esperaba, eso es todo —admite con sinceridad. Entonces, me da un beso suave, fugaz, el tipo de beso que normalmente evita para no desatar algo más profundo entre nosotros.

—Hella, te prometo que después de la guerra, no habrá nadie que nos separe —dice con su tono más bajo, pero cargado de una seguridad que me tranquiliza.

Siento cómo esas palabras se asientan dentro de mí, como una promesa que va más allá de las batallas que se avecinan. Me acerco un poco más, buscando su mirada.

—No quiero simplemente sobrevivir, Leif. Quiero vivir contigo, realmente vivir. Esta guerra… —me detengo un segundo, eligiendo mis palabras— es inevitable, pero no quiero que defina nuestro futuro. Solo quiero saber que, pase lo que pase, cuando todo termine, estaremos juntos.

Leif me mira profundamente, y puedo ver que entiende lo que digo. No es solo una promesa de estar juntos, es una promesa de crear una vida que sea nuestra, lejos de las sombras del pasado.

—Lo sé, Hella. Lo sé. Y te lo prometo. Este será nuestro hogar. Después de todo lo que venga, haremos de este lugar nuestro refugio —responde con una firmeza que me hace sentir segura.

Nos quedamos en silencio por unos segundos, dejando que esa promesa flote en el aire, tan real como cualquier pacto que hayamos hecho antes. Este no es un juramento vacío; es una decisión compartida, un futuro que ambos queremos construir.

Finalmente sonrío, sintiendo una extraña mezcla de alivio y esperanza.

—Entonces, es un trato —digo, sintiendo que el peso de la incertidumbre se disipa poco a poco.

—Es un trato. Nadie nos lo impedirá —repite él, sellando la promesa con un beso, esta vez más profundo, más significativo,

como si en ese gesto estuviéramos empezando a construir el hogar del que acabamos de hablar.

La palabra *nadie* retumba en mi interior con una duda, ¿acaso hay alguien que nos lo impida? Sacudo sutilmente la cabeza para olvidar ese pensamiento y lo beso con pasión, no quiero despedirme, pero sé que lo veré mañana. Mi realidad aún no es esta, y debería entrenar antes de la batalla para preparar mi cuerpo físicamente a lo que me espera. Nos despedimos y subo en Valiente que, como yo, siento que está profundamente apenado por alejarse de Luz.

— ¿Qué tal habéis pasado el día? —le pregunto por nuestro vínculo.

—Ha sido glorioso, mi ama, esto es un regalo del cielo — responde maravillado.

—¿Qué pensarías si te dijera que después de la batalla, este será nuestro hogar? —pregunto nerviosa.

—Aunque nos repudien en el pueblo valquirio, opino que la vida es más que sacrificarse por una batalla en la que no damos ni nuestra opinión. Además, qué decir cabe que la seguiré ciegamente allá donde vaya —contesta con determinación.

—Gracias, Valiente, no sabes lo que valoro una lealtad como la tuya.

Según dejo a Valiente en el establo, siento y veo que a lo lejos un hombre me observa. Lo saludo con la mano haciéndole después un corte de mangas y este se empieza a reír a la vez que se acerca.

—Buenas tardes, Hella, soy tu cuñado: Hector —comenta sonriente.

—Buenas tardes, espía, gracias por ser mi sombra y haberme apoyado ayer —reconozco mientras le aprieto la mano.

—Por cierto, esto es de parte de mi hermanito el misterioso. No sé qué le has hecho, pero lo has embrujado. Nunca ha regalado nada a nadie, ni a mí. Cuídamelo, ¿vale? Estaré aquí por si me necesitas —comenta mientras me entrega una caja.

Corro a mi habitación con la incertidumbre corriendo por mis venas. Según llego, abro la caja y lo veo. ¡Es el vestido que he visto esta mañana en la tienda! ¡No me lo puedo creer! Leif se fija en todo, este hombre es de lo que no hay. El vestido es… simplemente perfecto. Junto a él hay una nota escrita;

"Mi reina tiene que ir vestida como tal; buenas noches, reina de las estrellas. Te recojo para ir al baile y recuerda, no olvides soñar conmigo".

No puedo evitar sonreír ante la insolencia de mi hombre, cómo, aunque sabe que soy suya, que ya me tiene, sigue soltando esos comentarios, roneándome, cautivándome cada día, sin relajarse. Acto seguido cojo mi pluma mágica y le respondo:

"Muchas gracias, mi rey, ¡eres el mejor! He conocido a mi cuñado, muy simpático, igual sueño con él esta noche… Ya te extraño".

Me río para mis adentros ante la chiquillada que le acabo de escribir pero no puedo evitarlo. Él me hace volver a ser una adolescente, tener esa actitud burlona ante cualquier situación y vivir cada experiencia intensamente. Como esperaba, la respuesta no tarda en llegar.

"Mi hermano sabe perfectamente cuáles son sus límites si quiere seguir en este mundo. Pronto volveré a probarte, estoy ansioso. Buenas noches, pequeña".

CAPÍTULO 33

Me despierto llena de energía y excitación. Ayer fue uno de los mejores días de mi vida pero, aunque me gustaría quedarme entre la seguridad y calma de mis suaves sábanas, hoy toca entrenar. Me quedo un rato en la cama pensando, quiero mandarle una nota de "buenos días" a Leif, pero algo me impide estar tan emocionada como siempre. Hay algo que me intriga a más no poder, su despertar. Según él se despertó en un lugar oscuro, de dolor y sufrimiento, donde la gente lo temía. ¿Qué pudo hacer para ser tan odiado por el pueblo?

Respiro profundo, intento centrarme solo en lo que he vivido con él y le mando la nota: "Buenos días, dios de la noche, tengo ganas de verte y bombardearte a preguntas", le escribo. Sé que no son los mejores "buenos días" pero no soy de las personas que se callan, si algo me comprime mínimamente el pecho tengo que soltarlo, sin anestesia, sin preámbulos. La respuesta, como siempre, no tarda en llegar. "Buenos días, pequeña, responderé todas tus dudas antes del baile". Me deja algo más tranquila, pero sé que se va a mostrar reticente, no lo puede evitar.

Sacudo la cabeza olvidándome de esos pequeños detalles y me voy a desayunar. Por primera vez en la vida el comedor está en silencio, todas sabemos que hoy es el último día de entrenamiento previo a la mañana y la tensión se palpa en el ambiente. Aunque

para Odín una batalla sea motivo de celebración, una gran alegría y todo lo que tú quieras, nosotras nos jugamos la vida. En este tipo de cruzadas, donde no solo tenemos que curar o llevar a los caídos al Valhalla, sino que además tenemos que luchar, son los momentos en los que nos damos cuenta que nuestras vidas penden de un hilo. Un segundo de desconcentración, un minuto de descanso o un despiste lo pueden significar todo y eso es justo lo que más estrés me genera.

El sol apenas ha despuntado en el horizonte, y ya estamos todas reunidas en el campo de entrenamiento. El aire trae consigo una tensión distinta, casi eléctrica. Hoy es el último día, y Grunnr, nuestra instructora, tiene algo especial preparado, puedo sentirlo en mis huesos. Nos da la orden de comenzar con el circuito habitual, pero noto enseguida que hay algo diferente en el ambiente. Todas están más agresivas, más decididas a ganar a cualquier precio. Conseguir el triunfo o la derrota en este último entrenamiento *a priori* no significa nada. Sin embargo, para muchas de nosotras ganar hoy significa estar más preparada para lo que vendrá mañana. Lo entendemos como un pase especial hacia la supervivencia, por lo que el día de hoy será casi letal.

No me doy tregua, empiezo llevando mi cuerpo al límite, quiero demostrar que soy la mejor. Brunilda y yo ahora somos una, el pasado y el presente se han unido para convertirse en la mejor guerrera de todos los tiempos. Eso quiero creer al menos. Corro con todas mis fuerzas, cada músculo de mi cuerpo trabajando al máximo. Intento mantenerme a la cabeza, ser la primera en llegar, pero desde el primer paso, me doy cuenta de que hoy no va a ser fácil. A mi lado, Sigrdrifa, una de mis mejores amigas, se adelanta

un poco y, con una sutil patada, intenta ponerme la zancadilla. No lo veo venir hasta que es casi demasiado tarde, pero logro saltar en el último segundo, apenas manteniendo el equilibrio. La miro de reojo y, por un momento, veo en sus ojos una chispa de disculpa antes de que vuelva a concentrarse en la carrera.

Más adelante, Ram, otra de mis compañeras más cercanas, se coloca estratégicamente delante de mí. Su paso se vuelve errático, intencionadamente torpe, obligándome a esquivar sus movimientos descontrolados. Me obliga a reducir la velocidad y casi me empuja hacia una roca, como si estuviera perdida en sus propios pensamientos. Pero cuando nuestras miradas se cruzan, veo la determinación en sus ojos. No hay disculpa esta vez, solo una feroz competitividad que no había visto antes en ella.

Y entonces está Aika. Desde que sucedió su encuentro amoroso con Sigurd le ha costado centrarse en sus entrenamientos. Hoy al contrario, parece que está dando todo lo que tiene, está poniendo toda la carne en el asador. Mientras mantengo un ritmo fluido y rápido, siento una nube de polvo levantarse a mi alrededor. Es Aika, que sin ningún remordimiento, ha agarrado un puñado de arena y lo ha lanzado directo a mi cara. Los granos ásperos me golpean los ojos, cegándome momentáneamente. Parpadeo furiosa, tratando de aclarar mi visión, mientras sigo corriendo a ciegas, sin perder el ritmo.

Aika no se detiene ahí. Aprovechando mi vulnerabilidad, me da un empujón con el hombro, un golpe fuerte y decidido, intentando sacarme del camino y hacerme caer. Casi pierdo el equilibrio, pero clavo mis pies en el suelo y sigo adelante, impulsada por una furia interna que quema más que el polvo en mis ojos. Aika se ríe, un

sonido burlón que me empuja aún más a seguir adelante, a demostrarle que no puede conmigo.

Cada paso es una batalla, no solo contra el cansancio y el terreno, sino también contra aquellas que son mis amigas. Desde luego hoy todas nos estamos poniendo a prueba, intentamos jugar sucio como sabemos que nuestros enemigos lo harán mañana con nosotras. Mi corazón late con fuerza, mis músculos arden, pero me niego a rendirme. A pesar de las trampas, de los intentos de detenerme, sigo adelante. Y finalmente, veo la meta acercarse. Con un último esfuerzo, me lanzo hacia adelante, cruzando la línea en primer lugar.

Lo he conseguido. A pesar de todo, he conseguido llegar la primera. Mis piernas están temblando, mis pulmones arden, y mi visión aún es borrosa por los granos de arena, pero he ganado. La satisfacción de haber superado todos los obstáculos, físicos y emocionales, me llena de una fuerza nueva. Hoy, más que nunca, sé que nada ni nadie podrá detenerme.

Ahora vienen los combates cuerpo a cuerpo, sin armas. Una a una, mis compañeras se presentan ante mí, sus miradas están llenas de desafío. Pero yo estoy lista. Nos enfrentamos, sudor y fuerza mezclados en cada golpe, en cada agarre. Estoy cansada, mis brazos pesan, pero sigo luchando. Y gano. Una tras otra, todas caen, y yo sigo en pie, apenas sosteniéndome, pero victoriosa.

Vamos a por la segunda parte del entrenamiento. El campeonato de espadas comienza, y el agotamiento empieza a pesarme, pero no me dejo vencer. Cada golpe de espada es más difícil que el anterior, pero me mantengo firme, mis movimientos son precisos y mi mente se mantiene enfocada. Cada oponente cae, hasta que al final, estoy

sola, con la espada aún firme en mi mano. Las he superado a todas, otra vez.

Estoy desfallecida, casi sin fuerzas, pero hay algo nuevo en el ambiente: el respeto. Puedo sentirlo, casi palparlo. Mis compañeras, aquellas que solían mirarme por encima del hombro, ahora me ven como una igual. Hoy no entreno por disfrutar la amistad de Sigurd, ni por la rabia que solía consumir mi corazón, ni por sorprender a Leif. No. Hoy entreno por mí, por mi seguridad, para asegurarme de que mañana, en la batalla, nadie podrá conmigo.

Y entonces Grunnr me llama. Quiere que luche contra ella. Es un honor, pero también un desafío que nunca he superado. Mi cuerpo está al límite, pero no puedo rendirme ahora. El combate es largo, intenso. Grunnr es rápida, fuerte, pero la observo, cada movimiento, cada patrón. Y ahí está, su flanco derecho se abre cuando ejecuta su salto mortal. No dudo. Ataco.

Mi espada da en el blanco y Grunnr cae. Por un momento, todo se detiene. Acto seguido, los vítores de las valquirias llenan el aire. Mi corazón late con fuerza, no solo por el esfuerzo, sino por la emoción. Me siento viva, digna, capaz de enfrentar cualquier cosa que venga. Estoy lista para la batalla. Nada ni nadie podrá conmigo.

Después del triunfo considero que me merezco una buena ducha y una buena comida. Según entro en el comedor comienzan los vítores y los aplausos y sonrío orgullosa. Ram y Sigrdrifa hacen el gesto de acercarse a mí pero me siento en una mesa yo sola, sin dirigirles la mirada. Entiendo que todas querían ganar esta mañana, pero las formas para llegar a ello no han sido las correctas por su parte. Entiendo que nos tengamos que poner a prueba, pero necesito un momento para mí, para reflexionar. No estoy

completamente segura de a qué tipo de monstruos nos enfrentaremos mañana, necesito concentrarme. Nada puede distraerme.

CAPÍTULO 34

Leif

Hace siete años…

Despierto sin saber dónde estoy, la oscuridad es tan densa y neblinosa que mis ojos tardan en identificar el sitio donde me encuentro. ¿En serio justo esta noche tenía que tener una pesadilla? Miro a mi derecha y me encuentro a mi hermano Héctor hecho un ovillo, temblando. Maravilloso, una pesadilla y además tendré que cuidar de mi hermano pequeño.

—¡Héctor, Héctor! Despierta, tenemos que salir de aquí —le susurro con prisa.

—¿Qué? ¿Dónde estamos? —pregunta mientras se empieza a despertar, como siempre demasiado lento.

— No tengo ni idea, pero no me da buena espina, larguémonos cuanto antes.

El suelo bajo mis pies es frío, parece piedra pero tiene una textura extraña, como si estuviera viva. No, no puede ser. Esto debe ser una pesadilla, me repito constantemente. Pero cuando intento moverme, siento el peso de la realidad aplastándome. Héctor me agarra del brazo, sus ojos reflejan el mismo terror que siento en mi interior.

Nos rodea una oscuridad opresiva, interrumpida solo por las ocasionales luces parpadeantes que parecen provenir de antorchas en la distancia. Pero esas luces no son cálidas, son de un color pálido, enfermizo, que apenas rompe la negrura. El silencio que nos rodea se ve roto de vez en cuando por susurros y lamentos que parecen surgir de las sombras mismas.

Nos encontramos en un camino estrecho que se abre paso entre rocas negras y afiladas como cuchillas. A lo lejos, diviso un río de aguas negras que fluyen lentamente, pero algo en su superficie me llena de un profundo horror. Hay formas en el agua, rostros desfigurados que gritan en silencio, estirando sus manos hacia la orilla, como si suplicaran por ayuda. Almas atrapadas, condenadas a flotar eternamente en esas corrientes infernales.

De repente, Héctor aprieta mi brazo con más fuerza. Miro en la dirección que él señala y lo veo. Un hombre, alto y delgado, con una capa raída que apenas cubre su figura esquelética, se acerca a nosotros. Su rostro está oculto bajo una capucha, pero puedo sentir sus ojos clavados en nosotros. Cuando habla, su voz es un susurro áspero, como el crujir de hojas secas bajo los pies:

—Venid conmigo —dice y, aunque todo en mí quiere resistirse, mis piernas parecen moverse por su cuenta.

El hombre se da la vuelta y comienza a caminar, obligándonos a seguirlo. El camino nos lleva más cerca del río, donde los lamentos de las almas se vuelven más penetrantes, más desesperados. A medida que avanzamos, las vistas se vuelven aún más grotescas. En la distancia, veo figuras encadenadas a rocas ardientes, retorciéndose en agonía mientras unos demonios las azotan sin piedad. Hay hombres y mujeres colgados de árboles espinosos, sus

cuerpos mutilados, mientras unos cuervos enormes picotean sus ojos. Cada grito, cada chillido es un recordatorio de la condena eterna de este lugar. ¿Qué demonios hemos hecho Héctor y yo para terminar en un lugar así?

Finalmente, el camino nos lleva a un castillo que se alza ominosamente en el horizonte. Sus torres están torcidas y parecen alcanzar el cielo, negro como el abismo. Las paredes están hechas de una piedra oscura, que parece moverse y retorcerse como si estuviera viva, reteniendo una energía maligna.

El hombre nos guía hacia las puertas del castillo, enormes y decoradas con relieves de figuras retorciéndose en sufrimiento. Al pasar por ellas, siento como si el aire se volviera aún más pesado, aplastante. Este lugar, lo sé con certeza, es el Reino de Hel, la diosa del inframundo. No sé cómo hemos llegado aquí, pero sé que no será fácil salir.

Héctor camina pegado a mí, sus pasos inseguros resuenan en el suelo de piedra. Puedo sentir su miedo, un reflejo del mío, pero saber que está a mi lado me da el valor suficiente para seguir avanzando. Cada fibra de mi ser quiere dar la vuelta, correr lo más lejos posible de este lugar, pero no puedo abandonarlo. Debo protegerlo.

El castillo es un laberinto de sombras y susurros, sus muros parecen estar hechos de la misma oscuridad, con grietas por las que se filtran lamentos y gemidos lejanos. A medida que avanzamos, las paredes se estrechan, y tengo la sensación de que el propio castillo está vivo, observándonos, esperando. Las antorchas en las paredes proyectan sombras alargadas que se retuercen como serpientes, bailando al ritmo de un fuego que no da calor, sino frío. El aire está

cargado con el olor acre de la putrefacción y, a cada paso, siento como si una niebla invisible se adentrará en mis pulmones.

Pasamos por un largo pasillo flanqueado por estatuas grotescas, figuras humanas que parecen haber sido retorcidas y deformadas por un dolor inimaginable. Algunas de ellas tienen expresiones de sufrimiento eterno, otras parecen reírse en una locura desquiciada. Sus ojos, aunque de piedra, parecen seguirnos, juzgándonos en silencio.

Finalmente, las puertas de un gran salón se abren ante nosotros. El hombre nos hace una seña para que entremos. El salón es vasto, las paredes tan altas que se pierden en la penumbra del techo. Candelabros gigantes, hechos de huesos y adornados con cráneos, cuelgan del techo, lanzando una luz parpadeante y mortecina. El suelo es de mármol negro, brillante como un espejo, pero donde debería reflejarse nuestra imagen, solo veo sombras, moviéndose por cuenta propia.

Y entonces, la veo.

Hel, la diosa del inframundo, se encuentra en el centro del salón, sentada en un trono hecho de huesos entrelazados. Es una visión que me deja sin aliento, una mezcla de lo hermoso y lo grotesco, de vida y muerte en una sola figura. Su lado izquierdo es el de una mujer hermosa, con piel pálida y cabello negro que cae en cascadas sobre su hombro. Sus ojos son oscuros y profundos, llenos de una sabiduría antigua y un dolor insondable. Pero su otro lado... es un esqueleto, la carne se disuelve en hueso, la piel en descomposición revela un cráneo que parece sonreír con una mueca macabra.

Es como si la muerte y la vida coexistieran en un solo ser, en un equilibrio inquietante. A pesar de su apariencia, hay algo hipnótico en ella, una belleza aterradora que me impide apartar la mirada. Su vestido, hecho de telas oscuras que parecen flotar en el aire, se ajusta perfectamente a su figura, acentuando el contraste entre lo humano y lo esquelético.

Hel nos observa con una mirada penetrante, como si pudiera ver directamente nuestras almas, desnudando nuestros miedos más profundos. Héctor tiembla a mi lado, y yo aprieto su mano con fuerza, tratando de mantenernos firmes.

—Bienvenidos al Reino de Hel —dice, y su voz, a la vez hermosa y terrible, me hace estremecer—. ¿Qué buscan dos mortales en mi dominio? —Cuando Hel habla, su voz es suave, pero retumba en el gran salón como un trueno lejano.

No sé qué responder. Estoy atrapado entre el impulso de huir y la necesidad de proteger a mi hermano. Pero una cosa es clara: hemos sido traídos aquí por una razón, y ahora estamos ante la propia reina de este reino de pesadillas.

—Mi reina, acaban de despertar… —susurra el ser oscuro mientras se aleja y nos deja solos con la reina.

—Qué interesante… ¿Quién de los dos se llama Leif? —pregunta con curiosidad.

¿Cómo narices sabe cómo me llamo? ¿Acaso he cometido algún error? No me considero mala persona en absoluto, mucho menos para terminar en un sitio como este donde el castigo eterno es el único futuro posible que se puede llegar a contemplar.

—Yo soy Leif —admito forzándome a aguantar mi mirada sobre la suya.

—¡Encantada! Ya tenía ganas de un regalo como este… Odín sabe cumplir sus promesas —comenta satisfecha.

¿Odín? ¿Ese no era un dios nórdico? ¿En qué época estamos?

—Voy a iluminar tu mente joven. Vuestra vida anterior no era real, estabais sumidos en el sueño de Odín. Él os ha despertado y os ha entregado a mí. Las locuras que puede hacer un padre por no entregarme a su querido hijo, Thor… Dime, ¿cuánto quieres a tu hermano? —pregunta con un brillo en los ojos espeluznante.

Antes de que quiera darme cuenta, lo encierra en una jaula de huesos y lo atrae hacia ella. Mi hermano se pone a chillar y a llorar desconsoladamente, y mi ira y mi rabia empiezan a crecer. Los poderes que andaba evitando salen a relucir, llamo a las estrellas y a su poder y entonces, me vuelvo eléctrico, intento atacar con todo mi poder. Pero es imposible.

—Ya sabía yo que solo el mayor de los hijos del rey Noctivagant obtendría sus poderes. Déjame que te recuerde; tienes el poder de invocar a las estrellas y así, conseguir toda esa electricidad y fuerza con la que podrías tumbar a un ejército entero. Al menos es lo que cuenta la leyenda, ¿es cierto, chiquillo? —Mi cara lo dice todo, no tengo la menor idea de lo que me está hablando. Durante toda mi vida mi hermano ha estado conmigo, esa vida a la que ella ha llamado sueño—. ¡Por todos los dioses, no tenéis ni idea! Bueno, eso tiene fácil solución, tu hermano y tú permaneceréis presos aquí hasta que cumplas con tu deber. A cada día que pases negándote a

cumplirlo, tu hermano sufrirá tu castigo siendo condenado a soportar las torturas más indeseadas —explica riendo sin escrúpulos.

Mi hermano se lleva las manos al cuello, le falta el aire. Su cara empieza a cambiar de color y las lágrimas en sus ojos empiezan a salir de manera descontrolada. Se está ahogando y no puedo hacer nada para evitarlo. Me lleno de rabia. Algo nace en mí, siento un poder crecer en mi interior. Y entonces sucede. No entiendo cómo, pero invoco el poder de las estrellas soltando toda mi furia eléctrica contra Hel. Esta, sin pestañear, comienza a reír.

—Todavía no dominas tus poderes, querido. No intentes correr, antes de aprender a andar. Sin mí, nunca aprenderás a controlarlos y… tu hermano sigue sin aire… ¿Qué vas a hacer? —pregunta divertida la diosa.

—Está bien. ¡Para! Haré lo que ordenes —grito desesperado.

—Así me gusta. Durante un año harás lo que te ordene —explica la diosa.

—Entendido, pero promete que después nos dejarás libres —exigo sin estar muy seguro de lo que estoy diciendo.

Entonces mi hermano comienza a coger aire como un loco, respirando fuerte y exageradamente. El castigo ha terminado, por ahora.

—Está bien, lo prometo pero obedecerás a todas mis órdenes, todas —sonríe maliciosa.

—¿Qué órdenes serán esas?

—Matarás, mutilarás, secuestrarás y arrasarás todos los lugares que yo te ordene. Mientras, te enseñaré a controlar y dirigir tu

poder. Después de eso, no creo que quede alma en tu majestuoso cuerpo para salir de aquí.

— Te aseguro que sí, aunque solo sea para no volver a verte nunca más. Prometo hacer cuanto órdenes y también prometo que al salir de aquí, mis poderes no volverán a pertenecerte.

CAPÍTULO 35

No tengo mucho tiempo hasta que Leif venga a recogerme, de modo que tengo que prepararme lo antes posible. No quiero hacerlo esperar y menos aún cuando viene antes para resolver todas mis dudas, o eso espero. Me pongo el vestido que Leif me regaló ayer que no es por nada, pero se ciñe a mi nuevo cuerpo tonificado de una manera espectacular.

El vestido es completamente azul eléctrico, de tirantes que bajan hasta casi el ombligo creando un escote muy sugerente. La prenda se ciñe en la cintura creando una falda hasta el tobillo con un sútil vuelo. Lo mejor del *outfit* (dios como echo de menos hablar como una persona del siglo XXI), es que la falda está cortada desde el comienzo del muslo, invitando a mis piernas a salir de su refugio de seda a medida que camino. Además, todo el escote está decorado con pequeñas estrellas brillantes, como si se tratara del mismísimo cielo estrellado. Para acompañar a semejante vestuario decido dejarme el pelo suelto, ondulado, salvaje y le doy un toque carmesí a mis labios. Ya está, estoy radiante.

Salgo de la habitación y veo que todas las valquirias y los guerreros se amontonan en un mismo punto. Espero que no sea lo que pien…, sí lo es. Leif ha entrado hasta el medio del pueblo con un carruaje completamente negro, con ruedas doradas tirado por caballos del mismo color que el carro. Además, él lleva puesto un

traje del mismo tono que mi vestido, está espectacular. Según me acerco, me doy cuenta que debajo de esa americana, lleva un chaleco con las mismas estrellas bordadas que yo. Casi me caigo redonda cuando me saluda con un apasionado beso y oigo a todas mis compañeras cuchichear. No sé muy bien si morir de la vergüenza o saltar de la alegría, tengo sentimientos encontrados.

—Buenas noches, pequeña: estás espléndida —me susurra al oído sin soltarme.

—Buenas noches, dios de la noche: tú tampoco te quedas corto —respondo mientras los dos nos subimos al carruaje—. ¿Tenías que montar el espectáculo, verdad? —pregunto aguantándome la risa.

—Que no te quepa duda, para mi reina lo mejor. —Me da otro cálido y ardiente beso mientras el carruaje empieza a andar—. Venga, va, empieza a bombardearme a preguntas, estoy impaciente — comenta divertido.

—Vamos a ver… ¿de dónde procede exactamente tu magia? — pregunto sin irme por las ramas.

—Eso es algo que no recuerdo, cuando desperté la magia estaba en mí, fue algo inconsciente, no entendía el motivo, pero sabía utilizarla, fue tan fácil como respirar. Creo que proviene de una familia llamada Noctivagant, ahora mismo solo quedamos mi hermano y yo, nunca los llegué a conocer porque es algo anterior a mi sueño. Al parecer, al ser yo el mayor, he heredado todo el poder —confiesa con pena.

—¿Os despertasteis tu hermano y tú juntos? —continúo con el interrogatorio.

—Sí, estábamos los dos muy unidos y supongo que no hubo sueño capaz de separarnos —explica.

—¿Dónde despertaste? Dijiste que era un sitio lleno de oscuridad… —Después de divagar en mi interrogatorio, por fin me atrevo a hacer la pregunta que tantos quebraderos de cabeza me ha dado.

—¿Estás segura de que quieres conocer ese lado siniestro? No te va a gustar, puede que hasta después de saberlo me odies…

—Nunca podría odiarte —reconozco.

—Desperté en el Inframundo, junto a Hel. Me chantajeó durante un año, secuestró a mi hermano a cambio de que yo le hiciera todo el trabajo sucio… tuve que hacer de todo, Hella, atrocidades que jamás llegarías a imaginar…, no merezco perdón alguno…

—Quiero saberlo todo de ti, Leif, por favor, no quiero que haya secretos entre nosotros… —le incito a seguir.

—Fui el villano del cuento, Hella, me convertí en el señor del inframundo en todos los sentidos, compartí lecho con ella, asesiné, mutilé, secuestré y arrasé con todo lo que ella me pidió. Hel esperaba que al cumplir el año yo no tuviera alma, esperaba que todo en mí fuese oscuridad, pero no fue así. Después de mucho trabajo, conseguí tener un pueblo donde poder dar toda la luz que mi alma añoraba —explica con los ojos brillantes de la emoción.

"Asesiné, mutilé, arrasé con todo". Las palabras de Leif resuenan en mi cabeza. ¿Cómo pudo sucumbir a las órdenes de la diosa? Yo nunca he dudado en poner mi vida en peligro por salvar la de los demás y él… No puedo creerlo. La ira me llena el corazón, dejando a un lado todos mis sentimientos por Leif. No estoy segura de si mi

cordura, mis valores me van a permitir estar con una persona que tuvo la sangre fría de causar tanto dolor.

—¡Parad el carruaje! ¡Ya! —grito sintiéndome totalmente abrumada.

—Hella, por favor, no te vayas… —susurra Leif.

El carruaje se detiene casi de inmediato y me bajo de él sin mirar atrás. No sé a dónde dirigirme, no estoy segura de a dónde ir, pero sé que tengo que alejarme de Leif. Tengo que pensar con algo de raciocinio, si estoy con él sus palabras harán mella en mi corazón y no seré objetiva.

Me meto en el primer callejón que encuentro, me apoyo contra una pared e intento respirar. Relajarme. Verlo todo con perspectiva. Es imposible. Oigo unos pasos acercarse con prisa y ahí está. Leif me ha seguido y su cara es el vivo retrato de un hombre roto, destrozado por su pasado que a duras penas sobrevive en el presente. Pero no. No puedo permitirme sentir pena por él. Él en ningún momento sintió pena cuando cometía todas esas atrocidades. Por instinto, acerco mi mano a la daga que llevo escondida bajo la falda de mi vestido, en mi muslo derecho.

—Hella, por favor, no me juzgues, tenía que salvar a mi hermano. No podía permitir que muriese por mi culpa…

Esto es lo que me enfurece. ¿Su hermano no puede morir, pero el resto del mundo sí? ¿Cuánto vale una vida si a cambio puedes salvar cientos? Mi mente no puede comprenderlo. Yo he arriesgado innumerables veces mi vida, la de una valquiria, un ser creado por el mismísimo Odín por salvar a cientos de humanos, ¿y él? ¿Cómo se puede ser tan egoísta?

Leif intenta acercarse, acariciarme para que me relaje. Para que cambie mi conducta. Como un acto reflejo, según da un paso más hacia mí, agarro mi daga con mi mano derecha mientras que con la izquierda, lo empujo contra la pared en la que estaba yo apoyada y coloco mi daga en su cuello.

—Explícamelo. ¿Cómo una vida puede valer más que cientos? ¿Cómo se puede ser tan egoísta? —le escupo mirándole con cara de asco, de desprecio.

—¿Egoísmo? Es mi hermano. Haría lo mismo por ti. Sé que tú no compartes mis valores, pero ya te lo dije. Soy el villano del cuento. Asesinaría a reinos enteros si con eso lograra salvarte. No soy un caballero, no soy ningún héroe. Soy el puto diablo, Hella. Cada muerte pesa sobre mis hombros, pero mi hermano sigue aquí y es lo único que importa.

—No sé…, no sé si puedo estar con un hombre sin principios…; necesito pensar. —susurro.

—Te amo. Estoy loco por ti. Daría lo que fuera por mantenerte a mi lado, a salvo. ¿Es que no es suficiente con eso? —pregunta a punto de perder los papeles—. No me dejes ahora, mantengámonos unidos, al menos hasta después de la batalla. Luego hablaremos, te lo explicaré todo mejor —suplica mirándome fijamente a los ojos.

—No sé si yo….

Y antes de que pueda terminar la frase, sus labios se estampan contra los míos. La daga cae al suelo, mis manos se colocan instintivamente en su cuello y me dejo llevar. Aunque no entienda sus valores, su falta de principios, es lo único que tengo. No puedo perderlo, no antes de la gran batalla. Ya solucionaremos nuestras diferencias cuando la paz gobierne Asgard. Nuestros besos se vuelven pasionales, ardientes. Tenemos la necesidad de sentir que estamos bien, que, aunque todo haya cambiado, lo importante, no lo ha hecho. Nos queremos, nos amamos y, por ahora, es lo único que cuenta.

Después de lo que creo que son unos minutos, agarrados de la manos, volvemos al carruaje y retomamos el camino hacia el castillo de Odín.

—¿Alguna pregunta más, milady? —intenta cambiar de tema mi hombre.

—¿Qué eres capaz de hacer con tus poderes?

—Puedo convertirme en una sombra, andar por cualquier lado sin que nadie me vea. Invoco a las estrellas y eso me da energía, me convierto en un hombre lleno de una electricidad que puede arrasar, como un terremoto, hasta ciudades enteras. Por último, puedo invocar la luz de las estrellas, por eso mi pueblo siempre tiene ese aura mágica sin electricidad, que, por si no lo sabías, todavía no la han inventado —explica sonriente.

—¡Eso es alucinante! —exclamo flipando en colores.

—Tú también puedes invocar ese poder. Hella, no quiero que corras ningún riesgo mañana, si tienes miedo, si crees que puedes caer en algún momento, si te ves presa de algo o alguien utiliza tus poderes. Solo piensa en las estrellas y ellas vendrán en tu ayuda.

—¿En serio me has dado tus poderes?

—Te he dado acceso a mi poder, digamos que lo compartimos. Pero, por favor, recuerda, si alguien te apresa, si ves que no tienes escapatoria, piensa en la noche estrellada que vivimos en el pueblo y en salvarte. Consume mi poder, consúmeme a mí si hace falta, pero salvate. Promételo.

—Te lo prometo, anda, vamos, que te estás poniendo intenso.

—Serás estúpida…

Leif se acerca a mí, sugerente, pícaro. Su mirada lasciva y su media sonrisa me lo dicen todo. Su mano empieza a acariciar mi tobillo, subiendo lentamente por mi gemelo hacia mi muslo. Mi piel se eriza y mis pezones se endurecen de forma inmediata. Intento acercar mis manos a su pecho pero él me niega con la cabeza. Parece que quiere disfrutar el solito del momento. Me dejo hacer, me pierdo en sentir cada una de sus caricias poniendo todos mis sentidos en ellas. Sus caricias terminan en mi centro sur, que se humedece dándole la bienvenida. Sus dedos trazan movimientos circulares mientras mi cuerpo se arquea ante ese suave y cálido placer. Sus dedos comienzan a introducirse lentamente dentro de mí y un pequeño gemido se me escapa ante el golpe de calor que me sube hasta la garganta. Ya no aguanto más. Desabrocho sus pantalones, sosteniendo su duro y fuerte miembro con mi mano a la vez que lo acompaño con movimientos rítmicos mientras lo beso con pasión. Las ansias de sentir su miembro dentro de mí son tales que, con sus fuertes brazos, Leif me coloca sobre él a la vez que yo levanto mi vestido. Con un simple movimiento ya siento que mi núcleo abraza su miembro dándole la bienvenida.

Y entonces empezamos a movernos. Mi ritmo es constante y sus manos en mis nalgas me dan la fuerza que necesito para sentirlo todavía más dentro. Una oleada de placer, de sensualidad, qué narices, una oleada de amor me recorre el cuerpo eléctricamente mientras mi tatuaje estrellado brilla cada vez con más intensidad. Grito su nombre desesperada por llegar a la cúspide de placer a la que me tiene acostumbrada. Y entonces llega, Leif se aferra a mi espalda dejándome la estampa de sus uñas como recuerdo y yo me agarro a su pelo como si de una montura se tratara. Los dos

gemimos llegando al apogeo máximo de placer y nos quedamos de frente, jadeando, pero sin apartar la vista el uno del otro.

—Te quiero… —susurro en un hilo de voz.

—Hella…, eres la locura más cuerda que jamás haya conocido. No soy de decir cosas románticas, pero… quiero que sepas que utilizaría todo mi poder para salvarte, incluso aunque eso conllevase mi propia destrucción.

Una lágrima surca mi mejilla, no quiero que ponga ejemplos tan extremos como prueba de amor, pero supongo que la situación de mañana no es para menos. Ojalá tuviéramos una relación en un entorno más seguro, donde no hicieran falta poderes, ni espadas ni hubiese guerras que batallar. Respiro totalmente enamorada de la persona que tengo al lado y comenzamos a adecentarnos, estamos a punto de llegar.

—¿Preparado? Vamos a ser la comidilla de todos…

—Siempre he sido observado por todos, pero ahora lo seré por estar junto a la mujer más hermosa del mundo, y eso, pequeña, es mi mayor logro.

—¿Sabes que eres más romántico de lo que admites ser?

—Como se lo digas a alguien te quito los poderes.

Suelto una carcajada muy poco elegante y los dos estallamos en risas por nuestras pequeñas chiquilladas. De repente el carruaje se detiene y aún sonrientes, salimos juntos, de la mano hacia el baile de Odín. Comienza el *show*.

CAPÍTULO 36

Leif me sostiene elegantemente del brazo, su toque es firme pero gentil. Juntos, como si fuéramos una sola persona, atravesamos las majestuosas puertas del gran salón de Odín. Al entrar, me envuelve una atmósfera de pura elegancia. El gran salón de Odín es una obra maestra de la arquitectura y el diseño, un lugar donde el lujo y la elegancia se encuentran en cada rincón.

Las paredes, altas y majestuosas, están cubiertas por tapices que relatan las gestas de héroes antiguos y dioses poderosos, entrelazados con hilos de oro y plata que brillan a la luz de los candelabros. Estos candelabros, inmensos y de un trabajo minucioso, cuelgan del techo abovedado, llenando el espacio con una luz dorada y cálida que se refleja en el suelo de mármol pulido, haciendo que todo parezca bañado en oro líquido.

La música fluye suavemente a través del aire, creada por un conjunto de músicos que tocan instrumentos clásicos, sus melodías evocan una mezcla de nostalgia y majestuosidad. Violines, arpas y flautas llenan el salón con una sinfonía que parece envolver a todos los presentes, creando una atmósfera de ensueño, casi irreal.

Las damas que llenan el salón son la encarnación de la elegancia, todas ataviadas con vestidos que homenajean a Odín, en tonos plateados y dorados. Sus trajes, largos y fluidos, están confeccionados con telas que parecen deslizarse como el agua,

adornados con bordados intrincados y pedrería que brilla como la luz del sol. Los plateados recuerdan el resplandor de la luna sobre la nieve, mientras que los dorados evocan el brillo del sol al amanecer. Cada una de ellas lleva sus cabellos recogidos en peinados elaborados, decorados con joyas que complementan sus vestidos, reflejando el esplendor del salón en cada movimiento.

Sin embargo, Leif y yo destacamos entre la multitud. Mientras todos están envueltos en esos tonos de divinidad, nosotros rompemos con la norma, llevando colores que nos distinguen. Mi vestido, de un profundo azul zafiro, contrasta con los tonos dorados y plateados a nuestro alrededor y parece absorber la luz del salón en lugar de reflejarla. El traje de Leif, un elegante azul eléctrico con detalles brillantes, refuerza nuestra diferencia, como si fuéramos los únicos personajes en color en un cuadro monocromático. Es una declaración silenciosa pero poderosa, que no pasa desapercibida para ninguno de los presentes.

Mientras avanzamos por el salón, el sonido de nuestros pasos se mezcla con la música, pero el murmullo de la conversación se apaga poco a poco. Nos damos cuenta de que todos los ojos están puestos en nosotros, en nuestra singularidad. Hay curiosidad y asombro en las miradas que nos siguen, como si nuestra presencia alterara la armonía cuidadosamente tejida de la noche. Puedo distinguir diferentes comentarios debajo de esos leves murmullos: “asesino”, “dios del inframundo” y mi mente reacciona. Puede que hace tan solo unos minutos yo pensase lo mismo, pero es de mi hombre de quien están hablando. Aunque tengamos mucho de lo que hablar, no pienso demostrar en público ni un ápice de inseguridad. Me agarro

con fuerza a Leif y levanto aún más la cabeza, demostrando lo orgullosa que estoy de estar hoy, con él, aquí.

—Buenas noches pareja. —Nos damos la vuelta y ahí tenemos al caballero del año, a Sigurd.

—Buenas noches, ¿Sigurd, verdad? —comenta Leif sin mostrar un ápice de odio, ofreciéndole la mano a este personaje.

—Sí, ¿su nombre es? —responde Sigurd apretando la mano. Me sorprende lo educado que puede llegar a ser cuando su estupidez se lo permite.

—Leif. —Mi hombre comienza a apretar la mano de Sigurd con tal fuerza que este está apunto de retorcerse en medio de la pista de baile—. Hace años que no nos vemos, creía que te acordarías de mí…; por lo que me han comentado, no has cambiado en absoluto…

—Basta ya, por favor —suplica Sigurd—. Solo quiero ofrecer a Hella mis disculpas. Confundí su amistad con algo más y actué erróneamente. No es propio de mí. Hella, por favor, me gustaría tener lo que teníamos, una sincera amistad.

—Por mi parte no hay nada que perdonar. Espero que hayas sido igual de caballeroso con Aika —respondo sin parpadear.

—Solo alguien como mi mujer podría ser tan bondadosa; si fuera por mí… —añade pícaro Leif.

—Por supuesto, no lo dudes. Muchas gracias, Hella, de verdad. Pasad buena noche, pareja.

Esperamos a que Sigurd se aleje en silencio. Parece que después del entrenamiento del otro día, ha tenido tiempo para reflexionar. Me alegro, la verdad, creo que es un buen hombre, muy en el fondo.

—¿Con que tu mujer, eh?

—A efectos sentimentales, sí; a efectos prácticos, aún no. ¿Me concedería este baile, milady? —pregunta sonriente.

"Aún no", pero puede que sí en un futuro cercano. ¡Por Freya! ¡Sería maravilloso vivir con él en su idílico pueblo! La piel se me eriza y el alma se llena de una felicidad indescriptible. Accedo a bailar con él con el corazón palpitante y nos dejamos llevar por la música.

Leif me guía suavemente hacia la pista de baile, donde muchas parejas ya se mueven al compás de la música. A nuestro alrededor, las parejas giran y se deslizan, pero en cuanto Leif me toma de la mano y coloca la otra en mi cintura, el mundo parece desvanecerse, dejando solo el espacio entre nosotros dos.

Es la primera vez que bailamos juntos y, al principio, mis pies parecen torpes, tropezando ligeramente con los suyos. Pero Leif, con una sonrisa comprensiva, solo aprieta mi mano un poco más fuerte, guiándome con paciencia. Poco a poco, nuestras miradas se encuentran, y es como si en ese preciso momento, algo hiciera *clic*. Esos ojos, que me miran con una intensidad casi palpable, parecen hablarme en un lenguaje que no necesita palabras. Y de alguna manera, nuestros cuerpos comienzan a entenderse, sincronizando sus movimientos con una fluidez natural.

La música, que antes solo era un fondo, ahora parece dirigir cada uno de nuestros pasos. Nos movemos juntos, girando y girando, y con cada vuelta, nuestros cuerpos se rozan, enviando pequeñas corrientes eléctricas por mi piel. Es más que un simple baile; es una danza de energía, una corriente invisible que nos envuelve y nos lleva a un lugar donde solo existimos nosotros dos.

Nuestras manos, aunque técnicamente siguen la coreografía del baile, buscan cualquier oportunidad para rozarse, para sentir más allá de lo que el ritmo permite. En cada acercamiento, sus dedos acarician mi piel, y en cada alejamiento, siento el deseo de volver a él. Sus ojos, que no se apartan de los míos, me desnudan con cada mirada, revelando sentimientos y deseos que van mucho más allá de lo que se puede expresar con palabras o gestos.

A medida que la música se intensifica, también lo hace la conexión entre nosotros. Es embriagador, como un hechizo que nos envuelve y nos arrastra a un mundo donde solo existimos él y yo, donde cada paso es una declaración, y cada giro es una promesa silenciosa. Es un baile, sí, pero al mismo tiempo es mucho más que eso. Es un diálogo de cuerpos, una conversación sin palabras donde nuestras almas parecen encontrarse y entrelazarse.

En algún momento, el espacio entre nosotros desaparece por completo, y nuestros cuerpos se mueven como uno solo. Es como si la música nos hubiera hipnotizado, llevándonos a un lugar donde la racionalidad ya no tiene cabida, donde solo queda el instinto, el deseo, y una conexión tan profunda que casi duele. Mis dedos se aferran a él, y los suyos se deslizan por mi espalda, creando un rastro de calor que me deja sin aliento.

No sé cuánto tiempo pasa, si son minutos o horas, pero al final del baile, cuando la música comienza a desvanecerse, estoy abrumada por la intensidad de lo que acabo de experimentar. Leif me mira, y en sus ojos veo reflejado lo que siento: una conexión tan profunda y poderosa que parece casi imposible que todo esto haya ocurrido en un simple baile.

Según la danza termina, se da por finalizado el baile y entonces es cuando el gran Odín aparece, creando un ambiente de silencio, expectación y nerviosismo donde apenas puedo respirar. Me aferro al brazo de Leif, no entiendo por qué el dios me genera rechazo. Todas las personas presentes en este lugar lo idolatran por una razón u otra, pero yo solo veo en él ansias de poder, sin importarle lo más mínimo el bienestar de su pueblo.

—Bienvenidos, damas y caballeros, a mi hogar. Hoy hemos festejado el futuro, hemos bebido, comido y bailado en honor a la victoria que nos espera mañana, en honor a las personas que caerán y tendrán el privilegio de ir al Valhalla. Ahora, es momento de descansar, mañana tenemos una victoria que conseguir. Mucha suerte a todos y a todas.

Una ola de vítores, aplausos y gritos acompañan a Odín en su marcha. Siempre hace lo mismo, suelta tres palabritas y se va. Me da rabia que la gente no vea más allá, que no entienda que son simples marionetas. ¿Acaso no está claro que él no va a luchar? ¿Acaso no ven que él se quedará observando todo desde lejos? En estos momentos dudo de si luchar o no, en lo más profundo de mi ser tengo una necesidad de ir y darlo todo, pero, por otro lado, no entiendo realmente el motivo por el que luchar.

—Leif, si te soy sincera, no entiendo por qué vamos a luchar mañana. Aun así, prometeme que no lucharás, no tienes por qué —le suplico a mi dios de la noche mientras nos subimos al carruaje de vuelta a casa.

—Hella, debo luchar, he hecho una promesa y no la puedo romper.

—¿Qué promesa?

—Mañana cuando todo termine te lo explicaré. Solo te pido una cosa, antes has dicho que no podrías odiarme, necesito que lo tengas presente mañana, pase lo que pase —me pide con una expresión de miedo en su mirada.

—Te lo prometo, pero ¿por qué? No entiendo nada.

—Necesito que estés a salvo, no puedo permitir que tu destino sea el que les espera a tus compañeras. Lo siento de antemano, pero… haría tratos con el mismo diablo con tal de mantenerte a salvo, aunque eso signifique perder tu amor.

—Leif, no entiendo nada, pero voy a estar bien, lucharé como siempre y me mantendré con vida.

—¿Podríamos vernos mañana antes de la batalla? Solo será un segundo. La batalla se originará en el Valle del Crepúsculo Eterno, cerca de ahí, hay un pequeño río. Espérame allí, junto al único roble viejo y robusto que hay. Será nuestro momento, nuestra fuerza antes de la batalla.

—Trato hecho, señor intenso, recuerda que te quiero.

—Recuerda que haría lo que fuera por ti.

CAPÍTULO 37

Leif

en la actualidad

Prometí que nunca más volvería a este lugar, me dije a mí mismo que nada ni nadie me harían volver… hasta que conocí a Hella. Esta mujer es carne de cañón, cualquiera que tuviese oportunidad le gustaría tener a cualquier valquiria en su poder, y más aún a una de las más habilidosas.

Durante el año que pasé con Hel hice cosas horribles, fui el mayor de los villanos, cada vez que llegaba a un lugar la gente corría despavorida, era peor que la muerte. Cuando me veía la gente, lo tenía claro: si hay algo peor que la muerte y el descanso eterno es morir y además sufrir en un eterno tormento. Ese era yo, el ser que les llevaba a esa condena sin escrúpulos. Durante ese año pensé que jamás nadie me vería con esos ojos, que nunca nadie más querría mi compañía, que nunca jamás recibiría amor de nadie, hasta que la conocí.

Hella ha sido mi luz, ha sido la responsable de que algo en mi interior haya cambiado. Por fin puedo ser yo mismo sin estancarme en los pensamientos y tormentos del pasado. La felicidad que ella me ha dado durante unos días son más de los que jamás hubiese

esperado vivir nunca. ¿Cómo voy a dejar que la zorra del inframundo me la arrebate?

Con un suspiro exasperante, entro por la única puerta que existe hacia el inframundo. Como es lógico solo los que alguna vez hemos sido sumisos de la diosa la conocemos, porque, siendo realistas, nadie en su sano juicio entraría aquí por su propio pie.

Según bajo un sinfín de escaleras mugrientas y mohosas, el olor a muerte y a putrefacción me golpea la cara y reprimo las ganas de vomitar. Según observo el río, veo a Helviðarr, que como su propio nombre indica, fue y sigue siendo el responsable de llevarte hacia Hel.

—¿Qué pasa marinero? ¿Me llevas? —le comento sin apenas mirarlo.

—Le hemos echado de menos, mi señor —responde acercando la barca para que me pueda subir.

—Seguro que sí… —susurro intentando no tocar nada.

¿Mi señor? Sí, mi señor. Hubo una temporada, un par de meses en los que mi alma se volvió muy oscura. Tan oscura que me pareció buena idea compartir lecho con la diosa y durante un tiempo me consideraron *el señor* de este lugar. Espero que la jefa no me guarde demasiado rencor. Creía que me iba a costar más volver, pero después de vivir un año aquí, normalizando este lugar y sus costumbres, siento una sensación extraña. Siento que estoy en mi hogar y eso me reconforta, pero al mismo tiempo siento repulsión por él, ¿es normal? Vete a saber…

—La señora lo espera —dice el barquero haciéndome volver a la realidad.

—Deséame suerte, amigo —le respondo bajándome de la barca.

—La va a necesitar —contesta con un fugaz amago de sonrisa.

—¿Eso ha sido una broma? Voy a pensar que estás vivo a este paso —le respondo riéndome mientras me adentro en el castillo.

Para mi sorpresa el castillo ha cambiado bastante durante mi ausencia estos seis años. La que una vez fue mi diosa, Hel, ha decidido que es más elegante una decoración basada en estatuas vivientes desangrándose, en vez de estatuas sin más. Muy original por su parte. Evito mirar a los ojos de estas pobres almas agonizantes y me dirijo a donde sé que me espera, su habitación. En otro tiempo me hubiese dado la bienvenida en el salón, pero después de conocerla tan íntimamente, sé que el recibimiento va a ser cuanto menos curioso.

—¡Dichosos los ojos, amor mío! ¿Me has echado de menos?

Hel se encuentra desnuda, tirada en la cama con una copa de vino en su mano. Su mirada es provocativa, ansiosa, pero, por desgracia, no vengo aquí para complacerla. Me mantengo de pie, tenso y erguido en la entrada de la habitación. Mejor dejar las intenciones claras que acercarme más a ella y que las cosas se compliquen.

—He venido a hacer un trato —expreso con sequedad.

—¿No has venido a recordar viejos tiempos? Qué pena… —dice irónicamente mientras se levanta y se coloca una bata de seda negra sobre el cuerpo—. Ilumíname, ¿qué quiere mi rey?

—Nunca he sido ni seré tu rey. Quiero que prometas no tocar a una persona y, a cambio, haré lo que me ordenes —explico mirándola a los ojos.

Con el tiempo descubrí que para ganarte el respeto de la reina tienes que tratarla como a una igual. No es una tarea fácil, pero algo con lo que empezar es la mirada. Si aguantas mirándola a los ojos y no la apartas, ella verá en tí algo de valor y eso es digno de apreciar en un sitio como este.

—¿Te refieres a la pequeña pero poderosa valquiria, verdad? Esa tal Hella… estaba entre mi lista de almas… ¿Te has enamorado, querido? —suspira exasperada—. ¿Cuántas veces te tengo que decir que el amor no es importante? Parece que no aprendiste nada…

—Aprendí muchas cosas y una de ellas es que nunca puedes fallar a tu promesa. ¿Qué quieres a cambio? —pregunto con determinación con el objetivo de terminar con esto cuanto antes.

—Lucha conmigo en la batalla, arrasa con todos y tráeme a todas las valquirias. A cambio, protegeré a Hella —dicta con solemnidad.

—Trato hecho.

Nuestras miradas se vuelven a cruzar y con un chasquido Hel me devuelve a la entrada del inframundo, como si nada hubiera pasado. Aunque estoy a kilómetros de la habitación donde acabo de estar, escucho el eco de la risa de Hel. Un escalofrío me recorre el cuerpo. ¿Habré hecho lo correcto?

Sé que Hella me odiará, que he traicionado por completo su confianza y su amor, pero mi único objetivo es protegerla. Lo que yo viví durante ese año es la mayor de las torturas, no puedo consentir que su futuro sea ese. No puedo permitir que nadie le haga daño, arrasaría con el inframundo si hace falta y me enfrentaría a la mismísima Hel si nuestro trato no se cumple.

CAPÍTULO 38

El despertar de hoy es diferente. Mi cuerpo amanece con una tensión indescifrable, mis músculos están agarrotados, mi mente se encuentra en *shock* y mi corazón late con tanta fuerza que se me va a salir del pecho. En realidad, el miedo está generado por las habladurías de mis compañeras. Nunca he luchado en una batalla y no he visto en mi vida a Hel, la diosa del inframundo, por lo que en teoría, soy la mujer que menos miedo tendría que tener. Supongo que el golpe de realidad vendrá cuando vea con mis propios ojos a las criaturas a las que nos enfrentamos. Esos seres sin alma despiadados, terroríficos, que en tantas ocasiones me han descrito.

Como todas las mañanas le doy los "buenos días" a Leif, hoy no iba a ser menos. "Buenos días, dios de la noche, cuando todo esto acabe, te espero en nuestro sitio". La respuesta que como siempre es rápida, me da las fuerzas que necesito para enfrentar el día: "Buenos días, pequeña, nos vemos en un rato en el río, no lo olvides". Aunque no estoy del todo segura de si ver a Leif justo antes de la batalla me va a ayudar o no, parece importante para él, de modo que accedo.

Me coloco frente al espejo, viendo mi reflejo con una mezcla de orgullo y responsabilidad. La armadura de valquiria es más que un conjunto de metal, es una extensión de mi identidad, un recordatorio de mi deber y de lo que represento. Empiezo con el

peto, la pieza central, hecho de acero pulido y decorado con grabados intrincados que recorren su superficie, representando las alas de un cuervo, símbolo de nuestras conexiones con Odín. Lo siento frío al principio, pero pronto se calienta al contacto con mi piel. Los contornos del peto están diseñados para ajustarse perfectamente a mi torso, dándome libertad de movimiento sin sacrificar la protección. Mientras lo ajusto a mi cuerpo, siento cómo cada hebilla y correa encuentra su lugar, asegurándose firmemente sobre mi pecho.

Luego, las hombreras. Son fuertes, pero sorprendentemente ligeras. Cada una está adornada con detalles que parecen plumas, un homenaje a las alas de las valquirias. Las coloco sobre mis hombros y las ajusto. Su forma no solo protege, sino que refuerza la imagen de la guerrera celestial que soy. Cuando caen en su lugar, siento una extraña mezcla de peso y liviandad, como si llevara conmigo las responsabilidades del cielo, pero con la libertad de volar. Las brazales vienen a continuación, cubriendo mis antebrazos con placas bien articuladas. El cuero suave y resistente debajo asegura que no haya fricción, permitiendo que mis movimientos sean ágiles y precisos. Cada vez que cierro una hebilla, siento el metal acomodarse, dándome una sensación de seguridad y poder.

Ajusto la falda de batalla, hecha de placas de metal que cuelgan hasta mis muslos, mezcladas con tiras de cuero flexible que me permiten moverme con fluidez en combate. El peso es una constante, pero una a la que mi cuerpo ya está acostumbrado. Los detalles en la cintura llevan grabados rúnicos, antiguos y llenos de poder, un recordatorio de las bendiciones que hemos recibido en la batalla. Finalmente, las grebas protegen mis piernas, cubriendo

desde mis rodillas hasta mis tobillos. El diseño es robusto, pero no me limita al caminar o al correr. Me agacho un poco, asegurando que todo está en su sitio, haciendo que cada pieza de la armadura se una en un todo perfecto.

Me levanto, y al completar el último ajuste, siento cómo la armadura no es simplemente una barrera entre mi cuerpo y el peligro. Es parte de mí. El casco, que dejo para el último momento, reposa en una mesa cercana. No lo necesito ahora, pero su presencia me tranquiliza, sabiendo que está listo para cuando el combate lo demande. Mi reflejo me devuelve la mirada. No soy solo Hella en este momento; soy una valquiria, una guerrera destinada a proteger, a pelear, a vivir y morir por un propósito mayor.

Según compruebo tras un último vistazo que estoy lista, salgo de la habitación. Como me imaginaba, el comedor está vacío, hoy no hay tiempo ni ganas para el desayuno. Cuando estoy a punto de llegar al establo oigo gritos, más bien son gritos de auxilio.

—¡Necesitamos a todas las guerreras posibles! Un pueblo en la colina a las afueras de Asgard se está incendiando, toda su gente corre peligro —grita Sigurd mientras varias valquirias se acercan.

Entonces mi mente cae en la cuenta, un pueblo, a las afueras de Asgard, en una colina… podría ser… ¡Es el pueblo de Leif! ¡No puedo permitir que nada le pase a ninguna persona, no podría perdonármelo! Sin dudar ni un segundo, monto encima de Valiente y me uno a las dos valquirias que se han acercado a Sigurd.

—Voy con vosotros, ¿qué hay que hacer? —pregunto nerviosa.

—No, Hella, no hace falta que vengas, eres más importante en la batalla. Además, ya te he metido en bastantes problemas, no

quiero que salgas herida por mi culpa —comenta Sigurd con cara de preocupación.

—Somos amigos, ¿no? Pues los amigos se ayudan entre ellos. No hay más que hablar. Vamos —sentencio sin darle opción a responder.

Empezamos el camino por el bosque, un par de compañeras más se han unido en el rescate y con ellas sin duda, me siento mejor, más arropada. Mientras nos dirigimos al destino, un pequeño resentimiento nace dentro de mí, no voy a poder acudir a ver a Leif, pero supongo que es por una buena causa. ¿Acaso él no se ha enterado de esto? ¿Igual hay más pueblos similares al suyo? ¿Por qué este camino no me suena de nada? El bosque cambia de forma a medida que pasamos por su lado, es como si cada paso que diéramos marchitara la vida de cada árbol, de cada flor, volviendo todo oscuro, sin alma.

— Chicas, os podéis marchar, todas menos tú, Hella —comenta Sigurd bajándose del caballo.

—Perdona, ¿qué?, ¿dónde está el pueblo?, ¿dónde está el peligro? —pregunto mientras observo como las otras dos valquirias se van, dejándome sola sin ningún tipo de remordimiento.

—Lo siento, belleza, solo sigo órdenes —comenta sonriendo malévolamente.

Una niebla densa y grisácea se extiende ante mí, envolviendo todo en una oscuridad que parece tragarse la realidad misma. La visión se me nubla, todo lo que conocía desaparece sumido en esta bruma que parece provenir de un lugar más allá del mundo de los

vivos. Intento enfocarme, intento ver más allá, pero es inútil. Entonces, lo siento…: su presencia.

El hedor a muerte se cuela en mis fosas nasales, frío y cortante, inconfundible. Me atraviesa el alma, como si todo el calor de mi cuerpo se evaporara en un instante. Mi piel se eriza, cada vello en mi cuerpo se levanta en alerta, como si intentara protegerse de lo inevitable. Un temblor incontrolable recorre mis extremidades, y mi respiración, normalmente constante y tranquila, se detiene. Estoy frente a algo más allá de lo que puedo comprender, algo que no pertenece a este mundo.

Frente a mí, emerge la figura imponente de la diosa del inframundo. Su mera presencia me aplasta con un peso que parece querer desmoronar mis huesos. Es aterradora, pero no de la manera en que un mortal podría describir la belleza o el horror. Es algo más profundo, algo que se clava en la *psique*, que arranca de raíz cualquier sentido de esperanza.

¿Qué querrá de mí? La pregunta me atormenta, dando vueltas en mi mente, mientras mi corazón late con fuerza, como si quisiera escapar de mi pecho. ¿Por qué ha venido? ¿Qué he hecho para merecer su atención, para que sus ojos se posen sobre mí? Me siento pequeña, insignificante ante su presencia. Y, sin embargo, no puedo apartar la mirada, no puedo huir, no puedo hacer nada más que enfrentar este terror que me consume.

Por un momento, el miedo me consume, me aprisiona en su frío abrazo, haciendo que mi cuerpo se sienta frágil, insignificante. La presencia de la diosa del inframundo es abrumadora, una sombra que amenaza con devorar todo lo que soy. Pero entonces, en medio de esa oscuridad, un nombre surge en mi mente: Leif.

Recuerdo su historia con una claridad que corta a través de la niebla que me rodea. Leif, con su espíritu indomable, con su corazón que no cedió ante la muerte. Recuerdo cómo él enfrentó lo inevitable, cómo se negó a doblegarse ante el poder de esta misma diosa que ahora se alza ante mí. Recuerdo su despertar, la chispa de vida que no pudo ser extinguida, a pesar de todo lo que ella intentó y consiguió hacerle.

Algo cambia dentro de mí. La pequeña llama de la memoria se convierte en un fuego que quema el miedo, que lo consume y lo transforma en otra cosa, en algo más poderoso. La ira comienza a crecer, cálida y furiosa, alimentada por la injusticia, por el recuerdo de lo que Leif sufrió, de lo que esta diosa intentó arrebatarle. El miedo que me encogía se desvanece, reemplazado por una determinación feroz, una fuerza que no sabía que poseía.

No soy pequeña. No soy insignificante. Soy capaz de mucho más de lo que ella cree, más de lo que yo misma creía. La ira me llena, fluye por mis venas como un torrente imparable, y con ella, el valor que necesito para enfrentarla. Mi cuerpo, antes tembloroso, se tensa, se prepara para lo que viene. Mis manos se cierran en puños, mi corazón late con fuerza, no con miedo, sino con la furia de quien ha sido empujado al límite y ha decidido luchar.

Decido enfrentarme a ella. No por simple desafío, sino porque Leif me ha mostrado que incluso los más poderosos pueden ser resistidos, que incluso la muerte misma puede ser desafiada. No importa quién o qué sea ella, no importa cuán temible sea su presencia. No me doblegaré, no cederé. Porque la ira, el deseo de venganza, y la fuerza que nace del recuerdo de Leif me arman de valor.

Hoy seré yo quien se enfrente a la diosa del inframundo. Y no lo haré con miedo, sino con la determinación de quien tiene algo por lo que luchar.

—No intentes amedrentarme, solo dime qué quieres, estoy ocupada —le escupo haciéndome la indiferente.

—Ahora entiendo cómo mi pequeño Leif ha caído entre tus brazos: tienes carácter…, me gusta. Vengo a protegerte, pequeña, tu amado no confía en que sobrevivas a la batalla —comenta sonriente.

—¡Eso es mentira! Tus sucias manipulaciones no funcionan conmigo —grito sin creerme ni una sola palabra.

—Corre, ve a la batalla y observa para quién está peleando tu amado. Ha hecho un trato con el diablo solo por tu seguridad —continúa riendo.

Me subo encima de Valiente tan rápido como mis manos y pies me lo permiten, sintiendo el cuero de la montura bajo mis dedos mientras me impulso hacia arriba. El viento golpea mi rostro en cuanto nos lanzamos al galope, pero no es suficiente para despejar la tormenta de pensamientos que se arremolinan en mi mente. Valiente corre con todo su poder, sus cascos retumban contra el suelo como un tambor de guerra, pero no puede ahuyentar la voz de Leif que resuena en mi cabeza.

La conversación de ayer vuelve a mí con una nitidez insoportable. Las palabras que compartimos, las miradas, todo parece teñido de un matiz distinto ahora. "Pase lo que pase mañana, no me odies, por favor", me dijo con un miedo que en ese momento no supe entender. Pero ahora, mientras el paisaje se desdibuja a

nuestro alrededor, esas palabras se clavan en mi pecho como un puñal.

¿Será verdad? ¿Será capaz de hacer lo que mi mente ahora teme? El pensamiento de una traición por parte de Leif es algo que me carcome por dentro. ¿Cómo podría ser? ¿Cómo podría alguien en quien he confiado tanto, alguien a quien he dejado entrar en mis pensamientos y en mi vida, estar tramando algo que podría destrozarlo todo?

CAPÍTULO 39

Llego a Gjallarheim, el Valle del Crepúsculo Eterno, y lo primero que me envuelve es la atmósfera densa y cargada de una energía sombría, como si cada partícula de aire estuviera saturada de antiguos rencores y promesas de destrucción. El cielo, eternamente atrapado entre la luz y la oscuridad, se arremolina sobre mi cabeza, con nubes que parecen al borde de estallar en una tormenta de furia divina. El suelo bajo mis pies es frío y duro, cubierto de escarcha negra que cruje como si la tierra misma estuviera a punto de romperse.

Mis ojos se dirigen al Abismo de Niflheim, esa grieta profunda que parece partir el mundo en dos, emanando vapores helados que retuercen el aire. Es un portal al reino de los muertos, y su presencia aquí es un recordatorio constante de la muerte y la desolación. A lo lejos, veo las siluetas de las montañas que rodean este valle, sus picos perdidos en la niebla eterna, como si fueran guardianes silenciosos de este lugar maldito.

Frente a mí, se extiende la llanura donde dos ejércitos se enfrentan. A un lado, las Valquirias y los guerreros de Odín, sus armaduras doradas y plateadas resplandecen en contraste con la oscuridad del lugar. Las Valquirias, majestuosas y terribles, vuelan sobre sus corceles alados, lanzándose en picado hacia el enemigo con una gracia mortal, a la vez que sus lanzas brillan como rayos.

Los guerreros de Odín, firmes y decididos, luchan con una ferocidad que solo los elegidos para el Valhalla podrían mostrar y sus espadas cortan el aire con precisión letal.

Al otro lado, el ejército del inframundo avanza como una marea oscura. Los monstruos que emergen del abismo son pesadillas encarnadas: seres deformes con múltiples extremidades, pieles escamosas, y bocas llenas de dientes afilados. Hay gigantes con rostros retorcidos por el odio, y bestias aladas que surcan los cielos con garras como cuchillas. Los no-muertos, soldados caídos traídos de vuelta desde la oscuridad por la propia Hel, avanzan con pasos torpes pero implacables, sus ojos se ven vacíos de todo excepto el deseo de destruir.

En medio de este caos, mi corazón se acelera y mi mirada busca desesperadamente a Leif. El sonido del choque de armas y los gritos de batalla se desvanecen por un momento mientras mis ojos recorren el campo, incapaces de aceptar lo que mis sentidos ya me están gritando. Y entonces, lo veo.

Leif se alza entre las filas del ejército del inframundo, no como un prisionero o un peón, sino como su líder, su señor. Su figura, tan familiar y tan amada, ahora parece extraña y distante, envuelta en la oscuridad y el poder que lo rodea. Su rostro, que una vez me miró con ternura, ahora está endurecido, sus ojos brillan con una fría determinación que nunca antes había visto en él. El dolor de la traición se clava en mi pecho como una daga helada, robándome el aliento. Es como si todo lo que creía saber sobre él se hubiera hecho añicos en un instante, dejando solo fragmentos rotos de una realidad en la que ya no puedo confiar.

Mis piernas se sienten débiles, y el suelo bajo mis pies parece a punto de ceder. Es como si el mundo entero se estuviera derrumbando a mi alrededor, y solo quedara esta sensación desgarradora en mi pecho, este vacío que amenaza con devorarme. Mi mente se niega a aceptar lo que mis ojos ven, pero no puedo apartar la mirada de él, de Leif, el hombre en el que confiaba, ahora convertido en el líder del ejército del inframundo. Parece haberse transformado en un ser que parece no tener ya ni un rastro del hombre que una vez amé o que sigo amando —no es momento para ahondar en ello ahora.

Las fuerzas me abandonan y siento que me desplomo, como si mi corazón no pudiera soportar el peso de esta traición. Todo el poder y la determinación que me trajeron hasta aquí se desvanecen en un suspiro. Me quedo allí, perdida en un mar de dolor y confusión, mientras el caos de la batalla continúa rugiendo a mi alrededor.

—¡Leif! —grito desesperada con la inocente intención de que me oiga.

Es entonces cuando él se gira y empieza a buscarme, me ve, nuestras miradas se encuentran y ahí me doy cuenta de que Hel tiene razón. Una lágrima se desliza por su mejilla. Sin hablar, vocaliza un "lo siento" y sigue luchando. Mi rabia me consume, el dolor por la traición se me clava en el pecho, pero algo dentro de mí, lo entiende. No comprendo muy bien el motivo pero siento que si yo hubiese tenido la oportunidad, habría actuado de la misma manera. Sin embargo, eso no me va a impedir luchar, soy una valquiria y es mi deber.

Justo cuando estoy a punto de subir sobre Valiente, mi fiel corcel, todo cambia en un abrir y cerrar de ojos. Siento cómo mi cuerpo se desploma, el suelo parece derrumbarse bajo mis pies. El caos de la batalla se apaga momentáneamente mientras mis ojos se fijan en Valiente. El tiempo parece detenerse, el sonido de las espadas chocando y los gritos se desvanecen a mi alrededor. Mi corazón se hunde en mi pecho cuando veo a mi fiel corcel alado en el suelo, su majestuosa figura debilitada, inmóvil.

Me acerco rápidamente, casi tropezando con mis propios pies. Cada paso hacia él se siente como una eternidad. Me arrodillo a su lado, mis manos temblorosas alcanzan su pelaje, que antes era brillante y lleno de vida, pero ahora parece deslucido, apagado. La flecha está clavada profundamente en su pecho, justo donde late su gran corazón, el corazón que lo ha llevado a luchar conmigo una y otra vez, sin vacilar. Siento el calor de su cuerpo desvanecerse lentamente bajo mis dedos.

"Valiente…", susurro, mi voz quebrada por la desesperación. Sé que no hay mucho que pueda hacer, que esta herida es fatal, pero no quiero aceptarlo. No quiero creer que el único ser que ha sido incondicionalmente leal a mí está muriendo, aquí, en este campo de batalla cruel. Su respiración es lenta, pesada, sus ojos oscuros me miran con una mezcla de dolor y comprensión. Incluso ahora, herido de muerte, no muestra miedo, solo una calma que me rompe el alma. Coloco mi mano sobre su hocico, acariciándolo suavemente, como si con ese gesto pudiera aliviar su sufrimiento, como si pudiera devolverle la vida que se le está escapando.

Mis lágrimas caen sin control, mezclándose con la sangre que mancha el suelo. No puedo evitarlo, no puedo contener el dolor que

me atraviesa. Lo miro a los ojos, rogando por un milagro que no llega.

—¿Por qué lo has hecho? Estabas en el ejército de Odín, eras de los nuestros… —sollozo llorando sin parar.

—Solo era un espía, estúpida principiante, por eso nos conocemos Leif y yo. Fuimos entrenados por la diosa al mismo tiempo, con una única diferencia. Yo me quedé en el bando ganador —explica riendo malévolo.

El dolor es inmediato y desgarrador, pero su traición duele menos que la pérdida de Valiente. Siento tanto sufrimiento como si esa flecha no solo hubiera atravesado su pecho, sino también el mío. Valiente no era solo mi corcel, era mi compañero, el único que nunca me había traicionado, el único que comprendía mis ansias de libertad, mi necesidad de escapar y disfrutar de la soledad en un mundo que a menudo parecía demasiado sofocante. Él entendía mi alma inquieta, mis deseos de correr sin rumbo, lejos de todo y de todos. Joder, era mi único amigo de verdad, el único ser con el que podía ser yo misma, sin máscaras, sin barreras.

Grito con toda la desesperación que siento, mis manos temblorosas acarician su melena por última vez, tratando de grabar su tacto en mi memoria, sabiendo que nunca volveré a sentir su calor, su fuerza, su lealtad inquebrantable.

"¿Por qué? ¿Por qué?". La pregunta se repite una y otra vez en mi mente, como un eco de mi desolación. Alzo la vista, y allí está Sigurd, con el arco aún en su mano, el rostro imperturbable. No hay arrepentimiento en su mirada, solo la fría certeza de alguien que ha

cumplido su deber. Sigurd, bajo las órdenes de Hel, ha lanzado esa flecha, rompiendo el único vínculo verdadero que me quedaba.

Mi dolor se mezcla con la furia, pero antes de que pueda reaccionar, antes de que mi ira pueda estallar, el mundo a mi alrededor se oscurece. Algo frío y pesado me envuelve, me aprieta, y cuando logro enfocar mi vista, me encuentro atrapada en una jaula de huesos. Los barrotes, retorcidos y macabros, me aprisionan, inmovilizando cualquier intento de resistencia. Estoy suspendida en el aire, y al mirar hacia afuera, veo a Hel, observándome con una expresión tan fría como la muerte misma.

Ella me ha capturado, me ha atrapado junto a ella, mientras el caos de la batalla ruge a nuestro alrededor. Todo lo que alguna vez tuve, todo lo que significaba algo para mí, ha sido arrebatado. Valiente, el único ser que realmente me entendía, que compartía mis deseos de libertad y mi amor por la soledad, está muerto. Y con él, una parte de mí ha muerto también. Estoy sola, perdida, y lo que es peor, estoy atrapada, a merced de Hel, sin esperanza de escapar.

Las lágrimas siguen fluyendo, mientras mi corazón se rompe una y otra vez. Ya no queda nada. Valiente se ha ido, y con él, cualquier atisbo de consuelo o compañía. Estoy perdida, en un abismo de desesperación del que sé que me costará horrores salir.

CAPÍTULO 40

Enjaulada, atrapada en esta prisión de huesos flotante, observo impotente cómo el caos se desata en el campo de batalla. Mis compañeras, mis hermanas de armas, caen una a una bajo el yugo del destino que Hel ha tejido para nosotras. Veo a Ram luchando con una ferocidad que podría inspirar a los mismos dioses, pero al final su fuerza no es suficiente. Un golpe brutal la atraviesa, y su cuerpo se desploma, su vida se apaga en un instante que parece eterno. No puedo gritar, no puedo hacer nada más que ver cómo Sigrdrifa, con su lanza brillando en medio de la oscuridad, es embestida por un monstruo que la parte en dos, su sangre baña la tierra bajo sus pies.

Grunnr, la más fuerte de todas, la que siempre nos guiaba con su determinación indomable, lucha hasta el último aliento. Pero ni siquiera ella puede escapar de la muerte. Su final es el más brutal de todos, un aluvión de garras y colmillos la destrozan hasta que no queda más que un cuerpo sin vida, irreconocible, reducido a una sombra de la gran guerrera que fue.

La impotencia me consume. No soy capaz de moverme. Hel no me permite hacer nada. Ni siquiera puedo levantar mi espada para defenderlas, para protegerlas, como tantas veces juramos hacerlo las unas por las otras. Mis piernas tiemblan, pero no de cansancio, sino de rabia, de dolor puro. Estoy parada en medio de este infierno, viendo cómo la vida se les escapa, y no puedo salvarlas. He fallado.

Cada grito que se apaga es un trozo de mi alma que se desvanece. Estas mujeres no eran solo mis compañeras de batalla; eran mi familia. Eran las únicas a quienes podía confiar mis miedos, mis alegrías, las únicas que comprendían lo que significa ser una valquiria, luchar con todo el corazón y el alma. Y ahora… ya no están. Nunca volverán. El peso de la soledad me aplasta. La realidad de que soy la última en pie, que he sobrevivido a todas ellas, me perfora el pecho. Pero esta no es una victoria. Esto es una derrota más amarga que cualquier otra. La muerte de mis hermanas es un agujero en mi pecho que no puede llenarse.

El vacío que dejan me ahoga. ¿Cómo sigo adelante sin ellas? ¿Cómo vuelvo a luchar sabiendo que jamás volveré a escucharlas, a reír con ellas, a sentir su presencia a mi lado en el campo de batalla? Me siento despojada de todo. Mi familia ha muerto, y yo he quedado atrás, sola.

Y lo peor de todo, lo que más me destroza por dentro, es que Leif, el hombre que una vez amé, a quién no estoy segura de seguir amando, es quien lidera todas estas muertes. Lo veo ahí, al frente del ejército del inframundo, dirigiendo cada ataque con una precisión mortal. Entiendo el trato que hizo con Hel, sé que lo hizo para protegerme, para salvarme. Pero me cuesta tanto perdonarlo por cada una de esas muertes, que no sé si seré capaz de hacerlo. Cada vez que su espada se hunde en el corazón de una de mis hermanas, siento como si se estuviera clavando en el mío. Es difícil observarlo y no odiarle, difícil no desear que él también sufra el dolor que ha infligido.

En medio de la batalla, cuando mis pensamientos están ahogados por la rabia y el dolor, nuestros ojos se encuentran. Algo

en su expresión cambia, y por un instante, veo al hombre que conocí, al hombre que me prometió que siempre estaríamos juntos. Hay confusión en su mirada, y lo entiendo sin palabras: *este no era el trato***.** Algo va mal, algo no encaja en el acuerdo que hizo con Hel. Es probable que verme enjaulada, sin poder hacer nada, no fuese exactamente el trato que hizo con la diosa. Entonces su mirada se dirige a Hel, y con un grito que retumba en todo el campo de batalla, le reclama:

—¡Has roto tu promesa!

La risa malévola de Hel resuena, inundando cada rincón del campo de batalla con su cruel eco.

—Sabes lo que tienes que hacer para salvarla —le responde con su voz fría y calculadora. Es entonces cuando lo entiendo, cuando todo encaja en mi mente: Hel está intentando hacer conmigo lo mismo que hizo con el hermano de Leif. Pretende usarme como moneda de cambio, como una herramienta para mantener a Leif bajo su yugo.

La ira lo consume, lo veo en su rostro, pero también veo la desesperación en sus ojos. No ve una solución. No ve una salida. Pero yo sí. Una idea nace en mi mente, una posibilidad tan arriesgada como letal, pero es la única que podría salvarnos. Si unimos nuestras fuerzas, si me da acceso a su poder, podríamos destruir todo este ejército, y quizás incluso acabar con la propia diosa del inframundo.

—Somos los reyes de la noche, de las estrellas y de nuestro destino —le grito con toda la fuerza que me queda. Algo se enciende en su mirada, un fuego que reconozco al instante. Un reflejo de la

determinación que una vez compartimos. Mi tatuaje, el mismo que Leif me ha otorgado, comienza a brillar con una intensidad que nunca había sentido antes. Sigurd, al darse cuenta de lo que está sucediendo, le grita a Hel.

—¡Mira su tatuaje, ella también tiene el poder!

Hel, con su sonrisa borrada por la sorpresa y el temor, intenta detenerme. Demasiado tarde. Leif y yo nos miramos, como nunca antes lo habíamos hecho. No hay lujuria, pasión ni amor en nuestras miradas esta vez; solo hay sed de venganza, una furia compartida que en este momento es más poderosa que cualquier vínculo de amor. Asentimos, sabiendo que estamos a punto de desatar un poder inimaginable.

Invocamos el poder de las estrellas, de la noche que siempre ha sido nuestro refugio. Entonces sucede. Una energía ancestral, una fuerza cósmica, irrumpe a través de nosotros, conectándonos de una manera que trasciende lo físico y lo mortal. Nos convertimos en una tormenta de luz y oscuridad, arrasando con todo lo que se interpone en nuestro camino, sin piedad, sin remordimientos. El ejército de Hel es consumido, y el propio terreno parece sacudirse bajo el poder que desatamos.

Hel intenta resistir, intenta luchar contra lo inevitable, pero sabe que está siendo derrotada. Su risa malévola se convierte en un grito de frustración y miedo, mientras el poder que hemos desatado la arrastra hacia su propio abismo. En ese momento, lo entendemos: somos más que simples peones en este juego de dioses y monstruos. Somos los reyes de la noche, de las estrellas y de nuestro propio destino.

El poder que Leif y yo desatamos juntos es algo más allá de lo que jamás podríamos haber imaginado. No lo controlamos, simplemente lo sentimos fluir entre nosotros, creciendo, transformándose en una fuerza tan pura y salvaje que nos arrastra con ella. Es como si nuestras almas se hubieran fusionado, nuestros cuerpos ya no fueran nuestros, sino simples conductos para algo mucho más grande, más antiguo, algo que ha estado esperando liberarse durante siglos.

La energía surge desde lo más profundo de nuestro ser, una tormenta imparable de oscuridad y luz entrelazadas. Todo se vuelve borroso a mi alrededor, y lo único que puedo sentir es el latido furioso de esta fuerza desatada que corre por mis venas. El cielo se oscurece, y la tierra tiembla bajo nuestros pies. No hay tiempo para pensar, no hay tiempo para detenernos. Solo podemos dejar que el poder siga su curso. Cuando finalmente me doy cuenta de lo que está sucediendo, ya es demasiado tarde. La energía se propaga como un fuego salvaje, descontrolado. Lo arrasa todo a su paso. Es una onda de choque que no discrimina. Golpea tanto a los enemigos como a los aliados. Valquirias, guerreros, criaturas del inframundo…: todos son engullidos por el poder devastador que hemos desatado.

Antes de darme cuenta, todo a nuestro alrededor se ha consumido. El campo de batalla, que una vez fue un hervidero de vida y muerte, ahora es un páramo de destrucción. El último rayo de electricidad se evapora en el cielo, dejando un silencio sepulcral. El cielo, ahora oscuro y vacío, comienza a llorar una lluvia suave y delicada, como si el mismo universo estuviera dando por finalizada la guerra.

Miro a mi alrededor, esperando ver algún vestigio de vida, pero no queda nada. No hay un alma viva en todo este desolado paisaje, salvo la mía y la de Leif. Nos acercamos el uno al otro, cada paso más pesado que el anterior, hasta que finalmente estamos frente a frente. Está bien, tiene una pequeña herida en la ceja que ayudo a sanarla con mis poderes. Pero nada más. Está a salvo. Nos abrazamos, buscando consuelo en la presencia del otro, sintiendo el calor de nuestros cuerpos en medio del frío que nos rodea. No es un abrazo apasionado, es un abrazo de apoyo, de comprensión, de decirnos sin palabras que, a pesar de todo, no estamos solos.

Nuestros labios se encuentran en un beso suave, un beso que no tiene la intensidad de la pasión, sino la necesidad de consuelo. Es un beso que expresa que, aunque el mundo se haya derrumbado a nuestro alrededor, todavía nos tenemos el uno al otro. Pero el peso de lo que hemos hecho, de lo que hemos perdido, es casi insoportable.

No solo he perdido a personas que quería, no solo mis compañeras han caído en esta batalla. Leif también ha perdido a alguien importante, su hermano, su carne y sangre, alguien a quien amaba profundamente. Y lo ha perdido por mí, por intentar protegerme, por mantenerme a su lado. Mis sentimientos están en conflicto, una mezcla de gratitud y culpa, de amor y desolación. No puedo entender cómo alguien podría hacer algo tan horrible por amor, cómo podría destruirlo todo por una sola persona.

Siempre había soñado con un príncipe azul, con alguien que me salvaría y me protegería a toda costa. Pero ahora me doy cuenta de que he confundido conceptos. Un príncipe azul te abandonará para salvar a su pueblo, sacrificará lo que sea necesario por el bien de los

demás. Leif, en cambio, lo ha destruido todo por mantenerme a su lado. Ha tomado decisiones terribles, ha cometido actos irreparables, todo por mí.

Y, aunque no puedo negar que lo que ha hecho me llena de horror, tampoco puedo negar que algo en mí lo entiende. Nos hemos convertido en algo más que simples amantes, más que simples mortales. Somos los únicos sobrevivientes de esta catástrofe, unidos por un lazo más fuerte que cualquier otro, un lazo forjado en la sangre, en la destrucción, y en la determinación de nunca perdernos el uno al otro.

Nos quedamos ahí, abrazados bajo la lluvia suave, sabiendo que, aunque hemos ganado, lo hemos hecho a un precio demasiado alto. Pero al menos, por ahora, no estamos solos. Tendremos que quedarnos con eso y aprender a bailar bajo la lluvia, aunque hayamos desatado la tormenta más catastrófica jamás vista.

CAPÍTULO 41

Nuestra soledad no tarda en evaporarse. Durante toda la batalla ha habido una figura ausente, alguien que debería de estar, pero no ha aparecido como siempre, en ningún momento. Esa persona, ese dios que supuestamente lo da todo por su pueblo, ese aclamado y vitoreado ser Odín.

El dios, el rey de Asgard aparece en un carruaje plateado tirado por caballos alados, su sonrisa triunfal se evapora cuando ve el campo de batalla, un desolado páramo sin vida. Su mirada me estremece, su grito de dolor por ver cómo todo ese ejército que tanto tiempo le ha costado crear se ha consumido por nuestro poder es desgarrador.

Aterriza rápido, sin florituras, enloquecido, pero entonces se da cuenta, está solo. Ahora no hay nadie que lo proteja, nadie dispuesto a entregar su vida con honor y orgullo por él. Ahí es cuando comprende la cruda realidad. Él no es poderoso, el poder venía de su gente, de sus valquirias y guerreros que ya no están. ¿Qué va a hacer ahora? ¿Qué discurso va a soltar para convencer… a quién?

—¡Otra vez, lo habéis hecho otra vez! —grita fuera de sí.

—¿Hacer el qué? —pregunta Leif desorientado.

—Nosotros solo hemos luchado por nuestra vida —respondo sin entender nada.

—¿Cómo habéis podido destruir mi ejército? —solloza ante la desolación de ver a tantos cuerpos sin vida.

—Hemos decidido elegirnos a nosotros por encima de ti —respondo fría.

—Otra vez, otra vez lo habéis hecho, no debería de haberos despertado…

—No entiendo nada, ¿cómo que otra vez? —pregunto confundida.

—Explícate —le ordena Leif.

—¿No lo sabéis? —pregunta Odín—. Leif, tu familia era una de las más poderosas de los nueve reinos. La familia Noctivagant tenía el poder de llamar a las estrellas, pero nunca lo usó para luchar. Desgraciadamente, se encontraba en medio de la disputa entre la diosa del inframundo y yo. Al negarse a luchar, tuve que sacrificar toda su existencia menos a sus dos últimos hijos. Uno de vosotros heredaría sus poderes y así podría ayudarme a derrocar a la diosa del inframundo. Os sumí en un sueño profundo y decidí que os despertaría cuando más os necesitase —explica el dios.

—Pero… yo desperté en el inframundo. No tiene sentido —añade confundido Leif.

—La razón de esta batalla no es la que os han contado. Una vez prometí a Hel darle mi mejor guerrero como ofrenda de paz. De esa manera, ella dejaría de llevarse al inframundo a todos mis guerreros y a mis mejores valquirias. Sin embargo, el mejor guerrero terminó siendo mi hijo Thor —explica el dios.

—Por eso decidiste que era mejor entregarme a mí y poner en peligro a cientos de luchadores y guerreras solo por salvar a tu hijo, ¿verdad? —añade Leif uniendo todos los cabos sueltos.

—¿Y qué hay de mí? —pregunto queriendo saber qué hice mal en el pasado cómo para que el dios me sumiera en un sueño.

—Verás, antes de querer entregar a Leif, quise despertarlo sin que Hel se enterase. Todo iba bien hasta que conoció a Brunilda. Lleva sucediendo desde hace milenios. Distintas épocas, nombres diferentes, pero seguís siendo vosotros al fin y al cabo. Cuando os encontráis, el deber y el honor se pierden. Vuestro amor es tan salvaje, tan fuerte que os olvidáis de todo por salvaros el uno al otro. Siempre acabáis sumidos en un sueño, pero acabáis encontrándoos. Todavía no entiendo la razón —dice confundido el dios.

—Es nuestro destino —susurro entendiéndolo todo.

—Siempre nos encontraremos, sea donde sea, estemos donde estemos —me afirma Leif con determinación mientras me abraza.

—Esta vez lo dudo mucho. Nunca os despertaré y os aseguro que en vuestro sueño, seréis incapaces de encontraros —escupe Odín.

Entonces comienza a invocar su poder, un anillo de fuego se erige a su lado, con una velocidad arrolladora, es el portal que nos llevará a un sueño del que estoy segura, no despertaremos jamás. Me aferro a Leif, nos miramos y nos besamos, nos damos el último beso. Ahora sí, es un beso apasionado, lleno de amor, de necesidad, de intentar memorizar el sabor del otro para que se impregne en mi mente, en mi corazón.

Mientras nos sumimos en el sueño me doy cuenta. Ahora soy realmente consciente de lo que tenemos Leif y yo. Puedo explicarlo, puedo entenderlo en lo más profundo de mi ser. Juntos, somos un equilibrio perfecto entre la paz y el caos, el anhelo y la seguridad. Juntos vivimos en el límite entre lo eterno y lo efímero. Somos un torbellino imparable de deseo y conexión, donde el mundo desaparece y solo queda el latido de dos corazones entrelazados. Y sé, que por mucho que el dios lo intenté, nos volveremos a encontrar.

Cuando abro los ojos ya no estoy en la batalla, no tengo a Leif a mi lado. Las lágrimas caen sin poder remediarlo de mis ojos porque he vuelto. Estoy en Oslo, acostada en la cama como si nada de lo que he vivido estos meses hubiese sido real. Aksel está tumbado a mi lado y una punzada de culpa y resentimiento me bombardea el pecho. Creía que no volvería a verlo, que todo había sido una mentira, y aquí estoy.

Estamos tumbados de lado, uno frente al otro y entonces abre los ojos. Me desconcierta ver cómo una lágrima cae de su rostro y entonces me fijo con más detenimiento. Esos ojos, oscuros, siniestros, misteriosos como la noche… Esa cicatriz reciente rosácea en la ceja…; no puede ser, ¿es Leif? Pienso que estoy loca, que la desesperación me está llevando a confundir a dos personas totalmente diferentes. Sin embargo, tengo que hacerlo, tengo que intentarlo, solo una frase y sabré si es el hombre de mi vida o si definitivamente mi futuro junto a alguien, que ya no amo, es una ruina.

—Somos los reyes de la noche, de las estrellas… —susurro con la intención de que él termine la frase.

—Y de nuestro destino, pequeña. —¡No puedo dar crédito a lo que veo, es él!

Nos abrazamos como si lleváramos siglos sin vernos, nos besamos y nos acariciamos intentando cerciorarnos de que es verdad. Lo he tenido delante de mí todo este tiempo y no lo había visto. Aksel ha sido Leif siempre, pero no éramos conscientes de ello. Odín ha intentado destruir nuestro futuro, arruinar lo único que teníamos, a nosotros, nuestro amor ingobernable.

Nada puede destruir nuestro futuro, solo nosotros tenemos el poder de dirigir nuestro destino.

¿FIN?

LAS VALQUIRIAS

En el comienzo de los tiempos, cuando los dioses nórdicos gobernaban los cielos y la tierra, Odín, el padre de todos los dioses, miró hacia el mundo de los mortales y vio la inevitabilidad del Ragnarök. La batalla final que pondría fin a todo lo que existía. Consciente de que necesitaría los guerreros más valientes y poderosos para luchar a su lado, decidió crear a las valquirias, las doncellas guerreras cuyo destino sería seleccionar a los más grandes héroes entre los muertos y llevarlos al Valhalla.

Las valquirias fueron concebidas como criaturas divinas, nacidas de las nubes y forjadas por el trueno. Poseían una belleza etérea, pero también un aura de peligro y poder. En los días de batalla, cabalgaban sobre los cielos montadas en sus corceles alados, armadas con lanzas y espadas que brillaban como el sol. Desde lo alto, observaban a los guerreros mortales luchar y, cuando uno demostraba un coraje excepcional, la valquiria descendía, lo tocaba con su lanza, y el guerrero caía muerto instantáneamente, pero su alma era llevada al Valhalla.

Las guerreras, a pesar de su origen divino, estaban profundamente conectadas con el destino. Cada una de sus decisiones, ya fuera en el campo de batalla o en sus vidas personales, tenía repercusiones más allá de lo inmediato. Ellas no solo eran luchadoras, sino también tejedoras del destino, pues en su

actuar, los hilos de la vida y la muerte de los mortales eran entrelazados. Por esto, a menudo se las asociaba con las Nornas, las tres diosas del destino, quienes hilaban los destinos de dioses y hombres por igual.

A medida que los tiempos cambiaron, las leyendas de las valquirias evolucionaron, y en algunas versiones, se las presentó como mujeres humanas que se convertían en guerreras divinas debido a su valentía o sacrificio.

Sin embargo, en todas las historias, un tema común persiste: las valquirias son las guardianas del valor, las mensajeras del destino, y las guías de los héroes hacia su gloria eterna o su muerte inevitable.

AGRADECIMIENTOS

En este apartado me gustaría contaros cómo comenzó esta historia. Para los que me conozcáis, sabéis que soy un huracán. Tengo millones de ideas para novelas, muchas se desarrollan y se escriben y otras se quedan ahí, a la espera de ser elegidas. En el caso de "Entre Sombras y Dioses" fue amor a primera vista. Un día cualquiera estaba con una amiga, hablando como siempre de lecturas y proyectos de escritura. Inmersas en nuestra lluvia de ideas, apareció la palabra "valquiria". Mi cuerpo se quedó en shock pero mi mente empezó a maquinar a doscientos por hora. Es por ese motivo, que quiero empezar dando las gracias a Lucía (@mss.atenea), aunque nuestros caminos se hayan separado, ha sido la culpable de que esta novela empezará a tomar forma en mi cabeza. Siempre estaré agradecida por eso y por mucho más.

Las ideas fueron yendo y viniendo, sin embargo, fue en un viaje camino a Alicante junto a mi marido, Ander, cuando grabando audios como loca empecé a desarrollar todos los giros, problemas y pasiones de esta novela. Cariño, gracias por apoyarme siempre ciegamente y ser mi mayor fan. Eres el culpable de que el síndrome del impostor no me engulla por completo, te quiero con locura.

Por otro lado, hay una persona muy especial que ha estado siempre ahí, aconsejándome, acompañándome, animándome…. y eres tú, Eli. Elisabeth Sea, ha sido mi guía y mi coach durante este

proceso. Amiga, te quiero muchísimo, gracias por ponerme las pilas, por aguantar mis paranoias y mis idas de olla. Eres un pilar en este mundo de escritura tan complicado y competitivo.

No puedo olvidarme de una de mis lectoras 0 a la que adoro, Arancha (@elrincondearan_) que me ha animado, apoyado y aconsejado con una pasión y una ilusión que me han empujado a llevar este proyecto adelante.

Otra de las personas que han hecho que este libro salga a la luz es Patri, (@littleredread). Ella ha sido mi correctora de trama y no solo eso. Se ha convertido en un apoyo incondicional y consejera a la hora de unir cabos sueltos, darle pasión e intensidad a la historia y sobre todo, me ha animado a luchar por mi sueño. Amiga, gracias por esto y por lo que tu y yo sabemos.

También quiero dar las gracias a una amiga que mi trabajo como profesora puso en mi camino, a Jennifer (@medusas_books). Este ser de luz siempre escucha todos mis proyectos, los lee, los critica y los apoya incondicionalmente. Amiga, eres la mejor y me alegro mucho de tenerte en mi vida.

Para terminar, os tengo que dar las gracias a vosotros y vosotras. Aquellos lectores que me apoyáis de forma incondicional. No sería nada sin vuestro voto de confianza constante y estoy eternamente en deuda con vosotros por hacer este sueño posible. Cómo digo siempre en mis redes, estoy a vuestro servicio, gracias por tanto.